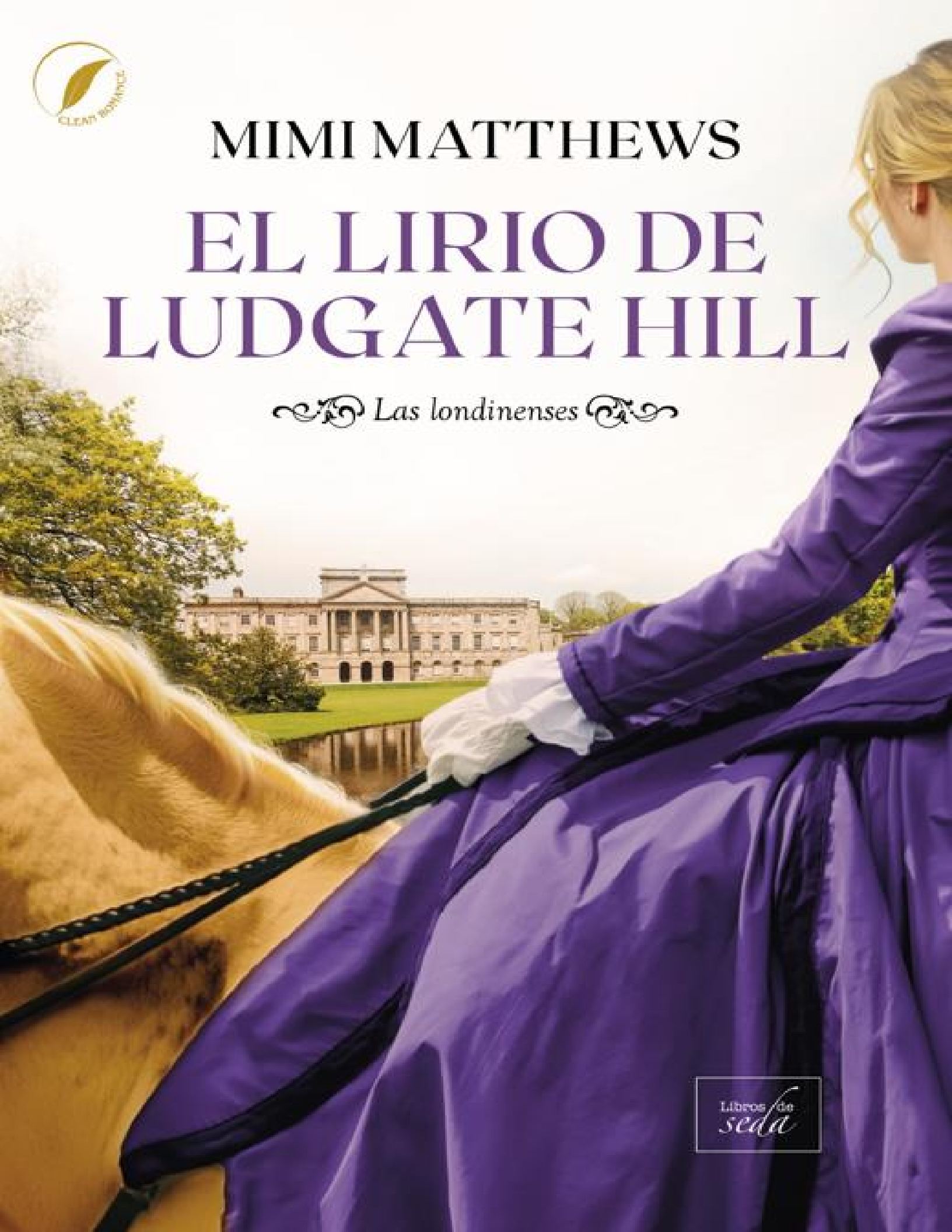
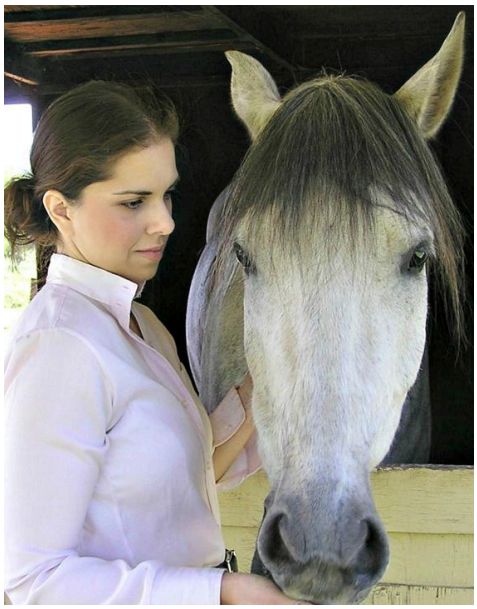
MIMI MATTHEWS

EL LIRIO DE LUDGATE HILL

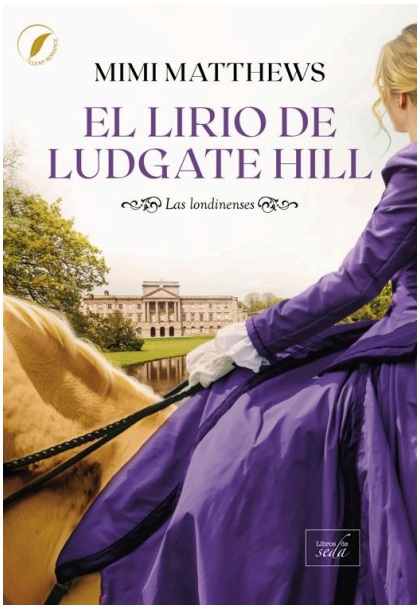
Las londinenses



Libros de seda



Mimi Matthews es una autora de *best sellers* del *USA Today*. Escribe tanto libros de historia de no ficción como novela romántica histórica ambientada en la época victoriana. Sus libros han recibido reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Booklist*, *Kirkus*, y *Shelf Awareness*, y sus artículos han aparecido publicados en *Victorian Web*, el *Journal of Victorian Culture* y también en el *BUST Magazine*. Tiene además otra profesión, la de abogada. Vive en California con su familia, además de con un caballo andaluz de doma, un perro pastor de las Shetland y dos gatos siameses.



La suerte favorece a los valientes, es cierto, pero ¿cómo va a dejar ella que ese perverso caballero que la acecha en sus sueños la arrastre?

Lady Anne Deveril no es una mujer que se asuste fácilmente. Goza de buena posición, es bella y también… bastante testaruda, así que no suele cambiar de opinión. Hace seis años, tras la muerte de su madre, decidió guardar luto para siempre: nada de amor ni de fantasías románticas. Sin embargo, cuando se cruza en su camino el señor Félix Hartford, parece que esos trapos negros y todas esas barreras autoimpuestas se tambalean. Y es que el hombre es tan atractivo… que no le será fácil resistirse.

MIMI MATTHEWS

EL LIRIO DE LUDGATE HILL



Libros de seda

El lirio de Ludgate Hill. Las londinenses 3

Título original: *The Lily of Ludgate Hill. Belles of London 3*

Copyright 2024 by Mimi Matthews

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.

No part of this book may be used or reproduced in any manner for the purpose of training artificial intelligence technologies or systems. This work is reserved from text and data mining (Article 4(3) Directive (EU) 2019/790).

This edition published by arrangement with Berkley, an imprint of Penguin Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC

© de la traducción: Laura Fernández Nogales

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura
Maquetación: @Isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López López

Imágenes de la cubierta: © Lauren Taliana/Arcangel Images (amazona);
© Bridget_01/Shutterstock (mansión)

Primera edición digital: diciembre de 2025

ISBN: 978-84-17626-11-2

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Para mi madre, Vickie,
una amiga increíble, una aliada formidable
y una fuente de constante inspiración

«Fue el mayor Madden quien envió las semillas que se cultivaron hace aproximadamente cinco o seis años; sin embargo, acaban de florecer por primera vez».

Cita hallada en *La Revista Botánica*
sobre el lirio gigante del Himalaya, 1852

Capítulo 1

Londres, Inglaterra
Junio de 1862

Lady Anne Deveril presumía de tener muchas cualidades sobresalientes. La principal era su disposición a hacer cualquier cosa por una amiga. Y Julia Wychwood era su mejor amiga. Lo era desde que ambas tuvieron que hacer frente a su primera temporada juntas. Dos muchachas tímidas y sin experiencia: una vestida de riguroso luto y la otra enfundada en un vestido azul con demasiados lazos. Ambas languidecían sin que nadie se dignase a mirarlas siquiera, pegadas a la pared del salón de cada baile de moda, velada musical o teatro *amateur* que se preciara.

Vivieron temporadas decepcionantes, tres en total, cosa que solo sirvió para fortalecer aún más el vínculo entre ellas. Ya no eran aquellas jovencitas introvertidas sin experiencia, sino compañeras. Amazonas. Hermanas.

Sí, Anne haría cualquier cosa por Julia, incluso enfrentarse al mismísimo diablo.

Se metió bajo el brazo el ejemplar doblado del *Spiritualist Herald*, avanzó con paso decidido por las escaleras de piedra recién barridas de la mansión del conde de March en la calle Arlington y golpeó con firmeza la aldaba de latón contra la puerta pintada.

El conde de March no era un diablo, pero en ese momento hospedaba a uno en su casa.

Un joven lacayo abrió la puerta enseguida.

—Buenos días —saludó Anne—. Tenga la bondad de comunicarle a su señoría que lady Anne Deveril ha venido a verle.

El lacayo no puso en duda su identidad. ¿Por qué iba a hacerlo? A decir verdad, pareció reconocerla. Era hija de un conde y, además, bastante conocida gracias a la excéntrica conducta de su madre. Una condesa viuda no podía vestir de luto durante años y recorrer la ciudad relacionándose con espiritistas y médiums sin llamar la atención. Y ya hacía tiempo que Anne había aceptado que debía cargar con parte de esa fama por asociación.

—Sí, señora. —El lacayo dio un paso atrás para facilitarle la entrada—. Si es tan

amable de esperar en la biblioteca, iré a ver si su señoría se encuentra en casa.

Por supuesto que estaba en casa; seguramente en su invernadero. Anne no pensaba que llegaría a verlo. Sin embargo, permitió que el lacayo la guiara hasta la espaciosa biblioteca del conde para después marcharse en busca de su anciano señor.

A su olfato acudieron entonces dos aromas: tabaco de pipa y papel. También olía a abrillantador de limón, aunque no parecía que las criadas hubieran limpiado recientemente. La biblioteca estaba patas arriba.

Las librerías cubrían tres de las paredes, y de ellas sobresalían volúmenes encuadernados sobre botánica, agricultura e historia natural. Estaban desordenados, como si un investigador despistado se hubiera paseado de un estante a otro sacando volúmenes al azar.

La cuarta pared estaba completamente cubierta de ilustraciones enmarcadas de flores y plantas. Algunas a lápiz y otras pintadas en delicadas acuarelas; junto a las torres de revistas botánicas y los mapas dispersos por el escritorio de madera de caoba del conde, daban prueba de su mayor pasión.

El amor de lord March por las plantas exóticas era bien conocido. Había pasado gran parte de su vida viajando por todo el mundo, desde los territorios salvajes de América hasta las cumbres más altas del Himalaya, y volvía con semillas raras para cultivarlas y verlas florecer.

Por lo que recordaba Anne, era un tipo lunático cuando menos, pero también era bueno. Hacía mucho tiempo que no visitaba su casa. Tenía la impresión de que había pasado una eternidad.

Tiró inquieta de sus guantes de gamuza negra mientras se paseaba por la alfombra desgastada frente a la enorme chimenea de mármol de la biblioteca. Nunca se le había dado bien la espera ante situaciones desagradables.

Por suerte, no tuvo que aguardar mucho.

—Hola, mi señora —dijo una grave y conocida voz desde la puerta de la biblioteca.

Anne se volvió y su traicionero corazón dio un brinco involuntario en el pecho.

El señor Félix Hartford estaba en la entrada con el hombro apoyado en el marco de la puerta. Solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba allí observándola.

Se puso tensa. Después de todos aquellos años, él todavía tenía el poder de alterarla. ¡Maldición! Pero no permitiría que su apuesto rostro y su físico imponente la arrastraran a un caos de emociones. ¿Qué le importaba su estatura impresionante, esa mandíbula angulosa y definida o el brillo diabólico de sus ojos

azules?

En efecto, era un diablo. Precisamente el que había ido a buscar.

—Hartford... —lo saludó alzando la barbilla en señal de desafío. Era un acto reflejo. En todos sus encuentros de los últimos años, no había ni uno en el que no se hubieran enfrascado en una batalla verbal.

Sin embargo, esta vez él no intentó entablar conversación con ella.

Vestía pantalones de tartán y una levita negra de corte holgado y abierta que dejaba ver un chaleco oscuro. Un conjunto informal, cualidad acentuada por su apariencia. Llevaba la ropa un poco arrugada, y el cabello castaño oscuro despeinado pedía a gritos un poco de pomada.

Desprendía un aire de inquietud contenida, como si acabara de volver de algún sitio o estuviera de camino hacia otro lado, como si no se hubiera dado cuenta de que Anne estaba en la biblioteca y simplemente se hubiera topado con ella por casualidad.

Entre ellos se hizo un silencio extraño, sin su habitual intercambio de pullas.

Después del saludo de rigor, Anne se quedó allí, sin saber qué hacer. Y lo que fue más sorprendente es que a Hartford le ocurrió lo mismo, se quedó plantado en el umbral con la jocosa expresión de siempre congelada en el apuesto rostro.

Finalmente, consiguió esbozar una sonrisa.

—Sabía que algún día volvería usted a cruzar esa puerta. Solo ha tardado... —Sacó su reloj de bolsillo del chaleco y lo miró con expresión de asombro—. Siete años.

Ella resopló.

—No han pasado siete años.

—Entonces, seis y medio.

Seis años y cinco meses, para ser exactos.

Fue a principios de diciembre de 1855, durante la fiesta navideña del conde de March. Ella acababa de cumplir los diecisiete: era joven, ingenua, y todavía no había sido presentada en sociedad debidamente. Cuando ambos estaban envueltos en el halo de luz de gas que brillaba en el pasillo del servicio que daba a la cocina, Hartford la había besado bajo el muérdago. Y se había declarado.

Pero Anne prefería no pensar en el pasado. Ni falta que hacía, la vida en Londres le había impuesto recordatorios a diario.

—No me lo va a poner difícil, ¿verdad? —preguntó ella.

—Eso depende. —Entró lentamente en la habitación—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Siempre tan presuntuoso —repuso Anne—. Tal vez haya venido a ver a su abuelo.

Hartford era el único descendiente del segundo hijo del conde de March: el fallecido y añorado moralista Everett Hartford. Anne recordaba muy bien a aquel hombre conservador y estirado como un vicario. Lo que resultaba bastante irónico teniendo en cuenta la reputación de su hijo, que tenía fama de imprudente y desvergonzado.

—Mi abuelo está en su invernadero con las manos enterradas en estiércol de pollo. Si solo ha venido a hablar con él, ya puede esperar sentada.

Anne reprimió una mueca. No tenía por qué ser tan grosero.

—Francamente, Hartford...

—Francamente, mi señora... —Avanzó lentamente por la estancia. Su afable expresión no impedía que aquel hombre imponente la cohibiera—. ¿A qué ha venido?

Anne se mantuvo firme. No le tenía miedo.

—He venido a pedirle un favor.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Esto se pone interesante. —Señaló un sofá con tapicería de Gobelinos—. Por favor, siéntese.

Anne lo esquivó con agilidad y se acomodó en el sofá. La falda de su vestido de paseo negro rozó la pierna de él y la seda se deslizó contra la fina lana de su pantalón, emitiendo una amable caricia de telas caras.

Era consciente de cómo le latía el pulso con fuerza en la garganta.

No se atrevió a mirarlo y se concentró en lo que debía decir con ánimo renovado. Sacó el ejemplar del *Spiritualist Herald* de debajo del brazo y alisó las páginas arrugadas sobre su regazo.

Él se quedó de pie junto a la chimenea.

—¿Qué ha traído?

—Lo primero es lo primero. —Anne se obligó a mirarlo—. Sin duda ya habrá oído que el capitán Blunt ha secuestrado a la señorita Wychwood.

Él frunció el ceño.

—¿Secuestro? Es una acusación grave.

—¿Lo pone en duda?

—No tengo suficientes datos para hacerlo. Pero...

—Permítame aclararle lo ocurrido. —Ella se irguió en su asiento; la gravedad de la situación de su amiga le confería una firmeza de acero—. El capitán Blunt, un

exsoldado de fama dudosa, ha secuestrado a una heredera vulnerable y se ha casado con ella en contra del consejo de sus amigos y familiares, posiblemente en contra de su voluntad. Si eso no es un delito...

—Es un héroe de guerra —replicó Hartford, como si eso lo justificara todo.

—Es un villano —se defendió Anne—. Se la llevó mientras ella yacía convaleciente en su lecho. ¿Lo sabía? Literalmente la arrancó de la casa de sus padres en Belgrave Square y se la llevó a su mansión embrujada en los páramos del condado de York, como si fuese un villano salido de una novela barata.

—La señorita Wychwood se encontraba en una situación bastante delicada. Y conozco un poco a Blunt. Ya sé que es un tanto seco, pero ella no parecía oponer ninguna objeción a su compañía, al menos las contadas ocasiones que los vi juntos. Teniendo eso en cuenta, sus conclusiones son precipitadas... en el mejor de los casos.

—No necesito que las apruebe. La señorita Wychwood es mi amiga, no la suya. Es mi deber asegurarme de que está bien. No descansaré hasta poder confirmarlo.

Una sombra de irritación cruzó la habitual expresión jovial de su rostro.

Anne ya había visto ese gesto antes.

—¿No aprueba usted mis amistades? —añadió.

—Como siempre, cree usted adivinar mis pensamientos.

—No le adivino el pensamiento. Solo observo su rostro. Pero, en cualquier caso, no importa. Me trae sin cuidado lo que piense de mis amigas.

Hartford se tensó aún más.

—¿Le digo lo que pienso? —Sin esperar su respuesta, agregó—: Usted utiliza a sus amigas como escudo.

Anne resopló.

—Eso no es cierto.

—Se mueven en manada; una manada que crece cada nueva temporada.

Ella hizo ademán de abrir la boca para contraatacar, pero él siguió hablando con total indiferencia a sus protestas.

—Al principio solo estaba la señorita Wychwood —dijo—. Luego vino la señorita Hobhouse. Y ahora la señorita Maltravers—. Esbozó una sonrisa irónica —. Las cuatro Amazonas.

—Sí, sí, seguro que resulta muy divertido. —«Para alguien con un cerebro de mosquito», añadió para sus adentros.

Así que las cuatro Amazonas...

A decir verdad, Anne prefería eso al ridículo calificativo que él empleaba antes.

Hasta que la señorita Maltravers llegó a Londres, Hartford solía referirse a Anne y a sus amigas como las tres Furias.

—No es divertido —aclaró él—. Solo interesante. Me pregunto por qué necesita usted su protección.

Anne alzó un poco más la barbilla.

—Estoy aquí, ¿no? Sin escolta. Sin protección.

No había tenido otro remedio.

Julia estaba en el condado de York, prisionera del malvado capitán Blunt. Evelyn Maltravers esperaba en Sussex la llegada de su amado, el señor Malik. Y Stella Hobhouse, su querida Stella, permanecía en la calle George, confinada con su estricto hermano clérigo. Acababa de regresar después de acompañarlo a un congreso ecuménico en Exeter y él la había puesto a transcribir sus numerosas notas.

Aunque Stella seguramente no entendería las razones de Anne para acudir a la residencia del conde de March.

Cuando se trataba de Félix Hartford, Anne prefería no compartir sus secretos. Hacerlo no le traería nada bueno, ni siquiera con sus amigas más queridas.

—Ha sido una imprudencia por su parte —afirmó Hartford—. Debería haber traído por lo menos a una dama de compañía.

—¿Para visitar a un viejo amigo de la familia? Su abuelo no supone ninguna amenaza para mi reputación. Por eso he preguntado por él.

—¿Con la esperanza de que acabara apareciendo yo?

—Siempre aparece usted allí donde estoy —se le escapó; fue casi una acusación.

A él se le apagó la sonrisa.

—¿Qué se le ofrece, mi señora?

—Lo que quiero es que escriba algo concreto en la próxima columna que publique en el *Spiritualist Herald*.

Hartford se quedó de piedra. Un destello de alerta apareció en sus ojos.

—Yo no escribo ninguna columna en el *Spiritualist Herald*.

—Tonterías —replicó—. Claro que sí. Escribe usted en varias publicaciones, en el *Herald Espiritualista*, en el *Weekly Heliosphere*, en *Botánica de Glendale*... puedo seguir, si quiere.

—Está usted equivocada.

—En absoluto. Usted es el señor Drinkwater, ¿verdad? Y el señor Bilgewater, y el señor Tidewater. Debería variar sus seudónimos... y su forma de expresarse. Es demasiado evidente para cualquiera que le conozca.

Entornó los ojos y la miró desafiante.

—Y usted me conoce, ¿verdad?

—Por desgracia —contestó ella—. Sí, le conozco.

❋❋❋

Hart era capaz de soportar cualquier cosa con tal de mantener su buen humor. Se enorgullecía de su habilidad para advertir lo absurdo en cada situación, sin importar lo mucho que le doliera. Sin importar que le rompiera el corazón.

Pero aquel no era un día cualquiera.

Había estado despierto desde antes del amanecer, atendiendo otro asunto más del desagradable legado de su difunto padre. Una herencia desconocida, al menos para la sociedad. Él hubiera preferido no saber tampoco nada al respecto.

Pero no había tenido la suerte de evitarlo.

Su propia madre le había impuesto esa carga sobre los hombros al confesarle hasta el último de los sórdidos detalles desde su lecho de muerte, hacía ya nueve años. Tenía solo veinte años entonces y no estaba preparado para afrontar la realidad que le habían revelado las últimas palabras de su progenitora.

La falta de preparación no le impidió asumir sus responsabilidades.

Su padre no le había dejado mucho dinero ni propiedades; solo una pequeña suma con una rentabilidad del tres por ciento y una finca remota y ruinosa en el condado de Somerset, en la que había que invertir más dinero del que generaba.

La raquítica herencia de Everett Hartford se acompañaba, además, con buenas dosis de escándalo encubierto. Su hijo había empezado a ver la vida privada de su padre como la Hidra con múltiples cabezas de la mitología. Nada se resolvía del todo. Justo cuando lograba cortar una de las cabezas venenosas de la serpiente, surgían otras dos en su lugar. Estaba cansado, y tras los acontecimientos de aquella mañana, se sentía bastante tentado de lavarse las manos y olvidarse de todo aquello para siempre.

Y ahora, esto...

Ella.

Lady Anne Deveril era la última persona a la que quería ver en ese momento. Y, paradójicamente, también era la persona con la que más ganas tenía de hablar.

Pero no sobre el pasado de su familia.

Y tampoco quería hablar sobre el pasado de la familia de ella, al que su madre parecía aferrarse con una determinación cada vez mayor. Anne también se

agarraba a él a su manera, era una víctima dispuesta a dejarse atrapar por la obsesión de lady Arundell con los muertos.

Vestía como de costumbre, con un apagado vestido de seda negra. Una imagen que a él lo sacaba de quicio. La prenda se ceñía a su delicada figura con una larga fila de diminutos botones azabaches, y el ajustado corsé realzaba su cintura de avispa y la curva generosa de su pecho. La voluminosa falda resbalaba por sus caderas creando un abultado vaivén de tela que producía un sonido muy sensual, un delicado roce entre las capas de enaguas y el miriñaque, cada vez que ella se movía.

No solo lo oía, también lo sentía: le hacía cosquillas en los sentidos y le aceleraba el pulso.

Gracias a Dios que ella había aceptado sentarse.

Una lady Anne sentada era mucho más fácil de manejar que una Anne en movimiento. Y ella casi siempre estaba en movimiento, ya fuera caminando tras la estela de su madre o galopando por Rotten Row en compañía de sus amigas intelectuales. Amazonas a caballo, tan formidables como ella misma.

Eligió las palabras con cuidado.

—Lo que sea que piense usted que sabe...

—Lo que sé —espetó con el tono ácido de una profesora británica—, es que nunca incurre en una frivolidad que no le complazca. No hay duda de que esas columnas que escribe son otra de sus infantiles diversiones. Pero no he venido aquí para juzgarlo.

—¿No?

—He venido a utilizarlo. —Posó un dedo cubierto por el guante de gamuza en la portada del periódico que tenía sobre el regazo—. Lo único que tiene que hacer es comentar algo relacionado con el espiritismo y con esa casa que Blunt tiene en el condado de York.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y qué debo decir? —Hizo una pausa y añadió—: En caso de que yo sea ese tal Drinkwater que asegura usted, claro.

Como era previsible, ella ya tenía una respuesta preparada.

—No hace falta reinventar la rueda. La finca de Blunt ya tiene fama de estar encantada. Solo tiene que hablar sobre ello, haciendo énfasis en la inminencia de un acontecimiento. Podría decir: «El velo entre los mundos se cerrará pronto», y que «todos los practicantes serios deberían viajar al norte para aprovechar la

ocasión». Yo me encargaré del resto.

Hartford reprimió una sonrisa. Estaba muy convencida de su plan. Tan decidida, tan segura... Era una de las cosas que más solía gustarle de ella, esa confianza ciega en sí misma.

—Lo tiene todo pensado, ¿verdad?

—Por supuesto. —Se puso en pie—. Solo falta que usted haga su parte. Yo haré el resto.

—¿Cómo controlará a su madre? —Su tono de burla se apagó tan rápido como había surgido, sofocado por un recuerdo amargo—. Disculpe que me tome la libertad de dudar de sus facultades en ese sentido.

Mientras se ponía en pie, Anne lo fulminó con sus ojos castaños salpicados de destellos dorados, como si fueran poderosos espíritus azuzados por el fuego.

Le vino a la mente un juego llamado «boca de dragón» al que habían jugado hacía seis años y medio, allí mismo, en esa misma casa, en una fiesta navideña organizada por su abuelo, antes de que él y Hart partieran en su expedición a India en 1856. Dispusieron algunas pasas y nueces empapadas en coñac sobre una bandeja de plata y les prendieron fuego. A continuación, los jóvenes invitados se turnaron para sacar los frutos secos envueltos en llamas.

Por supuesto, Anne no tenía miedo. No le importaba quemarse.

Y se quemó.

Hartford alcanzó su mano chamuscada medio segundo después de que las llamas le quemaran la piel. La apartó del juego y se la llevó a la cocina para que la cocinera pudiera aliviar sus quemaduras con mantequilla fría de la despensa.

Y fue justo cuando salían de la cocina cuando sucedió.

Los dos se quedaron a solas en el pasillo del servicio. La luz de gas se reflejaba en los claros mechones del cabello de Anne, que parecía hecho con hilos de oro. Él acarició aquellas hebras sedosas mientras inclinaba su rostro para besarla bajo el muérdago. La voluptuosa boca de la joven había temblado bajo la suya. A él también le había ocurrido lo mismo.

«Llevo toda la noche queriendo hacer esto», había admitido él con cierta torpeza.

No tenía sentido fingir. Ambos lo recordaban, y no solo el beso, también todo lo que había ocurrido después.

¡Ojalá pudiera olvidarlo!

—Puede decir lo que quiera —espetó Anne—, siempre y cuando haga lo que le pido.

Hartford se apoyó en la repisa de la chimenea y se cruzó de brazos.

—¿Por qué debería tomarme la molestia?

—¿Por qué? —replicó ella; era evidente que empezaba a molestarse—. Por la novedad, por ejemplo. Dios sabe que no ha hecho nada honorable ni responsable en su vida.

Él se encendió por un momento, igual que ella. El resentimiento contenido le tiñó la voz y adoptó un tono grave:

—Usted no sabe nada sobre las responsabilidades que yo tengo o dejo de tener.

—Sé que solo le interesa la diversión. ¿Es demasiado esperar que, por una vez, haga algo útil? ¿Algo que pueda beneficiar a otra persona que no sea usted mismo?

—Se refiere a usted, claro.

—No me estaría ayudando a mí, sino a la señorita Wychwood. Al margen de la opinión que pueda usted tener de mí, ella no ha hecho nada para merecer su odio. Es un alma dulce y gentil que podría estar en peligro en este momento. Si usted...

—Yo no la odio —masculló él con tono áspero.

Anne dejó de hablar.

—¿Disculpe?

—He dicho que yo no la odio. Nunca la he odiado...

—Pues... —Una rara expresión de vulnerabilidad se adueñó de su rostro. La ocultó al instante, inclinando la cabeza mientras se alisaba los guantes—. En ese caso, no le importará hacer lo que le pido...

—Ojalá fuera tan sencillo.

—No puede ser tan difícil. Puedo escribir la columna yo misma si es necesario. Usted solo debe asegurarse de que se publique lo antes posible.

—Escribirla no es la parte complicada.

Ella lo miró con recelo.

—¿Y cuál es la complicación entonces?

—Ya se lo he dicho. No me apetece hacer el esfuerzo.

—Hartford...

—No le veo el incentivo. —Esbozó una sonrisita—. Como bien ha señalado usted, soy un egoísta irresponsable que solo piensa en sí mismo.

—Yo no...

—Sin embargo —prosiguió—, si yo consiguiera algo a cambio...

Anne sintió cómo perdía el último ápice de autocontrol. Su semblante se endureció como el mármol y dejó caer las manos a los costados al tiempo que

estrujaba las páginas del *Spiritualist Herald*. Se le acercó como una de las Furias míticas con las que él la comparaba.

—¡Es usted un chantajista arrogante y un sinvergüenza!

A él se le aceleró el corazón cuando ella se aproximó. Ver a Anne enojada era muy emocionante.

—No es chantaje —se defendió—. Es un intercambio. Algo que usted desea a cambio de algo que yo deseo.

—¿Y qué desea usted exactamente?

La idea se le ocurrió de repente, una genialidad. Aunque quizá fuera una locura. Seguramente al día siguiente lamentaría la honestidad brutal de sus palabras, pero en ese momento le parecían las adecuadas. Sentía que eran las correctas.

—La deseo a usted —afirmó.

Anne se paró en seco y abrió la boca asombrada.

—¿A mí?

—Sí —afirmó—. Y no de esta manera. No la deseo en Londres, vestida de negro, como un espectro en un funeral. La deseo en Hampshire. Y quiero verla vistiendo colores. Preferiblemente el rojo.

La mera sugerencia pareció horrorizarla.

—No voy a vestir de rojo. Además, ¿qué hay en Hampshire que valga la pena? —Mudó de expresión al comprenderlo de pronto—. ¿No se referirá a Sutton Park?

Sutton Park era la propiedad del condado de March. Los Hartford habían vivido allí durante siglos. Sin embargo, el abuelo de Hart no había sido el mejor cuidador de la mansión durante sus días de conde. Prefirió viajar por el mundo en lugar de quedarse en la campiña inglesa cuidando sus tierras. A pesar de eso, aquella gran casa seguía utilizándose de vez en cuando.

—El abuelo organiza una fiesta en vacaciones. Asistirán caballeros, naturalistas sobre todo. Creo que también vendrán algunos comerciantes, perfumistas y esas cosas. Quiere regalarles algunas de sus últimas variedades de rosas.

Lo miró a los ojos.

—¿Se refiere a una fiesta de Navidad?

Debería haber dicho otra fiesta de Navidad.

—¿Y si así fuera? —preguntó Hartford— ¿La señorita Wychwood no merece el sacrificio?

—Mis amigas lo merecen todo —repuso.

—En ese caso ya sabe lo que debe hacer.

Anne lo fulminó con la mirada. Se cruzó de brazos y empezó a pasearse por la estancia agitando la falda con cada paso. Estaba imponente.

—Habrá otras señoritas allí —añadió él con tono amistoso—. Imagino que mi tía traerá varias jóvenes solteras a las que querrá presentarme. Quizá pueda usted ayudarme a escoger alguna.

Anne lo miró con desprecio.

—Ya es hora de que me case. Un hombre no puede pasar sus días acumulando polvo en una estantería.

Se estaba arriesgando demasiado, y él lo sabía. Lo de llevarla al límite se había convertido casi en un hábito en sus conversaciones. Cualquier estrategia valía con tal de arrancarle alguna reacción, de sacarla de ese papel irritante que ella misma había elegido: ser la sombra muda, obediente y sumisa de una madre autoritaria.

Una Anne enojada era mejor que una Anne que se desvanecía ante sus ojos. Cada temporada que pasaba, ella se alejaba más. Aunque él no sabía por qué seguía importándole.

—Podría usted traer su caballo y pasar toda la semana cabalgando si le apetece.

—Mi madre nunca me permitiría salir sola.

—Entonces tráigala con usted, por supuesto.

Anne frunció el ceño.

—¿Siempre que no vista de negro?

Él se encogió de hombros.

—Es un precio muy pequeño.

Cuando ella volvió caminando a la chimenea, su falda silbó al rozarle las piernas.

—Todavía falta mucho para diciembre. Podrían ocurrir muchas cosas hasta entonces.

—Así es —admitió Hartford—. Pero, en cualquier caso, si hago lo que me pide y escribo esa tontería para convencer a su madre de viajar al condado de York, esperaré que cumpla usted también con su parte del trato, pase lo que pase durante estos meses.

Anne se detuvo frente a él con un elegante gesto de determinación. Era la expresión de una dama dispuesta a soportar el amargo remedio para lograr una cura.

—Muy bien —dijo al fin—. Trato hecho.

Capítulo 2

Anne regresó a casa con la sensación de que la perseguían los perros del infierno, tratando de alcanzar con sus dientes demoníacos las ruedas del carruaje de los Arundell. «He hecho un pacto con el diablo», pensó muy seria. Solo le pedía a Dios que hubiera valido la pena.

—Valdrá la pena —se dijo en voz baja, mientras Horbury, el anciano mayordomo de la familia, la recibía en el vestíbulo con suelo de mármol.

Solo necesitaba llegar al condado de York y asegurarse de que Julia estaba a salvo. El precio del acuerdo era irrelevante. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por su amiga.

—Su madre ha preguntado por usted, mi señora —anunció Horbury, tomando el sombrero y los guantes de la joven—. La espera en su habitación.

Anne no consiguió reprimir una mueca. Había albergado la esperanza de que su madre siguiera dormida. No solía permitirle escaparse sola. Únicamente podía hacerlo cuando salía a montar su querido caballo, *Azafrán*. Su madre prefería tenerla cerca para controlar todos sus movimientos.

Muchos miembros de la alta sociedad consideraban que ese control era una forma de acoso, otra prueba de la conocida personalidad dominante de lady Arundell. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. ¡Como si Anne fuera a permitir que la ataran de esa forma!

La dama solo quería protegerla. Por más equivocada que estuviera, creía que cada instante en que su hija escapaba a su control se estaba poniendo en peligro. En su afán de preservarla intacta, habría llegado a conservarla en formol de haber podido.

—¿Lleva mucho tiempo levantada? —preguntó Anne.

—Media hora —respondió Horbury—. La doncella acaba de subirle la bandeja con el correo de la mañana.

Suspiró y se alisó la falda antes de subir las escaleras hacia el segundo piso.

Lady Arundell siempre desayunaba en su habitación. Era un privilegio que le negaban a su hija soltera. Solo las mujeres casadas tenían permitido permanecer en la cama hasta tarde. Anne lo atribuía a que las mujeres casadas debían de estar agotadas por la actividad amorosa de la noche anterior. Una idea escandalosa.

Llamó a la puerta con delicadeza antes de entrar. Las pesadas cortinas de la cama de dosel estaban ya recogidas y la vio recostada en una pila de mullidos almohadones de plumas. Su madre era una mujer de cabello oscuro, con una ligera papada y un busto imponente, a la que los periódicos de la alta sociedad solían describir como una fuerza de la naturaleza.

Y Anne no podía estar más de acuerdo. Incluso en la cama, ataviada con una bata de encaje y una cofia de muselina de la India adornada con puntilla, conseguía parecer una emperatriz. Quizá la mismísima Catalina la Grande.

—Anne —la saludó—, por fin.

La bandeja del desayuno descansaba sobre su regazo y el vapor emanaba de la boca de la tetera de porcelana. Su habitual desayuno, compuesto por dos huevos duros y una rebanada de pan muy tostada, permanecía intacto en la bandeja mientras ella revisaba la correspondencia.

No había azucarero ni tarro de mermelada. Jamás. Su madre consideraba que los dulces eran un peligro para los dientes y la figura de una dama. De hecho, en esa casa, la prohibición que pesaba sobre cualquier alimento azucarado se respetaba como si fuera una ley. Una ley que Anne también cumplía de vez en cuando, aunque solo lo hacía por solidaridad con su madre. A ella le gustaban demasiado los dulces como para renunciar a ellos por completo.

—¿Dónde has estado? —preguntó lady Arundell.

Anne no intentó mentir ni inventar alguna excusa. No servía de nada; su madre podía notarlo con facilidad.

—He ido a la calle Arlington a ver a lord March.

Su madre le clavó los ojos.

—¿Al conde March? ¿A esta hora?

Anne cruzó la habitación para acercarse a la cama de su madre.

—Tuve la extraña sensación de que debía hacerlo. Hace demasiado tiempo que no lo vemos.

Lady Arundell no cuestionó el argumento. Para ella, tan dada a interpretar señales y símbolos, una sensación extraña era una razón tan válida como cualquier otra para visitar a alguien.

—¿Soñaste algo? —preguntó, frunciendo el ceño intrigada—. ¿Sentiste que estaba enfermo, o al borde de la muerte?

—Algo así.

—¿Y lo estaba?

—Si estaba... ¿cómo?

—Enfermo.

—No creo. —Anne alisó distraídamente la colcha bordada—. No lo vi. Estaba ocupado en su invernadero.

—Claro. No suele recibir visitas por la mañana. Si me hubieras consultado, te habría advertido y te habrías ahorrado un viaje en vano.

Su madre volvió a concentrarse en las cartas.

—Horbury dijo que querías verme —le recordó la hija.

—Ah, sí. —Rebuscó en el montón de sobres ya abiertos que aguardaban junto a la bandeja y extrajo una carta de uno de ellos—. Esto ha llegado con la correspondencia de la mañana. —Le entregó una única hoja de carísimo papel de carta—. ¿Qué opinas?

—¿De quién es?

—Del conde Arundell.

Anne palideció.

—Tu padre no, niña. Es del nuevo conde, ese primo hermano tuyo, Joshua Deveril. Por lo menos es lo que pone en la firma. Aunque no me cabe ninguna duda de que fue la madre del cachorrito quien dictó esta insensatez. —Hizo un gesto con la mano—. Léela.

Ane bajó la vista lentamente hasta la carta, si es que podía llamarse así, pues no contenía más que unas pocas líneas escritas en una caligrafía apretada, pero elegante.

Querida señora:

Tras un breve viaje por Europa, mi más ferviente deseo es establecerme en Londres. Aunque hasta ahora ha sido un placer para mí permitir que permanezca usted en Grosvenor Square, estoy ansioso por asumir mis obligaciones como conde y ocupar mi lugar en la sociedad y en mi hogar.

Mi madre me acompañará a la ciudad el cinco de agosto. Espero poder conversar con usted para encontrar juntos la mejor forma de asegurar su futuro bienestar.

Le saluda respetuosamente,
Arundell.

Anne bajó lentamente la hoja mientras una extraña inquietud empezaba a contraerle el estómago. No era propensa a los nervios o la ansiedad. Pero, si Joshua hablaba en serio, la situación era preocupante.

—¿Quiere venir a Londres? ¿Para echarnos de nuestra casa?

—Con eso amenaza —respondió su madre, extendiendo la mano para recuperar la carta.

Anne se la devolvió, sorprendida de lo calmada que la veía.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada en absoluto. —Tiró la carta sobre la cama, recogió otro sobre de la pequeña pila de correspondencia que aún le quedaba por revisar y rompió el sello con un abrecartas de nácar—. Ese descarado no se ha movido en seis años. No veo razón para pensar que lo vaya a hacer ahora.

Ella no estaba tan convencida como su madre.

Si Joshua no se había movido en todo ese tiempo, solo había sido por su minoría de edad. Cuando heredó el título, era demasiado joven para ir a la ciudad. En lugar de eso, él y su odiosa madre, una mujer avara y ambiciosa, de escaso linaje o conexiones importantes, se habían instalado en Cherry Hill, la residencia familiar en Shropshire.

Como si eso no hubiera sido ya suficiente.

Anne había nacido en Cherry Hill y allí pasó la mayor parte de su infancia. Una niñez aparentemente idílica en todos los sentidos.

Y así había sido.

Era hija de una pareja enamorada. La única y amada descendiente de unos padres excepcionalmente entregados el uno al otro.

Sí, sus padres habían sido felices, muy felices. Y ella también lo había sido, hasta que su padre cayó enfermo. Según el médico local, tenía algún defecto en el corazón.

Su madre no creyó en el diagnóstico.

Siguiendo sus directrices, llevaron a su padre a Londres, donde lo instalaron en Grosvenor Square, una de las muchas y lujosas propiedades que pertenecían al condado. En Londres estaría cerca de los mejores médicos del país y podría recibir los mejores tratamientos.

Así fue. Se sometió a muchos tratamientos, uno tras otro. Todos los que recomendaron los doctores, sin importar lo invasivos o costosos que fueran. Su padre lo soportó todo; también lo hicieron Anne y su madre, con la esperanza firme de que recuperaría la salud y volvería a estar bien.

Pero no fue así.

Su estado fue empeorando hasta que quedó tan débil que tuvo que recluirse en la cama.

Anne se negó a rendirse. Parecía impensable que el corazón de su padre, que había sido más grande y generoso que el de cualquiera, terminara siendo su perdición.

Conservó la esperanza de que se recuperaría hasta el último momento. A veces tenía días buenos. Días lucidos en los que podía sentarse a su lado y hablar con él. Había estado esperando uno de esos días para poder consultarle sobre la propuesta de Hartford.

Nunca tuvo la oportunidad.

Menos de dos días después de la fiesta navideña del conde March, su padre falleció mientras dormía.

El título de conde de Arundell, y todo lo que conllevaba, pasó a manos de Joshua. No solo Cherry Hill y la casa en Grosvenor Square, sino toda la fortuna y las propiedades familiares. Incluso el nombre de su padre. Ahora, Joshua era Arundell.

Si no fuera por la dote de su madre y a una cantidad generosa que su padre había reservado para ella en su matrimonio, las dos estarían casi en la ruina. No podían confiar en la dudosa generosidad de su primo. Desde que había heredado el título, no les había brindado ningún apoyo.

—No podemos juzgar sus acciones futuras por lo que ha hecho hasta ahora —opinó Anne—. Solo era un niño cuando papá murió.

—Sigue siendo un niño.

—Claro que no. Debe de tener al menos veintiún años. Si él y su madre nos exigen que desocupemos la casa, ¿qué vamos a...?

—Nada en absoluto —repitió su madre con total tranquilidad—. Si tuviéramos algo que temer en ese sentido, Dimitri me habría advertido.

Anne apretó los labios.

Dimitri era el nombre del espíritu familiar de su madre, un ente imaginario que solo ella podía ver u oír. Una moda entre los espiritistas de la época. Anne odiaba que lo mencionara siquiera, en parte porque sus pronunciamientos, que solían coincidir con las opiniones de su madre, ponían punto final a cualquier discusión.

—Dimitri no es infalible —advirtió la hija.

Lady Arundell se negaba a aceptar esa posibilidad.

—Su percepción no se puede discutir. Ve cosas que nosotros no vemos. Es la ventaja de estar al otro lado del velo. —Mientras decía eso, hojeaba su siguiente carta. Parecía haber olvidado por completo la amenaza del nuevo conde de Arundell—. Qué fastidio —murmuró—. Fielding me aconseja no ir a verlo esta

semana; ha caído enfermo y teme que pueda ser contagioso.

El señor Harris Fielding era un excéntrico viejo soltero que residía en Russell Square. Apasionado espiritista y coleccionista de antigüedades, era uno de los amigos más cercanos de su madre en Londres. Además, era tío de Evelyn Maltravers.

Anne miró su carta con repentina inquietud.

—Espero que no sea nada grave.

—Una infección de garganta —repuso su madre—. Sin duda la contrajo durante nuestro viaje a West Midlands.

El señor Fielding había acompañado a Anne y a su madre a un breve viaje a Birmingham. Evelyn había ido con ellas. Stella también había estado fuera de Londres en aquel momento, pues seguía en Exeter con su hermano. Julia era la única que seguía en la ciudad. Había estado sola, sin la protección de sus amigas. Fue entonces cuando el capitán Blunt decidió atacar.

Anne se sentía un poco responsable. Si hubiera estado allí, quizá Julia aún estaría a salvo.

—Qué pena —dijo

—Pues sí. Teníamos pensado asistir a la conferencia de la señora Frazil sobre la *planchette*[1] este jueves en Fitzroy Square.

Anne se abstuvo de comentar lo cuestionable que resultaba aquella actividad. Ya hacía mucho tiempo que había aprendido que cuanto más ocupada estuviera su madre con sus asuntos espiritistas, sus compromisos sociales y la escuela benéfica que patrocinaba en Wimbledon, menos tiempo le quedaba para dejarse arrastrar por la desesperación.

Le parecía que merecía la pena.

Se preocupaba tanto por la salud y la felicidad de su madre como lady Arundell se preocupaba por ella. Haría cualquier cosa, sacrificaría lo que fuera, para evitar cualquier sufrimiento a sus seres queridos.

—No importa —añadió la dama. Se sirvió una taza del fuerte té de Assam, su bebida predilecta de las mañanas—. Iremos nosotras. Así dejarás de pensar en ese asunto de tu amiguita.

Anne se puso tensa.

—Mi amiguita podría estar en peligro en este momento. Si pudiéramos viajar a Yorkshire y comprobar en persona que...

—Imposible —descartó su madre—. Tengo toda una semana de citas anotadas en mi agenda. No voy a cambiarlas por la absurda fuga amorosa imprudente de

una niña tonta. Mi compromiso con la causa espiritista debe tener prioridad en todo momento.

«¿Y qué hay de mis compromisos?», quiso preguntar Anne. Pero, tal y como siempre hacía en esas ocasiones, no dijo nada.

Tenía una regla: nunca discutir con su madre. No desafiarla jamás ni hacer algo que pudiera perjudicar su relación. Era mejor ser callada y astuta, conseguir lo que quería por otros medios.

Y confiaba en que lo lograría si todo salía según lo planeado con aquella ridícula columna de Hartford.

Sin embargo...

No podía quitarse de la cabeza la sensación de que había cometido un error al involucrar a su antiguo adversario.

Él quería que ella fuera a Hampshire.

Él quería que vistiera de rojo.

Es cierto que diciembre aún parecía muy lejano. Pero acabaría llegando el momento y tendría que cumplir con aquel maldito acuerdo, sin importar el peligro que conllevara para su reputación, para su conciencia, tal vez incluso para su corazón.

❋❋❋

La pequeña casa de los Neale, situada en las afueras de la zona más moderna de Londres, era modesta y discreta. Se encontraba en un barrio respetable pero poco distinguido, en una calle igualmente sencilla, no muy lejos de la fábrica de crisoles de Battersea, de la que Hart era socio en la sombra. Una ubicación muy conveniente, teniendo en cuenta que la mayor parte de los ingresos de esa empresa terminaban en los bolsillos de los Neale.

Hartford aguardaba de pie junto a la ventana del salón, con las manos entrelazadas a la espalda.

Era la segunda mañana consecutiva que lo convocaban, y le costaba conservar el buen humor. De hecho, últimamente le parecía una tarea hercúlea: sonreír, cuidar las apariencias y reprimir las ganas de mandarlo todo al infierno.

Tenía la inquietante sensación de que, en algún momento, quizá muy pronto, iba a perder la paciencia.

Que Dios tuviera misericordia de quien estuviera a su lado cuando eso ocurriese.

—¿Cómo puedo ser más claro, señor? —preguntó la señora Neale desde su

sillón orejero junto a la chimenea. Lucía el cabello negro peinado con estilo juvenil, y la cofia negra que adornaba su cabeza era el único indicativo claro de su edad—. Necesitamos más que las migajas con las que nos ha estado alimentando estos nueve años. No somos ratones de iglesia para vivir en esas condiciones.

—Madre —susurró Ethel. Tenía diecisiete años y era la segunda hija de los Neale. Estaba sentada junto con su hermana menor, de quince, en un sofá de *chintz*, justo enfrente de su madre.

—¿Por qué no debería exigir más? —preguntó la mujer—. Es mío por derecho. Sois el fruto del amor de vuestro padre. Él no querría veros pasar hambre.

Hart se abstuvo de señalar que su difunto padre, el honorable Everett Hartford, había dejado muy claros sus deseos. Cuando murió, ni su amante ni los tres hijos que había tenido con ella figuraban en su testamento.

Él no supo de su existencia hasta casi un año después: un regalo de despedida de su afligida y moribunda madre.

—Ella era mi doncella —había conseguido decir a pesar de la tos que la hacía temblar de pies a cabeza—. ¡Mi propia sirvienta!

Hart había oído toda la historia, y luego, para el disgusto de su madre, se había echado a reír. Fue una risa extraña, hueca, carente de su humor habitual, pero una risa al fin. La verdad sobre la traición de su padre resultaba bastante cómica, incluso un tanto patética.

Pero nada tenía de graciosa la posibilidad de que su abuelo lo descubriera. A pesar de vivir inmerso en sus asuntos botánicos, el conde de March seguía preocupándose mucho por su buen nombre. No solo por su propio prestigio, sino por el bien de su heredero, el tío de Hart, el vizconde Brookdale.

Brookdale era uno de los líderes del partido opositor en el Gobierno de su majestad. Era un férreo conservador que aspiraba a escalar en política y no se tomaría muy bien que su carrera se fuera a pique por culpa de un escándalo familiar.

Hartford hacía todo lo posible por evitarlo.

Le pagaba a la señora Neale una asignación generosa de su propio bolsillo, le facilitaba fondos extras en momentos difíciles, e incluso la visitaba cuando era necesario, aunque sus visitas se limitaban necesariamente a las horas tempranas de la mañana, cuando era menos probable que lo vieran.

—Lo he dicho desde el principio —protestaba la mujer—. No tendríamos tantos problemas si Marcus dispusiera de los medios para vivir como un caballero. Ahora que ha vuelto a casa, no puede usted esperar que siga sin gastar.

Marcus era el hijo mayor de la señora Neale y su único varón. Tenía diecinueve años y había pasado la mayor parte de los últimos nueve en un internado en Plymouth. Desde que había regresado, se había convertido en una fuente constante de gastos para su madre y para Félix Hartford.

Precisamente la mañana del día anterior, pocas horas antes de que lady Anne se presentara en la calle Arlington, Hart había estado en ese mismo salón, obligado a sufragar las cuantiosas deudas de juego que Marcus había acumulado en varias casas de apuestas por toda la ciudad.

—¿Por eso me ha vuelto a llamar? —preguntó—. Solo han pasado veinticuatro horas desde la última vez que estuve aquí. Marcus no puede estar ya en otro aprieto.

La señora Neale desvió la vista brevemente.

—Esto no tiene nada que ver con Marcus —gruñó—. Lo que quiero es que nos paguen lo que nos deben.

Hartford dudaba que lo hubiera convocado solo para exigir más dinero. Pero no pensaba perder el tiempo. Tenía otras obligaciones ese día, la más importante, su asunto con Anne.

Cumplir su parte del acuerdo al que había llegado con ella no iba a ser fácil. Quedaba menos de una semana para que la siguiente edición del *Spiritualist Herald* estuviera lista para imprimir. Y, a pesar de lo que Anne creía, él no acostumbraba a escribir tonterías sin fundamento solo por diversión.

Es decir, sí que escribía para entretenerse, pero tenía cuidado, especialmente en su columna para el *Herald*, de que incluso sus afirmaciones más extravagantes estuvieran basadas en hechos contrastados. Y esa búsqueda de la verdad a menudo resultaba más difícil de lo que parecía.

Tendría que investigar el origen de los rumores sobre la herencia del capitán Blunt en Yorkshire. La supuesta reputación de casa embrujada debía de tener alguna razón. Tal vez un asesinato sangriento o una aparición espectral en los alrededores.

En ese momento, era lo que ocupaba su mente, no la última insensatez de Marcus.

—La asignación trimestral que le doy es más que suficiente para cubrir sus necesidades.

—¿Asignación? —La señora Neale se infló como una pava ofendida—. ¿Así es como lo llama?

—Una asignación generosa —precisó.

Lo suficientemente generosa para vestirlos, calzarlos y alimentarlos, incluso para contratar a una cocinera que también hacía las veces de limpiadora y a un sirviente. Hart no era tacaño por naturaleza, ni tampoco excesivamente derrochador. No podía permitírselo. No había heredado una gran fortuna; el dinero que tenía, se lo había ganado él mismo.

Otro secreto que guardaba para proteger a su familia.

La mera insinuación de que alguno de sus miembros hubiese prosperado con el comercio bastaría para causar un revuelo enorme. No importaría lo exitoso que fuera, ni cuán valiosa fuera la Compañía Parfit de crisoles de grafito para el Imperio británico.

El grafito, también conocido como plomo negro, era un componente esencial para los crisoles. Cuando se mezclaba con arcilla, se conseguía un recipiente innovador donde se podían fundir metales más rápido que en cualquier otro del mercado, ahorrando combustible y mano de obra en numerosos sectores, sobre todo en la industria ferroviaria.

Si las cosas continuaban como hasta el momento, Hartford y sus socios podrían hacerse increíblemente ricos.

Pero todavía no era un caballero acaudalado.

La señora Neale hizo un gesto con el que señaló a sus hijas.

—Ethel y Ermintrude llevan meses sin estrenar un vestido nuevo. ¿Y qué hay de mi hijo? Un joven debería tener su establo. A mí no me importa no tener carruaje, ¡pero Marcus es nieto de un conde!

—Un nieto ilegítimo —recordó Hart con tono sosegado—. Sería una locura por su parte, o por parte de cualquiera de ustedes, aspirar a formar parte de un mundo que jamás los acogería.

No pretendía ser cruel porque sí. A pesar del oscuro origen de su vínculo familiar, sentía cierta responsabilidad hacia sus hermanastros. Le habría parecido una irresponsabilidad no advertirles cuáles eran las limitaciones sociales impuestas por su nacimiento.

—¿Eso cree? —exclamó la señora Neale levantándose de la silla muy indignada —. Ya veremos qué dice el resto del mundo sobre su tacañería. Si llegaran a saber lo que Everett sentía por mí y los hijos que tuvimos... ¡Estoy convencida de que sería tan respetada como lo fue lady Hamilton[2] en su día!

Hart se alejó de la ventana suspirando con desesperación. Era demasiado temprano para amenazar el condado.

—Mi padre no fue como el almirante Nelson, señora. Era un moralista

convencido. Si la sociedad se enterara de su existencia, todo el mundo lo vería como un hipócrita, y con razón.

Al rostro de la señora Neale asomó una mezcla de vergüenza y rabia.

—¡Cómo se atreve! Venir aquí haciéndose el digno... Usted querría que viviéramos escondidos y privaría a los queridos hijos de mi marido de un pedazo de pan...

—¡Madre, por favor! —suplicó Ethel.

—¡No lo toleraré, ¿me oye? —gritó la mujer, ignorando las súplicas de su hija —. Ya sabe dónde está la puerta, señor. ¡No permitiré que me insulten en mi propia casa!

Hart dedicó a Ethel una mirada cargada de complicidad filial. No había mucho más que decir. Y menos cuando la madre de sus hermanos ya se había enfurecido hasta el punto de perder la razón. Hizo una rápida reverencia y se marchó a toda prisa.

Las visitas a aquella casa solían terminar con la señora Neale echándolo a empujones presa de un arranque de furia, olvidando convenientemente que era él quien pagaba la renta de aquel lugar.

Nueve años atrás, su conducta le sacaba de quicio. Ahora, simplemente le resultaba agotadora.

Recuperó el sombrero y los guantes en el vestíbulo y salió de la casa.

Lo que realmente necesitaba eran unas vacaciones, pasar algunas semanas lejos de Londres, en algún sitio donde pudiera escapar de la opresiva carga que suponía para él gestionar los secretos de su padre.

Si no le hubiera prometido a Anne que la ayudaría, se habría planteado partir ese mismo día.

Se ajustó a conciencia el altísimo sombrero de castor. Su carruaje lo esperaba en la calle y la pareja de yeguas, *Kestrel* y *Damselfly*, pateaba la calzada con impaciencia.

El joven del barrio que había contratado para que las cuidara seguía en su puesto y sujetaba las riendas con determinación.

—¿Todo bien? —preguntó Hart mientras se hacía cargo de las bridas.

—Todo en orden, patrón —repuso el muchacho.

Le lanzó una moneda de tres peniques de plata, que el joven atrapó con una sonrisa antes de partir corriendo calle abajo.

Hart se subió al calesín de un salto. Justo cuando recogía las riendas, la puerta de la casa de los Neale se abrió y Ethel salió corriendo tras él.

—Hartford

Esperó a su hermanastra. Aunque lamentaba la situación, no le guardaba rencor a la muchacha. Al contrario, parecía la única sensata de la familia.

Se detuvo junto al carruaje con un chal estampado sobre los hombros delgados.

—Le ruego que disculpe a mi madre.

—No hay por qué —respondió Hart con amabilidad—. Pero debo mantenerme firme respecto a la cuestión de aumentar sus fondos.

—Me temo que no lo entiende. Se trata de mi hermano. Tiene una deuda de juego que no mencionó ayer. Nos lo confesó anoche. La suma es inmensa. Estoy desesperada por cómo... —Guardó silencio al ver que una de sus vecinas los observaba desde la calle. Se puso seria—. Estoy empeorando las cosas hablando con usted aquí.

Hart esbozó una sonrisa resignada.

—Pues vayámonos.

Ethel abrió los ojos como platos.

—¿Con usted? ¿Ahora?

—La llevaré a dar un paseo por el parque. Así tendremos un poco más de privacidad. —Le tendió la mano.

Era muy temprano y Battersea estaba muy alejado de los círculos elegantes de Londres. Aunque lo vieran paseando con su hermana, era poco probable que provocaran habladurías.

Ethel permitió que la ayudara a subir al calesín.

Cuando ella se acomodó a su lado, Hart dio a las yeguas la orden para que echaran a andar con la cordialidad propia de un viejo amigo, pues es lo que era.

—Adelante, *Kestrel*. Adelante, *Damselfly*.

La joven lo miró con curiosidad.

—Qué nombres tan raros para un par de caballos. ¿Los eligió usted?

—No —reconoció—. Lo hizo una amiga.

El agridulce recuerdo le apagó la sonrisa. La recordó a ella, a Anne, de pie en las tablas de la cerca de Sutton Park, con los brazos cruzados sobre la barandilla superior mientras observaba cómo jugaban las potrillas. Él estaba a su lado, tan concentrado en ella como en los caballos, y le fue entregando su corazón tan lentamente que no se dio cuenta hasta que ella se lo había arrebatado por completo, haciéndolo suyo para siempre.

Él sospechaba que una parte le pertenecería para toda la vida, tanto si le gustaba como si no.

Hizo un esfuerzo para concentrarse de nuevo en el presente y en la joven tan diferente que ahora estaba a su lado. Dio rienda suelta a sus caballos, que salieron trotando del barrio aislado de los Neale para adentrarse en una calle concurrida.

—Muy bien —dijo, preparándose para lo peor—. Dígame cuánto debe Marcus esta vez.

---

[1] N. de la Ed.: Tabla de ouija utilizada por los espiritistas para intentar comunicarse con los muertos.

[2] N. de la Ed.: Emma Hamilton (1765-1815) fue una popular bailarina y actriz inglesa conocida por sus amantes, el almirante Nelson entre ellos.

Capítulo 3

Anne salió al paso de Horbury cuando él cruzaba el vestíbulo con el correo matutino. Había pasado una semana desde que visitó a Hartford, siete días de impaciente espera a los resultados de esa maldita visita.

No había estado ociosa en ese tiempo. Además de preocuparse por la inminente llegada de Joshua y por la seguridad de Julia, había investigado por su cuenta los antecedentes del capitán Blunt. Aquella misma tarde —si lograba escaparse un rato—, tenía la intención de visitar las oficinas del *London Courant*. Seguro que en los archivos de un periódico hallaría algo que esclareciera el verdadero carácter del nuevo esposo de Julia.

Se preguntaba con qué fin indagaba. El divorcio no era una opción para su amiga. Un escándalo de tal magnitud le traería muchos problemas. No obstante, una anulación... Anne reprimió su inquietud.

Mucho dependía de lo que descubriera en Yorkshire. Y para llegar allí necesitaba la maldita columna de Hartford.

—¿Ha llegado? —preguntó.

—Sí, mi señora. —Horbury le tendió la última edición del *Spiritualist Herald*.

Al tomarlo, a Anne se le aceleró el pulso.

—Por favor, no le diga a mi madre que ha llegado. Ya se lo llevaré yo cuando termine de leerlo.

—Como prefiera —respondió impasible. Era su mayordomo desde que ella era una niña y conocía bien el valor de la discreción—. ¿Algo más, mi señora?

—Eso es todo, Horbury, gracias.

Le dedicó una sonrisa de agradecimiento antes de apresurarse hacia la biblioteca, donde podría leer en paz.

A diferencia de la biblioteca del conde de March, que parecía un vertedero de papeles y objetos, la del conde de Arundell era un santuario. Permanecía exactamente igual que tiempo atrás: oscura, masculina, perfumada con el aroma de tabaco de pipa de buena calidad. Al entrar, siempre sentía como si los brazos protectores de su padre la envolvieran en un abrazo que la mantenía a salvo.

Cerró la puerta y se sentó en el sofá tapizado en cuero. Las pesadas cortinas estaban abiertas y el sol de la mañana iluminaba las paredes revestidas con

estanterías de caoba impecablemente ordenadas y los suelos cubiertos con alfombras Aubusson de tonos rojos y dorados. La luz era más que suficiente para leer.

Pasó las páginas del *Spiritualist Herald* hasta que, con el corazón acelerado, encontró el marco distintivo de estrellas y arabescos que rodeaba la columna de Hartford.

LAS REFLEXIONES TERRENALES DEL SEÑOR DRINKWATER

> Saturno es un planeta poderoso y maligno. Cuando está en ascenso, se debe tener mucho cuidado al emprender viajes.
>
> Sin embargo, este mes, el poderoso Saturno ha concedido un atípico regalo a quienes se atrevan a salir. Su alineación con Mercurio y Venus, única en el calendario de nuestra corta vida, ha estrechado brevemente el velo entre los mundos en aquellos sitios de importancia espiritista de los condados del norte. Entre ellos, Edgemoor House (o Goldfinch Hall, como lo llaman algunos) seguramente será de interés. Las ejecuciones realizadas durante la Guerra Civil han dejado una huella psíquica indeleble en ese lugar, dando pie a leyendas centenarias sobre apariciones y paseos fantasmales.
>
> Nunca se ha beneficiado nadie de ignorar nuestra historia común. Las injusticias del pasado reclaman el derecho a ser reconocidas, y aquellos de mis estimados lectores que tengan la valentía de confrontar a estos espíritus inquietos serán ampliamente recompensados. ¿Tendrá usted el valor, apreciado amigo? Si es así y no quiere perder esta oportunidad para siempre, acérquese al condado de York antes del uno de agosto.

Se le encendieron las mejillas. La forma de expresarse de Hartford siempre la ofendía. «Injusticias del pasado», decía. Pero en el fondo, él había hecho lo que ella le había pedido. Ya solo tenía que enseñarle la columna a su madre.

Y a Stella.

Al salir de la biblioteca le remordía la conciencia. Aún no le había confiado a Stella los detalles de su visita a la calle Arlington. En realidad, rara vez hablaba de Hartford con sus amigas, y cuando lo hacía solo era para decir que no lo soportaba. Compartir con ellas las razones para haberlo abordado solo serviría para abrir una caja de Pandora de humillaciones personales.

Era demasiado orgullosa para admitir que había reconocido la voz de Hartford

en los escritos del señor Drinkwater. Que había comenzado a leer su columna con regularidad, y que, al ver una similar en el *Weekly Heliosphere*, firmada, precisamente, por un tal señor Bilgewater, había sospechado que Hartford era el autor de ambas.

Sus sospechas la llevaron a buscar más de sus textos anónimos, y, para su decepción, los encontró por todas partes.

Hartford siempre había tenido un carácter frívolo, todo lo hacía por diversión, sin preocuparse por las consecuencias y con el único objetivo de satisfacer su retorcido sentido del humor.

Mediante una colección de columnas breves publicadas en periódicos por toda la ciudad, se burlaba de todos, de los espiritistas, de los lectores de novela, de horticultores y de los integrantes del movimiento antialcohólico. Incluso sus seudónimos eran satíricos. Drinkwater, Bilgewater y otros por el estilo. Ridículos.

Y ahora esa referencia a su «historia común».

Mientras subía las escaleras hacia la habitación de su madre, Anne no pudo evitar preguntarse si también se estaría riendo de ella.

❋❋❋

Tal vez hubieran pasado más de seis años y medio desde que lady Anne pisara por última vez la casa de su abuelo, pero Hartford no escatimaba las visitas a la residencia de Anne en Grosvenor Square.

Él solía asistir a fiestas y otros eventos allí, ignorando el hecho de que a esas reuniones acostumbran a ir médiums, adivinos con bolas de cristal y artistas chiflados de dudoso mérito.

Hartford no había tenido inconveniente en soportar la farsa del espiritismo con tal de merodear alrededor de Anne. Sin embargo, últimamente, la idea de terminar sus días siendo un simple espectador en su vida cada vez le atormentaba más.

Decidió visitarla esa mañana.

Se consolaba pensando que era la curiosidad, y no la falta de autocontrol, lo que lo llevaba a Grosvenor Square. Había escrito exactamente lo que Anne le había pedido y, gracias a su editor, su texto se había publicado en la edición bimensual del *Spiritualist Herald*. Esperaba enterarse enseguida de que lady Arundell partía camino de Yorkshire.

No fue así.

Casi una semana después de la publicación de su columna, la condesa y su hija seguían en Londres.

Curioso, sin duda.

Siguió al canoso mayordomo de los Arundell por la escalera de caracol de mármol, hasta la sala de estar decorada con papeles de seda en tonos verdes y dorados.

—El señor Félix Hartford, mi señora —anunció el criado.

Hart aguardó en el umbral mientras lo anunciaban y recorrió con los ojos la opulenta estancia. Se llevó una gran decepción. No había ni rastro de Anne. Solo vio a su madre.

Su imponente madre.

Lady Arundell estaba sentada en un sofá capitoné de terciopelo verde, vestía su característico crepé negro y lucía tan formidable como el mascarón de proa de un barco.

—Hartford —saludó con un tono que podría haber empleado la misma reina Victoria—. ¿A qué debemos la alegría de su visita?

—Mi señora —hizo una reverencia antes de entrar—. ¿Tiene que haber alguna razón?

Ella abrió de golpe su abanico de encaje negro y le hizo una señal con él para indicarle que se sentara.

—Supongo que está devolviendo usted la cortesía a mi hija.

Ocupó una silla frente a ella. Su sonrisa ocultaba una espontánea irritación. Por supuesto. Anne le había contado lo de visita a la calle Arlington. Ella no tenía secretos para su madre.

O, mejor dicho, no solía tenerlos, por lo menos en los últimos seis años.

Pero algo había cambiado últimamente.

Hart lo había percibido cada vez que Anne lo visitaba; era como una tensión que flotaba en el aire.

Se debía a esa historia con la señorita Wychwood. La preocupación de Anne por su frágil amiga había logrado lo imposible: había reavivado la tenue llama de independencia que parecía a punto de extinguirse tras la muerte de su padre.

La desesperación era un combustible poderoso.

Y ella debía de estar desesperada para haberle pedido ayuda.

—Fue un detalle por su parte que viniera a visitar a mi abuelo —comentó Hart.

—Una pérdida de tiempo —repuso lady Arundell—. Me dijo que no lo vio.

—Mi abuelo pasa casi todas las mañanas en su invernadero. Apenas recibe

visitas. Pero no es por descortesía.

—No me ofendí —respondió ella—. Nuestras familias son viejas amigas. No hace falta que nos impongamos formalismos.

Era cierto. El vínculo entre las familias Hartford y Deveril se remontaba muchos años atrás. Comenzó con lady Arundell y la madre de Hart, Eloise. Ambas habían sido compañeras de colegio en su juventud, donde forjaron una amistad que duró toda la vida de su madre. Pero, tras su fallecimiento, ese lazo se fue quebrando, y cuando murió lord Arundell, pareció romperse del todo.

—Espero que así siga siendo, señora —aseguró Hart—. Que sigamos siendo amigos.

Lady Arundell lo observó con atención.

—Supongo que añora los viejos tiempos, cuando su madre venía a quedarse con nosotros en Cherry Hill. No debía de tener usted más de catorce años en aquella época. Y Anne..., solo tenía ocho, seguía durmiendo en la habitación de los niños. Cómo disfrutaba usted bromeando con ella y atormentándola.

Él sonrió.

—Siempre ha sido muy fácil irritar a Anne.

Y también era única, en especial cuando creció, devolviéndole las bromas.

—¿Está en casa? —preguntó.

—¿Dónde más podría estar? Ha ido a por mi caja de escritura. Pensaba dictarle una carta.

—Ya veo. —Le costó no perder la sonrisa.

Así que, además de ser su dama de compañía, Anne también era su secretaria. ¿Qué sería después? ¿Su enfermera?

—Pensé que ustedes dos estarían preparándose para partir de viaje al norte —comentó.

Lady Arundell parpadeó.

—¿Viaje? ¿Qué viaje?

—Disculpe. Creí que leía usted el *Spiritualist Herald*.

A lady Arundell se le iluminó el rostro al comprender a qué se refería.

—¡El artículo del señor Drinkwater! Qué giro más fascinante de los acontecimientos: el velo alcanzará su máximo nivel de transparencia durante un mes y solo en esa parte en particular del país.

Realmente fascinante.

Hart se había esforzado mucho en elaborar la historia. Incluso había revisado antiguos números del *Herald* en busca de alguna pista de verdad sobre la que

construir su ficción.

Y había tenido la suerte de encontrarla.

—Al parecer, Goldfinch Hall tiene historia —comentó Hart—. Algo relacionado con las ejecuciones de realistas que allí ocurrieron en el siglo XVII.

Lady Arundell se inclinó hacia delante entusiasmada.

—El señor Drinkwater dice que fue una gran injusticia.

—Sin duda debe parecerlo a quienes perdieron la vida allí. Los espíritus no entienden de política.

Ella asintió.

—Eso explicaría la reputación de la casa. Hace mucho que se rumorea que está encantada.

Hart conocía los rumores tan bien como el resto de la alta sociedad. La conducta escandalosa del capitán Blunt tampoco ayudaba. Era un tipo de aspecto peligroso, con el rostro lleno de cicatrices de guerra y un rictus despectivo; se decía que residía en su propiedad embrujada de Yorkshire con varios de sus hijos ilegítimos.

A decir verdad, la vida de ese hombre parecía sacada directamente de una de esas novelas románticas que Hart solía reseñar para el *Weekly Heliosphere*.

No es de extrañar que la señorita Wychwood se hubiera sentido atraída por él.

—Parece que los rumores son ciertos —afirmó Hartford con seriedad—. Goldfinch Hall es una casa de gran relevancia espiritista.

—Eso mismo dice el señor Drinkwater —afirmó lady Arundell.

—Entonces, comprenderá usted la importancia que tiene la noticia de su columna. No ir al norte de Yorkshire en este momento significaría perder una oportunidad sobrenatural única.

—Sí, sí —su señoría agitaba el abanico con creciente nerviosismo—. Una gran lástima. Pero no se puede hacer nada. Como le recordé a mi hija esta misma mañana... Ah, ahí está.

Anne cruzaba en ese momento el umbral de la puerta con una enorme caja de escritura de madera de palisandro en las manos. Tenía las mejillas coloradas por el esfuerzo.

Hart se levantó de inmediato, olvidando lo absurda que le parecía aquella situación y fue a ayudarla con el corazón acelerado, como le ocurría siempre que estaba cerca de ella.

—Permítame —se ofreció, extendiendo la mano.

Ella se aferró a la caja un momento antes de entregársela. Un mechón de cabello

del color del trigo dorado se había soltado de su tocado de trenzas y le caía sobre el rostro. Se la veía adorablemente aturdida, cosa que no era habitual. No solía perder la compostura.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó entre dientes.

—Satisfaciendo mi curiosidad —respondió él en tono muy bajo—. ¿Qué otra cosa habría venido a hacer?

La potente voz de lady Arundell puso fin al intercambio de susurros.

—Sentaos.

Hart dejó pasar a Anne. Ella avanzó agitando la falda de seda negra. Su cabello brillaba iluminado por el sol que entraba por los altos ventanales del salón entre cortinas de damasco.

La siguió, sin poder evitar una sonrisa.

Lady Arundell señaló con el abanico la silla junto a la de Hartford. Anne se sentó muy obediente y acomodó la larga falda a su alrededor.

—¿Dónde le dejo la caja de escritura, señora? —preguntó él.

—Sobre la mesa de malaquita.

La dejó en el lugar indicado, consciente, en todo momento, de que Anne le estaba clavando en la espalda aquellos ojos color avellana.

—Precisamente le comentaba a Hartford lo decepcionadas que estamos de perdernos la oportunidad de comunicarnos con los espíritus en el condado de York —comentó lady Arundell.

—Sí, muy decepcionadas —convino de forma escueta la joven.

Mientras volvía a su asiento, Hart alternó la mirada entre Anne y su madre, confundido. Nunca solía ver tensión entre ellas, al menos en los últimos seis años.

—¿Hay algo que les impida ir?

—No podemos viajar tan lejos sin compañía —apuntó lady Arundell.

—Acaban de regresar de un largo viaje —señaló Hart.

Lady Arundell y Anne habían estado en Birmingham en compañía de la señorita Maltravers y su tío, Harris Fielding. Habían ido a investigar la fiabilidad de un niño médium que supuestamente había contactado con el recientemente fallecido príncipe consorte.

Una empresa ridícula. Hart imaginaba que con ello solo habrían conseguido exponer a Anne a una mayor cantidad de charlatanes y a sus crédulas víctimas.

—Estuvimos acompañadas del señor Fielding —aclaró lady Arundell con cierta irritación—. Es un hombre con una reputación intachable.

La solución pareció bastante evidente para Hart.

—Quizá puedan convencer al señor Fielding para que vuelva a acompañarlas.

Lady Arundell agitó el abanico con impaciencia.

—¡Ojalá pudiera! Se está recuperando de una indisposición y no se encuentra lo suficientemente bien como para salir de casa.

Hart miró a Anne. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo.

—Entonces, un criado —sugirió—. Muchas damas viajan acompañadas de sirvientes de confianza. Es completamente aceptable.

La dama rechazó la propuesta antes de que Hartford terminara de hablar.

—De ningún modo. Una dama no puede visitar un lugar de importancia espiritista sin un caballero a su lado. Piense en los peligros. No, no. Debemos aceptar que es imposible. Una lástima, como ya he dicho.

—Sí, una verdadera lástima —repitió Anne con evidente frustración—. Porque si hubiéramos ido a Goldfinch Hall, habría podido ver a la señorita Wychwood y asegurarme de que está a salvo y es feliz.

—¿Otra vez con la señorita Wychwood? —Lady Arundell soltó el abanico malhumorada—. ¡Qué fastidio de muchacha! ¿Ni siquiera puedo descansar ahora que se ha casado?

—Yo no puedo descansar —replicó su hija—. No podré descansar hasta saber que está bien.

Tenía ojeras y se advertía en su expresión un cansancio en el que Hart no había reparado antes.

Se le apelmazó el pecho por una sensación que le resultaba muy familiar. Era ese impulso absurdo de facilitarle las cosas a pesar de lo mucho que ella se resistía a aceptar su ayuda. Una emoción que sentía latir en su interior cada vez que Anne, o alguien a quien ella quería, estaba en apuros.

Era su propia maldición personal. Su empeño se daba de bruces con la actitud de ella.

¡Esa mujer había escogido una vida a la sombra de su madre en lugar de una con él! Era peor que una simple decepción. Era insultante. Cualquier hombre que se respetase a sí mismo se habría olvidado de ella hacía mucho tiempo.

Pero su orgullo le importaba muy poco en ese momento.

No soportaba verla derrotada. Anne no era así. No era la Anne que él conocía. Quería que volviera a ser ella misma.

Y esa misma urgencia lo empujó a actuar.

—¿Solo necesitan un acompañante adecuado? —preguntó.

—Un caballero —reiteró lady Arundell.

Hart se enderezó decidido.

—Si ese es el caso...

«No lo digas», le advirtió su conciencia. «No te atrevas a decirlo». Pero, ¿qué hombre había prosperado obedeciendo a su conciencia?

—Me encantaría ofrecer mis servicios —afirmó.

Anne levantó la cabeza de golpe.

—¿¡Usted!?

—¿¡Usted!? —exclamó lady Arundell al mismo tiempo, con los ojos iluminados.

—Yo —afirmó—. ¿No soy un caballero?

A Anne se le escapó una quejido entrecortado.

Hart esbozó una sonrisita ladeada.

—Una oferta tentadora —aseguró lady Arundell—. Pero usted es muy joven —añadió con indulgencia—. No tiene la edad de Fielding. Y el condado de York no está a la vuelta de la esquina. Sería un gran sacrificio.

—Claro que no. —Hart se cruzó con la mirada asombrada de Anne—. No pueden dejar pasar esta ocasión. Sería una lástima desperdiciarla.

—¿Tenía usted previsto viajar allí? —preguntó lady Arundell.

—Eso pretendía. Es decir, eso haré. —Hart se prometió expiar la mentira en cuanto pudiera—. Si se confían a mi cuidado, me encargaré encantado de la organización.

—Eso sería muy generoso por su parte —admitió la dama—. ¿No es así, Anne?

Su hija guardó silencio. Seguía mirándolo con los ojos abiertos como platos mientras se debatía entre el asombro y algo muy parecido al horror.

—Como decía —prosiguió su señoría, cada vez más entusiasmada con la idea —, no nos gusta ser una carga, pero supongo que, si ya pensaba usted hacer el viaje, podríamos aprovechar su compañía.

—Sería un honor, señora —respondió Hart—. Después de todo, somos viejos amigos.

Capítulo 4

—¿El señor Hartford te acompañará al condado de York?

Stella la miraba con sus ojos azul argento abiertos como platos tras el velo de seda del sombrero

Acomodada en una silla de montar desgastada, sobre su nerviosa yegua *Locket*, parecía una amazona profesional. Su nuevo atuendo, recién diseñado por Ahmad Malik, el prometedor modisto de Evelyn, contribuía a esa imagen, y la lana teñida en azul acero, cortada a la perfección y ajustada a su figura, resaltaba cada uno de sus encantos.

Y no carecía de ellos.

Pero también tenía una característica que podía resultar chocante: su cabello, completamente canoso desde los dieciséis años. En ese momento, estaba cubierto por una redecilla de seda muy tupida.

—No puedo creerlo —aseguró

—Ni yo —admitió Anne. Una brisa suave agitó el velo corto de su sombrero. Era un día de verano templado y el sol brillaba en el cielo sobre el parque Hyde, en Rotten Row.

Pero Anne no percibía ninguna calidez.

Desde la visita de Hartford del día anterior, vivía en un estado de tensión casi constante.

Dio un suave empujón con la pierna para conseguir que *Azafrán* se apartara del camino de un caballero que trotaba a su lado en un llamativo bayo. *Azafrán* reaccionaba ante la mínima señal, gracias a la sintonía que habían alcanzado tras más de una década juntos.

El pálido semental dorado, con su llamativa crin y cola rubia, había sido la montura leal de Anne desde niña. Su padre lo había comprado en la feria de ganado de Shrewsbury, como regalo por su undécimo cumpleaños.

Su madre se había sorprendido tanto como ella.

—¿Un semental, mi amor? —había preguntado su madre—. ¡Pero Anne todavía es muy pequeña!

—Anne es una amazona —había respondido su padre con una confianza irrebatible—. Necesita un caballo a su medida.

Por aquel entonces, ella dudaba de su pericia para montar un animal tan magnífico, pero el paso de los años demostró que sus temores eran infundados. *Azafrán* había madurado, ya tenía dieciocho años y se había convertido en el compañero perfecto.

Junto a ella, Stella maniobraba con destreza su propia montura.

—¿Qué habrá podido empujar al señor Hartford a hacer una propuesta así?

—Lo mismo de siempre —contestó Anne con amargura—. El placer que le causa atormentarme. ¡Qué hombre tan odioso!

—Es posible —admitió Stella—, pero su compañía es mejor que nada.

Anne aceptó su argumento.

—Supongo que tienes razón. Así, al menos, podré ir al condado de York.

Otro jinete se acercó por su izquierda. Algún lord, recién llegado del campo. Anne recordó haberlo conocido en alguna de las fiestas de su madre.

—Buenas tardes, señorita Hobhouse. Milady... —Se tocó la visera del sombrero al pasar y se quedó mirando el busto de Anne más de la cuenta.

Ella lo saludó con una gélida inclinación de cabeza.

No era el primer caballero en fijarse en ella.

Anne también lucía un conjunto diseñado por el señor Malik, un elegante traje negro de tela veneciana que realzaba su figura. Pero no vestía ese modelo a la moda para llamar la atención en Rotten Row, lo hacía para ayudar a Evelyn.

Para que el señor Malik pudiera casarse, primero tenía que lograr que su negocio fuera un éxito. Para ello, necesitaba que sus diseños se vieran. Por eso, Anne y Stella acudieron a él. No solo le encargaron nuevos trajes de montar, también los vestidos que habían lucido en un reciente baile en los jardines Cremorne.

Anne jamás había imaginado que las prendas negras pudieran lucir tan elegantes y seductoras. No quería pensar en lo que Malik podía hacer con color rojo.

—Demos gracias por la columna del señor Drinkwater —siguió diciendo Stella —. ¡Qué suerte que haya escrito sobre la mansión del capitán Blunt!

Anne miraba al frente mientras cabalgaban, asediada por un sentimiento de culpa.

Aún no le había contado la verdad a Stella. No se creía capaz de hacerlo. En realidad, era bastante embarazoso. ¿Qué clase de mujer madura seguiría pendiente de los escritos irónicos de un caballero al que había besado hace más de seis años? Solo una tonta.

—¿Crees que será cierto eso de que el velo entre los mundos será este mes más fino en el norte del condado de York que en ninguna otra parte? —preguntó su

amiga

—Es absurdo —afirmó Anne—. Todo ese asunto. Pero me da igual mientras me ayude a conseguir lo que quiero.

—Espero que no sea demasiado tarde.

—Ya es demasiado tarde. Blunt secuestró a Julia hace semanas.

—Se casó con ella hace semanas —puntualizó Stella—. Todavía no sabemos si realmente la secuestró. Y después de lo que descubriste en el periódico...

—Lo que no descubrí —la corrigió Anne. En los archivos del *London Courant* no había ningún informe sobre las supuestas crueldades del capitán Blunt. Lo único que encontró fue una alusión elogiosa a su heroísmo—. El artículo que encontré estaba lleno de alabanzas, no de censuras.

—Supongo que el artículo podría estar equivocado —concedió Stella—. Según mi hermano, la prensa de hoy en día es tan poco fiable como los chismorreos sobre la alta sociedad.

Anne lanzo a su amiga una mirada comprensiva.

El hermano mayor de Stella era un déspota mezquino con una mentalidad claramente medieval respecto a casi todo. Aunque permitía que su hermana participara de la temporada londinense (una condición establecida en el testamento de su difunto padre), limitaba cada uno de sus avances siempre que podía.

—No tengo motivos para dudar de lo que dice el periódico —admitió Anne—. Por mucho que quiera.

—¿Conseguiste un ejemplar para Julia?

—Sí, aunque no creo que le suponga mucho consuelo. El capitán Blunt sigue siendo en gran parte un misterio para nosotras.

—Sabemos que fue un héroe —repuso Stella—. Y a Julia le encantan los héroes.

—Tal vez en las novelas. En cuanto a Blunt, permíteme recordarte que la última vez que él se le acercó, ella estuvo a punto de desmayarse.

—Ella siempre está a punto de desmayarse cuando se le acerca cualquier caballero.

—Exactamente. ¿De verdad crees que se fue con él por voluntad propia?

Stella frunció el ceño.

—No, pero tampoco creo que haya sido una víctima. Julia es más fuerte de lo que parece. Solo hay que ver cómo maneja a *Cossack*. No hay tantas mujeres capaces de dominar un animal tan descomunal.

—Todas somos más fuertes cuando vamos a caballo —replicó Anne. Así fue

como las cuatro se hicieron amigas—. Pero eso no significa que podamos defendernos de un hombre tan corpulento como el capitán Blunt. Yo no lo logré con Hartford. Y si yo no pude imponerme a él, hay pocas posibilidades de que Julia haya vencido a Blunt.

—El señor Hartford y el capitán Blunt son dos caballeros muy distintos —le recordó Stella—. Y según mi experiencia, los que tienen sentido del humor suelen ser los más peligrosos.

Anne abrió la boca para contestar, pero la cerró de golpe al ver acercarse una silueta rubia conocida, que trotaba hacia ellas en una yegua elegante.

Era la vizcondesa Heatherton.

Anne adoptó una expresión impasible y una actitud tan fría como la de la mujer que se acercaba.

Lady Heatherton era una personalidad importante entre la alta sociedad londinense gracias a su matrimonio con un vizconde mucho mayor que ella. Conocida por su belleza, y también por su carácter cruel y vengativo, sentía una aversión profunda hacia Anne y sus amigas, e incluso llegó a incitar un enfrentamiento con Evelyn y el señor Malik durante el baile en los jardines Cremorne.

Si no hubiera sido por la intervención de lady Arundell, aquel episodio podría haber terminado convirtiéndose en un auténtico escándalo.

Desde entonces, Anne había aconsejado a sus amigas que evitaran a esa mujer a toda costa.

—Lady Anne —saludó la vizcondesa con frialdad, inclinando la cabeza discretamente al acercarse.

—Lady Heatherton... —Devolvió su distante saludo.

Su señoría pasó de largo con la cabeza alta, sin dignarse a mirar o dirigirle la palabra a Stella.

Un desplante evidente.

Anne se puso tensa y se indignó. Puede que su amiga fuera solo la hermana de un clérigo, pero seguía siendo una dama de la alta sociedad y merecía respeto.

—¡Qué espanto de mujer! —exclamó en cuanto se alejó.

Stella había palidecido por la ofensa, pero se recompuso enseguida.

—No le hagas caso. No dejaré que arruine mi paseo.

—Y no deberías.

Las dos azuzaron a los caballos.

—¿Qué quisiste decir antes con eso de que los caballeros con sentido del humor

son peligrosos? —preguntó Anne.

—Lo son. Te atraen con sus bromas y su charla, como si no supusieran mayor amenaza que un tío bromista o un hermano cariñoso. Sin embargo, los que parecen más siniestros suelen ser mucho menos peligrosos de lo que aparentan. Ocurre lo mismo que en la naturaleza, ¿no crees? Con las serpientes y otras criaturas letales.

Anne no sabía mucho sobre la naturaleza de las serpientes y, en realidad, aún menos sobre la de los hombres.

—¿Quieres decir que Hartford es más peligroso para mí que Blunt para Julia? Hartford... —añadió indecisa—, ¿un caballero que prefiere reírse de mí que tocarme?

—En cualquier caso, querida, creo que deberías ir con más cuidado con ese hombre —respondió Stella con sinceridad—. Aunque lo conozcas desde hace muchos años, y por mucho que bromee contigo, ya no es un niño. Ahora es un hombre. Un hombre soltero.

—Ya sé que es soltero, el muy sinvergüenza tuvo la osadía de mencionarlo el otro día.

—¿A ti? ¿Cuándo?

—Lo dijo delante de mí —repuso Anne con despreocupación—. Mencionó que su tía está ansiosa por casarlo.

—Es muy buen partido —reconoció Stella—. Siempre me he preguntado por qué sigue soltero. Hubo una época en que llegué incluso a sospechar, dado el interés que demuestra por ti...

—Hartford no tiene intención de añadirme a su lista de conquistas. Dudo mucho que ni siquiera piense en mí de esa forma.

—Sí, ahora ya lo sé —repuso su amiga.

Sin darse cuenta, Anne tensó las manos con las que agarraba las riendas y *Azafrán* agitó la cabeza incómodo.

—¿Y eso qué significa?

—Solo digo que estoy de acuerdo contigo.

—Demasiado rápido me das la razón, me parece a mí. ¿Entonces solo soy un entretenimiento?

Stella dejó escapar una risita.

—Sabes muy bien que no. Eres, de lejos, la más hermosa de las cuatro.

Anne había recibido un justo castigo.

—No buscaba un cumplido.

Stella sonrió.

—Solo digo la verdad.

—Ya sabes que eso no es cierto.

La más hermosa de las cuatro era Stella. Incluso su cabello gris resultaba atractivo, aunque la mayor parte de la alta sociedad lo viera como un defecto.

Pero Anne se negaba a clasificar a sus amigas según sus cualidades físicas. Era absurdo. Todas tenían virtudes envidiables.

Evelyn era valiente y decidida, y poseía la habilidad de conseguir que su caballo andaluz realizara aires imposibles.

Julia tenía un alma dulce y gentil, y era tan feliz con la nariz enterrada en un libro como galopando por Rotten Row.

Y Stella era tierna y seria, una excelente oyente y la mejor amazona de todas, aunque nunca parecía esforzarse nada.

—No tiene sentido que discutamos sobre eso —repuso Stella—. Lo cierto es que tu belleza no tiene importancia alguna para un hombre en la situación del señor Hartford.

—¿Qué situación es esa?

Stella la miró con una chispa de complicidad.

—Creo que su corazón ya está ocupado.

Aquella afirmación inquietó a Anne enseguida.

—¿Qué has oído?

—No es lo que he oído, sino lo que he visto. —La joven vaciló una fracción de segundo antes de admitir—: Lo vi en el parque hace dos semanas, a primera hora de la mañana.

Anne frunció el ceño.

—¿Aquí? En Rotten Row?

—No. Fue en Battersea.

—¡El parque de Battersea! —Eso quedaba al otro lado del río.

Se abrió un espacio ante ellas y Stella aprovechó para azuzar a *Locket*, que adoptó un ágil trote. Anne no varió el paso de *Azafrán*. Sus dos mozos las seguían a una distancia respetuosa, pero jamás las perdían de vista.

—Acompañé a mi hermano a visitar a la vieja tía de una de sus feligresas —aclaró Stella—. Lleva mucho tiempo enferma de gravedad, con úlceras en la pierna. Y cuando ya regresábamos por la carretera del Príncipe de Gales, vi al señor Hartford entrando en el parque. Lo reconocí enseguida.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Anne—. Supongo que no iría a caballo.

Hartford no era un jinete entusiasta. Prefería conducir su calesín, cosa que hacía con irritante maestría, sorteando las esquinas con pericia y llevando al galope a su apasionada pareja de yeguas castañas.

Las había entrenado personalmente y nunca había permitido que nadie más las condujera, ni siquiera su mozo. Eran demasiado sensibles e impredecibles.

Se llamaban *Kestrel* y *Damselfly*.

Anne las conocía bien. Había sido ella quien eligió sus nombres cuando aún eran potrillas y todavía sentía cierto cariño por ellas.

No tanto por su dueño.

—Conducía su calesín —confirmó Stella. Asió las riendas con fuerza con las manos enguantadas hasta volver a llevar a *Locket* al paso.

Anne logró que *Azafrán* aminorase el ritmo.

—¿Eso es todo?

Stella bajó la voz.

—Iba acompañado de alguien. Una dama.

A Anne se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Quién?

—Nadie que conozcamos. En realidad, no la había visto nunca. Pero ella lo miraba como si lo admirara profundamente.

Una punzada de celos le atravesó el corazón. Se maldijo por sentirse de ese modo. Y se odió aún más por preguntar:

—¿Cómo era?

—Joven. Tendría unos dieciocho o diecinueve años, supongo, con el cabello moreno y la tez clara. Bastante hermosa.

Anne palideció. Sintió un inexplicable dolor en la tripa.

Stella la miró pensativa tras el velo.

—Pero no era tan hermosa como tú. Ya te lo he dicho. Todo el mundo cree...

—Todo el mundo cree que soy una bruja excéntrica —replicó contrariada—, y no van tan mal encaminados.

A los ojos de su amiga asomó una tierna compasión.

—Tú no eres ninguna pusilánime, eso está claro. ¿Quién querría serlo? La vida de una mujer excéntrica es mucho más interesante.

Anne rechazó el cumplido para sus adentros, aunque, en el fondo, reconocía que era amable.

¿Qué ventajas podía tener la excentricidad cuando Hartford, ¡ese diablo!, cortejaba en secreto a alguna hermosa jovencita?

Una jovencita, muy muy joven.

En realidad era una muchacha que empezaba a florecer, pues no tendría más de diecinueve años.

Era una edad que eclipsaba la suya. Con casi veintitrés años y medio, tras dos temporadas fallidas y una tercera en curso, estaba a un paso de convertirse en una solterona.

No debería importarle. Y eso era lo que se repetía sin cesar. Hartford no le pertenecía. Nunca había sido así, salvo por un instante, hacía ya seis años y cinco meses. Hacía mucho que había aceptado que esa etapa de su vida había terminado. Sin embargo, sintió una punzada inquietante en el pecho.

No era su corazón. Era algo peor. Era su espíritu. Su esencia clamando contra la injusticia de todo aquello con tanta vehemencia como esos personajes ficticios de Hartford en su ridícula columna.

Ya había perdido mucho. No podía perder también a Julia.

—Ojalá fuera más excéntrica —declaró Anne, animándose—. Podría haber viajado a Yorkshire hace semanas y habría salvado a Julia de su destino.

—Gracias a Dios que no lo hiciste. Tu reputación habría quedado hecha trizas. —*Locket* brincaba nerviosa. Stella le posó la mano en el cuello y la serenó con sus caricias—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana. Hartford nos recogerá a las nueve y media. Ha comprado pasajes para el tren a York. Nos alojaremos en posadas a lo largo del camino.

—Lo cual significa que pasareis juntos varios días.

—Solo el tiempo estrictamente necesario.

Aunque sabía que incluso un día sería demasiado. Incluso una hora. Especialmente cuando Hartford estaba cortejando a otra.

«¿Cómo lo soportaré? ¿Cómo podré vivir con eso?».

Sintió el impulso de agachar los hombros, pero conservó la postura con fuerza de voluntad.

—¿Galopamos un rato? —preguntó.

Stella sonrió de oreja a oreja.

—¡Claro! Un buen paseo al galope siempre lo arregla todo.

❋❋❋

Capítulo 5

—¿A dónde vas con tanta prisa, muchacho? —preguntó el conde de March desde la puerta de su biblioteca.

Llevaba el cabello blanco despeinado y tenía la ropa manchada de tierra, pruebas evidentes de que había pasado la mañana en el invernadero.

Hart bajó las escaleras con el sombrero y los guantes en las manos.

—Voy a hacer un recado —afirmó sin dar más explicación.

Su abuelo no insistió.

El conde era un caballero anciano, gentil y extremadamente distraído que siempre andaba concentrado en asuntos botánicos. Nunca se le habría ocurrido pensar que su nieto pudiera tener en mente cometer alguna imprudencia. Para él, sus descendientes eran tan nobles como las plantas que cuidaba con tanta devoción. No concebiría que Hart se dirigiera a una fábrica de crisoles en Battersea para discutir algo tan vulgar como la inversión necesaria para ampliar sus operaciones de minería de grafito.

—¿Por qué? —preguntó Hart ya desde el vestíbulo—. ¿Necesita que haga algo en particular hoy?

—Mis lirios del Himalaya no están en buen estado. Me gustaría conocer tu opinión.

Lo miró con interés. Las semillas de *Cardiocrinum giganteum* se encontraban entre las muchas que su abuelo y él habían conseguido en su expedición a la India en 1856.

Los gigantescos lirios del Himalaya seguían siendo difíciles de encontrar en Inglaterra, sobre todo porque tardaban hasta seis años o más en florecer. La primera vez que se exhibieron en la exposición de la Real Sociedad de Horticultura fue en 1853, gracias al botánico Thomas Lobb. Desde entonces, la competencia por conseguir y cultivar esa flor tan complicada había sido feroz.

—Pensé que estaban prosperando.

—Las hojas se han puesto de un tono marrón preocupante. —El abuelo regresó a la biblioteca—. Pero puedes echarles un vistazo después del almuerzo. Brookdale y su esposa vendrán con Mariah. Y contamos con tu compañía, claro.

Hart contuvo la rabia.

—Por supuesto.

No se llevaba bien con su tío ni con el dechado de virtudes con el que se había casado. Y su prima Mariah era una muchacha ingenua que participaba de su primera temporada, no tenía mucho ingenio ni arte para la conversación, y no era realmente su prima. Era la hija del primer matrimonio de lady Brookdale con un ricachón de Berkshire llamado Spriggs.

Si dependiera de él, hubiera preferido ocuparse solo de sus asuntos. Pero tal como se recordó mientras redactaba una rápida nota de disculpa a sus socios en la fábrica de crisoles, la familia siempre debía ser lo primero. Era la única ley de su abuelo y esperaba que sus hijos y nietos la respetaran.

Durante el almuerzo, el conde de March se sentó en la cabecera de la mesa de caoba pulida en el comedor y observaba a su familia con orgullo.

Los cinco conversaron de asuntos triviales hasta que terminaron de comer y los sirvientes comenzaron a recoger las sobras de la sopa, el pollo frío, el queso y las frutas que habían servido.

En cuanto tuvo la oportunidad, Brookdale hizo un gesto silencioso a su esposa para que se retirase.

Tía Esther era una mujer digna, con un semblante casi tan severo como el de su esposo. Había enviudado en su juventud, se había casado en segundas nupcias con Brookdale unos diez años atrás, y dio a luz a tres hijos, uno tras otro, que seguían en la habitación infantil.

Se levantó junto a su hija.

—Mariah y yo os dejaremos para que habléis de política.

La muchacha la siguió con la cabeza agachada en señal de obediencia.

Tras la marcha de las damas, un lacayo uniformado entró con un decantador de jerez, tres copitas y un cenicero de cristal que dejó en silencio junto a su tío.

Brookdale hizo un gesto para que se retirara, y luego, tras encender un puro, empezó a contar el motivo de su visita.

—El heredero del conde de Denham pasó por la calle Mount ayer. Ha pedido la mano de Mariah.

—¿El vizconde de Storridge? —El abuelo mostró un interés inusitado—. ¿Su hermano menor no se dedica a...?

—Al comercio —concluyó Brookdale—. Eso no es todo. Circulan rumores inquietantes sobre el propio Denham.

—¿También trabaja? —preguntó Hart con ironía, mientras se servía una copita de jerez.

Brookdale frunció el ceño con desaprobación. Era un hombre sin sentido del humor a punto de cumplir los cincuenta años, con el cabello oscuro y los ojos aún más oscuros. Lucía una barba negra cuidadosamente recortada y las patillas le enmarcaban el rostro, cosa que le confería la apariencia de un respetado estadista.

Hart suponía que así era.

Su tío Brookie, como se había acostumbrado a llamarlo de niño, había tenido una carrera larga y distinguida en la política. Fue elegido para el Parlamento con apenas veintitrés años y era conocido por su dedicación a las instituciones tradicionales, incluido el matrimonio. De hecho, su reputación era tan inmaculada y casta que, a menudo, proclamaba con orgullo que fumar era su único vicio.

—¿Te divierten las expectativas matrimoniales de mi hijastra, Félix? —preguntó.

—Para mí todo es fuente de diversión —reconoció.

¿Qué otra forma había de verlo? Él también se dedicaba al comercio, aunque no de manera pública. Y de salir a la luz, sería motivo suficiente para provocarle una apoplejía a su tío.

Y si eso no terminaba con él y con su carrera, las revelaciones acerca de la señora Neale seguro que lo conseguirían.

—Tu padre se decepcionaría con tu frivolidad —advirtió Brookdale—. Y yo también. —Le dio una calada al puro—. Si no te reconduces, pronto serás una carga.

—¿Qué hay de Denham? —preguntó el abuelo—. Confío en que él no esté trabajando.

—No que yo sepa. Pero tiene una amante en la calle Clarges. Se rumorea que ha tenido un hijo con ella.

Hart casi se atraganta con el coñac.

—¡No tiene ninguna gracia! —exclamó Brookdale—. Tanta lujuria y tanto vicio... es intolerable.

—No, en absoluto —convino el abuelo—. Es degradante.

—Totalmente de acuerdo —opinó el vizconde—. La reina Isabel estaría de acuerdo.

Hart alternó la mirada entre ambos.

—A ver si lo entiendo... Lord Storridge ha pedido la mano de Mariah, pero, dado que su hermano se ha metido en el mundo del comercio y su padre tiene una amante...

—Y un potencial bastardo —añadió Brookdale.

—¿Y qué hay del pretendiente? —preguntó Hart—. ¿Mariah se opone a él?

—Mariah tiene la estúpida idea de casarse por amor. Sospecho que anda enamorada de otro joven. No quiere decir de quién se trata, pero su madre lo descubrirá, de eso podéis estar seguros. —Dio otra larga calada a su puro—. Es una lástima que Storridge no esté a su altura; tal vez hubiéramos convencido a Mariah para que lo aceptara.

Hart dejó la copa. La obstinación de su tío lo irritaba, en especial porque la situación de Storridge parecía reflejar la suya.

—¿Storridge está moralmente comprometido por la conducta de su padre y por la de su hermano?

—Obviamente —afirmó el vizconde —. Ocurre lo mismo que en la naturaleza. ¿No es así, padre? Si se pudre una rama, acaba contaminando toda la planta.

—Hay que estar prevenido ante la podredumbre —convino el abuelo—. Lo mejor es cortarla en cuanto se vea.

—Eso pretendo —sentenció Brookdale—. El joven Storridge debe casarse con otra muchacha. No quiero estar relacionado con una familia como esa.

—Empiezo a preguntarme qué es peor, ¿el comercio o el adulterio? —murmuró Hart.

Su tío arrojó las cenizas de su puro al cenicero con un gesto brusco.

—Yo también me lo pregunto a veces. Quisiera saber cómo un hombre como mi hermano pudo engendrar un hijo que no entiende el deber que tiene con esta familia. Si dedicara tanto tiempo a la reflexión como a los placeres absurdos...

—Ya llevo varios años sin hacer tonterías —protestó Hart—. Al menos en público. Solo algunas carreras de calesines y alguna que otra apuesta amistosa.

Nada comparado con las locuras que había hecho en su primera juventud.

Entonces no le importaba jugarse el cuello o parecer un tonto. Si algo le resultaba divertido o emocionante, se lanzaba sin preocuparse del peligro. Desde caminar por la cuerda floja borracho en los jardines Cremorne hasta aceptar un reto temerario en la universidad que lo llevó a nadar desnudo por el río Cam en pleno invierno. Casi muere de neumonía, algo que su familia no había olvidado.

—No es eso lo que he oído —replicó el vizconde—. Tu padre nunca se habría rebajado a hacer...

—Everett fue un hombre decente y honorable —interrumpió el abuelo a su hijo mayor—. El recuerdo de su piedad me produce mucho consuelo en mi vejez. Al igual que la presencia de Félix. No permitiré que censures su buen humor. Un

jardín sería un lugar sombrío sin un toque de brillo.

Hart trató de reprimir una sonrisita.

Pero Brookdale no era tan fácil de disuadir.

—Hablando de brillo —dijo, clavando en Hart su mirada implacable de político—, ¿cuándo piensas casarte?

—Una excelente pregunta —terció el abuelo.

A Hart le falló la sonrisa.

—Algún día —aseguró—. Cuando tenga ganas.

—Lady Grantley le dijo a mi esposa que lady Anne Deveril pasó por aquí hace varias semanas —comentó su tío—. ¿Es eso cierto?

Lady Grantley era una chafardera del barrio que pasaba gran parte del día pegada a la ventana del salón, husmeando a través de unos magníficos prismáticos que debían de ser los más potentes de toda la cristiandad.

Debería haber imaginado que vería llegar a Anne.

—¿Y qué? —preguntó.

—Espero que no hayas vuelto a interesarte por ella.

Hart agarró con fuerza la copita de jerez.

—¿No la apruebas?

Su tío volvió a llevarse el puro a los labios.

—Nadie debería hacerlo.

—¿De verdad? —Como de costumbre, se esforzaba por mantener a raya sus emociones—. Y yo que pensaba que lady Arundell seguía siendo una de las mujeres más influyentes de la alta sociedad de moda.

—No hablo de moda —replicó Brookdale—. Lo que a mí me preocupa es su excentricidad, esa obsesión con lo oculto. Cabe preguntarse...

—Es una tontería inofensiva —aseguró Hart.

—Es contrario a Dios —rebatió su tío—, y no hace bien a la opinión pública. Una viuda debería haber buscado refugio en la iglesia.

—Se rumorea que la propia reina se ha interesado por el espiritismo —le recordó—. Si a ella le parece bien...

—Lady Arundell aún no está a la altura de su majestad. Se arriesga a hacer el ridículo. Y en cuanto a su hija...

—¡Cuidado! —advirtió Hart.

A Brookdale se le iluminaron los ojos..

—Te he tocado la fibra, ¿verdad?

—Déjalo en paz, Brookie —intervino el abuelo—. Yo me casé más tarde y no

me ha ido mal. No todos podemos tener la suerte que tú tuviste al elegir.

El vizconde tenía una expresión de superioridad.

—Es de esperar que Félix encuentre a una mujer igual de digna. —Volvió a fumar—. Es una pena que no te casaras con la señorita Sterling cuando tuviste la oportunidad. Hubiera sido una esposa magnífica para ti.

Al oír el nombre de la señorita Sterling, sintió una pequeña punzada de remordimiento en el pecho.

La recordaba con claridad. Era una joven de una elegancia extraordinaria, siempre la más admirada de todos los bailes a los que asistía.

A Anne no le había pasado desapercibido. Él la había visto mirarla con reticencia en más de una ocasión.

Al final, Hart utilizó eso en su contra y apuntó a la debilidad de Anne de un modo absolutamente ruin. No se sentía orgulloso de aquello.

—He oído que ahora está casada y tiene cinco hijos —continuó Brookdale—. Mala suerte. Aunque mi mujer me asegura que hay otras candidatas prometedoras para ti este temporada. Tiene intención de presentarte a algunas en el baile de los Kettering el jueves.

Hart terminó su copa de jerez y dijo:

—No estaré aquí este jueves.

—¿Tienes algún compromiso? —preguntó su abuelo.

—Sí. Me voy de Londres mañana por la mañana. No creo que vuelva antes del viernes.

—¿Y a dónde te diriges, si no es indiscreción? —preguntó su tío.

No lo dudó ni un instante.

—Al condado de York. Voy a acompañar a lady Arundell y a su hija.

Su abuelo y su tío hablaron casi al mismo tiempo, uno con curiosidad, el otro horrorizado.

—¿Al condado de York? —repitió el abuelo—. ¿Qué hay allí?

—¡Lady Arundell! —exclamó Brookdale—. Entonces sí que tienes intenciones con su hija.

—No es eso —aseguró—. Solo necesitan que alguien las acompañe a visitar al capitán Blunt y su esposa. Como estaba libre, me ofrecí para ayudarlas.

La mención de la famosa fuga del capitán Blunt no ayudó a tranquilizar a su tío.

—Un escándalo tras otro —susurró—. ¿Qué crees que vas a ganar involucrándote?

—No lo sé —admitió.

Pero estaba deseando averiguarlo.

Capítulo 6

Ataviada con un elegante vestido de seda negra y con el cabello cuidadosamente recogido en un moño trenzado, Anne aguardaba a solas sentada en el comedor del desayuno, mordisqueando una rebanada de pan tostado seco. Eran las nueve menos cuarto. Su criada ya había hecho las maletas y lo único que faltaba era que su madre terminara de prepararse y que Hartford fuera a recogerlas.

Se preparaba mentalmente para lo que le esperaba desde que se había despertado.

Según Stella, un viaje en compañía de Hartford resultaba más peligroso para su bienestar que cualquier otra cosa que Julia hubiera pasado hasta ese momento. Anne estaba decidida a mantener la cabeza fría y estar en guardia en todo momento cuando estuviera con él. Un descuido, un momento de distracción, podría acabar en desastre: quizá dijera o hiciese lo que no debía.

Dios sabía que Hartford podía sacar lo peor de ella.

De repente, Horbury entró en silencio en el comedor; le traía dos cartas sobre una bandeja de plata.

—El correo, mi señora.

Anne observó la dirección en el reverso de los sobres mientras el anciano mayordomo se tomaba la libertad de servirle más té.

Se le aceleró el pulso.

¡Por Dios!

Las dos eran cartas de Julia. Ambas enviadas con pocos días de diferencia. Y llegaban con mucho retraso.

—¿Por qué he tardado tanto en recibirlas? —se preguntó—. Las mandó hace quince días desde... —Entornó los ojos tratando de leer el borroso sello postal—. Hardholme, en York del Norte, dondequiera que esté eso.

—Si me permite, mi señora —dijo el mayordomo mientras volvía a dejar la tetera en la mesa—, en esos remotos rincones rurales el servicio de correo no es tan eficiente como en la ciudad.

—No, desde luego. No hay más que ver lo que han tardado en llegar estas cartas. —Anne lo miró agradecida mientras abría la primera—. Gracias, Horbury. Eso es

todo.

El mayordomo se retiró.

Una vez sola, desdobló el papel y empezó a leer.

Mi querida Anne,

Seguramente ya habrás sabido de mi fuga con el capitán Blunt.

Por favor, no te alarmes. Las cosas no son lo que parecen. La verdad es que, poco después de que te marcharas de Londres, mi situación se volvió insoportable. No, ¡insostenible! Mi madre llamó al doctor Cordingley y ese hombre horrible insistió en hacerme dos sangrías seguidas. Llegué a temer por mi vida.

Más tarde, ese mismo día, el capitán Blunt vino a verme. Sé que no me creerás, pero es un hombre bueno y honorable. Ha sido sumamente amable conmigo en tu ausencia, y en más de una ocasión ha venido a socorrerme. Verlo en mis peores momentos fue como recibir una señal divina. Se sentó a mi lado, tan serio, tan dulce... Fue en ese momento cuando tomé las riendas de mi destino y (no te asustes, querida) ¡le propuse matrimonio!

Dejó de leer y exclamó asombrada:

—¡Julia! Pero ¿qué has hecho?

Las mujeres no se declaraban, ni siquiera desde su lecho de muerte.

Eso era algo que podía pasar en las páginas de una de las novelas románticas de Julia, pero nunca en la vida real.

Siguió leyendo, presa de emociones contradictorias.

No me cabe ninguna duda de que mis padres habrán dado una versión distinta de los acontecimientos. Te ruego que no les hagas caso. Confía en mí. Sé lo que hago. Y, lo más importante, estoy escuchando a mi corazón. Si pudieras verme ahora, lo entenderías perfectamente.

Cada nueva palabra convencía a Anne de que se había equivocado. De hecho, la única queja de Julia acerca de su nuevo hogar en el condado de York era la lamentable falta de servicio. Al no disponer de dama de compañía que cuidara de ella, no tenía a nadie que le lavara y planchara los vestidos. Un inconveniente menor en comparación con lo que ella había sospechado.

Había cometido un error garrafal.

Y si todavía tenía alguna duda, la segunda carta lo dejaba aún más claro. Era un

auténtico catálogo de florecillas, rayos de luna y ardientes sentimientos románticos.

> *Jamás creí que la felicidad fuera posible más allá de las páginas de mis novelas. Pero si existe en este mundo, la he encontrado aquí, con el capitán Blunt, en el condado de York.*

Cuando terminó de leer, la situación estaba perfectamente clara.

Su amiga no había sido secuestrada; al contrario, parecía que, durante el breve viaje de Anne a Birmingham, Julia se había enamorado.

—¡Dios! —murmuró—. ¿Qué locura he puesto en marcha?

Se levantó de la mesa a toda prisa y salió corriendo del comedor del desayuno para subir rápidamente las escaleras hasta la habitación de su madre.

La encontró sentada ante su artificioso tocador con faldones de seda rosa. Hortense, su doncella francesa, estaba de pie detrás de ella retocándole el peinado.

—No hace falta que vayamos —afirmó Anne, jadeando.

Su madre lanzó una mirada distraída al espejo enmarcado en oro.

—¿Qué dices?

Anne se llevó una mano al corsé y se obligó a mantener la calma.

—La señorita Wychwood no está en peligro. —«Pero yo podría estarlo si me veo obligada a estar en compañía de Hartford durante mucho tiempo», añadió para sus adentros.

—Por supuesto que la muchacha no está en peligro. El daño ya está hecho y su reputación nunca volverá a ser la misma. Lo único que le queda es sacar lo mejor de su decisión temeraria.

—No era eso lo que quería decir. —Anne dio un paso adelante. La falda de su vestido de viaje se pegó al lateral curvo del tocador de su madre—. Me refería a que ya no hace falta que viajemos al condado de York.

Su madre apretó los labios.

—Si esto es una broma, no podría ser más inoportuna.

—No es ninguna broma, mamá. Podemos quedarnos en Londres.

—No digas tonterías. Por lo que decía la columna del señor Drinkwater, nuestra visita a la finca de Blunt es obligada.

Anne trató de suavizar el tono. No pensaba dejarse llevar por el pánico. Ella misma había creado aquel embrollo y también podía arreglarlo todo.

—El señor Drinkwater no tiene tanta autoridad como piensas. Solo hay que ver lo poco que se vende el *Spiritualits Herald.* No lo lee casi nadie.

—Exacto. Es una publicación exclusiva.

—Una publicación que nadie se toma en serio. No hace falta que nos tomemos tantas molestias solo porque un hombre haya hecho una afirmación ridícula.

—¿Ridícula? —Su madre la miró exasperada—. De verdad, Anne, esto no hay quien lo aguante. No hace ni una semana que estabas poniendo al señor Drinkwater por las nubes.

—Sí, ya lo sé; pero pensándolo bien...

—Basta de tonterías. Partimos en una hora y todavía tengo que terminar de arreglarme. —Entonces se dirigió a su doncella y añadió—: Más horquillas, Hortense. No quiero tener que arreglarme el pelo en pleno viaje más de lo estrictamente necesario.

Hortense obedeció y tomó un puñado de horquillas metálicas de un bote opaco de color verde que estaba sobre el tocador. Al hacerlo, movió el tarro y algo cayó de detrás con un suave tintineo de cristal.

El objeto oculto rodó hasta quedar a la vista, era un frasco tapado, medio lleno de un líquido de color marrón rojizo.

La doncella lo devolvió rápidamente en su sitio, donde quedó oculto.

Pero ya era demasiado tarde. Anne lo había visto.

Se quedó mirando fijamente el lugar donde había caído y luego alzó la vista muy despacio hacia la sirvienta.

Hortense permanecía impasible, como si nada ocurriera. Era como un sacerdote, una guardiana de los secretos de su señora. No hablaría aunque esos secretos fueran mortales.

—Déjanos —espetó Anne con brusquedad.

Hortense asintió y se retiró sin rechistar.

Lady Arundell se volvió hacia Anne.

—¿Qué demonios te pasa, niña? No permitiré que digas a mis sirvientes lo que deben hacer.

Anne tomó el frasco de detrás del bote de horquillas y lo sostuvo entre los dedos como si fuera la serpiente más venenosa del mundo.

—¿De dónde has sacado esto?

Lady Arundell se quedó de piedra.

—Te estás pasando de la raya, Anne.

—¿De dónde? —insistió— ¿Te lo consiguió Hortense? Juro por Dios que si te ha estado suministrando este veneno...

Su madre le arrebató el frasco.

—Ella no tiene nada que ver. Yo misma conseguí el láudano.

—¿Por qué? —La angustia le teñía la voz. No podía volver a pasar por aquello. Y menos después de lo mucho que ya había sufrido tras la muerte de su padre. Su madre había estado muy perdida por aquel entonces. Rota. Nadie sabía hasta qué punto.

Pero Anne no podía olvidarlo.

Cuando el conde murió, su esposa se hundió por completo.

Se había negado a comer, incluso a hablar. Pareció tirar la toalla. Durante mucho tiempo, permaneció recluida en su cama, tomando láudano para aliviar el dolor, con las cortinas cerradas y la habitación en penumbra.

Anne nunca había sentido una desesperación tan profunda, ni tanto miedo, como entonces.

Ya había perdido a su padre y tenía miedo de perder también a su madre.

—Prometiste que...

—Me cuesta dormir —respondió con tono defensivo—. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué me pase las noches despierta, volviéndome loca?

—Deberías llamarme cuando te pase.

—¿A las dos o a las tres de la mañana? ¿Noche tras noche?

—¡Sí!

—No digas tonterías. Solo he tomado algunas gotas por la noche para ir tirando hasta que Fielding se recupere. Últimamente me he apoyado mucho en él. —Lady Arundell volvió a poner el frasco de láudano en su tocador—. No sabes lo que es estar sola siendo mujer.

—No estás sola —protestó—. Me tienes a mí.

—Y doy las gracias a Dios por eso. Tu compañía me reconforta. Pero no es lo mismo que tener a un caballero en la vida de una. Y ahora que Fielding está enfermo, este viaje con Hartford me hará mucho bien.

Anne se puso tensa. Su compañía debería ser igual de agradable que la del señor Fielding. ¡Y, desde luego, mejor que la de Hartford, por el amor de Dios!

Pero su madre pertenecía a otra generación. Se había casado a una edad temprana y valoraba la orientación y la compañía de su marido por encima de todo. No era un desprecio hacia ella. Las cosas, simplemente, eran así. Ninguna hija, ni siquiera una tan querida y especial, podía estar a la altura de un marido o de un hijo varón.

Anne no compartía esa forma de ver las cosas, en realidad no le gustaba, pero era así. De nada servía pretender lo contrario.

Posó la mano sobre la de su madre. La compasión se impuso a cualquier otra emoción.

—¿Solo te sientes así desde que el señor Fielding no está?

Su madre le estrechó los dedos.

—Qué tonta eres. Hablas como si alguna vez hubiera dejado de sentirme así.

—¿Y Dimitri? —Anne detestaba mencionarlo siquiera, pero ya hacía tiempo que había aprendido a animar a su madre a buscar consuelo donde pudiera—. ¿Su presencia no te da tranquilidad?

—Dimitri está muy callado últimamente.

—¡Ay, mamá! —murmuró.

El rostro de lady Arundell se ensombreció por un momento por el peso de la pérdida. Se recompuso rápidamente.

—No hay consuelo posible. Y no soy tan ingenua como para esperarlo. Nadie puede comprender lo que sufro en estos momentos. Salvo, quizá, su majestad. La magnitud de su reciente pérdida es comparable a la mía.

El príncipe Alberto había fallecido hacía seis meses, dejando a la reina y a otros muchos miembros de la alta sociedad paralizados bajo el peso abrumador del duelo. Sin embargo, Anne no creía que la reina Victoria se dejara vencer por esa emoción. La soberana era fuerte. Muy pronto volvería a ser ella misma, tras uno o dos años de duelo formal.

Pero su madre...

Cuando por fin había salido de sus aposentos, con los ojos hinchados a causa del llanto y el rostro apagado por el láudano, la condesa viuda de Arundell había abrazado el dolor con todas sus fuerzas. Lo había integrado en sus huesos, cosa que la había sumido a ella y a todos los que la rodeaban en un eterno luto.

Anne había entendido muy bien la situación.

Su padre había sido su roca, la estrella polar que guiaba sus pasos. Cuando lo perdieron, perdieron también la tierra firme sobre la que se asentaba toda su vida. Desde entonces, estaban en caída libre, en busca de algo que las sostuviera.

Su madre se había aferrado a los fantasmas, desesperada por hallar sentido en el mundo del más allá. Y Anne... suponía que ella se había agarrado a su madre.

¿Había sido lo correcto? ¿No habría sido mejor darle espacio?

Anne no se permitía pensar en esa posibilidad. No importaba que su madre ahora estuviera más interesada en el mundo espiritual que en el de los vivos. Después de la muerte del príncipe Alberto, parecía que muchas personas en Londres compartían esa inclinación.

—Seguramente eso es lo que te ha puesto triste —comentó Anne—. La muerte del príncipe consorte debe haberte recordado esos primeros días tras el fallecimiento de papá.

—Una época terrible. —Le dio unas palmaditas en la mano antes de soltarla—. Mejor no hablar de aquello. Tenemos cosas más importantes en qué pensar. Hartford llegará en cualquier momento. Confío en que no tengas más objeciones a nuestro viaje.

—No. Claro que no —respondió con resignación—. Si este viaje te levanta el ánimo, por supuesto que debemos ir.

Capítulo 7

Hart observaba a Anne desde el asiento que ocupaba frente a ella en el vagón de primera clase, mientras el tren avanzaba hacia York. La tensión entre ella y su madre era palpable, aunque distinta a la que había advertido la última vez que las había visitado en Grosvenor Square. Era una sensación más contenida, menos a flor de piel.

Resultaba extraño, no lograba precisar exactamente qué ocurría.

Lady Arundell parecía animada. Se había acomodado en su compartimento privado, con paredes de madera pulida y asientos tapizados, y estaba absorta en las páginas de uno de sus periódicos espiritistas, que parecía un almanaque astronómico.

Mientras tanto, Anne permanecía inmóvil y en silencio. Acostumbraba a achicarse en presencia de su madre, como si la personalidad dominante de lady Arundell proyectara sobre su hija una sombra permanente. Pero esta vez era distinto. No solo estaba callada, parecía retraída, distante.

Sin un libro o revista que la entretuviera, había pasado las primeras dos horas del viaje hacia el norte viendo el paisaje por la ventana, con la mente en otro lugar. Solo se había aventurado a mirar a Hartford con un gesto de reproche dirigido a su ropa.

Hart sintió cómo la desaprobación de esos ojos color avellana le llegaba al alma. Se había bebido cada segundo de esa mirada del mismo modo que apuraría un vaso de agua un hombre que vagara por el desierto. Se había quedado prácticamente igual. Seguía sediento, completamente insatisfecho.

Anne solía tener ese efecto sobre él.

Fuera, el crujido de los engranajes y el metal anunciaba que estaban llegando a la estación de Derby.

Se alisó el chaleco a cuadros azules y verdes mientras el tren reducía la velocidad. Estaba confeccionado en sarga de lana y hacía juego con la levita y los pantalones. A pesar del evidente desdén que su ayuda de cámara, Bishop, había mostrado respecto a su vestimenta, a Hart le parecía un conjunto bastante llamativo. El sufrido sirviente viajaba en un vagón de tercera clase al final del tren, en compañía de las doncellas.

—Podemos bajar un momento —sugirió Hart—. Así tendremos ocasión de estirar las piernas.

Lady Arundell levantó la vista de su diario, ajena al estruendo del tren al reducir la velocidad.

—Yo estoy bien aquí. —Hart no lo dudaba. Había pagado un buen dinero por aquellos billetes, además de una cantidad adicional para asegurarse de que no tuvieran que compartir el compartimento con desconocidos.

—No volveremos a parar tanto rato hasta que cambiemos de tren en York —alegó—. Si se cansara...

—Puede ir saliendo —lo interrumpió lady Arundell retomando la lectura—. Y tú también, Anne, no necesito que me vigiles.

Su hija apretó los labios, claramente molesta. Pero, cuando el tren llegó a la estación y emitió un silbido agudo con el que anunció su llegada, se levantó junto a Hart.

Él le ofreció el brazo al salir del vagón de primera clase.

Ella lo aceptó a regañadientes.

—Parece usted un pavo real.

Hart sonrió.

Solía vestir con colores llamativos en presencia de Anne y de su madre. Alguien debía hacerlo, especialmente en aquella ocasión. Si hubiera aceptado la sugerencia de Bishop y se hubiera puesto un traje negro, parecerían un trío de dolientes camino a un funeral.

—¿Y en qué la convierte eso, mi hermosa Furia? —preguntó Hart mientras la guiaba a través de la multitud de pasajeros que aguardaban para embarcar. Era un escenario ruidoso y caótico donde se oían los gritos de los botones y los muchos viajeros que se apresuraban en todas direcciones envueltos por el torbellino de humo que flotaba en el andén.

—En un cuervo negro, sin duda —respondió con franca soltura. Nunca dudaba en decir la verdad, incluso a costa de su vanidad.

Era una de las cosas que más le gustaban de ella.

—Exacto, un cuervo —repitió—. Un pájaro noble e inteligente.

—Mientras que un pavo real...

—No es tan inteligente, desde luego. —Bajó la cabeza y le susurró al oído—: Pero no negará que es más agradable a la vista.

Anne reprimió una sonrisa.

—¿Por qué siempre tiene que ser tan...?

—¿Alegre? Félix significa feliz. ¿No recuerda el latín que estudió?

—Parece que ha convertido usted su nombre de pila en un reto personal.

—Es posible —admitió—. Desde luego, ha sido una de mis aspiraciones desde niño. Supongo que no aprueba usted la alegría, igual que no aprueba a los pavos reales.

—No sea ridículo —repuso—. Y tengo buenas razones para despreciar a los pavos reales. Teníamos algunos en Cherry Hill cuando era niña. Chillaban mucho. Era un sonido aterrador.

—Lo recuerdo. —Hart se recolocó la mano enguantada de Anne en la parte interna del codo—. ¿Vamos a la librería?

—Claro.

El pequeño mostrador del puesto de libros con sus estanterías se veía desde la mitad del andén. Mientras avanzaban, la falda de Anne rozaba la pierna su acompañante. Él percibía su perfume, una fragancia que le subía la temperatura y agudizaba sus sentidos. Era el mismo perfume que llevaba años atrás, un hechizante aroma a vainilla y rosa, exótico y dulce al mismo tiempo.

Aquel olor le evocó recuerdos del pasado.

Hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de ella. Había olvidado lo natural que le resultaba. Lo increíble y maravillosamente adecuado que le parecía.

Encajaban. Siempre habían encajado. Aunque no tanto en estatura. Él medía más de metro ochenta y ella... era claramente mucho más baja. Pero no por ello era una dama frágil, al contrario. Tenía un carácter enérgico y vital, era una Furia.

Esa fuerza parecía haberse reducido con los años, su madre se la había arrebatado. Pero una Anne Deveril menos fuerte seguía siendo más vibrante y más deliciosamente formidable que cualquier otra dama que él conociera.

Saboreaba cada segundo en su compañía.

—Quizá le apetezca leer algo —sugirió—. Será mejor que pasar todo el viaje mirando por la ventana.

—No me apetece leer —confesó—. Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Eso me ha parecido. —Se detuvo—. Dígame, querida, ¿se ha peleado con su madre?

Ella le lanzó una mirada cortante que dejó bien clara la respuesta.

—Vaya, vaya —susurró Hart—. ¿Es que nunca cesarán las sorpresas?

Anne frunció el ceño, molesta.

—¿Siempre tiene usted que ser tan sabelotodo?

—Yo no sé nada. Soy un hombre que solo se preocupa por su propia diversión, o

eso tengo entendido. Sin embargo, de vez en cuando me intereso por asuntos que nada tienen que ver con el placer. Como en usted, entre otras cosas.

—Qué halagador.

Él la observó con atención. Era evidente que estaba cansada, tenía ojeras y un inusual matiz gris en su tez de alabastro. Sin embargo, no eclipsaba su belleza. Era, y siempre sería, la deslumbrante belleza rubia de su juventud.

—Será mejor que me cuente lo que ha pasado. De lo contrario seguiré molestándola hasta que lo averigüe.

Anne resopló irritada.

—Muy bien. Ya que insiste, la señorita Wychwood no corre ningún peligro después de todo. Recibí una carta suya esta mañana en la que me informaba de que se ha casado con el capitán Blunt por voluntad propia. Lo que significa que no hay ninguna razón en la tierra para que hagamos este viaje infernal.

Hart no pudo contener una carcajada.

Una mujer elegante que pasaba por allí acompañada de sus hijos y sirvientes, lo miró con disimulado desdén. Las demostraciones públicas de emoción se consideraban de clase baja y, por lo tanto, indeseables. Hart era muy consciente del prejuicio. Pero eso no afectaba a su buen humor.

Anne, sin embargo, estaba avergonzada.

Y furiosa.

—Si va a rebuznar como un idiota... —Intentó liberar el brazo.

Hart posó la mano enguantada sobre la de Anne.

—Le pido disculpas. Ha sido un acto reflejo.

—El acto reflejo de un insensible...

—Un idiota, como ya ha dicho. Vamos. No monte un escándalo.

—¿Yo? No soy yo quien se ríe de la desgracia ajena en un andén lleno de gente.

—¿Qué desgracia? —Le recolocó la mano con delicadeza—. Todavía tendrá ocasión de ver a su amiga. Seguro que eso será de alguna utilidad. Y, además, podrá pasar unos días conmigo. ¿Cuánto tiempo dijo usted que ha pasado? ¿Seis años y medio?

—Sabe exactamente cuánto tiempo ha pasado —espetó—. ¿Siempre tiene que estar bromeando?

—¿Preferiría conversar en serio?

Anne apartó la vista y se volvió hacia el andén con expresión pensativa.

—No sabría por dónde empezar.

Él sintió una punzada de arrepentimiento. Era el responsable de esa expresión

perdida en su rostro. Puede que Anne lo hubiera rechazado hacía seis años y medio, pero él no estaba libre de culpa. Había sido hosco. Insensible. La había deseado demasiado. En aquel entonces, no conseguirla había sido un golpe del que temía no recuperarse jamás.

Y tal vez así había sido.

Adoptó un tono más grave y le dijo con total sinceridad:

—No siempre tengo ganas de molestarla, lady Anne. También me gustaría hablar en serio. Si quiere.

—¿Para qué? —preguntó—. Es evidente que usted ha seguido con su vida.

Hart frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Usted mismo dijo que está buscando esposa.

—Yo nunca... —Guardó silencio al recordar las provocadoras palabras que le dedicó cuando ella lo había visitado en la calle Arlington—. Eso solo fue un intento fallido de...

—Lo que no mencionó es que ya estaba cortejando a alguien.

—¿Qué?

—No lo niegue. Le vieron con ella en el parque Battersea, paseando en su calesín. Una belleza, según he oído.

Más tarde, Hart reviviría la escena en su mente y se recriminaría por su insensatez estúpida. Pero en ese momento, al pensar en Ethel Neale y en las circunstancias melodramáticas que ella le había relatado mientras la paseaba por el parque, no pudo evitar soltar otra carcajada.

Fue lo peor que pudo hacer.

Anne le soltó el brazo, se dio media vuelta y se dirigió airada hacia el vagón de primera clase, acompañada por un furioso frufrú de seda negra.

Él la siguió entre la humareda, presa de un inmediato remordimiento.

—Anne, espere.

—No vuelva a dirigirme la palabra —espetó.

Él se atrevió a sonreír ligeramente.

—¿Nunca?

Ella lo fulminó con la mirada, con las mejillas sonrojadas por algo parecido a la vergüenza.

—Nunca —aseguró—. A menos que primero madure.

❋❋❋

Al llegar a York, lady Arundell anunció su intención de pernoctar allí. Habían planeado pasar la primera noche de su viaje más al norte, en Malton, pero el cansancio fue más fuerte y no se dejó convencer para continuar.

Hartford encontró una posada respetable cerca de la estación y reservó unas habitaciones. En total, tres. La condesa viuda prefería tener su propio aposento, que compartía con Hortense.

Anne fue relegada a la habitación contigua, un espacio semejante a un vestidor, pero lo bastante grande para acogerla a ella y a su doncella francesa, Jeanette. Allí, se despojó de su vestido, polvoriento y sudado, y se dio un buen baño.

Estaba sucia del viaje en tren. No sabía decir qué era peor, si el humo o el hollín que se pegaba a la ropa y al cabello. Era asqueroso.

Cuando terminó de lavarse, cambiarse y arreglarse el cabello, ya eran casi las ocho en punto. Hartford mandó a un sirviente a comunicarles que había conseguido un salón privado para ellas.

Anne no tenía motivos para dudar de su capacidad. Se había mostrado irritantemente eficaz cuidando de ellas, aunque no le gustara admitirlo. Aún estaba molesta por cómo se había reído de ella.

Le ardían las mejillas al recordarlo.

¡Y que todavía tuviera el poder de molestarla así! Como si fuera una muchacha de dieciséis años y no una mujer ya adulta.

Desde que volvieron a subir al tren en Derby, no le había dirigido una sola palabra. Debía reconocer que él se había esforzado para no provocarla. Si no lo conociera como lo conocía, casi sospecharía que se sentía culpable.

Pero no.

No iba a caer en la trampa de sentir pena por el diablo.

En cuanto terminó de asearse, se dispuso a entrar en la habitación de su madre. Antes llamó con suavidad a la puerta que conectaba ambas estancias.

—¿Mamá?

—Adelante —contestó lady Arundell.

Anne se detuvo a los pies de la cama de latón.

La dama estaba recostada sobre unos almohadones, con una bandeja sobre el regazo, y ya había devorado la mitad de la cena.

—He pedido que me suban una bandeja —dijo pese a la evidencia.

Anne se acercó un poco más.

—Pensé que íbamos a cenar en el comedor de abajo.

—El viaje me ha agotado. Necesito descansar.

—Entonces yo también me retiraré temprano.

Su madre rechazó la idea con un gesto.

—De ninguna manera. Cenarás con Hartford. Una de nosotras debe hacerlo.

Anne se puso tensa.

—Mamá, realmente no creo que...

—Discúlpate de mi parte. Dile que espero reanudar nuestro viaje mañana temprano. No me retrasaré. —Le dedicó una mirada decidida mientras cortaba la carne—. Vamos, mi niña. Seguro que puedes ser agradable con el caballero durante una o dos horas.

—¿En un salón privado? —preguntó incrédula.

—No seas quisquillosa. De niños erais casi como hermanos. No temo que se comporte indecorosamente. Hace mucho que dejó de ser un muchacho que te tiraba de las trenzas o te metía ranas en el delantal. Lo peor que puedes esperar es que te interrogue sin mala intención.

Anne se preguntó cómo su madre podía estar tan ciega respecto a Hartford. Pero, en realidad, la mujer no sabía nada de su propuesta ni de la negativa de Anne.

Fue su padre quien se había dado cuenta de todo. Por eso había estado tan ansiosa por hablar con él antes de que falleciera.

—Hartford no es mi hermano —afirmó—. Es un...

—Vamos, Anne —la interrumpió lady Arundell, bajando el tenedor—. ¿Es que tienes que cuestionármelo todo? Desde que pasas tanto tiempo con esas amigas obsesionadas con los caballos te has vuelto muy contestona. Empiezo a sospechar que han sido una mala influencia para ti. —Hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta, ya sin paciencia—. Retírate.

Se tragó cualquier otra objeción. ¿De qué serviría protestar? La autoridad de su madre era ley, y ella sería una hija ingrata si eligiera ese momento, justo cuando parecía volver a estar tan afectada en el duelo, para entablar una discusión por algo tan insignificante como una cena.

Aunque, a decir verdad, a ella no le parecía tan trivial.

Salió de la habitación sumida en un triste silencio.

Una cosa era soportar la compañía de Hartford en presencia de su madre y otra muy distinta estar a solas con él.

Volvió a recordar cómo se había reído de ella.

¡Oh, cómo lo despreciaba!

Capítulo 8

Hartford esperaba a Anne en el vestíbulo. Al igual que ella, se había lavado y cambiado de ropa. Se había peinado con esmero y estaba recién afeitado. Ya no vestía tartán, sino un pantalón a rayas y una levita de terciopelo de un llamativo color mora.

Anne cerró los ojos un momento. ¿Qué pecado habría cometido en la vida para merecer semejante castigo?

Hartford sonrió al advertir su expresión de mártir.

—Supongo que ahora estoy mejor —comentó, acomodándose la levita. Por sorprendente que fuera, la prenda tenía un corte impecable y enmarcaba estupendamente sus irritantes hombros anchos—. ¿No le gusta el terciopelo?

Ella se negó a dejarse provocar.

—Lo que yo opine no tiene ninguna importancia.

Él miró por encima de su cabeza sin dejar de sonreír.

—¿Dónde está la condesa?

A Anne no le hizo ninguna gracia tener que contestarle. Sabía lo mucho que se alegraría de su situación.

—Mi madre está fatigada por el viaje —respondió con frialdad—. Me ha pedido que le transmita sus disculpas y promete estar en condiciones de viajar mañana a primera hora de la mañana.

La respuesta de Hartford sorprendió mucho a Anne.

No se rio, ni le dedicó una sonrisa burlona, ni hizo ningún comentario sarcástico. Simplemente la miró, en silencio, con solemnidad, con una repentina expresión pensativa en la mirada.

—Entonces —dijo finalmente— ¿usted y yo vamos a cenar solos?

—Eso parece.

Anne recuperó la compostura y pasó junto a él, decidida a sacar lo mejor de la situación.

Él la tomó del brazo con delicadeza.

—Nuestro salón privado está por aquí.

Sintió la presión de los dedos de Hartford sobre su brazo envuelto en seda y bombacina, un contacto tan íntimo que parecía que él hubiera tocado su piel

desnuda.

Sintió un revoloteo de mariposas en el estómago, pero no entendía el motivo de aquella sensación.

Quizá fuera porque se sentía abatida, preocupada por su madre, por el primo Joshua, e incluso aún por Julia. O quizá porque estaban en un lugar desconocido, ante la inminente perspectiva de quedarse a solas.

Fuera cual fuese el motivo, se negaba a dejarse llevar por esa sensación.

Con la cabeza bien alta, permitió que él la guiara al salón privado que había reservado.

Era una estancia acogedora, caldeada por la chimenea recién encendida. Dos sirvientes dejaron sendos platos calientes de pollo asado y verduras hervidas sobre la mesa, junto con una botella de vino.

Hartford le retiró una silla.

—Le ruego que disculpe la sencillez de la comida. La pedí pensando en su madre.

Debería haber dicho que era totalmente insípida.

Todo el mundo conocía la inclinación de su madre por la comida sencilla. No solo condenaba el azúcar, tampoco le gustaban las salsas untuosas y el uso excesivo de condimentos. Para ella era de suma importancia tener un estricto control sobre su dieta.

—No hay problema —aseguró Anne mientras tomaba asiento.

Ya le habían puesto su plato y los cubiertos, así como también el servicio necesario para un comensal más en aquella vieja mesa de madera.

Hartford indicó a los sirvientes que retiraran el tercer cubierto. Estos obedecieron con rapidez y salieron del comedor haciendo muchas reverencias, inclinaciones y murmurando «sí señora» y «sí señor».

Anne estaba acostumbrada a ese tipo de comportamiento. Siempre que viajaba con su madre, los posaderos que las atendían a lo largo del camino armaban un gran alboroto.

Hartford se sentó frente a ella en la mesa.

—¿Le molestan las reverencias? —le preguntó.

—Casi no lo noto. —Se extendió la servilleta sobre el regazo—. Me sorprende que usted sí.

—Olvida usted que solo tengo trato de señor.

—Es usted nieto de un conde, aunque no tenga título propio.

—Esa distinción tiene muy poca importancia para un tabernero. —Hartford le

sirvió una copa de vino—. En cualquier caso, prefiero que mi linaje no entre en un lugar antes que yo. Ya me he dado cuenta de que es mejor ser juzgado por mis propios méritos. —Esbozó una sonrisa traviesa—. O por la falta de ellos.

Anne levantó la mano para indicarle que ya podía dejar de llenarle la copa.

—¿Está insinuando que yo me apoyo en mi título?

—No lo sé, mi señora. ¿Es así?

—Por supuesto que no. —Tomó el cuchillo y el tenedor—. Y no finja ni por un segundo que es usted igual a un tabernero. Puede que no pueda poner un «lord» o un «sir» delante de su nombre, pero sigue siendo un caballero de buena familia. Eso salta a la vista.

—¿Entonces lo admite? —Se sirvió vino—. Y pensar que todo este tiempo he vivido convencido de que me consideraba usted un sinvergüenza.

—Lo que es sin duda es un hombre predecible. No ha pasado ni cinco minutos en mi compañía y ya intenta provocarme.

—Yo no deseo provocarla —replicó, con un aire de diversión reflejado en sus ojos azules—. Pero reconozco que me gusta ver algún destello de su antiguo carácter de vez en cuando.

Ella cortó un trozo de pollo asado.

—Si no deja de pincharme, me marcharé. Tiene suerte de que le hable después de cómo se comportó usted en Derby.

En cuanto lo dijo se arrepintió de sus palabras.

No solo recordaban la inoportuna risa de Hartford, sino también la conversación que la había precedido. Una conversación sobre la hermosa joven a la que él estaba cortejando.

Le dieron ganas de abofetearse a sí misma por volver a mencionar el asunto.

La sonrisa se desvaneció de los ojos de Hartford. Durante un tenso instante, pareció que iba a decir algo serio. Pero no pronunció una sola palabra. Se concentró en su plato de comida y se sumió en un silencio reflexivo.

Anne también guardó silencio mientras comía.

Durante un buen rato, los único que se oía en la estancia era el tintineo de los cubiertos, el chisporroteo y crepitar del fuego en la chimenea y el suave burbujeo del vino cada vez que Hartford rellenaba las copas en silencio.

Ella se dio cuenta de que estaba bebiendo mucho más de lo habitual. No solo por el silencio forzado, sino también por las peligrosas emociones latentes. La tensión vibraba en el aire. Era tan densa que apenas lograba tragar el pollo asado.

Oh, ¿por qué no había insistido en cenar en su habitación? Si lo hubiera hecho,

habría evitado esa incómoda cena.

Justo cuando sintió que no podía soportarlo más, Hartford dejó el tenedor y la miró fijamente con el ceño fruncido, visiblemente preocupado.

—Anne —comenzó a decir muy serio, tuteándola—. Sobre esa joven de Battersea...

—No —repuso.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir.

—Sí lo sé. Y no tienes por qué. —Dejó el cuchillo y el tenedor en la mesa y lo miró fijamente a los ojos, con valentía. No había lugar para la cobardía. Ella había sacado el tema, por tonta, y era ella quien debía zanjarlo—. Nunca debí mencionarlo. No es asunto mío a quién cortejes.

—Esa es la cuestión, querida —replicó Hartford—. No estoy cortejándola.

Anne lo miró totalmente desconcertada.

Y entonces, de pronto, creyó entenderlo todo.

El rubor le trepó por la garganta. ¡Dios mío! Era su amante.

Hartford tenía una amante.

Una inexplicable sensación de dolor y traición le contrajo el pecho, oprimiéndole el corazón y los pulmones hasta casi dejarla sin aliento.

Qué tonta. ¿Qué derecho tenía a sentirse herida? No tenía ningún derecho sobre él.

Además, no era ninguna ingenua. Muchos caballeros tenían amantes.

Mujeres hermosas y experimentadas con las que compartían besos y otras intimidades. No podía ser peor que la posibilidad de que cortejara a una muchacha.

Y, sin embargo, y por algún motivo, la hirió todavía más.

Hartford no estaba con la joven en Battersea Park solo por un sentido del deber, por la obligación de casarse y formar una familia. Estaba con ella porque le gustaba. Porque la deseaba.

Durante todo aquel tiempo, a Anne nunca se le había ocurrido pensar que él pudiera estar entregando su cariño a otra persona.

—Se llama Ethel Neale —dijo—. Es mi...

Anne hizo una mueca de dolor.

—Por favor, no sigas...

—Hermana.

—No quiero...

Anne tardó unos segundos en entender. No era lo que ella esperaba.

—Disculpa. ¿Qué has dicho?

Hartford apretó los dientes.

—Es mi hermana. Mi hermanastra.

Lo miró boquiabierta, estaba atónita. Tardó en poder hablar.

—Pero... no tienes ninguna hermana. Ni hermanastra tampoco. Al menos, que yo sepa.

—Nadie lo sabía, salvo mis padres. —Hartford había perdido cualquier rastro de su humor habitual—. Mi madre me lo confesó antes de morir. He guardado el secreto desde entonces, por el bien de mi familia. Y es imprescindible que siga haciéndolo. Solo te lo cuento ahora porque... no quiero que pienses algo de mí que no es cierto. No estoy cortejando a la señorita Neale. —Hizo una pausa y añadió—: Y no es mi amante.

Anne se sonrojó intensamente.

—Yo no he pensado...

—Sí que lo has pensado. Lo he visto en tu cara.

Se contuvo para no contestar. Dios, cómo detestaba que él tuviera razón.

—¿Sabes quién es su padre? —preguntó ella.

A los labios de Hartford asomó una leve sonrisa teñida de una amargura inconfundible.

—No es hija de mi madre, sino de mi padre.

—¿¡De tu padre!? —Se echó hacia atrás, asombrada—. Pero si él era...

—Sí, lo sé. Un dechado de moralidad.

—¿Y durante todo este tiempo resulta que tenía una hija biológica?

—Tres.

—¿Tres? —Se quedó con la boca abierta—. No lo puedo creer.

—Pues créelo. Tuvo una amante durante más de una década. Era una antigua doncella de mi madre.

—Cielos —murmuró entre dientes. ¡La propia doncella de su madre! ¿Es que ya nadie tenía respeto por nada?

—Es una mujer bastante descarada —continuó él—, aunque supongo que tiene sus encantos. Juntos tuvieron un hijo y dos hijas: Marcus, Ethel y Ermintrude. Los mantengo desde que cumplí los veinte años.

—¿Tu padre no dejó ninguna provisión para ellos?

—Ni un centavo.

—Eso no parece propio de él.

Hartford le dirigió una mirada sarcástica y Anne reprimió una mueca.

—No, claro, tienes razón. Nada de esto parece propio del hombre al que conocimos.

El difunto Everett Hartford había sido un ejemplo de corrección. Un caballero honorable y algo severo que, mediante algunos actos caritativos y sus sesudos tratados sobre la corrupta influencia de la inmoralidad entre las clases trabajadoras, se había ganado el respeto de la Corona, la Iglesia y la mayor parte de la alta sociedad.

Naturalmente, no había sido perfecto. Había sido un padre ausente para Hartford. Frío, distante y aparentemente insensible. Anne lo había advertido con frecuencia de niña. No había sido cariñoso con su hijo, ni de palabra ni de obra. Era algo que ella había lamentado a menudo en nombre de Hart, que había sido un niño alegre y travieso. Parecía un cachorro entusiasta, ansioso por recibir cualquier elogio o estímulo paterno.

La frialdad de su padre le había hecho daño.

Incluso así...

No había nada en el carácter de Everett Hartford que indicara que fuera capaz de tal hipocresía.

Más bien al contrario, los padres de Hart parecían personas serias y responsables. Dos pilares de la comunidad que, por una extraña paradoja, habían traído al mundo a un pícaro con fama de no tomarse nada en serio.

Pero, si lo que Hartford decía era cierto, nada de aquello era así.

Él se había echado a la espalda la responsabilidad de proteger la reputación de su familia a costa de su propia tranquilidad y economía.

—¿Cómo puedes permitírtelo? —Anne no pudo evitar preguntarlo—. Tu herencia no basta para...

—Así es —admitió—. Por suerte, tengo otras fuentes de ingresos

—No creo que procedan de tus escritos.

Soltó una carcajada desganada.

—Lo dices con tanta convicción...

—Porque no eres escritor —afirmó Anne.

No pretendía insultarlo. Era simplemente un hecho. Cualquiera que leyera el *Spiritualist Herald*, el *Weekly Heliosphere*, e incluso la publicación bimensual *The Botanical*, enseguida se daría cuenta de que Hartford no se tomaba en serio su trabajo.

Al menos, cualquiera que lo conociera podía advertirlo fácilmente.

Nunca había tenido inclinaciones literarias. Ya de joven era un hombre de

acción. Desde carreras de calesines que ponían los pelos de punta y sangrientos combates de boxeo, pasando por extravagantes desafíos en vehículos de vapor o escalofriantes travesías en globo. Si no estaba involucrado en una broma peligrosa, participaba en alguna apuesta temeraria. Y todo ello solo por diversión, no le temía al peligro.

—Nunca he pretendido serlo —aseguró—. Solo es un pasatiempo. Uno de los muchos que tengo para divertirme.

Anne apuró el vino. No le gustaba recordar esa afición de Hartford por las actividades frívolas.

—No sé si preguntar cuáles son los otros.

—¿Lo estás preguntando?

No era asunto suyo. Sin embargo...

—Supongo que sí —admitió.

—Ya que preguntas, me gusta invertir en patentes novedosas.

Anne alzó las cejas interesada.

Hartford dio detalles a regañadientes:

—Una bomba de alimentación independiente rediseñada para un motor de locomotora. Una máquina de retorcer y escurrir mejorada que ahorrará tiempo a las mujeres cuando hagan la colada. Y más recientemente, una patente para un vehículo de carretera sin caballos formulado según la invención del señor Trevithick. No es precisamente el dispositivo más económico, pero...

—Estás de broma.

—Te aseguro que no.

Anne no sabía qué decir.

Por lo que ella recordaba, Hartford siempre había sido admirador del difunto inventor Richard Trevithick. Una vez le había prestado un libro sobre el asunto. Lo había leído y se convenció de que los inventos del señor Trevithick para fabricar vehículos que pudieran viajar por las carreteras impulsados por vapor habían dado lugar a más catástrofes que éxitos.

Sin embargo, sus opiniones no habían servido para frenar el entusiasmo de Hartford.

—Apoyo las patentes de varios inventores prometedores —añadió—. Supongo que tampoco lo apruebas.

—No lo desapruebo. Solo me pregunto cómo esas inversiones especulativas pueden bastar para mantener a la amante de tu padre y a tres hijos.

—No bastan. Tengo otras fuentes de ingresos más fiables. Corrientes se podría

decir. Y doy gracias a Dios por ellas. Si no las tuviera, no tendría medios para saldar las deudas de Marcus Neale. —Apuró el vino que quedaba y devolvió la copa vacía a la mesa—. De eso hablábamos la señorita Neale y yo mientras paseábamos por Battersea Park, por cierto, de las dos mil libras que debe su hermano.

Anne tomó aire.

—¿Dos mil libras? ¿Cómo diantre...?

—¿No te lo he dicho? Desde que volvió del internado esta primavera, mi hermanastro se ha aficionado al juego. Si no pago las deudas, su madre amenaza con destapar las indiscreciones de mi padre. Está convencida de que será recibida como una figura romántica al más puro estilo Emma Hamilton.

—¡Dios mío!

—Sí, es un dilema bastante cómico. Me siento tentado de permitir que la señora Neale cumpla con su amenaza.

Anne negó con la cabeza incrédula.

—¿Y tu abuelo no sabe nada?

—Nada. Ni mi tío. No pueden saberlo, por mucho que me atraiga la idea de permitir que la señora Neale los ilumine. Si los pecados de mi padre se hicieran públicos, provocarían un escándalo que llegaría desde la calle Arlington hasta Westminster. Brookdale tendría que despedirse de su carrera en política. —Sonrió de forma irónica—. No, mi querida Furia. Me temo que, durante los últimos nueve años, y con todo lo inútil que me consideras, yo he sido lo único que se ha interpuesto entre mi familia y la ruina absoluta de nuestra reputación. Estoy seguro de que podríamos encontrar alguna parábola holandesa en todo esto.

En el pecho de Anne brotó una compasión reticente.

—Oh, Hart —susurró.

Una extraña emoción imposible de descifrar cruzó el rostro de Hartford.

Ella se dio cuenta tarde de que se había dirigido a él empleando el cariñoso apodo que había utilizado cuando eran niños. El mismo que había mascullado cuando él la besó hacía tanto tiempo.

«Oh, Hart», había susurrado entonces, levantando una mano para rodearlo por su recio cuello.

La había abrazado con tanta soltura... Tan confiado y seguro de sí mismo... Y, sin embargo, no lo estaba. No del todo. A decir verdad, era la primera y la única vez que lo había notado temblar.

Anne se estremeció al recordarlo.

¿Lo estaba recordando él también?

Debía de ser así para mirarla tan fijamente.

—No quiero tu compasión —espetó él, con la voz áspera—. Si vas a dirigirte a mí de ese modo, que sea porque...

La puerta del comedor privado se abrió antes de que pudiera terminar.

Hartford apretó los dientes cuando entró el posadero acompañado de los mismos sirvientes que los habían atendido durante la cena. Sostenía una bandeja con un pequeño pastel helado y otra botella de vino.

—Mi señora. Mi buen señor. —Se inclinó—. Confío en que hayan disfrutado de la comida. ¿Puedo tentarles con nuestro pastel de Madeira? Por aquí tenemos fama de prepararlo como nadie. Me he tomado la libertad de guardarles este.

—Un poco de pastel sería excelente —celebró Hartford, anticipándose a la negativa de Anne—. Y deje la botella, por favor.

—Muy bien, señor.

El posadero sirvió el pastel y el vino mientras los sirvientes recogían los restos de la cena. Cuando terminaron, los tres se retiraron con reverencias y cerraron la puerta a salir.

Anne lo fulminó con la mirada. Lo que hubiera estado a punto de decir se había perdido en el momento, eclipsado por la interrupción y por su exasperante prepotencia.

—Ya sabes lo que opina mi madre de los dulces.

—Tu madre no está aquí —espetó. —¿O no te habías dado cuenta?

Ella frunció el ceño. Sí que se había dado cuenta. Estar a solas con Hartford esa noche la había obligado a pasar por los siete círculos del infierno.

Lo peor era que había estado a punto de bajar la guardia. Tras oír su historia, había sentido el impulso de ayudarlo. De consolarlo.

Hartford le llenó el vaso por tercera vez.

—¿Esto también está en la lista de prohibiciones de tu madre?

Anne se alarmó un poco al darse cuenta de lo mucho que había bebido esa noche. En casa, no solía tomar más de media copita de tinto francés con la cena. Pero aquella añada, ni de lejos tan fina como la que ella acostumbraba a tomar, parecía tan sabrosa como potente.

Cuanto más bebía, más se le soltaba la lengua.

—Al contrario —aseguró—. Ella considera que el vino es saludable.

—Qué conveniente.

—Mi madre se rige por sus propias reglas. Toda dama debería hacerlo.

Hartford dejó la botella en la mesa.

—Para ellas mismas, tal vez. No para los demás.

Abrió la boca para responder, pero volvió a cerrarla. Con bebida o sin ella, no permitiría que él retomara aquella vieja discusión. La última vez que habían hablado del asunto, se había abierto entre ellos un abismo insalvable durante años.

Tampoco ayudaba que no dejara de burlarse de ella, recordándole siempre que había elegido permanecer con su madre en lugar de casarse con él. Hacía unas semanas, incluso había involucrado a una de sus amigas en la disputa al mandarle un mensaje a Anne a través de Evelyn, precisamente. «Me pidió que te dijera que ninguna planta puede florecer a la sombra de otra. A saber qué significa», le había transmitido.

A Anne se le erizó el vello al pensarlo.

Casi se podría sospechar que quería volver a discutir. Que quería que el abismo se volviera no solo infranqueable, sino fatídico para ambos.

—Quizá deberíamos mandarle algo a tu madre —sugirió mientras cortaba la tarta.

A ella se le aceleró el pulso solo de pensarlo.

—De ninguna manera.

—Tienes razón. Es un placer que deberíamos guardarnos para nosotros.

Sirvió una gran ración de pastel en un plato. La tarta estaba cubierta de un glaseado espeso.

A Anne se le hizo la boca agua. Tenía un aspecto delicioso. Y ella tampoco se atenía siempre a las restricciones de lady Arundell. Cuando estaba en compañía de sus amigas, solía permitirse algún que otro capricho azucarado. Era una de sus pocas debilidades.

Félix Hartford era otra.

Le acercó el plato.

—Vamos —le dijo con la voz sedosa propia de un diablo enviado para tentarla —. Come algo dulce.

—No debería.

—Claro que debes. Aliviará el momento. A fin de cuentas, es tu turno.

Ella lo miró con recelo.

—¿Mi turno de qué?

Hartford sonrió.

—De contarme uno de tus más íntimos y oscuros secretos.

Capítulo 9

Anne resopló, pero la delataba el tono rosado de las mejillas, en intenso contraste con la palidez de su piel y el negro implacable de la ropa.

Llevaba otro vestido de bombacina negra. Era diferente del que había lucido en el tren, pero con un corte igual de sobrio. Aquella prenda era tan provocadora para Hart como una tela roja para un toro.

Se sirvió una ración de tarta obscenamente grande.

—¿No es así como funciona? Un secreto tuyo a cambio de uno de los míos. Parece justo después de todo lo que he confesado.

Ella le dedicó una mirada fría.

—No estabas obligado a confesarme nada.

—Ah, ¿no?

Puede que su confesión no fuera una obligación, pero sin duda había sido un desahogo.

Allí estaba de nuevo esa maldición. Este detestable impulso de aliviar su dolor, sin importar el coste para sí mismo, o para cualquier otra persona.

Cuando ella había mencionado que lo habían visto con una joven en el parque, él había advertido una expresión dolida en el rostro de Anne. Le había afectado pensar que estaba cortejando a alguien. Y más aún al imaginar que podría tener una amante.

Afectada. Dolida.

Celosa.

Hart había sentido tanto la intensidad de su reacción que le había llegado hasta la médula. Lo había animado a albergar esperanzas que hacía mucho tiempo que no tenía.

Después de todo, a ella le importaba. Con reticencias, pero le importaba.

De la misma manera que a él le importaba Anne.

Solo Dios sabía cómo reaccionaría él si la situación fuera la contraria. Si fuera Anne la que hubiese estado paseando por el parque en compañía de algún misterioso caballero.

Si alguna vez llegaba ese día, Hart esperaba que ella le dijera la verdad, por muy dolorosa que fuera, y aliviara así su sufrimiento lo antes posible.

—No, no estabas obligado —le repitió—. Ha sido decisión tuya contarme lo de tu padre... lo de la señora Neale y sus hijos.

Hart aún no podía creer que lo hubiera hecho. El escandaloso secreto de su padre era precisamente eso. Un secreto. Algo que había pensado llevarse a la tumba. Y sin embargo...

Había querido contárselo todo a Anne. No solo ese día, sino todos los días desde que supo la verdad.

Era nostalgia. Un anhelo del pasado, de una época en la que se había acostumbrado a confiar en ella como amiga. En sus momentos más débiles, Hart deseaba desesperadamente recuperar esa amistad. El privilegio de sus consejos. El alivio de su comprensión y consuelo.

Y no solo eso.

También quería todo lo demás.

—Confío en que el secreto de lo que ocurre entre tu madre y tú no será ni de lejos tan horrible como lo que yo he confesado —dijo—. Toma. —Le acercó la copa de vino—. Bebe un poco más. Ármate de valor y dímelo.

—No es cuestión de valor. —Hizo una pausa de varios segundos antes de levantar la copa y tomar un buen trago. La dejó de nuevo, con un tintineo del cristal contra la mesa—. Y no es un secreto muy oscuro. Ni siquiera es un secreto.

Hart se dispuso a comerse la tarta.

—Te escucho.

Anne entrelazó las manos sobre el regazo y dejó su ración de tarta intacta delante de ella.

—Mi primo Joshua ha escrito. Dice que vendrá en agosto a instalarse en Grosvenor Square.

—¿Contigo y con tu madre?

—Lo dudo. Trae a su madre con él. Mi madre nunca toleraría compartir la casa con esa persona, aunque eso fuese lo que mi primo tiene en mente. Que no lo es. Supongo que quiere que nos mudemos.

Hart adoptó una expresión más sobria. Si lo que Anne decía era cierto, se trataba de algo serio:

—¿Qué vais a hacer?

—Probablemente nada. Mi madre piensa que no es más que una tontería. No cree que venga a Londres.

—¿Y tú?

—No lo sé. Probablemente... Es decir, en algún momento tiene que venir. Posee

el título y un escaño en la Cámara de los Lores. No será de los que languidecen en el campo ahora que ha alcanzado la mayoría de edad.

Hart sabía lo que la llegada del nuevo conde podía significar para su felicidad y seguridad.

—Lo siento, Anne. No tenía ni idea de que podía pasar esto.

—Confieso que ha habido asuntos más urgentes que me han preocupado. La señorita Wychwood y...

—¿Y?

A los ojos de Anne asomó una mirada cautelosa.

—¿Por qué te preocupas por mis problemas? Después de todo lo que ha pasado entre nosotros...

—Sí —convino Hartford—. Precisamente por eso. Tú y yo tenemos una historia común. Por eso acudiste a mí en primer lugar. Y por eso estoy aquí. Siempre me importará lo que te pase, Anne. La verdad es que... No sabría cómo dejar de preocuparme por ti.

❋❋❋

Anne no sabía qué hacer. No porque le sorprendiera. Ella no ignoraba el interés de Hartford.

Si podía llamarse interés...

A veces parecía tan dominado por la ira como por cualquier sentimiento residual del pasado.

Supuso que era la misma clase de interés que ella sentía por él. Una especie de amargo y doloroso resentimiento furioso.

No. Su interés no la sorprendía. Lo que le sorprendía era que lo expresara.

Ellos nunca hablaban del pasado. De hecho, rara vez hablaban, excepto para discutir y pelearse.

Anne tenía la deprimente sensación de que si alguna vez hablaban de ello, si llegaban a hablar en serio, todo el episodio quedaría definitivamente zanjado. Y no estaba segura de querer eso, por mucho que la irritara Hartford.

Con él había vivido el único momento romántico de su vida. Había conservado el recuerdo vivo, lo había preservado de la misma manera que una solterona guardaría un trozo de tarta de boda seco debajo de la almohada. Era el sueño marchito del «felices para siempre». La esperanza que una soltera abrigaba cuando todas las demás ilusiones habían desaparecido.

Anne se odiaba por alimentar aquel recuerdo.

—Tal vez sea hora de olvidarlo todo —propuso—. No podemos seguir aferrándonos al pasado.

—¿Dejar atrás el pasado? —Dirigió una mirada irónica a su vestido negro—. ¿De verdad estás en condiciones de hacer esa sugerencia?

Anne sintió una inusual punzada de vergüenza. No era agradable que te juzgaran y te encontraran en falta. Y menos él.

Alzó un poco la barbilla.

—Nunca has entendido mi posición.

—No —reconoció—. Afortunadamente.

—Nunca has intentado entenderla. —Fue incapaz de evitar el tono de reproche —. Si hubieras hecho el mínimo esfuerzo por ver las cosas desde mi punto de vista...

—¿Qué hay que entender? Casi te has subido a una pira funeraria con tu madre. Dentro de cinco años, no me sorprendería oír que lo has hecho de verdad. —Comió otro bocado de tarta—. La única pregunta que queda por responder es cómo alguien con tu espíritu puede ser tan débil como para renunciar a la vida por completo.

—¿Débil? —repitió Anne.

—¿Crees que obedecería a mi abuelo si me pidiera que me enterrara vivo? ¿Que sería tan cobarde como para renunciar a la única persona que...?

—¿Cobarde? —repitió con creciente indignación.

Era lo mismo que él había dicho la última vez que discutieron.

Eso y cosas peores.

—No sabes nada de mis decisiones —espetó.

Hartford dejó caer el tenedor sobre la mesa. Le brillaban los ojos con una luz extraña.

—Lo sé todo sobre ellas. He vivido con tus elecciones durante seis malditos años y medio.

—Yo nunca te pedí que...

—No tenías que pedirlo. —Se inclinó sobre la mesa—. Por Dios, Anne. ¿Por quién me tomas? ¿Pensaste que lo olvidaría?

Era lo peor que podía haber dicho.

A Anne se le contrajo el corazón con tanta fuerza que una punzada de dolor le atravesó el pecho. Incluso después de todos aquellos años, el recuerdo de esa discusión final seguía siendo demasiado crudo. Demasiado doloroso. En otras

circunstancias, no se atrevería a hablar de ello. Pero esa noche...

Tres copas de vino la habían envalentonado.

—Me dijiste que lo olvidarías —le recordó—. Dijiste que sería fácil. Que yo no era nada especial. Solo una muchacha débil y cobarde, sin experiencia, que ni siquiera le gustaba mucho a nadie. Dijiste...

Hartford apretó los dientes.

—Ya sé lo que dije.

—Dijiste que te declaraste porque te daba pena. Que ya habías encontrado a otra. Alguien mejor. Me parece que se llamaba Diana Sterling.

—Estaba enfadado. Dije muchas estupideces.

—Dijiste cosas crueles.

Hartford la miró fijamente a los ojos.

—Por lo que recuerdo, no tenía el monopolio de la crueldad.

Anne lo miró fijamente, no parecía más apenada que él.

Había sido cruel con él. Sin duda. Pero también era joven, estaba afligida y él la había llevado al límite.

—¿Y qué importa eso ahora? —preguntó—. Puede que ninguno de los dos lo hayamos olvidado, pero no tiene sentido recordarlo. Sugiero que pongamos fin a esta conversación. Que terminemos la cena...

—Yo ya he terminado la mía. —Arrugó la servilleta con rabia y la arrojó sobre la mesa—. ¿Y tú qué? ¿No vas a comerte eso?

Anne miró la ración de tarta. Aunque la miraba con ganas, no hizo ademán de agarrar el tenedor.

Sus dudas solo sirvieron para encender la ira de Hartford.

—Está delante de ti —espetó—. Lo único que tienes que hacer es alargar la mano. No va a esperar para siempre —dijo, imprimiendo un evidente doble sentido a las palabras.

A Anne empezaron a escocerle los ojos de un modo alarmante.

Había bebido demasiado. Había hablado demasiado.

Y ahora no podía comerse su trozo de tarta, por mucho que le apeteciera. Él la había echado a perder. La había convertido en algo diferente. Ya no era pastel de Madeira. Era todo lo demás. Todas las cosas a las que había renunciado. Romance. Matrimonio. Él.

—¿Por qué tienes que complicarlo todo? —preguntó en un arrebato de frustración—. Como si no tuviera suficiente con...

Alguien llamó a la puerta interrumpiendo su discurso.

—¿Mi señora? —Hortense entró sin esperar a que la invitaran. Hizo una reverencia—. Disculpe, pero tengo un mensaje de su señoría.

El enfado de Hartford se desvaneció tras su perpetua sonrisa irónica.

—Claro —dijo—. ¿De qué se trata? Por favor, no alargue más el suspense.

Anne procuró hacer caso omiso. Pero cayó en la cuenta de algo.

En ese momento comprendió que Félix Hartford llevaba su buen humor del mismo modo que un caballero llevaría una armadura. Para él era tanto una espada como un escudo. Una máscara forjada en hierro que ocultaba incontables emociones.

Un descubrimiento desconcertante.

Anne no estaba en condiciones de encontrarle el sentido.

—Adelante, Hortense —pidió.

—Lady Arundell me ha pedido que le recuerde que saldrán temprano por la mañana.

—Desde luego. —Se levantó de la silla y se obligó a mirar a Hartford a los ojos —. La cena ha sido de lo más entretenida, señor, pero ya es hora de que me retire. Le deseo que pase una buena noche.

Hartford se levantó. Por un instante, pareció que se le iba a caer la máscara. Pero no lo hizo, no se movió ni un ápice. Le hizo una reverencia mientras ella y Hortense se retiraban.

Cuando estuvo a salvo en su pequeña habitación, Anne se dio cuenta de que le temblaban las manos de forma descontrolada.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Hart acompañó a las damas de vuelta a la estación y al tren que los llevaría a Malton.

Le dolía muchísimo la cabeza.

Después de que Anne se marchara del comedor privado la noche anterior, él se había quedado allí solo hasta que se apagó el fuego, y no solo se terminó la tarta de Anne, también apuró la botella de vino.

Si Anne estaba sufriendo alguno de los efectos del vino, no daba muestras de ello. Sin embargo, Hart la trataba con cautela. Quizá más que nunca.

«Me dijiste que lo olvidarías. Que yo no era nada especial. Solo una muchacha débil y cobarde, sin experiencia, que ni siquiera le gustaba mucho a nadie. Dijiste que solo te declaraste porque sentías pena por mí».

Aquellas palabras lo habían perseguido toda la noche. Sus propias palabras, cosas que había dicho, dolido y presa de la rabia, empleadas de nuevo contra él después de todos aquellos años.

Ella las había recordado. Cada sílaba de todas las crueldades que él había dicho.

Claro que las recordaba.

Él también lo recordaba. No solo las crueldades que había dicho él, también todas las que ella le había dedicado primero. Palabras durísimas, afiladas como navajas, que lo habían abierto en canal.

Acababa de regresar de pasar un año en el Himalaya. Seguía siendo un muchacho en muchos aspectos, aunque hacía poco que se había visto obligado a madurar. Tras la muerte de sus padres y las revelaciones que habían conocido, los cimientos de su vida parecían desmoronarse bajo sus pies. Ya no había nada sólido. Nada verdadero.

Solo Anne.

Al regresar a Inglaterra, él había esperado que ella dejara el luto.

Que por fin estaría lista para casarse con él y comenzar su vida juntos. Todavía recordaba perfectamente la opresión que sintió en el pecho cuando subió los escalones de piedra para llamar a la puerta de su casa de Grosvenor Square.

Toda su felicidad dependía de aquello.

Pero Anne no lo había recibido con el mismo entusiasmo. Y no había dejado el

luto. Seguía vestida de negro, con el semblante pálido y con un rictus de rígida determinación.

—No lo entiendes —le había dicho—. Me necesitan en casa.

Hart comprendió entonces que nunca sería suya.

La certeza le había robado hasta el último vestigio de calidez. Había convertido sus esperanzas en cenizas en su garganta, provocándole una fría decepción y, aunque le avergonzara reconocerlo, muchísima ira.

—¿Cuánto tiempo seguirás así? —había preguntado.

—No lo sé. Supongo que un año más.

—Será una broma —había contestado él. Ya había esperado demasiado. No tenía elección. Las leyes del luto eran claras respecto al tiempo que una hija debía llorar a su padre. Hart lo había aguantado porque había tenido que hacerlo. Pero no pensaba seguir haciéndolo—. No esperaré ni un minuto más.

—Hart, por favor, intenta...

—Tu período de luto ha terminado. No hay necesidad de alargarlo. Podemos casarnos ya y abandonar este lugar infeliz de una vez por todas.

—No puedo irme de Londres —había asegurado ella.

—Claro que puedes. Tú y yo debemos alejarnos de nuestras respectivas familias. Debemos irnos lejos de aquí y empezar de nuevo. Es la única forma que tenemos de avanzar.

Ella había dicho que no.

—No puedo. Todavía no. No con la conciencia tranquila.

—¿No puedes o no quieres?

La desesperación había conferido una dureza burlona a sus palabras.

—Las dos cosas —había admitido—. Si tengo que elegir entre mi deber hacia mi madre y lo que siento por ti...

—Sí —le había espetado Hart—. La elección no debería ser difícil.

No había pensado en las repercusiones de un ultimátum tan cruel. Estaba demasiado enfadado. La amargura lo había consumido por haberse visto privado de ella durante tanto tiempo. Anne le había pedido que se fuera, que la dejara con su dolor. Y lo había hecho. ¿Tan poco razonable era que exigiera su devoción incondicional a su regreso?

En ese momento, él pensó que no.

—Si comprendieras lo que he sufrido —le había contestado ella—, lo que sigo sufriendo, nunca me pedirías eso. Las cosas no han sido fáciles en tu ausencia. Mi madre necesita...

—Tu madre necesita... —había repetido con aspereza—. Una excusa muy conveniente.

A Anne le brillaron los ojos de indignación, hasta el punto de desterrar el aura de apagada melancolía que la acompañaba por entonces.

—No es una excusa. Si supieras algo sobre el deber o la obligación...

—Cosa que no sé, está claro.

—No, no lo sabes —espetó ella, indignada—. No comprendes lo que significa sacrificarse por los seres queridos.

La expresión de Hart se había endurecido hasta convertirse en una fría máscara.

—En eso tienes razón. No pienso sacrificarme innecesariamente por nadie.

—Pero el amor es eso —había contestado Anne con toda la arrogancia de la juventud—. ¿Es que no lo sabes? ¿O todo esto ha sido solo un juego para ti? ¿Un beso despreocupado bajo el muérdago? ¿Una proposición igual de despreocupada?

—Un beso tonto. Y una propuesta desafortunada. Dos cosas de las que me arrepiento profundamente —repuso él, dolido.

Anne permanecía de pie junto a la ventana del salón, con una postura de rígida dignidad.

—No eres el único que se arrepiente. Afortunadamente, ninguno de los dos tiene que sufrir por ello.

—Yo ya estoy sufriendo por ello —replicó con un tono áspero.

—En ese caso permíteme poner fin a tu sufrimiento. —Se volvió para mirarlo a la cara con las mejillas encendidas—. Te libero de nuestro compromiso.

Hart había retrocedido como si ella lo hubiera abofeteado. Se había sentido como si lo hubiera hecho.

Anne había seguido hablando sin piedad:

—Espero que pronto olvides tu desliz. Tampoco te has comprometido con nada durante mucho tiempo.

Hartford había palidecido.

Y así fue como todas las injusticias con las que había tenido que lidiar, todo el dolor, la traición y la pérdida, habían brotado de su interior, manifestándose en una gélida crueldad de la que nunca se había creído capaz hasta ese momento.

—En ese sentido, no tengo ninguna duda —había asegurado—. Ahora que estoy sobrio y te veo a la fría luz del día, sospecho que este asunto será fácil de olvidar.

De pronto era Anne la que retrocedía.

—¿Estás insinuando que solo te declaraste porque habías bebido?

A Hart se le había revuelto el estómago al comprender que estaba prendiendo fuego al puente que los unía. Pero eso no lo había detenido. Estaba demasiado enfadado. Demasiado herido.

—¿Por qué si no? —preguntó—. No me extraña que me pasara con el *wassail*. Según recuerdo, fluía libremente aquella noche.

—¡Apenas lo tocaste!

—Tomé demasiado. Estaba lo bastante embriagado como para pensar que estaba enamorado de ti. En ese momento no me di cuenta de que tampoco eras nada muy especial. Solo una muchacha débil y cobarde sin experiencia que ni siquiera le gustaba mucho a nadie.

Se había quedado boquiabierta.

—¿Débil? —repitió cada vez más enfadada—. ¿Cobarde?

Hart se había dirigido entonces a la chimenea, donde se detuvo dándole la espalda. Una extraña frialdad se le había metido en las venas.

—Solo mantuve nuestro compromiso porque sentía lástima por ti. La verdad es que buscaba la forma de librarme de él para poder cortejar a alguien mejor. La señorita Sterling, por ejemplo. Hace tiempo que expresó su interés por mí.

—Adelante —replicó ella furiosa—, tienes mi bendición. Le deseo una vida muy feliz con semejante inútil cabeza hueca que no tiene ni un ápice de caballero. Pronto la decepcionarás, como haces con todos tus conocidos.

Ella no llegó a verle la cara mientras pronunciaba aquellas crueles sentencias. Nunca supo cómo le habían afectado.

Hart se había quedado allí de pie, encajando los golpes, y luego se había erguido, había hecho una reverencia y, tras murmurar algunas palabras, había salido de la habitación a grandes zancadas.

«Un inútil cabeza hueca que no tiene ni un ápice de caballero».

Ojalá Anne hubiera sabido que esas palabras lo perseguirían a lo largo de los años como una maldición que le dedicara una hermosa Furia vengadora.

Hartford no había tardado mucho en arrepentirse de todo lo que le había dicho. Se dio cuenta de que su ultimátum había sido un grave error.

Para entonces ya era demasiado tarde.

Ahora estaba sentada frente a él, vestida de negro e inexpresiva, a la sombra de su formidable madre.

Hart sintió el viejo impulso de picarla. Quería hacer cualquier cosa para reavivar la chispa en sus ojos y devolverle la vida. Pero no podía hacerlo. Y menos después

de lo ocurrido la noche anterior y de haber visto cómo ella abandonaba el comedor temblando como una hoja.

La imagen lo había sacudido como ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

—Malton es la última parada de camino a la finca de Blunt —anunció—. Para el resto del viaje tendremos que alquilar un carruaje.

Anne dio un leve respingo ante esa perspectiva. Levantó discretamente una mano para masajearse la sien.

También le dolía la cabeza.

Hart se compadeció de inmediato.

—Si lo prefieren, podemos hacer noche allí y reanudar nuestro viaje por la mañana.

Lady Arundell levantó la vista de su almanaque astrológico, con sus impertinentes de filigrana y plata en la mano.

—Tonterías. Continuaremos directamente en carruaje. Según mis cálculos, deberíamos estar en el pueblo a las afueras de la mansión a primera hora de la tarde. ¿Cómo se llamaba?

—Hardholme —le recordó Anne con voz apagada.

Hart la miró con preocupación mientras se dirigía a su madre.

—Es un lugar remoto y modesto, señora. El alojamiento allí no será muy lujoso.

—Este no es un viaje de placer —replicó lady Arundell—. Hemos venido por asuntos espiritistas. Fielding y los demás esperarán que informe de mis hallazgos sin demora.

—¿Pretende que visitemos a Blunt hoy mismo? —preguntó Hart.

—Naturalmente —afirmó su señoría—. El tiempo es bueno y todos estamos dispuestos para la tarea. No tenemos ninguna buena razón para esperar.

«¿Ninguna buena razón?».

Hart se indignó al percibir el egoísmo de lady Arundell.

¿No se daba cuenta de que su hija se encontraba mal?

—Podríamos hacerle al capitán Blunt la cortesía de enviarle una nota primero —sugirió.

De esa forma Anne dispondría del resto de la tarde para descansar. Y avisarían al capitán Blunt de su llegada. Hart no lo conocía especialmente bien, pero no parecía la clase de hombre que apreciaría la aparición de un trío de visitantes sin previo aviso.

—Eso es innecesario —opinó lady Arundell—. Como dice usted, estamos en el campo. No hay necesidad de tanta formalidad. Y no veo por qué habría que

retrasar ni un segundo el alcanzar nuestro destino.

Entonces Anne sorprendió a Hart al decir:

—Me gustaría parar.

Lady Arundell enarcó las cejas.

—¿Por qué diantre quieres parar, niña?

—Debo comprar un regalo de boda para Julia.

—¿En Malton? —Lady Arundell parecía horrorizada—. ¿Qué clase de regalo se puede comprar en un lugar como ese?

—Un libro —respondió—. Debe de haber alguna librería cerca de la estación.

—Le buscaré una —se ofreció él.

Anne lo miró a los ojos.

—Se lo agradecería.

Hart inclinó la cabeza.

—Muy bien —aceptó lady Arundell—. Siempre que no te lleve más de diez minutos.

Volvió a ponerse los impertinentes y reanudó la lectura del almanaque.

Anne volvió a centrar su atención en la ventanilla mientras el tren seguía su camino.

El traqueteo de las ruedas sobre la vía iba acompañado del bufido constante del vapor. En general era un sonido relajante, pero no tanto cuando se sufrían las consecuencias de haber bebido demasiado. Se estremecía con cada ruido.

Hart sacó un pequeño bloc de notas y un lápiz del bolsillo interior de su abrigo y escribió una breve nota. Dobló el papel por la mitad, se levantó y llamó al guarda del tren.

Lady Arundell levantó la vista.

—¿Pasa algo?

—Nada en absoluto —le aseguró él con delicadeza volviendo su asiento—. Solo es un mensaje para mi ayuda de cámara.

El empleado acudió enseguida a la llamada y Hart le entregó la nota.

No se habló más del asunto hasta que llegaron a la estación de Malton. Allí, el ayuda de cámara de Hart, Bishop, lo buscó en el andén.

Bishop era un hombre enjuto de pelo rubio de unos cincuenta años, tan competente como discreto. Le entregó a Hart una petaca de plata grabada.

—Justo lo que pidió, señor.

—Excelente.

Hart se guardó la petaca en el bolsillo del traje y a continuación se reunió con

Anne y su madre, que estaban hablando con sus doncellas. Cuando se acercó, lady Arundell y Hortense se marcharon en dirección al aseo de señoras.

Anne se quedó allí. Estaba de pie, con los brazos cruzados, al final del andén. El resplandor del sol de media mañana le producía sombras en el rostro.

Su doncella estaba cerca, ocupándose del equipaje.

—Mi madre necesita diez minutos para refrescarse —avisó Anne.

Hart la miró a la cara.

—Por supuesto. ¿Estás...?

—Estoy bien.

Una fuerte ráfaga de viento sopló por el andén y levantó una nube de polvo y arena.

Hart se puso delante de Anne protegiéndola instintivamente de la peor parte.

—Discúlpame, pero no lo parece.

Su expresión se endureció.

—No recuerdo haber pedido tu opinión.

—Era una observación, no un insulto. —Sacó la petaca—. Toma —dijo, al ofrecérsela—. Esto es para ti.

Ella la agarró frunciendo el ceño.

—¿Qué se supone que debo hacer con ella?

—Beber —indicó—. Es el remedio de Bishop para cuando alguien se excede con la bebida. Solo Dios sabe qué le echa. Si alguna vez me lo confiesa, patentaré el brebaje y ganaré una fortuna.

Anne dejó de fruncir el ceño.

—¿Cómo lo sabías?

—Llámalo solidaridad. Ahora bébetelo antes de que tu madre vuelva. Todavía tenemos que encontrar esa librería.

Anne desenroscó el tapón y lentamente se llevó el frasco a los labios.

Tenía una boca exuberante, suave como un pétalo y perversamente voluptuosa, con los labios del mismo color que las filipéndulas rosadas que crecían en las tierras de la finca de su abuelo en Hampshire.

Hart no podía mirar esos labios sin recordar lo que había sentido al besarlos.

—Es mejor bebérselo de un trago —recomendó.

Ella obedeció por una vez y se lo tomó de golpe, haciendo una mueca al tragar.

—Dios mío —exclamó atragantándose—. Sabe fatal.

—Las medicinas amargas suelen ser las más eficaces, según mi experiencia. —Le quitó la petaca vacía y se la guardó en el bolsillo—. Deberías notar los efectos en

menos de una hora.

—¿Ya has tomado un poco? —preguntó ella—. Has mencionado la solidaridad. Me atrevería a decir que te duele la cabeza tanto como a mí.

—Más aún, imagino. —En ese momento, tenía la sensación de que un enérgico herrero estaba utilizando su cráneo a modo de yunque—. Lo consideraré un castigo justo por haberte hecho enfadar anoche.

Anne frunció el ceño.

—Hartford...

—No sufras, querida. Supongo que volveré a hacerte daño. Parece que eso es lo que hacemos. Hacernos daño el uno al otro.

El viento azotaba su elegante sombrero y las plumas teñidas de negro se pegaban a la curva de alabastro de su mejilla. Ella las apartó con su delgada mano enfundada en un guante negro.

—Supongo que algún día tendremos que hablarlo —propuso—. Deberíamos hablar como es debido. No hay otra forma de zanjarlo. —Su pecho se elevó y descendió con un suspiro—. Parece una tontería, la verdad. Hace tanto tiempo que terminó...

Hart entornó los ojos.

¿Terminado?

¿Eso era lo que pensaba?

Se acercó a ella y al hacerlo bloqueó el viento y el resplandor de tal modo que era todo cuanto Anne podía ver, parecía que estaban solos en aquel remoto andén del norte.

—No ha terminado —aseguró—. Pero tendremos esa conversación; puedes estar segura.

Capítulo 11

Anne volvió a mirar por la ventanilla del carruaje alquilado. Aún no había señales de civilización, solo una interminable extensión de páramo desolado. Dejó caer la cortina de terciopelo desgastada.

Por suerte, ya no le dolía la cabeza. Gracias a Hartford. O, mejor dicho, a su ayuda de cámara. De lo contrario, no habría podido llegar hasta allí. Los tres llevaban horas viajando en ese carruaje que temblaba y se sacudía al pasar por cada bache del camino.

Al llegar a Hardholme esa mañana solo se habían quedado el tiempo suficiente para dejar a sus sirvientes y el equipaje en la posada del pueblo, un establecimiento ruinoso con un letrero pintado sobre la puerta en el que se leía Red Lion. Fue imposible convencer a su madre para que se quedara. Cuanto más se acercaban a la finca encantada del capitán Blunt, más animada se la veía.

Anne se alegraba de verla así, aunque ella misma estaba abatida por el cansancio.

No ayudaba que Hartford no dejara de mirarla preocupado.

Estaba sentado frente a ella en el carruaje. A pesar de su apariencia elegante y atractiva, proyectaba una imagen completamente frívola con el traje de tres piezas confeccionado en tartán que había elegido.

Pero sabía que no era así. En realidad, no era frívolo.

De hecho, afirmaba tener asuntos que atender en Londres que requerían su presencia en la ciudad ese viernes.

Anne se preguntó qué tipo de asuntos serían.

«Tengo otras fuentes de ingresos más fiables», le había dicho.

«Corrientes, se podría decir».

«Corrientes».

Supuso que se refería al comercio. Era lo único que las personas de su clase considerarían corriente. Pero ¿qué tipo de comercio? Quería preguntárselo. Quería saberlo. Al mismo tiempo, era consciente de que debía mantenerse lo más alejada de él que fuera posible.

«No ha terminado».

También le había dicho eso.

Y no se equivocaba.

No era tan tonta como para negárselo a sí misma. Había algo entre ellos desde hacía años. Ella pensaba que era antipatía. Pero eso no explicaba cómo se había sentido cuando creyó que él estaba cortejando a otra.

En lugar de aclarar las cosas, la discusión de la noche anterior solo había servido para confundir sus sentimientos. La amabilidad que él había mostrado después la había desorientado aún más.

Desde que salieron de York, él se había mostrado muy atento, la había ayudado a curar el dolor de cabeza y se había abstenido de burlarse de ella. Incluso le encontró una librería en Malton y la acompañó hasta allí, donde esperó pacientemente mientras compraba un ejemplar de *El libro de Beeton sobre la gestión del hogar* y pedía que lo envolvieran para regalárselo a Julia.

—No falta mucho —anunció—. Según el cochero, debería estar justo después de la siguiente curva.

—Puedo sentir su proximidad —aseguró su madre—. Hay una cierta energía en el aire. ¿No la sientes, hija?

Anne evitó deliberadamente la mirada de Hartford. Lo cierto era que sí podía sentir algo, aunque dudaba que tuviera que ver con los espíritus inquietos de los realistas asesinados.

—No lo sé, mamá —repuso—. Podría ser.

Su madre retiró la cortina de su ventanilla. Al acercarse a la curva del camino, aparecieron en la distancia un par de altas puertas metálicas abiertas.

—Apostaría a que son las originales —murmuró lady Arundell—. Extraordinario.

Anne entrelazó las manos sobre el regazo. Se recordó a sí misma las cartas de Julia. Rebosaban felicidad y alegría. Por muy siniestras que pudieran parecer las puertas, lo que había tras ellas seguramente fuera el paraíso.

No lo era.

—Vaya —observó Hartford cuando divisaron Goldfinch Hall—, ahora entiendo por qué Blunt deseaba casarse con una heredera.

Anne estuvo a punto de hundirse al contemplar el ruinoso aspecto de la mansión.

Construida con un granito muy desgastado, el tejado no parecía seguro, una de las torres estaba combada y una maraña silvestre de rosas espinosas cubría la fachada desconchada. Era una estampa totalmente gótica, pero no había nada romántico en ella, solo abandono y decadencia.

¿Podría Julia ser realmente feliz allí? ¿Alguien podría serlo?

El carruaje se detuvo frente a los escalones de piedra cubiertos de musgo que conducían a la entrada.

En ese mismo instante, se abrieron las puertas de la casa y Julia salió del brazo del capitán Blunt. Cubierto de cicatrices de guerra y con el ceño fruncido, él parecía un temible dragón que custodiara su tesoro.

Pero Julia no parecía tenerle miedo, ni por asomo. Orgullosa junto a su nuevo marido, no solo estaba sana y salva, además lucía radiante.

Anne enseguida se animó.

No esperó a que el lacayo la ayudara. Abrió la puerta ella misma, bajó del carruaje y subió directamente los escalones de la entrada.

—¡Anne! —Julia corrió a su encuentro.

Anne abrazó a su amiga con fuerza, consciente en todo momento de que su madre y Hartford bajaban del carruaje detrás de ella.

—Perdóname —murmuró—. No había otra manera.

❋❋❋

Una hora más tarde, tras varias tazas de té en el salón y explicaciones breves de cómo cada una de ellas había llegado allí, Anne finalmente pudo quedarse a solas con su amiga.

Se sentaron juntas a la sombra de un cenador cubierto de enredaderas en un extremo del jardín invadido por la maleza. Anne le dio a Julia su libro, además de prometerle la ayuda de Jeanette al día siguiente.

—Ahora está en la posada, preparando nuestras habitaciones, pero la traeré cuando vengamos mañana y limpiará y planchará todos tus vestidos.

En los ojos de su amiga brillaron lágrimas de gratitud. Desde que se había fugado con el capitán, los problemas con la colada eran su única fuente de infelicidad.

—Gracias —dijo, abrazando de nuevo a Anne.

—Es mi segundo regalo de boda para ti —dijo cuando se separaron—. Y este es el tercero. —Metió la mano en el bolso de terciopelo negro que colgaba de su muñeca y sacó una copia del artículo de periódico que había encontrado en el *London Courant*—. Confieso que lo busqué con la intención de desenmascarar al capitán Blunt y demostrar que era un villano. Ahora que sé lo que sientes por él, me alegro de no haberlo conseguido.

—¿Qué es?

—El informe más completo que pude encontrar sobre lo que ocurrió hace años en Crimea. —Sonrió—. Tranquila. El informe dice que fue un héroe. Toma, léelo tú misma.

Julia tomó el recorte. Mientras lo leía, el color desapareció lentamente de sus mejillas.

Anne enseguida se puso alerta.

—¿Qué pasa, querida? Pensaba que te animaría.

—No es nada. —Parpadeó rápidamente—. Es decir, sí que ocurre algo, claro. —Le devolvió el artículo de periódico a su amiga—. Lo siento. Estoy bastante abrumada. Supongo que es la emoción por tu visita.

—¿Y ya está? —La miró con atención—. Creía que eras feliz aquí, pero si sospechara por un momento...

—Soy feliz. Solo que... —Se mordió el labio y adoptó una expresión melancólica—. Me pregunto hasta qué punto una mujer puede llegar a conocer a un hombre.

Anne frunció el ceño. Se había estado haciendo la misma pregunta desde su cena con Hartford.

Al verlo en esos momentos tan tensos, sin su humor habitual, se dio cuenta de que era una especie de armadura protectora. Advirtió que debajo era una persona completamente diferente. Un hombre vulnerable y agotado. Un caballero agobiado por sus responsabilidades.

Un caballero que ardía en sentimientos no resueltos hacia ella.

Quizá se había equivocado con él. Quizá... solo quizá... Ella no lo conocía tan bien como pensaba.

Una idea inquietante. Llevaba todo el día rondándole la cabeza.

—No lo sé —respondió Anne—. Espero que muy bien si está casada con él.

—El matrimonio no te da derecho a conocer todos los secretos de tu marido —advirtió su amiga—. Lo he aprendido últimamente.

—¿No? Si alguna vez me caso, exigiré saberlo todo.

Julia esbozó una sonrisita.

—Creía que no deseabas casarte.

—Y no quiero —aseguró.

Al menos eso era lo que siempre había dicho a sus Furias. Y en gran parte era cierto. Aunque participaba de la temporada, nunca había sido por un deseo particular de casarse. Solo era una diversión.

¿Qué otra cosa se podía hacer cuando se residía en Londres casi todo el año?

Desde la muerte de su padre, su madre necesitaba estar constantemente ocupada para no pensar en su dolor. Anne se había acostumbrado desde hacía tiempo a acompañarla, no tanto como una joven soltera dispuesta a casarse, sino más bien como una compañera solterona.

—El matrimonio no es tan malo como temes —dijo Julia.

—¿No? —Sonrió—. No creo que lo pruebe nunca.

—¿Por qué no?

—Porque tengo la impresión de que la mayoría de los caballeros carecen de algo en particular. Y ninguno de ellos me consideraría ninguna ganga. Soy demasiado obstinada.

Julia le estrechó la mano.

—Lo que tú eres es la mejor amiga que cualquiera podría desear. Venir hasta aquí como lo has hecho... eres una heroína.

Anne le devolvió el apretón de mano.

—Movería cielo y tierra por ti, lo sabes.

—Lo sé. Ojalá pudiera hacer lo mismo por ti.

—¿Por qué? Yo no estoy en peligro. Mi situación es la misma de siempre.

—Exacto —repuso Julia tajante.

Anne se echó a reír.

—No seas ridícula. Estoy muy contenta con mi vida.

—Me gustaría que estuvieras más que contenta. Quisiera que fueras loca y delirantemente feliz. Si el señor Hartford pudiera hacerte sentir así...

—¿Hartford? Por favor, Julia.

—¿Por qué no? Siempre he sospechado que te aprecia en secreto. Nunca pierde la oportunidad de ayudarte.

—Tonterías.

—Es verdad. Cuando estabas en Birmingham, lord Gresham me acosó en el jardín durante el baile de los Clavering. El capitán Blunt acudió en mi ayuda, por supuesto. Pero también lo hizo el señor Hartford. Fue él quien se llevó a Gresham a rastras y lo metió en un coche de alquiler. No me cabe duda de que lo hizo por ti, porque sabe que soy tu amiga. Debe de sentir algo por ti.

Anne la miró con fingida severidad.

—¿Cómo has conseguido cambiar el rumbo de la conversación? Se suponía que yo debía consolarte.

—No necesito que me consueles, me basta con tu compañía. —Julia se levantó y tiró de Anne para que la siguiera—. Vamos al granero. Tienes que ver los gatitos

antes de irte.

Era una de las primeras cosas que había mencionado: una gata salvaje del páramo había parido en su granero. Julia había querido tener mascotas toda su vida. Era una gran amante de los animales, aunque hasta entonces su afecto se había limitado a su caballo.

—¿Está *Cossack* allí? —preguntó Anne mientras se dirigían hacia el granero.

El gran caballo castrado negro de Julia la había acompañado cuando huyó de Londres. Supuso que no andaría muy lejos.

—No está en el antiguo establo. Está en un cercado al otro lado de la casa. Podemos ir a verlo si quieres. A menos que tu madre te esté esperando.

Lady Arundell se había quedado en la casa con Hartford. Estaba decidida a interrogar al capitán Blunt y a su anciano mayordomo sobre la historia de la casa.

Anne casi sintió lástima por los tres hombres.

Casi.

—No lo creo —aseguró—. Mamá tiene a los caballeros para entretenerla. No me necesita.

❋❋❋

Al regresar al Red Lion, Hart les dio las buenas noches a las damas y se retiró a su habitación hasta la hora de la cena.

Como era de esperar, no los habían invitado a cenar en la mansión. Hart dudaba que Blunt tuviera cocinera. Solo estaba convencido de una cosa: aquel hombre se alegró mucho de verlos marchar. Estaba claramente enamorado de su esposa, y ella de él. No tenía necesidad de estar con nadie más.

Envidió un poco a la pareja. Se preguntaba si Anne pensaría lo mismo.

No había tenido ocasión de preguntárselo.

Lady Arundell había acaparado toda la conversación durante el trayecto en carruaje de vuelta desde Hardholme. A pesar de la evidente ausencia de fantasmas en la mansión, estaba convencida de haber sentido cierta presencia.

Lo cierto es que él estaba harto de aquello. Solo podía soportar a la madre de Anne en pequeñas dosis, y eso en el mejor de los casos. Era una mujer autoritaria, más cautivada por sus propias opiniones que atenta a cualquier cosa que su hija pudiera pensar o sentir.

No podía evitar culparla por separarlo de Anne.

Lady Arundell quizá no supiera que él le había propuesto matrimonio a su hija,

pero había destruido sus esperanzas tanto como si hubiera prohibido la boda. De no ser por ella, Anne quizá lo habría aceptado.

Tal vez estarían casados y vivirían en Barton Court, la modesta finca de Somerset que él había heredado de su padre. Tal vez tendrían hijos. Tal vez serían felices.

En cambio, tras el rechazo de Anne, él había tomado su pequeña herencia y, en lugar de utilizarla para sufragar los gastos de una nueva familia, la había invertido toda en la producción a pequeña escala de una nueva variedad de crisol recién patentada.

Una apuesta arriesgada.

Aquella había sido la decisión empresarial que lo había hecho triunfar. Los nuevos crisoles de grafito pronto tuvieron una gran demanda, lo que hizo que la Compañía Parfit le reportara unos ingresos mayores que los que hubiera podido obtener como terrateniente rural dedicado a cuidar ociosamente sus tierras en el condado de Somerset.

A decir verdad, era bastante irónico. Aunque no tenía esposa ni hijos propios, destinaba su dinero a mantener a una familia. La familia de su padre. Un propósito ingrato. Un propósito que estaba resultando una carga mayor para el bolsillo de Hart que cualquier transacción comercial.

Se quitó el sombrero y los guantes y entró en su cuarto en el segundo piso de la posada. Bishop lo esperaba allí. En ausencia de Hart, el mayordomo había conseguido que la habitación fuera mínimamente habitable.

—Ha llegado un telegrama para usted, señor. —Se lo entregó mientras lo despojaba de sus prendas—. Un chico lo ha traído de la oficina de telégrafos a las tres.

Hart abrió el mensaje y frunció el ceño con aprensión.

Solo había dicho a dos personas que se alojaría en el pequeño pueblo del condado de York del Norte: a su abuelo y a su tío.

El telegrama no era de ninguno de ellos.

MENSAJE TELEGRÁFICO

SR. FELIX HARTFORD

ESTACIÓN DE HARDHOLME, YORKSHIRE NORTE

FONDOS INSUFICIENTES PARA CUBRIR LA DEUDA. SE REQUIERE AYUDA INMEDIATA. SI NO SE PROPORCIONA,

ME VERÉ OBLIGADO A PEDIR AYUDA A MARCH O BROOKDALE.

URGENCIA MÁXIMA.

MARCUS NEALE

Hart apretó los dientes.

Solo hacía dos semanas que le había dado a Marcus dos mil libras para saldar su última deuda de juego. No era una suma pequeña. Especialmente porque la precedían otros tres pagos que había hecho para saldar sus pérdidas. Si lo sumaba al dinero que Ethel había pedido en nombre de su hermano, eran seis mil libras en total, una cantidad mayor que el salario anual que Hart cobraba de la empresa de crisoles. Era incluso superior a las ganancias anuales de Barton Court.

Empezaba a tener la sensación de que se le escapaba el dinero por un corte en una arteria.

Mientras tanto, Marcus no daba señales de cambiar sus hábitos. Incluso estaba empeorando.

Y ahora aquello. Más amenazas.

Amenazas directas.

Por no mencionar otra cuestión: ¿cómo diantre había descubierto dónde estaba? ¿Habría sobornado a sus sirvientes? ¿O a los de su abuelo?

¡Qué cara más dura tenía ese tipo!

Hart arrugó el telegrama, recogió el sombrero que seguía sosteniendo Bishop y volvió a salir.

Capítulo 12

Anne cenó esa noche en la habitación de su madre. Sabía que era una cobardía por su parte, pero lady Arundell insistió en que le subieran una bandeja y ella no se atrevió a cenar sola con Hartford otra vez.

Esa vez, su madre no la presionó.

—Hartford tenía razón —dijo—. Esta posada dista mucho de nuestro alojamiento en York. Es mejor que evites el comedor. Los lugareños son muy alborotadores. No quiero que te expongas a sus groserías.

Justo en ese instante oyeron un grito ahogado de risa masculina, dando la razón a su madre. La taberna estaba debajo de ellas. Era el único lugar del pueblo donde se servía alcohol y, por lo tanto, muy popular por las noches.

—A mí tampoco me gusta que te expongas a eso —comentó Anne, mientras terminaba su pequeña ración de pastel de carne y riñones.

Lady Arundell resopló con elocuencia.

—¿A mi edad? No tengo nada que temer de los plebeyos, muchacha. A decir verdad, tienen mucho que enseñarnos. Si fueras mayor y un poco menos atractiva, te animaría a observarlos de cerca.

—¿Con qué propósito?

Su madre se limpió los labios con la servilleta.

—Tengo la impresión de que mis investigaciones sobre el reino espiritual se ven obstaculizadas por vivir en Mayfair. Si queremos avanzar, necesitamos relacionarnos con un sector más amplio de la sociedad.

Anne se atragantó con el pastel. Bebió rápidamente un trago de vino aguado para aclararse la garganta.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Vivir entre ellos. Incluirlos en nuestra vida cotidiana. Consultaré a Fielding sobre el asunto cuando regresemos a Londres.

Anne bajó la copa.

—¿A qué viene esto?

—He meditado mucho —respondió su madre.

Una chispa de sospecha agudizó la mirada de Anne.

—¿No tendrá algo que ver con la carta del primo Joshua?

—No seas tonta.

—¿Qué quieres que piense? Nunca habías planteado la posibilidad de mudarnos. No has vuelto a decir nada desde que nos vimos obligadas a dejar Cherry Hill.

Su madre se puso tensa al recordarlo. Había sido un día oscuro cuando Joshua y su madre se apoderaron de la residencia familiar en Shropshire.

—Ahora las circunstancias son totalmente diferentes —afirmó—. Circunstancias que no tienen nada que ver con ese miserable muchacho, pero sí con el mundo más allá del velo. Seguro que te has dado cuenta de que todos los practicantes verdaderamente dotados pertenecen a las clases más bajas. Zadkiel, la señora Frazil, incluso el muchacho médium de Birmingham. No nos haría daño mezclarnos con esa gente con más libertad.

—¿Y para relacionarnos con esas personas, debemos vivir entre ellas?

—Aún no he decidido nada —respondió la dama—. Es solo una idea que tengo. —Pinchó con el tenedor el último trozo de su pastel de carne y riñones—. Ya veremos cómo evoluciona.

Anne se ciñó el chal de cachemira teñido de negro alrededor de los hombros.

Su mesa improvisada estaba situada debajo de la única ventana de la habitación. Hacía bastante calor cuando se sentaron a cenar, pero desde entonces la temperatura había bajado. Por el marco desvencijado de la ventana se colaba una corriente de aire que hacía ondear las cortinas apolilladas.

Pero no era el aire de la noche lo que provocó aquel escalofrío.

—Yo preferiría quedarme en Mayfair.

—No tienes nada con qué compararlo, salvo Shropshire —respondió su madre —. Una vez que nos hayamos establecido, verás que tengo razón. Hay una gran riqueza de energía psíquica en las Islas Británicas. Apenas hemos empezado a ver su potencial. Piensa en lo que está por llegar.

Anne no estaba segura de poder soportar lo que estaba por llegar, y menos si implicaba un aumento de la excentricidad. Ya era bastante difícil soportar la presión de su notoriedad en Mayfair, donde vivían rodeadas de personas que las conocían desde hacía años. Empezar de nuevo en otro lugar era una posibilidad descorazonadora.

—¿Y mis amigos? —preguntó—. ¿Y los tuyos? Todos nuestros conocidos están en Mayfair. Seguro que, con algunos recortes, tu dote nos alcanzará para conseguir otra casa allí.

—No me lleves la contraria, Anne. Necesito que comprendas mis sentimientos.

Sabes que necesito distraerme. En momentos como estos es lo único que me sostiene. No soporto el silencio. Mis pensamientos me atormentan.

Anne suspiró cansada.

—Lo sé. Solo temo que estés respondiendo a la amenaza de la llegada de Joshua de una forma exagerada.

—La llegada de Joshua... —repitió con desdén—. Dudo que venga. Pero vivimos tiempos sombríos, querida, no te equivoques. Debemos explorar nuevas posibilidades o corremos el peligro de hundirnos por completo.

A Anne no le gustaba la expresión de su madre. Vio sombras en sus ojos. Un aire distante y demasiado familiar, como si estuviera mirando hacia atrás en lugar de hacia adelante.

Esa mirada no presagiaba nada bueno para ninguna de las dos.

—Debes hacer lo que consideres que es mejor, por supuesto —afirmó.

Eso pareció satisfacer a la dama.

Sin embargo, ella no se tranquilizó tan fácilmente. Pasó el resto de la velada absorta en cavilaciones melancólicas, imaginando futuros diferentes, todos peores que su vida en ese momento.

El desánimo de su madre tampoco ayudaba. Cuando apuró el vino, anunció con tono profético:

—Esta noche me costará dormir. Tendré que recurrir a unas gotas de láudano.

Anne ya se lo esperaba. Sin embargo, las palabras de lady Arundell le golpearon en el pecho como si fueran de plomo.

—¿Es realmente necesario?

—Si quiero tener algo de paz, sí. —Se levantó—. Llama a Hortense, por favor. Ella me atenderá.

Anne se levantó de su asiento.

—Lo haré yo.

Por un momento, pareció que lady Arundell se negaría. Pero no puso ninguna objeción. Asintió mediante un rápido gesto y se retiró a su cama.

La siguió. La ayudó a ponerse el camisón y, cuando por fin estuvo arropada en la cama, le pidió a Hortense el frasco de láudano.

La doncella no era un peligro en sí misma. Solo era una sirvienta obediente, una mujer que haría lo que su madre le ordenara, sin importar el daño que pudiera causar.

Pero la relación de Anne con su madre no era de servidumbre, a pesar de lo que pudieran creer los demás. Era igual que ella. Nunca obedecería una orden que

pudiera causarle daño involuntariamente.

Se sentó al borde del colchón y midió una pequeña dosis de láudano, tal y como había hecho tantas veces durante los primeros meses tras la muerte de su padre.

La mujer se lo tomó como lo haría una niña obediente.

—Las cosas mejorarán pronto —prometió, con los ojos cada vez más pesados —. Tendremos mucho que hacer en las próximas semanas.

Anne apagó la lámpara.

—Sí, mamá —admitió en voz baja.

Sabía cuándo estaba derrotada.

Si su madre necesitaba distraerse y convencerse a sí misma de que se marchaban de Grosvenor Square por alguna otra razón que no fuera la llegada del nuevo conde para desahuciarlas, no sería ella quien la obligara a afrontar la realidad. Sería enviarla de vuelta a ese mismo lugar oscuro en el que se había hundido tras la muerte de su padre.

Anne aceptaría casi cualquier alternativa antes que volver a vivir aquello.

Se quedó hasta que su madre se quedó dormida. Solo entonces, satisfecha de verla acomodada para pasar la noche, se marchó a su dormitorio. Estaba situado un piso más arriba, subiendo una estrecha y destartalada escalera.

—¿Ya te vas a la cama? —preguntó Hartford.

Anne se volvió hacia él a regañadientes. No estaba de humor para discutir.

La miraba desde varios escalones por debajo de ella, medio en penumbra en la tenue luz que llegaba desde la taberna. Estaba despeinado y, aunque normalmente siempre iba bien afeitado, a esas horas ya se le veía una ligera sombra en el mentón. Eso le daba un aire siniestro, como si fuera un sinvergüenza peligroso con el que se hubiera topado por sorpresa.

Se le aceleró el corazón.

—¿Y dónde si no?

—No son ni las once.

—¿Y eso qué importa? Por si no te has dado cuenta, estamos en una posada ruinosa en medio de la nada. No hay mucho que hacer una vez que ha oscurecido, aparte de beber o dormir, y no me apetece lo primero.

Hartford subió un escalón.

—Ven a dar un paseo conmigo.

Ella dio un paso atrás.

—¿A estas horas?

—Hay luna llena y una especie de arboleda solitaria al otro lado del patio del

establo. No se me ocurre mejor manera de pasar la noche.

—Sin duda se te ocurrirá una compañía mejor.

—En este momento no. —Estaba extrañamente serio—. Quiero estar contigo.

El estómago le dio un vuelco desconcertante. Estaba demasiado serio. No parecía él.

Anne observó con atención su rostro bajo aquella luz tenue. Como siempre, estaba irritantemente apuesto. También parecía cansado, frustrado y desesperadamente necesitado de un amigo.

La compasión venció temporalmente sus defensas.

—Está bien. Pero no podemos alejarnos mucho.

—No lo haremos si tú no quieres. —Se hizo a un lado indicándole con un gesto que bajara primero—. Después de ti.

Anne se ciñó un poco más el chal de cachemira y bajó las escaleras. El pasillo era muy estrecho. Sus brazos se rozaron y, al pasar por su lado, la falda de Anne se arremolinó contra la pierna de él con un susurro.

Durante un peligroso instante, estuvieron tan cerca que ella pudo oír su respiración entrecortada y oler el ligero aroma a *whisky* y tabaco que emanaba, además del persistente aroma de su colonia.

Se le aceleró el pulso.

Agradeció el ruido que venía de abajo. Aumentaba con cada paso, cosa que impedía la posibilidad de seguir conversando.

Su madre tenía razón al decir que los clientes eran ruidosos. Estaban muy bebidos.

Cuando Anne salió al pasillo, uno de ellos, un tipo corpulento de mediana edad, salió de la taberna tambaleándose y se interpuso en su camino, bloqueándole el paso.

Posó su mirada inyectada en sangre sobre los pechos de Anne. Una sonrisa lasciva se dibujó en su rostro.

—Vaya, qué pajarita tan pechugona.

Antes de que Anne pudiera hacer nada más que retroceder al escuchar la insolencia del tipo, Hartford se puso delante de ella y, sin más, agarró al tipo por la corbata.

—Disculpa —dijo con una calma letal—, ¿te dirigías a alguien?

El hombre soltó un improperio mientras luchaba por liberarse.

Hartford apretó la corbata con más fuerza hasta levantar al hombre, que tuvo que ponerse de puntillas sobre las botas desgastadas.

—Lo siento. No te oigo.

El hombre se atragantó y escupió. Su rostro adquirió un inquietante tono rojo.

Alarmada, Anne posó la mano sobre la manga de Hartford.

—Suéltalo. Lo vas a estrangular.

—Lo soltaré si es capaz de mantener la boca cerrada —prometió.

—No pretendía... —jadeó el hombre—. No sabía que era su...

—Pues ahora lo sabes —respondió con tono siniestro. Y dicho esto, aflojó la presión permitiendo que las botas del hombre volvieran al suelo.

El tipo se llevó la mano a la garganta. A continuación, se retiró con prisa hacia la taberna murmurando sus disculpas.

Anne apenas advirtió su marcha.

Miró fijamente a Hartford a la luz de la lámpara. Su corazón latía con tanta fuerza que le dolía, no por el insulto, sino por cómo había reaccionado él al oírlo.

Su defensa había sido tan posesiva como innecesaria. Sin embargo, le había encendido la sangre. No estaba tan ciega como para no reconocerlo. Su cuerpo la había traicionado. También su corazón, para su disgusto.

—¿Era realmente necesario? —preguntó.

—¿Preferirías que hubiera dejado que ese canalla te insultara?

Ella levantó un poco la barbilla.

—Disculpa. Pareces haberme confundido con una damisela en apuros.

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué has considerado necesario acudir en mi ayuda? ¿Acaso crees que es el primer patán que hace comentarios sobre mis pechos? Me atrevería a decir que pretendía que fuera un cumplido.

Una expresión peligrosa se dibujó en el rostro de Hartford. Por un momento, pareció desear que el borracho volviera para poder seguir estrangulándolo.

—La próxima vez que alguien lo haga, ten la amabilidad de informarme —repuso con aspereza.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Y por qué te importa? No eres mi padre ni mi hermano para defender mi honor.

—No —replicó—. No soy tu padre ni tu hermano, gracias a Dios. Me pregunto casi cada día si soy siquiera tu amigo. Pero no te equivoques, mi señora, si alguien, y me refiero a cualquiera, se atreve a insultarte o a amenazarte, te defenderé hasta mi último aliento.

Capítulo 13

Hart se metió las manos en los bolsillos mientras cruzaba el patio vacío del establo junto a Anne. Prácticamente se le había declarado al ofrecerle su devoción eterna —o, como mínimo, su protección de por vida— y en respuesta...

Ella se había cerrado en banda.

A decir verdad, había estado inquietantemente callada desde que salieron de la posada. Claro que él también. No podía evitarlo. Seguía dándole vueltas a lo que ella había dicho antes.

«¿Acaso crees que es el primer patán que hace comentarios sobre mis pechos?».

De niña, Anne se había avergonzado de su figura. Tenía un cuerpo delicado, lo que hacía que sus curvas fueran aún más notables. Seguían siendo evidentes, incluso a pesar de estar ceñidas por un modesto corpiño de seda negra que se abrochaba hasta el cuello.

Hart admitía ser un poco posesivo con esas curvas, al igual que lo era con la dama a la que pertenecían. El hecho de que cualquier hombre tuviera la osadía de hacer comentarios sobre ellas le hacía hervir la sangre.

Sin embargo, Anne no había aludido a esos comentarios insolentes con la timidez ruborizada de su juventud, sino con la naturalidad de una mujer soltera hastiada del mundo. No había necesitado su protección. Ni siquiera parecía quererla.

En ese momento se dio cuenta de lo poco que la conocía ya.

Una revelación que le dio que pensar. Una de las muchas que había tenido ese día.

La miró pensativo mientras se adentraban en la alameda que bordeaba la posada. Ella tenía los brazos cruzados a la altura de la cintura y se ceñía con fuerza un chal de cachemira negro a juego con su vestido de luto.

—Creo que tú y yo hemos estado más solos estos dos últimos días que en los últimos seis años —dijo al fin.

—Creo que tienes razón —respondió Anne.

Había luna llena esa noche y bañaba el ambiente con su suave y plateado

resplandor. Iluminaba el rostro de Anne y resplandecía en su cabello, se la veía más hermosa que en cualquier otra ocasión que él recordara.

A Hart se le hizo un nudo en la garganta.

—Me sorprende que hayas aceptado mi invitación.

—No debería haberlo hecho —reconoció—. Cualquiera podría vernos aquí fuera.

—¿Y qué vería?

Anne le lanzó una mirada de reproche y él frunció los labios. Ni siquiera en ese momento era capaz de no burlarse de ella.

—De todos modos, no hay nadie por aquí. Los que aún no se han retirado a descansar están en la taberna, demasiado borrachos para ver con claridad. —Hizo una pausa y su sonrisa se desvaneció—. ¿Por qué has aceptado mi invitación?

—Parecía que necesitabas compañía —respondió con franqueza.

Él soltó una breve carcajada.

—Pues sí.

Un manto de estrellas titilaba en el cielo, muchas más de las que él había observado últimamente en los cielos de Londres, encapotados por el humo del carbón. Sumadas a la luz de la luna, conferían un carácter mágico a la pequeña alameda y los pastos para vacas que se extendían más allá de la posada.

No quería estropearlo hablando de sus problemas.

—¿Cómo estaba la señora Blunt? —prefirió preguntar.

—La señora Blunt —repitió ella, como si estuviera meditando sobre el nombre —. Tendré que acostumbrarme a llamarla así, aunque confieso que me resulta extraño.

—No hay nada extraño en que una esposa adopte el apellido de su marido.

—Quizá para ti no. Un hombre no renuncia a nada tras el acuerdo. Mientras que una mujer debe renunciar a su apellido, su hogar y su familia. Debe dejarlo todo atrás y comprometer su vida con otra persona. No parece justo, ¿verdad?

Hart sintió una punzada de irritación al oír a Anne hablar despectivamente del matrimonio.

—La señora Blunt no parecía infeliz con su elección.

—No. Creo que estaba bastante contenta. Un poco cambiada, pero supongo que eso es de esperar.

—¿Después de verla te has quedado más tranquila?

—No. Siempre me preocupo por mis amigas. —Lo miró a los ojos; se adivinaba cierta ironía en sus profundidades color jerez—. ¿Piensas decirme qué es lo que te

tiene tan apagado esta noche?

Él le dedicó una sonrisa fugaz.

—¿Debo deducir de esa pregunta que me consideras un amigo?

Ella se encogió de hombros.

—Un conocido peculiar, como mínimo.

Hart dudó unos segundos antes de tomar la decisión de volver a confiar en ella. Anne podía ser obstinada, intratable y exasperante, pero era leal hasta la médula. A pesar de su conflictivo pasado en común, él seguía valorando su discreción.

Además, ya le había confiado lo peor durante su desafortunada cena en York. No había razón para callarse en ese momento.

Mientras continuaban paseando por el sendero y la delicada fragancia del brezo silvestre flotaba sobre los páramos iluminados por la luna, le contó lo del telegrama de Marcus.

Y le confesó cómo había respondido.

—Le envié un telegrama a su madre. Le advertí que, si Marcus intentaba acercarse a mi abuelo o a mi tío, la familia Neale perdería mi apoyo económico.

Anne alzó ligeramente las cejas.

Hart percibió el gesto como una reprimenda.

—¿No apruebas mi decisión?

—Tus hermanastras no han hecho nada para perder tu apoyo, ¿verdad?

—No tengo ninguna intención de dejarlas en la indigencia —aseguró.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque lo he intentado todo: razonar, ser amable, apelar a su bondad... El dinero es lo único que Marcus y su madre parecen querer. En cuanto saldo una deuda surgen dos más.

—La Hidra —murmuró Anne.

Hart sintió una punzada de satisfacción. Anne siempre había compartido su afición por la mitología.

—Exacto.

Ella se detuvo a pensar.

—Según recuerdo, la Hidra tenía una cabeza inmortal. Así fue como la venció Hércules. Quizá solo necesites encontrar esa única debilidad en tu hermanastro...

—Su debilidad es el dinero. Si le cierro el grifo...

—No le quedará nada que perder. Entonces acudirá a tu abuelo.

—Solo lo he amenazado. Con suerte, bastará para asustarlo y que vuelva al buen camino.

—No solo lo has amenazado a él —repuso con cierta impaciencia—. Has amenazado a su familia. Solo Dios sabe lo que alguien podría hacer si el bienestar de su madre se viera en peligro.

Hartford frunció el ceño con disgusto. Lo último que quería en ese momento era que ella sacara el asunto de su madre a colación.

—¿Se te ocurre una solución mejor?

—A mí me parece bastante sencillo. Deja que se lo cuente a tu abuelo y a tu tío.

Hart se detuvo bruscamente bajo las ramas retorcidas de un viejo roble que se enredaban sobre ellos, extendiéndose a una distancia asombrosa desde el enorme tronco del árbol.

—¿Has perdido el juicio?

Se detuvo para mirarlo.

—Al contrario. Soy muy sensata. Y esta es la única salida prudente, dadas las limitaciones de tu economía. No puedes seguir pagando los gastos de tu hermanastro para siempre, y menos si se ha aficionado a las mesas de juego. Pronto te arruinará y luego se lo contará a tu abuelo de todos modos. ¿No es mejor dejar que salga todo a la luz y ponerle fin?

Él la miró atónito. Tenía la sensación de llevar toda la vida queriendo su consejo sobre ese asunto. ¿Y este era el consejo que ella le daba?

¿Lo único que él nunca podría hacer?

Anne dio un paso y se acercó un poco más, la luz de la luna iluminaba los destellos dorados de sus ojos marrones.

—Y has confundido tus mitos, como siempre —espetó con ese tono ácido suyo de maestra de escuela—. No es la Hidra. Son los establos de Augías. Un secreto inmundo que debe limpiarse. Y nada limpia mejor que la luz del sol.

A Hartford le dieron ganas de echarse a reír. Los establos de Augías. ¡Santo cielo!

—Estás sugiriendo que lo revele, no solo a mis parientes, sino a toda la sociedad.

—¿Por qué no? Te haría mucho bien.

—A mí, quizá, pero no a mi abuelo. Ni a mi tío.

Respondía a sus preocupaciones con un pragmatismo exasperante.

—Son hombres adultos, no niños. Deja que carguen con su parte del peso.

—La carga es mía. Era mi padre.

—También era el hijo de tu abuelo y el hermano menor de tu tío. Estoy segura de que ellos también deben asumir alguna responsabilidad por sus pecados.

Él negó con la cabeza.

—No. —Dio un paso atrás—. Es imposible.

Ella acortó la distancia.

—¿Por qué es imposible?

—Porque... —Apretó los dientes para reprimir la verdad, pero brotó de todos modos; una confesión que aún no había hecho a nadie. Apenas se la había reconocido a sí mismo—. Si el mundo supiera el secreto familiar de mi padre, ¿qué diría eso de su familia legítima? ¿Qué diría de mí?

—Eras un niño.

—Tenía la edad suficiente para haberme convertido ya en una decepción para él. Su primer hijo con la señora Neale nació cuando yo solo tenía diez años. ¿Qué significa que mi padre ya hubiera perdido la esperanza en mí?

A los ojos de Anne asomó una mirada de vaga inquietud.

—¿Eso piensas?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Me parece obvio.

Él la miró en obstinado silencio. No quería su sentido práctico ni su buen juicio. Lo que él necesitaba era algo completamente diferente. No sabía muy bien qué era, pero se desesperaba por conseguirlo.

Anne suspiró.

—Mi querido niño, tu padre no te abandonó. Cedió a la tentación. A pesar de toda esa piedad y el moralismo, en el fondo era tan falible como cualquier mortal. No hay nada más que eso.

«Mi querido niño».

Hacía años que no lo llamaba así.

A Hart se le apelmazó el pecho, su corazón se aferró al cariñoso apelativo con tanta fuerza que apenas oyó las palabras siguientes.

—¿Me estás oyendo? —preguntó Anne—. No tiene sentido que te castigues por eso. Ni que soportes la vergüenza que conlleva. Tu padre sucumbió a sus debilidades, eso es todo. No es el primer caballero que lo hace.

La afirmación volvió a llamar la atención de Hart.

—Hablas con cierta autoridad sobre el tema —comentó.

El chal se deslizó por uno de sus hombros sin que ella se diera cuenta y dejó al descubierto la tela sin brillo del vestido negro.

—Sé lo que veo a mi alrededor —contestó—. Caballeros casados con damas encantadoras, pero de los que se rumorea que siguen teniendo amantes. No es ningún secreto.

—No todos los hombres son tan inconstantes.
—No, claro que no. Mi padre fue fiel a mi madre durante toda su vida.
Hart adoptó un tono más grave.
—No me refería a tu padre.

Capítulo 14

Anne lo miró a los ojos y una descarga eléctrica pareció pasar por ellos. Llegó acompañada del palpable dolor del deseo no satisfecho. Ella sintió la necesidad abrumadora de lanzarse directamente a sus brazos.

Pero una dama no podía permitirse el lujo de ceder a sus impulsos románticos.

Al menos, una dama de su posición.

Entrelazó los dedos con fuerza en los pliegues del chal y se lo volvió a echar sobre los hombros.

—Nunca te pedí que me fueras fiel. Si... si es a eso a lo que te refieres.

Hartford dio un paso decidido hacia ella. La voluminosa falda de Anne se le pegó a las piernas.

—Sí lo hiciste. Me pediste que esperara.

A ella se le aceleró el pulso hasta convertirse en un galope desacompasado. Él estaba tan serio, parecía tan sincero y se encontraba tan peligrosamente cerca que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—No es cierto —repuso ella.

Por lo menos por lo que se refería a los últimos seis años y medio.

En el momento de la petición de Hartford, su abuelo estaba a punto de partir en una expedición de un año al Himalaya.

Un año.

Era exactamente el tiempo que una hija estaba obligada a llorar la muerte de su padre.

Tras el fallecimiento del suyo, Anne había animado a Hartford a acompañar a su abuelo. Quería que viajara con él a la India y quedarse sola con su dolor.

En aquel momento, parecía la decisión más sensata.

No tenía mucho sentido que se quedara en Londres para cuidar de ella cuando solo podía llorar su pérdida y cuidar de su madre, desolada.

La había visitado en Grosvenor Square el día antes de partir, vestido con sobriedad y con una expresión de solemne preocupación. Le había tendido las manos cuando ella entró en el salón. Ella las tomó con gratitud y las estrechó con fuerza.

—Un año no es tanto tiempo, querida —le había dicho—. Puede que incluso

nos beneficie. Dicen que la distancia alienta el cariño.

—También hay quien olvida —respondió ella, lamentando ya su decisión de dejarlo marchar.

—Yo no lo haré. Nunca. Te esperaré —prometió—. Y cuando vuelva...

—Sí —asintió Anne. —Sí...

Anne se estremeció al recordarlo.

Él había esperado. Pero cuando regresó del Himalaya, casi trece meses después, debido al retraso del barco, ella seguía vestida de negro. Su vida había cambiado. Todo había cambiado.

Hart también era distinto.

Ya no era paciente. Ya no era comprensivo. Bastaron unas pocas palabras inoportunas y su viejo antagonismo había resurgido entre ellos, arrasándolo todo a su paso.

Al mirarlo en ese momento, de pie junto a ella a la luz de la luna, creía que aún podía ver las cicatrices que le había infligido durante aquella última discusión.

Unas cicatrices que ella también tenía.

—Entonces quizá solo fui yo —dijo él con aspereza—. Por lo visto tenía la romántica idea de que estábamos hechos el uno para el otro.

Ella negó con la cabeza.

—Hartford...

—Quizá ni siquiera fuera eso. —Frunció el ceño y se le ensombreció el rostro —. La verdad es que... intenté olvidarte. Seguir adelante con mi vida. Pero fue imposible.

A Anne se le encogió el corazón.

Podía ser escéptica y sentirse insegura. Pero no era inmune a todo. A él no.

Siempre habría una parte de ella que anhelara su dulzura. Era una debilidad que tenía. El deseo inagotable de tenerlo. De apoyarse en él, como si fuera un caballero en el que pudiera confiar para mantener el rumbo.

—Ahora ya no importa —se lamentó—. Fue hace mucho tiempo. No tenemos por qué retomar las discusiones del pasado.

Sus palabras se desvanecieron tras un susurro cuando él le acarició la mejilla con los nudillos.

—Te lo dije en York —le recordó—. No ha terminado.

Anne cerró un momento los ojos, asaltada por una oleada de deseo tan intenso que no sabía si iba a llorar o a desmayarse.

Él inclinó la cabeza hacia ella.

—Nunca terminó. No para mí.

Sintió su aliento cálido en los labios durante un instante antes de que la besara.

Un suspiro ahogado. Un destello de duda. Y entonces...

¡Oh! Y entonces...

Sus labios cedieron bajo los de él como si hubieran estado esperándolo todo ese tiempo.

En la garganta de Hartford resonó un gruñido de aprobación que vibró dentro de ella; era una sensación completamente desconcertante. Anne quería...

Pero no sabía lo que quería, solo sabía que no tenía prisa por que aquello terminara.

Hartford tampoco tenía prisa. Se apoderó de su boca y la besó lentamente, conscientemente despacio, como si estuviera grabando en su memoria cada segundo de esa experiencia.

Las piernas de Anne amenazaban con ceder bajo su peso. Levantó los brazos y le rodeó el cuello para sostenerse.

El respondió rodeándole la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

Y ella se rindió a su abrazo. A sus propios deseos. La invadió una enorme calidez por todo el cuerpo y se derritió en sus brazos.

Vaya. Félix Hartford besaba como un maestro.

No tenía mucho con qué compararlo, salvo aquel beso que compartieron bajo el muérdago. Pero había sido el beso de un hombre más joven, tan respetuoso como casto.

Este era otro tipo de beso.

El de un hombre de casi treinta años. Un hombre que había esperado. Que había deseado tanto como ella.

Anne no tenía la experiencia necesaria para calificarlo, pero cada fibra de su ser lo reconoció por lo que era: lento, profundo, un beso perfecto que le hacía flaquear las rodillas.

O quizá se debiera a que Hart era perfecto para ella.

Una idea alarmante.

Se separó de él con un suspiro entrecortado.

—Esto no es una buena idea.

—Ah, ¿no? —repuso él, y la besó de nuevo—. A mí me parece bastante buena.

Ella volvió la cabeza.

—No estás pensando con claridad.

Le besó la mejilla.

—Puedes pensar tú. Yo voy a seguir besándote.

En otras circunstancias, sus palabras podrían haberle provocado una carcajada indignada. Pero no podía sucumbir a sus burlas. Ya no era una jovenzuela enamorada.

Anne dejó resbalar los brazos por su cuello hasta posar las manos en la parte delantera de su chaleco.

—Eso no resuelve las cosas entre nosotros —dijo—. No se puede borrar un problema a besos.

Hartford se apartó para mirarla y frunció el ceño.

—¿Eso es lo que estamos haciendo?

—No sé lo que estamos haciendo. Tan pronto discutimos como... hacemos esto. No me parece razonable. Solo porque hubo algo entre nosotros...

—Hubo —repitió él con aspereza.

—...eso no es excusa para que podamos satisfacer todos nuestros deseos. —Retiró las manos de su pecho. No podía disimular su temblor—. Aunque no sé por qué seguimos teniendo estos deseos.

—Ya veo. —Un tono de frialdad se infiltró en su voz—. Muy bien. Llámalo asunto pendiente.

Anne se puso tensa. Tenía la vaga sensación de que lo había dicho como un insulto.

—Qué grosero.

Hart soltó su cintura y ella se apartó.

—Querías una razón. Dios no permita que nada de lo que hagas deje de ser sensato.

—Y Dios no permita que tú te tomes algo en serio —replicó. Se sacudió con disgusto la falda arrugada—. Supongo que todos deberíamos olvidarnos de nuestros deberes y obligaciones y ceder a nuestros caprichos todo el día.

La decepción se reflejó en la mirada de Hart.

—Como siempre, equiparas el humor con la falta de juicio.

—No es así.

¿Eso hacía?

¿Había sido injusta con él? ¿Lo había juzgado mal?

No era tan inflexible como para no admitir que podría ser así. Después de lo que él le había confesado en York y, de nuevo aquella noche, sabía que Hartford se tomaba en serio una parte de su vida.

—Me doy cuenta de que eres más responsable de lo que pensaba —admitió,

recuperando la compostura—. Pero el modo que tienes de aplicar eso a...

—Creo que la culpa es de tu madre.

Anne respiró hondo al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás.

En su juventud, Hartford era conocido por caldear las discusiones con una intensidad antideportiva, sin paños calientes. Una táctica despiadada que tenía el efecto de desarmar por completo a sus oponentes.

Quizá no había cambiado tanto después de todo.

—No te atrevas a hablar de mi madre —le advirtió.

—Alguien debe hacerlo. —El breve destello de ira en sus ojos desapareció tras una expresión de sombría certeza—. Te va a destrozar la vida.

—Te lo advierto...

—Ya te ha intimidado hasta convertirte en una sombra. Y por lo que veo, tú se lo has permitido. Has elegido esto... —Miró con disgusto su vestido negro— ...en lugar de la felicidad, incluso cuando la tienes delante de las narices. Estás demasiado atada a las reglas de tu madre como para arriesgarte a ir a por ella.

Lo que decía no era muy distinto de lo que opinaba toda la alta sociedad.

Pero oírlo de boca de Hartford, de los mismos labios que hacía solo un momento la habían besado con tanta ternura, le resultaba insoportable.

Tenía un nudo en la garganta por la emoción reprimida.

—Si eso es lo que piensas, debo decirte que no me conoces nada.

—Sé lo que he visto estos últimos años. He visto a una joven que una vez fue puro fuego apagarse tan fácilmente como la llama de una vela. Y además se ha apagado voluntariamente. No has opuesto ninguna resistencia. ¿Y por qué? ¿A qué le tienes miedo, Anne?

—¡No tengo miedo! —exclamó—. ¡Y tampoco me intimida nadie!

Él resopló incrédulo.

—¿Cómo lo llamarías entonces?

Anne le dio la espalda y siguió adentrándose por debajo de la copa del viejo roble, con sus ramas nudosas; se detuvo cuando llegó al tronco, aferrada con fuerza al chal.

En las últimas semanas, su mundo se había tambaleado una vez tras otra. Evelyn se había ido. Julia también. Joshua venía a quedarse con la casa de Grosvenor Square, igual que se había quedado con Cherry Hill.

Y su madre volvía a flaquear.

A eso había que sumar la tormenta del reencuentro con Hartford... El dique de contención se resquebrajó. Anne se sorprendió revelando un secreto que nunca

había compartido con nadie.

—No es una cuestión de acoso —aclaró—. Es una cuestión de control.

Capítulo 15

Hart la siguió. No estaba en condiciones de interpretar los sutiles matices del lenguaje femenino. Después del beso, su cerebro se había ablandado tanto que en ese momento tenía la consistencia de un plato de gachas. Si no hubiera sido así, tal vez habría sido capaz de controlar mejor su lengua. En cambio, cuando ella se apartó, él había perdido los papeles y había sido muy descortés.

Peor que descortés.

Pero, por Dios, ¿cómo se supone que debe reaccionar un hombre en tales circunstancias?

Justo cuando pensaba que estaba progresando con ella. Justo cuando por fin la tenía entre sus brazos, su maldita madre había alargado la mano a través de la oscuridad para ejercer su poder sobre Anne con la misma eficacia que un mozo autoritario sujetaría el ronzal de una potranca fogosa.

Poder. Intimidación. Control. No importaba cómo quisiera llamarlo ella, lo cierto era que suponía una maldita molestia.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó acercándose por detrás—. Yo no veo ninguna.

Ahora estaban completamente debajo de la copa del roble. Las ramas filtraban la luz de la luna y las estrellas, dejándolos a ambos en la oscuridad de las sombras.

Ella le lanzó una mirada desdeñosa por encima del hombro.

—Porque no sabes nada sobre mujeres.

—Sin duda. Sigo sin comprender...

—Ya te lo he dicho. Se trata del control. Las mujeres ya tenemos muy poco. ¿Cómo crees que nos sentiríamos si lo perdiéramos por completo? —Volvió a fulminarlo con la mirada—. Pues nos sentiríamos como si el mundo estuviera sumido en el caos. Desearíamos ejercer un control despiadado sobre lo que pudiéramos: nuestros hogares, nuestros hijos, la comida que nos llevamos a la boca.

Un atisbo de comprensión paralizó a Hart.

Se puso frente a ella para obligarla a mirarlo a los ojos.

—¿De qué control carece tu madre en su vida? Es una de las mujeres más firmes

que he conocido.

Anne cruzó los brazos y se envolvió con fuerza en su chal.

—Mi madre perdió al amor de su vida. Por muy fuerte que fuera o por muy bien que gestionara la situación, él se le escapó. Y nunca podrá recuperarlo. No puede hacer nada. ¿Te imaginas cómo se siente una mujer tan fuerte como ella? ¿Imaginas lo que debió de sentir al comprender que, cuando llegó el momento, no tenía ningún poder?

—Eso fue hace casi siete años.

—¿Qué importancia tiene el tiempo ante un amor así?

Era una pregunta que él se había planteado a menudo. Guardó silencio durante un largo rato. Y luego preguntó:

—¿Lo pasasteis muy mal tras la muerte de tu padre?

—Sí. El dolor de mi madre era abrumador. No había espacio para nada más. Ni siquiera para mi propio dolor. Durante un tiempo, temí perderla también a ella. Nunca me había sentido tan sola en mi vida. —El pesar del recuerdo teñía las palabras de Anne.

Hart sintió un dolor sordo en el pecho.

—Nunca lo dijiste.

—¿Cómo iba a hacerlo? Después de que te fueras... —Dejó escapar una breve y amarga risa—. La mitad del tiempo ni siquiera sabía si te importaba.

«¿Cómo?».

La miró fijamente.

—Claro que me importabas.

Ella lo miró con un atisbo de reproche en los ojos.

—Nunca escribiste.

—Por el amor de Dios, Anne. ¿Cómo diantre iba a escribir? Pasé la mayor parte del tiempo en el Himalaya, acampando en las montañas. A menos que redactara mi correspondencia con una ramita quemada y la enviara al pueblo más cercano en un carro tirado por yaks, no veo cómo...

Hart se interrumpió de pronto.

Le lanzó una mirada acusadora y añadió:

—Tú tampoco me escribiste.

—No me dejaste ninguna dirección. ¿A dónde iba a enviar las cartas? ¿A la misma montaña? ¿En el mismo carro tirado por yaks?

—Si lo hubieras hecho, tal vez habría sabido por lo que estabas pasando. Tal vez habría...

—¿Qué? —preguntó alzando las cejas—. ¿Habrías sido un poco más comprensivo cuando regresaste?

Él se esforzó para no fruncir el ceño.

—La cuestión es que no tenía forma de saber cómo estaba tu madre. No podía adivinarlo. Ella nunca dio ninguna muestra de debilidad.

—Y jamás lo haría. Contigo no. Pero yo lo he visto. He sido testigo de la profundidad de sus heridas. Y sabiendo cómo sufre, cómo sigue sufriendo, he decidido estar con ella. Cuidarla. Darle lo que perdió cuando murió mi padre, que es esa sensación de poder y control.

Hart la miró con creciente indignación.

—Es a ti a quien controla.

—Tonterías. No hace nada que yo no permita. Sí, a veces es tedioso. Pero no cambiaría nada. Si hubieras estado más unido a tus padres, lo entenderías.

Hart se apartó del tronco del árbol, donde se había apoyado.

—Tienes razón —repuso, acercándose a ella—. No lo entiendo. Te has convertido en la mártir de una mujer que, con la ayuda adecuada, podría haberse recuperado hace años.

—¿Recuperarse? —se burló la joven—. ¿De verdad crees que alguien que ha amado tan profundamente puede recuperarse?

Hart admitió para sus adentros que tenía razón.

Él no había superado haberla perdido.

Pero eso era diferente. No era una pérdida personal que solo causaba dolor a una persona. Era una pérdida que estaba lastimando a otra. Alguien a quien él quería.

—Hay más de un tipo de amor —apuntó él—. Está el amor que una viuda siente por su difunto marido. Y está el amor que debería sentir por su hija.

—Mi madre me quiere —respondió con una convicción inquebrantable.

Él apretó los dientes.

—Si te quisiera, te dejaría marchar.

—¡Ella no me está reteniendo! Todo lo que he hecho ha sido decisión mía.

—Menuda decisión —replicó—. No estabas destinada a ser la sombra de nadie.

Anne se irguió con la poderosa dignidad propia de la sangre de varias generaciones de mujeres Deveril. En su rostro reinaba una decidida determinación.

—Yo decido quién y qué soy, y nadie más. Te equivocas al acusarme de ser débil, una llama que se apaga voluntariamente a expensas de otra persona. Como si mi sacrificio me hubiera empequeñecido de alguna manera. Es todo lo contrario.

Cumplir con el deber de uno es una decisión muy poderosa.

Hart estaba deslumbrado, volvía a sentirse cautivado por su seguridad y su lealtad, a pesar de maldecir su negativa a afrontar la verdad.

—No hay ni un solo integrante de la alta sociedad que considere que estés siendo fuerte. Desde fuera, tu situación parece exactamente como la he descrito. Te engañas a ti misma si piensas lo contrario.

—Esto es lo que me importa lo que piense de mí la alta sociedad. —Chasqueó los dedos delante de su cara—. Y esto es lo que me importa tu opinión. —Chasqueó los dedos de nuevo—. No me importa en absoluto cómo me perciben. Solo una persona débil se preocuparía por eso. Te aconsejo que cambies tu forma de pensar al respecto.

—Anne...

—¡Basta! —gritó—. ¡Se acabó! Hemos pasado años lanzándonos pullas el uno al otro, los dos estamos amargados por lo que sucedió en el pasado. Pero es el pasado. Dijiste que teníamos que hablar de ello y ya lo hemos hecho. Por fin podemos deshacernos el uno del otro.

A Hart le dio un vuelco el corazón. ¡Cielos!, hablaba en serio.

Dio un paso brusco hacia ella.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó con aspereza.

Ella estaba pálida. Era la única señal de lo que se había alterado.

—Sí.

La miró a los ojos.

—¿Incluso después de ese beso?

—Sí —repitió con mayor convicción—. Hemos dado por concluidos nuestros asuntos pendientes. Que esto sirva para ponerles punto final.

Dicho esto, se dio la vuelta seguida del frufrú de la falda y se dirigió a grandes zancadas hacia la posada.

❋❋❋

Tras su discusión, y el beso que le había hecho temblar las piernas, Anne temía el viaje de regreso a Londres. No tenía ningunas ganas de estar en compañía de Hartford, ni siquiera con su madre como carabina. Era demasiado arriesgado.

Otro salón privado en una posada, otro beso o una caricia compasiva en la mejilla, y la determinación que había logrado con tanto esfuerzo podría desmoronarse. La mera proximidad la hacía vulnerable. Y no podía permitirse ser

vulnerable, y menos en ese momento.

Sería diferente si él fuera de fiar. Si pudiera contar con él y verlo como pilar, como una presencia segura y estable en sus momentos difíciles. Pero aunque Hartford había madurado y debía reconocer que era más responsable en cuanto a sus obligaciones familiares, todavía había una parte de él que no había cambiado. Lo percibía tan claramente como la atracción que él sentía por ella.

No podía confiar en él.

Y cuando estaban juntos no podía confiar en sí misma.

Menos mal que estaba Julia.

Cuando llegó a Goldfinch Hall a la mañana siguiente, su amiga la recibió con una noticia tan sorprendente como bienvenida.

—Cuando regreses a Londres quiero ir contigo —anunció.

Anne estaba sentada frente a ella en una manta en el jardín, con el gatito más pequeño en su regazo. El resto de los mininos merodeaban entre ellas bajo la atenta mirada de su madre.

En el lado opuesto del jardín, los tres jóvenes hijastros de Julia, los hijos ilegítimos de su nuevo marido, jugaban juntos tan amistosamente como los gatos.

—¿A Londres? ¿Para qué? Pensaba que estabas encantada aquí.

—Y lo estoy —aseguró su amiga—. Pero tengo que resolver algunos asuntos relacionados con mi herencia. Y con mis padres.

—¿El capitán Blunt no te acompañará?

—Tengo que hacerlo sola.

Anne miró a su amiga con renovado respeto. Era una Julia nueva. Ya no se mostraba tímida y nerviosa, sino audaz, segura de sí misma y totalmente decidida.

—Qué valiente te has vuelto.

Julia se acercó uno de los gatitos calicó a la cara y le dio un beso en la nariz.

—Supongo que tengo algo por lo que luchar.

—¿Tu nuevo marido?

—Él y los niños. Toda nuestra vida aquí. —Dejó al gato en el suelo—. ¿Me dejarás ir contigo?

—Claro que sí —respondió. La pequeña gatita negra que tenía en el regazo siseó y amenazó con la zarpa a su hermano, que se le acercaba. Anne la calmó con una caricia.

Julia sonrió.

—Le gustas.

—Acostumbra a sucederme siempre con las bestias temperamentales.

—Si quieres, puedo enviártela cuando la destete. Te vendría bien tener compañía.

Anne sonrió divertida.

—Un gato. Justo lo que toda solterona necesita.

—Tú no eres una solterona. Tienes prácticamente la misma edad que yo. Y te la mandaré. Ya lo verás.

—Como quieras. —Rascó debajo de la barbilla de la gatita con la punta del dedo. La idea de tener un gato le atraía más de lo que habría esperado—. La verdad es que combina con mi vestuario.

Al día siguiente, cuando partieron hacia la estación de tren de Malton, Julia iba con ellos. Su madre no puso objeciones. Tampoco Hartford. Salvo por algunos comentarios secos, parecía decidido a callarse su opinión.

Anne estaba igual de decidida a reservar la suya y centró toda su atención en Julia. Las dos se sentaron juntas y hablaron solo entre ellas durante la mayor parte del viaje a York, y luego, tras un cambio de tren y una noche en una posada cercana, durante todo el camino de vuelta a Londres.

Hartford las dejó a las tres en Grosvenor Square, junto con su equipaje y sus sirvientes. Él mismo las ayudó a bajar del carruaje, primero a su madre, luego a Julia y, por último, a Anne.

Ella posó la mano enguantada sobre la de él, pero lo hizo a regañadientes; y sus miradas se cruzaron brevemente mientras bajaba los escalones. Un rubor le subió a las mejillas.

¡Maldito beso!

Era imposible mirarlo sin pensar en ese momento.

Hartford arqueó una ceja, pero, por una vez, no dijo nada.

Eso confirmó las sospechas de Anne. Ella había dicho que quería dejarlo. Que quería que aquella noche a la luz de la luna fuera el final de todo. Y él estaba respetando sus deseos.

Tal vez Hart también lo había deseado. Mientras sintiera alguna lealtad hacia ella o albergara esa sensación de que entre ellos había algo pendiente, como él había dicho, nunca podría seguir adelante con su vida.

En cuanto a su propia vida...

Una vez dentro de la casa, dejó a Julia al cuidado de su competente ama de llaves, la señora Griffiths. Luego, tras comentarlo brevemente con su madre, se retiró a su habitación y cerró la puerta.

Cuando estuvo sola por primera vez en días, se sentó al borde de su cama con

dosel y, de inmediato y rompió a llorar desconsoladamente.

Capítulo 16

—¿Es el correo? —preguntó el conde de March desde la puerta.

Hart levantó la vista de la correspondencia matutina de su abuelo, que estaba revisando. Un lacayo la había dejado en el escritorio de la biblioteca hacía menos de cinco minutos.

—Sí. —Hart sostenía los guantes de conducir en una mano. Estaba a punto de salir cuando llegó el correo.

El abuelo entró en la biblioteca con las manos aún sucias de trabajar con la tierra. Se las limpió, sin mucho éxito, con un pañuelo grande.

—Estoy esperando una carta de un tal Archer. Un perfumista británico que trabaja en Grasse. Está interesado en mi nueva variedad de rosas de té. ¿No habrá escrito por casualidad?

—No —respondió su nieto.

Marcus tampoco, gracias a Dios.

Ya hacía un día que Hart estaba en Londres, pero no había conseguido localizar al muchacho. Daba la impresión de que se lo había tragado la tierra. Su madre y sus hermanas afirmaban no haber sabido nada de él en días, y no había ni rastro en sus tabernas favoritas ni en las salas de juego.

Temía que Marcus se presentara en la calle Arlington de un momento a otro. O bien que mandara una carta a su abuelo o a su tío pidiendo dinero.

Y era precisamente ese último temor lo que lo había empujado a registrar el correo.

—Qué pena. —El conde se sentó en el sillón de cuero detrás de su escritorio—. Puedes dejar esas cartas ahí. Las revisaré más tarde.

Hart obedeció.

—¿Tienes algo más urgente que atender?

—Esas azucenas del Himalaya me están volviendo loco otra vez.

Hart se distrajo de su preocupación por un momento. Él no era botánico ni un jardinero muy apasionado, pero sabía lo suficiente sobre plantas como para escribir su columna irónica para la revista bimensual *Glendale's Botanical*. Antes de partir hacia Yorkshire, había examinado los lirios y, siguiendo su recomendación, había ayudado a su abuelo a trasplantarlos a un suelo con mejor

drenaje.

—Creía que el nuevo régimen de riego había sido un éxito.

—Las hojas han recuperado algo de color, pero esas malditas siguen sin florecer. Lobb tuvo un problema similar si mal no recuerdo. Le enviaré un telegrama. —El abuelo miró el abrigo y los guantes de Hart mientras sacaba una hoja de papel del cajón de su escritorio—. ¿Te vas otra vez?

—Tengo una cita.

—Con lady Anne, supongo.

A Hart le flaqueó el ánimo. Había estado tratando de no pensar en ella.

Lo había intentado y había fracasado.

La presencia de Anne en su vida había sido constante. Omnipresente. No como novia. Ni siquiera como amiga. Sino como posibilidad. Y estaba acostumbrado a eso. A la esperanza siempre presente de que, algún día, con las palabras adecuadas y las circunstancias propicias, Anne regresara del exilio que ella misma se había impuesto, cuando se diera cuenta de que todavía lo quería.

Pero ella no lo amaba.

Ella deseaba poner fin a todo aquello.

Él también debería querer lo mismo. Pero en realidad no lo deseaba. Se podía decir que era por debilidad. Por sentimentalismo. Por costumbre. Fuera lo que fuese, lo había atrapado en su red. Y le estaba costando muchísimo liberarse.

—Te equivocas —afirmó—. No tengo intención de visitar a lady Anne.

—No tienes por qué ocultármelo si es así. —El abuelo afiló su pluma con una navaja de empuñadura de marfil—. Puede que Brookdale se oponga a ella, pero a mí siempre me ha parecido una buena muchacha.

—No sabía que tuvieras alguna opinión al respecto.

—¿Por qué no iba a tenerla? Arundell era un tipo estupendo. Y también lo es su viuda, independientemente de cómo decida divertirse. —Mojó la pluma en un tintero y comenzó a escribir su mensaje al señor Lobb—. En cuanto a su hija... tiene carácter. Una cualidad admirable que sin duda transmitiría a tus hijos.

Hart alisó los guantes de conducir que llevaba en la mano. Frunció el ceño. Ya le atormentaban lo suficiente los pensamientos sobre Anne. No quería que le atormentaran también los pensamientos sobre sus hipotéticos hijos.

—Si eso es lo que piensas, debo decirte que la he invitado a Sutton Park para las vacaciones.

—Excelente —murmuró el abuelo distraídamente—. ¿Su madre nos acompañará?

—Supongo que sí —repuso Hart. Siempre y cuando Anne todavía estuviera dispuesta a acudir. Ya no estaba seguro de que así fuera.

Después de lo que había sucedido entre ellos en el condado de York, estaba tentado de liberarla de la obligación. Es lo que haría un caballero.

Pero estaba cansado de actuar como un caballero.

Después de dar los buenos días a su abuelo, se puso los guantes y salió de la casa. Su calesín lo esperaba fuera con *Kestrel* y *Damselfly* mordisqueando los bocados y sacudiendo la cabeza en señal de protesta contra el mozo de cuadra que las había estado paseando por la calle en ausencia de Hart.

—Hoy están de mal humor, señor —advirtió el mozo de cuadra.

—Tonterías. —Acarició los hocicos de las yeguas con actitud conciliadora mientras cruzaba por delante de ellas para montar en el calesín—. Están llenas de energía, tal y como me gusta. —Cogió las riendas—. Aléjate.

El mozo se apartó justo a tiempo.

Kestrel y *Damselfly* avanzaron sujetas por los arneses y comenzaron a trotar con paso rápido. Hart las conducía con destreza por la calle. Querían correr, pero no podía complacerlas. Ese día no. Tenía que hacer otra visita, que seguramente sería infructuosa, a la casa de los Neale.

Condujo en dirección a Chelsea y, desde allí, cruzó el río hacia Battersea. Era un barrio residencial aceptable, aunque estaba lejos de ser elegante. Al acercarse al desvío que llevaba al modesto barrio de los Neale, se vio obligado a reducir la velocidad para dejar pasar a un carro de reparto. Fue entonces cuando vio a una joven conocida de pie en la parada del ómnibus. Llevaba un sencillo vestido gris y su pálido rostro estaba enmarcado por un sombrerito almidonado.

Era Ethel Neale.

Hart detuvo el calesín junto a ella.

—Ethel.

La joven levantó la cabeza de golpe y abrió los ojos como platos.

—¡Hartford! ¿Qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. —Su hermanastra distaba mucho de ser una dama elegante, pero seguía siendo una mujer respetable. Y las mujeres respetables no merodeaban por carreteras concurridas esperando el transporte público—. ¿A dónde te diriges?

—Voy... voy a visitar a un amigo.

—Ese amigo no será Marcus, ¿verdad?

La muchacha desvió la mirada con expresión culpable.

No esperó la respuesta. Estaba escrita en su rostro. Solo la lealtad a su hermano mayor podía llevarla a comportarse de manera tan imprudente.

—Sube —ordenó con brusquedad—. No pierdas el tiempo. Ya hemos dado bastante el espectáculo.

Ethel se apresuró a subir y se sentó a su lado. En cuanto se acomodó, Hart espoleó a las yeguas y la joven se agarró con fuerza al asiento.

—¿Me llevas a casa?

—Sí —respondió—. Por lo que tienes exactamente cinco minutos para decirme dónde está.

❋❋❋

La casa de cobro de deudas estaba situada en una callejuela que salía de Chancery Lane. Era una vivienda destartalada con rejas en las ventanas y una jaula que encerraba el jardín trasero. Una especie de purgatorio para los deudores. Allí se retenía a hombres de todas las clases sociales, a quienes exprimían como esponjas hasta que conseguían reunir el dinero suficiente para pagar a sus acreedores.

Hart sabía algo de este tipo de establecimientos. No por experiencia propia, pues él siempre había sido cuidadoso con su dinero. Sin embargo, sus amigos de la universidad habían sido mucho menos prudentes.

Durante los años que pasó en Cambridge, había conocido a varios caballeros cuyos extravagantes gastos innecesarios los habían llevado a casas de cobro como la que ahora tenía ante sí.

Dio una propina a un chico del barrio para que cuidara de sus caballos, luego subió los escalones de un salto y llamó dos veces a la puerta astillada.

Le abrió un tipo con el pelo grasiento al que le faltaban varios dientes. Hart supuso que se trataría del cobrador. Probablemente fuera su propia vivienda. Esos sitios solían ser residencias privadas, reformadas para hacer las veces de espacios de confinamiento temporal.

—Marcus Neale, por favor —dijo Hart.

El cobrador esbozó una sonrisa grasienta.

—Por aquí, milord.

Hart lo siguió; juntos subieron un tramo de escaleras y avanzaron por un pasillo estrecho. Detrás de las puertas se oía a hombres hablando y riendo.

Una casa de cobros no era tan sombría como una cárcel. Los hombres solo permanecían allí una temporada, durante la cual se relacionaban entre sí con

bastante cordialidad. Los que lograban llegar a un acuerdo con sus acreedores pronto volvían a ser libres. El resto terminaba ante los tribunales y se enfrentaba a un período más largo de encarcelamiento en un entorno menos hospitalario.

El cobrador llamó a la puerta del final del pasillo antes de abrirla.

—Alguien quiere verle, señor —anunció con burlona deferencia—. ¿Le hago traer unas cervezas?

La voz de Marcus surgió de las profundidades de la oscura estancia con un gruñido furioso:

—No quiero más cerveza, maldito seas.

—Ha acumulado una deuda —le dijo el cobrador a Hart—. Una guinea al día por el alojamiento, más los gastos por los desayunos, cenas, cerveza, brandy y tabaco...

—Vaya —replicó Hart—. Le llamaré si necesito más información—. Entró en la estancia y cerró la puerta.

Le llevó un momento acostumbrarse a la falta de luz. Cuando lo hizo, contempló la diminuta y lúgubre estancia, amueblada con una vieja mesa de madera, una única silla y una cama estrecha.

Marcus Neale estaba sentado al borde del colchón hundido, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Vestía unos pantalones y una camisa blanca manchada, sin levita ni corbata.

—Debería haber imaginado que pasaría esto —se lamentó Hart.

Marcus levantó la cabeza muy despacio, tenía el cabello castaño oscuro medio despeinado. Una mirada de disgusto se apoderó de su semblante.

—Y yo debería haber sabido que Ethel no sabría guardar un secreto.

—Ah, sí. Tu hermana. Me alegra que la hayas mencionado. —Levantó la silla de madera y la dejó caer delante de su hermanastro dando un golpe—. La encontré de pie al lado de la calle principal con la mayor parte del dinero destinado al mantenimiento de la casa en el bolso, una presa fácil para cualquier carterista, proxeneta o donjuán ambulante.

—Qué tonta —murmuró—. Le dije a mi madre que la enviara en un coche de alquiler.

Hart se sentó en la silla frente a él. Se parecían tanto que tuvo la sensación de estar mirando un espejo. Everett Hartford había dejado una huella indeleble en sus dos hijos, de él habían heredado la estatura, los hombros anchos y la recia mandíbula. La única diferencia entre ellos eran la edad y el carácter.

—¿Y qué crees que habría pasado si tu hermana hubiera venido aquí a pagar tu

deuda? —preguntó—. ¿Cómo se las habrían arreglado tu madre y tus hermanas hasta el próximo día de pago sin el dinero para el manteamiento de la casa?

—No las habrías dejado morir de hambre.

—No. Pero parece que tú sí. —La ira confirió un tono amenazante a las palabras de Hart—. ¿Cuánto es esta vez? Debe de ser una cantidad considerable para que me hayas enviado un telegrama al condado de York.

Marcus esbozó una sonrisa burlona.

—Apuesto a que eso te ha metido el miedo en el cuerpo.

—Perderías esa apuesta. Pero parece que tienes talento para perder apuestas, ¿no? Te lo volveré a preguntar, ¿cuánto es?

—¿No quieres saber cómo descubrí dónde te alojabas?

Tenía muchas ganas de saberlo, pero no quería darle esa satisfacción. Se quedó callado, esperando una respuesta.

Marcus suspiró enfadado.

—Quinientas libras. ¿Ya está? ¿Satisfecho?

—¿A quién se las debes?

—A mi sastre y a mi zapatero. Y... a Garrard's.

Hart alzó las cejas. Garrard's era una joyería muy cara.

—¿Qué diantre has comprado en Garrard's?

—Una baratija. ¿Qué más da?

Tenía razón: daba igual. El dinero se debía independientemente de lo que se hubiera comprado con él.

—¿Son las únicas deudas que tienes en este momento?¿O debería tener alguna más en cuenta?

—¿Deudas con comerciantes? Eso es todo.

—¿Y las deudas de juego? Ya te han prohibido la entrada en la mayoría de las casas de apuestas respetables. Espero que no te hayas aventurado en ninguno de los establecimientos más sórdidos. Pronto descubrirías que no se toman tan bien que no pagues tus deudas.

—Pero las pagarás tú, ¿verdad? —El rostro huraño de Marcus se transformó con un gesto de resentimiento—. Por eso estás aquí. Pagarías cualquier suma para asegurarte de que mantengo la boca cerrada.

Recordó la advertencia de Anne, ella le había dicho que Marcus lo llevaría a la bancarrota. A ese paso, no tardaría mucho en ocurrir.

—Haga lo que haga, no será por tus amenazas. La verdad, muchacho, he llegado al límite de mi paciencia contigo.

—No soy un muchacho —replicó airado—. Tengo diecinueve años.

—Y si quieres vivir para cumplir los veinte, harás lo que te digo. —Pegó la cara a la de su hermanastro—. Puede que no te guste, quizá no sea justo ni razonable, pero no eres un caballero con riqueza ni propiedades. No eres el heredero de un condado ni de nada que yo sepa. Lo que tú eres...

—Soy tan caballero como tú.

—No. De eso nada. Puede que lo seas algún día, pero tu comportamiento indica que eso no ocurrirá. Un caballero no permite que su hermana se ponga en una situación vulnerable por su causa. No se enriquece a costa de su madre y sus hermanas.

—Si tuviera dinero propio...

—¿Puedo sugerirte un empleo remunerado? Es muy beneficioso para la autoestima de un hombre.

Marcus miró a Hart como si le hubiera propuesto convertirse en aeronauta.

—¿Me estás diciendo que consiga un trabajo? ¿Dónde? ¿En alguna tienda? ¡Mi padre se revolvería en su tumba!

—Permíteme que lo dude —repuso Hart con una risotada—. Cuanto más sé de las faltas morales de nuestro padre, más convencido estoy de que pocas cosas podrían escandalizarlo.

—Es fácil reírse cuando tienes todas las cartas —respondió Marcus entre dientes—. Bueno, toma nota de esto: puede que no sea legítimo, pero mi padre me quería a mí. Tú no le importabas nada.

Hart sintió la verdad de las palabras de su hermanastro como si fuera un cuchillo afilado que se le clavaba en las entrañas.

Era un hecho indiscutible. Su padre no se había preocupado por él. Tampoco se había preocupado por su madre. Si lo hubiera hecho, Marcus y sus hermanas no existirían.

Pero ahí estaban.

Y ahí estaba él. Lo último que quería era darle la satisfacción a Marcus de saber que le había tocado la fibra sensible.

—No me cabe duda de que tienes razón —reconoció. Y luego sonrió—. Ojalá te hubiera querido lo suficiente como para cambiar su testamento.

Los ojos de su hermanastro echaban chispas. Por un momento, dio la sensación de que iba a recurrir a la violencia.

Hart se arrepintió inmediatamente de sus palabras. No tenía ningún interés en que esa conversación degenerara en una pelea a puñetazos. No importaba que las

pullas sobre los sentimientos de su padre —o la falta de ellos— hubieran empezado a molestarle.

—No seas idiota —dijo—. ¿Crees que nuestro padre era rico? ¿Que tenía alguna fortuna ahorrada de todos sus panfletos y artículos no solicitados? No ganó dinero en toda su vida, salvo lo poco que acumuló de los alquileres de sus propiedades. Apenas te daría para comprar alfileres de corbata en Garrard's, o lo que sea que hayas estado comprando allí.

—No era un alfiler de corbata —gruñó—. Era un regalo para una joven dama.

—¿Eso es lo que te ha endeudado? ¿Los regalos que has comprado para alguna joven ambiciosa? Sabía que eras crédulo, pero te suponía más inteligente.

—Ella no es una... —Se interrumpió y apretó los puños—. ¡Oh, al diablo con tus opiniones! Me importan un comino. Y no creo ni una sola palabra de lo que dices sobre el dinero de mi padre.

—Lo que creas o no me da igual. —Hart se puso de pie—. Vamos. Levántate y recoge tus cosas. Me encargaré de tus asuntos y te devolveré con tu familia. Podemos discutir el resto de este triste asunto en un entorno más agradable.

Marcus no se movió. Seguía temblando de rabia.

—Ahora —ordenó Hart—. Ya me has hecho perder la mañana. No pienso perder también el resto del día.

Al fin, el muchacho se levantó a regañadientes. No le dio las gracias por la generosidad. Más bien al contrario.

—Algún día te borraré esa maldita sonrisa de la cara —advirtió entre dientes, mientras tomaba su abrigo.

Hart sonrió con más ganas.

—Te desafío a intentarlo.

Capítulo 17

Anne puso a *Azafrán* al paso. Se le agitaban los flancos. Por mucho que se esforzara, el viejo semental ya no podía seguir el ritmo de la yegua de Stella. *Locket* era demasiado joven y tenía demasiadas ganas de ganar.

—¡No puedes rendirte antes de que termine la carrera! —gritó Stella, riendo mientras regresaba al galope. Volvió junto a Anne; la falda de su elegante traje de montar se movía a su paso.

Varios jinetes del parque la miraron con desaprobación. Una dama no debía galopar por Rotten Row en hora punta, cuando estaba allí toda la alta sociedad. Y definitivamente no debía reírse mientras lo hacía.

Anne se inclinó hacia delante en su silla de montar a la amazona y el cuero crujió cuando acarició el húmedo y dorado cuello de *Azafrán*.

—Me temo que sus años de correr ya pasaron —dijo—. A este pobre ancianito ya le toca retirarse al campo.

Stella sujetó a su montura hasta llevarla al paso. Tenía las mejillas sonrosadas tras el velo de su sombrero de montar.

—Mientras tanto, *Locket* sigue con ganas de enfrentarse a cualquiera que se le acerque. Lástima que Julia no haya podido acompañarnos.

—Habría tenido que pedir prestado un caballo. Dejó a *Cossack* en el condado de York.

Stella agarró las riendas en corto para no perder el control y evitar así que la yegua volviera a salir corriendo.

—Me hubiera gustado que viniera de todas formas. La he visto muy poco estos días.

Las dos cabalgaron juntas entre la multitud, seguidas de cerca por sus obedientes mozos de cuadra.

A diferencia de las mañanas, cuando se gozaba de un poco de privacidad, por las tardes Rotten Row se llenaba de damas y caballeros de la aristocracia, señoritas activas en el mercado matrimonial y arrogantes hombres que presumían de sus últimas compras en la subasta de caballos de carreras de Tattersalls. Incluso las Preciosas Domadoras de Caballos estaban presentes: famosas cortesanas, conocidas tanto por su habilidad para montar como por sus abundantes encantos.

La habilidad no era requisito para participar en el desfile diario. Entre los pocos jinetes expertos había innumerables inexpertos. Los novatos se aferraban nerviosos a caballos que se asustaban y se sobresaltaban a la mínima y los incompetentes no sabían guiar bien a sus monturas y siempre estaban a punto de chocar al cruzarse.

No era de extrañar que galopar estuviera mal visto. Dada la dudosa habilidad de los diversos lores y damas, no se podía confiar en la mayoría de los caballos a una velocidad mayor que la propia del paso.

—Últimamente Julia está muy ocupada con sus cosas —dijo Anne—. Ayer fue a visitar a los abogados y hoy a casa de sus padres. Quién sabe qué le deparará mañana.

—¿No quería que la acompañaras? —preguntó Stella.

—No. Julia está decidida a afrontar los obstáculos sola.

Estaba orgullosa de la recién descubierta independencia de su amiga y, al mismo tiempo, sentía una evidente frustración. Quería brindarle su fuerza. Estar ahí para ella de la mejor manera posible. Aunque su amiga se apoyaba en ella hasta cierto punto, ya no permitía que Anne resolviera sus problemas.

¡Como si pudiera hacerlo!

Ni siquiera era capaz de enfrentar las dificultades que la acechaban en ese momento. Sería arrogante pensar que podía gestionar las de sus amigas.

—El matrimonio la ha cambiado —observó Stella, cuando dejaron atrás a la mayoría de la gente y había menos peligro de que alguien las oyera.

—Para ser justa, creo que su matrimonio no es tanto la causa como el resultado de su cambio.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que Julia ha tomado las riendas de su vida. Es lo que la impulsó a casarse con el capitán Blunt. No hay duda de que es más feliz por ello.

—Quizá deberíamos seguir su ejemplo —opinó Stella.

Anne miró a su amiga con curiosidad.

—¿Y fugarnos con un famoso excapitán del ejército?

Stella fingió considerar seriamente la idea.

—Si tuviéramos la certeza de obtener el mismo resultado... Pero con la suerte que tenemos nosotras, el supuesto villano con el que nos casáramos acabaría siéndolo de verdad y no un héroe disfrazado.

—Sería más fácil distinguir a los villanos de los héroes si los caballeros no se tomaran tantas molestias en ocultar su honestidad —opinó Anne—. Piensa en

cuánto tiempo perdemos intentando averiguar quiénes son realmente.

—No son solo los caballeros. Mi hermano dice que cada persona tiene dos caras: la verdadera y la que decide mostrar al mundo.

Anne pensó al instante en Hartford y en el rostro que él había elegido enseñar. Una sonrisa pícara que ocultaba lo que había debajo. Después de todos aquellos años, apenas lo conocía. Y ya nunca lo haría.

Ella misma se lo había ganado por su comportamiento en el condado de York.

En los últimos dos días, se había resignado. Las lágrimas derramadas se habían secado tan rápido como una tormenta de verano. Ya no quedaba nada más que la misma amargura persistente que la había atormentado desde el infame día en que rompió su compromiso.

—Tu hermano dice muchísimas cosas —respondió Anne.

—Así es —asintió Stella—. Y últimamente ha encontrado una compañera que lo anima en sus evangelizaciones.

—Ah, ¿sí? —Anne la miró con curiosidad.

—La señorita Amanda Trent. —Stella pronunció el nombre como si fuera un veneno espantoso en sus labios. *Locket* brincó bajo ella, atenta al mínimo cambio de humor de su amazona—. La conoció en la conferencia ecuménica. La esperan en Londres para las vacaciones. Mi hermano no habla de otra cosa.

—¿Crees que tiene intención de...?

—Sí —respondió muy seria—. Casi tengo garantizada la plaza de carabina para el cortejo navideño. Y cuando se casen, ya no tendrá espacio en su casa para su hermana solterona.

Anne presionó suavemente a *Azafrán* con la pierna y lo acercó a *Locket*. Bajó la voz, ansiosa por consolar a su amiga.

—Estoy segura de que no es cierto.

—Claro que sí. —Stella adoptó el tono discreto de Anne—. Ya ha empezado a mencionar la posibilidad de que me case con uno de nuestros feligreses viudos del condado de Derby. El pobre hombre tiene casi sesenta años. Mi hermano dice que no le importará mi pelo blanco. ¡Como si fuera lo único que tener en cuenta!

Anne no sabía que la situación de Stella se había vuelto tan desesperada.

—¿Qué harás?

—¿Qué puedo hacer? No puedo permitirme el lujo de tomar las riendas como Julia. No poseo una gran fortuna y no hay excapitanes del ejército llamando a mi puerta. Si tuviera algún pariente al que recurrir, me iría de Londres. Si yo no estoy aquí para hacer de carabina, los planes de matrimonio de mi hermano podrían

fracasar. Pero lamentablemente no tengo adónde ir.

—Aún puedes irte de Londres. —Anne estaba tan deseosa de resolver el problema de su amiga que no pensó en las consecuencias de sus palabras—. Me han invitado a una fiesta en Hampshire estas Navidades. Podrías acompañarme.

—¿Quién organiza la fiesta?

Anne vaciló al darse cuenta un poco tarde de que había abierto la puerta a un mundo de secretos. Reajustó las riendas muy despacio y dio un poco más de libertad a *Azafrán* para que tomara la delantera.

—Del conde de March —admitió.

Como si hubiera sido una señal, de pronto apareció a lo lejos un calesín muy conocido, tirado por un par de yeguas castañas igual de familiares. Hartford conducía con el aplomo habitual. Su apuesto rostro y su estatura y corpulencia eclipsaron inmediatamente a cualquier otro caballero. El sol se reflejó como el fuego sobre él y las yeguas, parecía el mismísimo dios griego Apolo.

Si Apolo alguna vez se hubiera rebajado a llevar pantalones de cuadros brillantes y una llamativa levita color vino.

Ridículo. Incluso la ropa de Hartford era una broma.

¿Cómo podría confiar en un hombre que lo convertía todo en una broma?

Pero a su corazón no parecía importarle su fiabilidad, o su falta de ella. Al verlo, latió con tanta fuerza que se preguntó si Stella lo habría oído.

Hartford aminoró la marcha al acercarse. Sonreía. Siempre sonreía. Pero esta vez la sonrisa no asomaba a sus ojos.

—Y ya solo quedan dos —entonó con aspereza.

—Hartford... —Anne inclinó la cabeza con rigidez—. Como siempre, su capacidad de observación me asombra.

—Sus tropas están disminuyendo, milady —respondió él—. Primero desapareció la señorita Maltravers, ¿y ahora la señora Blunt? Ya no son las cuatro Amazonas ni las tres Furias. ¿Cómo las debo llamar?

Anne instó a *Azafrán* a avanzar.

—Disculpe si seguimos cabalgando mientras usted ejercita su débil ingenio.

—Me encanta hacer ejercicio, señora —replicó Hartford cuando ella pasaba de largo. A continuación bajó la voz para que solo ella pudiera oírlo—. En especial me gusta dar largos paseos por los bosques del condado de York.

—Ojalá se cayera usted directamente al mar —le espetó Anne sin poder contenerse.

La sonrisa del hombre dio paso a una breve mueca burlona. Esta vez fue sincera,

y se dejó ver en sus ojos.

—Como siempre, estoy deseoso de cumplir sus órdenes. —Se tocó el ala del sombrero—. Buenos días, milady. Señorita Hobhouse...

A Anne se le hizo un nudo en el estómago al alejarse. Agradeció que *Azafrán* ya no fuera sensible a sus cambios de humor. Cualquier otro caballo se habría desbocado al percibir su inusual indisposición. Pero *Azafrán* era viejo y podía confiar en él. Avanzaba con paso firme, demasiado cansado de la carrera al galope de hacía unos minutos como para hacer algo más que caminar.

El calesín de Hartford desapareció en dirección opuesta tirado por *Kestrel* y *Damselfly*, que avanzaban en un trote exuberante.

Stella miró a Anne y alzó las cejas en un gesto interrogativo.

—¿Asistirá el señor Hartford a la fiesta de su abuelo?

Anne soltó el aire que había estado conteniendo. Se apoderó de ella la necesidad de confiar en su amiga. Ya no aguantaba más.

—Sí. Me invitó él.

—¿Y aceptaste? —Stella estaba asombrada—. ¿Te gusta después de todo?

—Hubo un tiempo en que me gustó —confesó—. Pero... solo discutimos. Me temo que hemos discutido tanto que ninguno de las dos podemos perdonarnos. —Sintió una punzada de dolor en el abdomen—. A veces creo que lo odio.

Stella sonrió.

—Tiene posibilidades.

—¿En qué sentido? El odio es lo opuesto al amor.

—Lo opuesto al amor es la indiferencia —la corrigió Stella—. Si ese tipo te irrita, significa que todavía te importa.

Anne no lo tenía tan claro.

—¿Es eso otra muestra de la dudosa sabiduría de tu hermano?

—No. Eso es mío.

Capítulo 18

Tras salir del parque, Stella se dirigió a la calle San George con su mozo y Anne regresó con el suyo a Grosvenor Square. Su madre estaba tomando el té en el salón con algunos amigos de la sociedad espiritista. Para su sorpresa, Evelyn Maltravers y su tío, el señor Fielding, estaban entre ellos.

Evelyn se levantó y cruzó la habitación para saludarla. El exquisito vestido de tarde que lucía ensalzaba su curvilínea belleza y su cabello castaño oscuro. Era una prenda que solo podía haber confeccionado el novio de Evelyn, el señor Malik.

Anne salió a su encuentro y ambas se estrecharon las manos con cariño y se besaron en la mejilla.

—¿Cuándo has vuelto de Sussex? —preguntó Anne.

—Esta mañana. —Los delicados ojos color avellana de Evelyn resplandecían tras sus gafas de montura plateada—. Mi tía Nora me permitió volver un poco antes para que pudiera empezar a encargar mi vestido de boda.

—¡Vestido de boda! —exclamó Anne. Tras saludar a los demás asistentes, llevó a su amiga a la relativa privacidad de un sofá acolchado cerca de la ventana.

Se sentaron una al lado de la otra, la falda del vestido de bombacina negra de Anne se fruncía contra la brillante seda gris perla de la de Evelyn.

—Quería escribirte para contarte lo de la propuesta del señor Malik —dijo Evelyn—. Pero no ha habido tiempo. Era más rápido decírtelo en persona.

—Y me lo tienes que contar todo. Aunque te advierto que tendrás que repetirlo otra vez para Stella y Julia.

—¿Ya ha vuelto Stella de Exeter?

—Sí. Precisamente estaba con ella en Rotten Row. Julia también está aquí. Se queda con nosotros una temporada.

—Me lo contó mi tío —repuso Evelyn—. Esperaba verla cuando llegáramos.

Al otro lado de la sala, el señor Fielding tosió en su pañuelo. Parecía que aún se recuperaba de su infección de garganta. Lady Arundell estaba sentada a su lado en el sofá de terciopelo verde y participaba con entusiasmo en la conversación con sus otras invitadas, lady Younger y la señora Blakely-Strange.

—Julia debería volver de visitar a sus padres en cualquier momento —comentó Anne—. Estará encantada de verte y de oír tus buenas noticias. Pero primero,

querida, debes contármelo todo a mí.

Sin soltar la mano de Anne, Evelyn le contó con entusiasmo cómo el señor Malik había viajado a Sussex para proponerle matrimonio. No entró en demasiados detalles, pero no hacía falta ser muy perspicaz para saber que la forma en que le había propuesto matrimonio había sido de ensueño.

Anne sonrió.

—Estás siendo admirablemente discreta.

—¿Qué más puedo decir? —preguntó riendo su amiga—. Fue muy romántico. Supongo que todas las pedidas de mano lo son.

—Imagino que la tuya lo fue aún más, teniendo en cuenta los obstáculos que habéis tenido que superar.

—Confieso que ahora que sé que les haremos frente juntos ya no parecen tan abrumadores. —Evelyn esbozó una sonrisa radiante—. Es un hombre excelente, de verdad. Tenemos la intención de cuidarnos mucho el uno al otro.

—¿Cuándo te casarás?

—En noviembre.

—¿¡Tan pronto!? No te queda mucho tiempo para organizar la boda.

—Nos emociona menos la idea de celebrar una gran boda que empezar nuestra vida juntos. Eso es lo que nos importa, no la ceremonia. —Estrechó la mano de Anne—. Aunque espero que, cuando me case, mis amigas estén allí para apoyarme. Significaría mucho para mí.

—Por supuesto que estaremos allí —prometió Anne—. No nos lo perderíamos por nada del mundo.

Evelyn le avanzó que su boda se celebraría en la casa de su tío en Russell Square. Los recién casados pasarían la noche en el Hotel Claridge's antes de partir para disfrutar de una corta luna de miel.

—Solo podemos ausentarnos unos días, porque el señor Malik tiene que estar pendiente de sus vestidos.

—¿Dónde vivirás? —preguntó Anne.

—Aún no lo hemos decidido. Pero creemos que nos convendría estar cerca de Hampstead Heath, siempre y cuando encontremos una casa con suficiente espacio para *Hefesto*.

Evelyn estaba muy unida a su semental andaluz. Era un animal majestuoso, con una brillante carrera por delante como semental.

—¿Lo dejarás en Sussex hasta entonces? —preguntó Anne.

—A él no le importa —dijo Evelyn, sonrojada—. Ya le he conseguido diez

compromisos más.

A Anne también se le colorearon las mejillas.

Todavía estaba un poco sorprendida por el espíritu emprendedor de su amiga. La cría de caballos no era una ocupación del todo respetable para las mujeres solteras. Se suponía que no debían saber cómo funcionaban esas cosas. Pero ella se había mostrado de lo más decidida y había hecho todo lo necesario para asegurar su final feliz.

Había sido la primera de las Amazonas en tomar las riendas de su vida. Julia había seguido su ejemplo rápidamente. Solo faltaba que Anne y Stella buscaran su propio final feliz.

Anne empezaba a dudar si tenía el coraje necesario.

Tal vez Hartford estaba en lo cierto. Quizá tenía miedo.

Descartó la idea de inmediato.

¿Cómo podía importarle siquiera nada de lo que él dijera? Había insultado a su madre. La había insultado a ella. Y, además, ese mismo día había tenido el descaro de lanzar una indirecta sobre el beso que se dieron cuando paseaban por el bosque del condado de York.

Ese diablo descarado...

—Tengo muchas ganas de oír los detalles sobre la infame fuga de Julia con el capitán Blunt —confesó Evelyn.

—Estoy segura de que te lo contará cuando regrese. Aunque no esperes nada más que un relato de lo increíblemente felices que son.

—¿Es feliz?

Antes de que pudiera responder, Horbury entró en el salón. Carraspeó.

Su madre estaba sirviendo el té a sus invitados.

—¿Qué ocurre, Horbury?

—El capitán Blunt quiere ver a la señora Blunt, milady.

Anne alzó las cejas. Ella y Evelyn se miraron con preocupación.

—¿El capitán Blunt? —Su madre la miró fijamente—. ¿Lo ha citado Julia?

—Supongo que sí —Anne no tenía ni idea de si era cierto, pero prefería no involucrar a su madre en un posible escándalo. Se puso de pie y se dirigió al mayordomo—. Lo recibiré en la salita.

—¿Ocurre algo? —preguntó Evelyn en voz baja mientras Anne se disponía a salir.

—No lo sé —admitió.

Mientras bajaba las escaleras, se recordó que Julia no se había marchado del

condado de York en secreto. Al contrario, el capitán Blunt había estado presente para despedirse de ella. Sin embargo, su aparición en Londres solo dos días después significaba que aquel hombre no estaba contento con la ausencia de su esposa.

El aspecto desaliñado del capitán no hizo más que confirmar esa sospecha. La esperaba en el salón iluminado por el sol, con el traje arrugado, una barba de tres días y una bolsa Gladstone desgastada a sus pies.

—Lady Anne...

—Capitán Blunt... —Le indicó que se sentara—. Si ha venido a ver a Julia...

—Sí. —Permaneció de pie.

—Ahora no está aquí. Ha ido a visitar a sus padres a Belgrave Square.

Frunció el ceño.

—¿Sola?

Anne percibió cierto tono acusador en la pregunta. Como si, de alguna manera, hubiera abandonado a su amiga en un momento de necesidad.

—A mí tampoco me hace gracia, señor —reconoció con frialdad—. Pero ella insistió. Ha querido ocuparse de todos sus asuntos sola desde que llegó a la ciudad.

—Le agradezco la información. —Tras recoger su bolsa, el hombre se volvió para marcharse.

Anne se puso frente a él y le bloqueó el paso un momento. No le permitiría ir tras Julia si estaba de mal humor.

—¿No estará enfadado con ella, supongo?

—Sí, señora —admitió—. Muy enfadado. Últimamente he descubierto que no puedo vivir sin ella. Si me disculpa...

Anne se hizo a un lado y se quedó mirándolo fijamente mientras salía de la habitación. Pocas veces había visto a un caballero tan a punto de perder la compostura.

A ninguno, salvo a Félix Hartford la noche que la besó.

También estaba sin afeitar y desaliñado.

«Quiero estar contigo», había dicho muy serio.

El recuerdo le provocó otra punzada en el estómago.

¡Qué espanto de recuerdos! ¿No dejarían de atormentarla?

Regresó al salón. Evelyn había vuelto a sentarse junto a su tío. Anne se sentó en una silla junto a ellos y esbozó una sonrisa tranquilizadora en respuesta a la mirada preocupada de Evelyn.

Su madre interrumpió su conversación con la señora Blakely-Strange.

—¿Y bien? —preguntó.

—Parece que Julia nos va a dejar —dijo Anne.

Su madre asintió con aprobación.

—Su esposo tiene intención de llevársela a casa, ¿verdad? No me sorprende. Los recién casados no deberían separarse durante los primeros días de su matrimonio. —Se volvió hacia la señora Blakely-Strange y retomó la charla—. ¿Decía usted algo sobre los egipcios?

La señora Blakely-Strange dio un sorbo a su té y disimuló un escalofrío por la falta de azúcar. Era una mujer mayor con una mecha blanca en el cabello moreno y tendencia a adornarse con un montón de cuentas de azabache.

—Sí, sí. Los egipcios. Tienen una gran importancia, por supuesto. Pero no debemos olvidar a los romanos. Precisamente ayer hablaba de ello con la señora Frazil. Dice que sus sesiones con la *planchette* nunca son tan intensas como cuando está cerca de San Pablo.

—¿San Pablo? —preguntó su madre—. ¿Qué tiene que ver San Pablo con esto?

—Vaya, pensé que ya lo sabía —repuso la invitada—. Su emplazamiento en Ludgate Hill fue, antiguamente, un templo romano dedicado a la diosa Diana. La señora Frazil se refiere a ese lugar como una colina de poder. Ha dirigido lecturas privadas para mí en los aposentos que tiene allí, y debo decir que he notado la diferencia.

A lady Arundell le brillaron los ojos con interés.

—Fascinante —murmuró—. Quién iba a decirlo. Justo aquí, en Londres.

Anne podía ver cómo su madre comenzaba a maquinar. La idea de la colina de poder había cautivado su imaginación. Sobre todo, al estar tan cerca de casa.

Lady Arundell no habló de otra cosa durante la cena que compartieron con el señor Fielding y Evelyn, y continuó a la mañana siguiente, después de que una radiante Julia —que había salido victoriosa tras sus esfuerzos por obtener su herencia— partiera hacia el condado de York del brazo de un satisfecho capitán Blunt.

—No quiero caras largas —advirtió su madre en cuanto se fueron—. Tenemos demasiadas cosas que hacer hoy como para que estés lamentándote por la partida de tu amiga.

Anne no se dio cuenta de que estaba triste. Siguió a su madre de vuelta al salón.

—¿Tenemos algún compromiso?

—La señora Frazil nos ha invitado a tomar el té. Igual podemos ir hoy. —Tocó

la campanilla para llamar a Horbury—. Ya es hora de que tú y yo vayamos a Ludgate Hill.

❋❋❋

Ludgate Hill estaba solo a cinco kilómetros de Grosvenor Square, pero por el tiempo que tardaron Anne y su madre en llegar a su destino, podrían haber sido cien. A mediodía, la congestión que había en la carretera en dirección a la catedral de San Pablo hacía que la empinada y estrecha calle fuera prácticamente intransitable. Junto a ellas avanzaba una fila triple de vehículos de todo tipo, desde el más humilde carro de fruta a carretas inestables y ómnibus sobrecargados.

Los peatones intentaban cruzar la calle entre las nubes de polvo generadas por el exceso de vehículos y arriesgaban la vida y la integridad física al correr entre el tráfico.

Mientras subían la colina, Anne miraba por la ventanilla del carruaje y vio cómo a un hombre le faltaba muy poco para acabar aplastado por un coche de caballos que se desviaba.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Menudo caos!

—El ruido es insoportable— se quejó su madre desde el asiento de enfrente.

Estaba de mal humor porque el señor Fielding había declinado su invitación a acompañarlas. Aunque se encontraba mucho mejor de la garganta, todavía no quería arriesgarse a ir tan lejos.

—La verdad es que sí —reconoció Anne.

Ya habían estado antes en Ludgate Hill, donde se encontraban las mejores tiendas. Pero nunca lo habían visitado a esa hora del día.

Los gritos de los conductores de coches de alquiler y los peatones flotaban en el aire unidos al ruido de los cascos de los caballos, el traqueteo de las ruedas y las voces de innumerables personas que paseaban, compraban y vendían sus productos.

La calle estaba llena de todo tipo de tiendas, telares, vendedores de alfombras, tabaqueros y joyeros. También albergaba varias casas de aspecto bastante deprimente. Viviendas destartaladas y encorvadas, todas apiñadas con poca gracia y dignidad. Fue frente a una de ellas donde finalmente se detuvo el carruaje de Arundell.

La casa de la señora Frazil se alzaba a la sombra de la catedral de San Pablo. Aunque se la veía algo deteriorada, los rosales trepadores de color rosa pálido que

enmarcaban la entrada disimulaban el mal aspecto de la fachada. Cuando Anne y su madre pasaron por debajo de las flores para entrar en la vivienda percibieron la dulce fragancia que desprendían.

Una ama de llaves agobiada las hizo pasar al salón principal, donde las recibió la señora Frazil. Era una estancia colorida, sin un ápice de crepé negro, ni en la decoración ni en la indumentaria de la anfitriona.

—Lady Arundell, lady Anne... —La señora Frazil se levantó de la silla capitoné amarilla que tenía junto a la ventana. Hizo una reverencia y la falda de su vestido lavanda se derramó a su alrededor formando una espuma de pliegues y lazos de cinta—. Es un placer darles la bienvenida a mi humilde morada.

La apagada mujer desprendía cierto aire de pantomima, como si fuera una artista que representara un espectáculo para el público. Tenía un aspecto único con el rostro empolvado, las finísimas cejas perfectamente definidas y un cabello rojizo antinatural.

Anne sospechó que se lo había teñido.

—Por favor, tomen asiento. —Señaló el mullido sofá rosa frente a ella—. Pediré té. Mi ama de llaves ha horneado esta mañana unos deliciosos pastelitos turcos.

—Nada de pasteles, gracias —dijo su madre mientras tomaban asiento—. No me gustan los dulces.

La señora Frazil intercambió algunas palabras más con su ama de llaves antes de dejar que se retirara.

—Disculpe mi descuido —dijo, volviendo a su asiento—. Olvidé que no le gusta el azúcar.

—Un capricho imprudente. Como tantas cosas hoy en día. —Su madre contempló la estancia sin apenas disimular su desaprobación—. Debo decir, señora, que su salón es extraordinariamente alegre.

—Sí, mi señora —reconoció la mujer—. Me relaja mucho.

—¿Relajarse, dice? —Lady Arundell resopló—. Me asombra que pueda oírse pensar con todo el ruido de la calle.

—Sí que hay ruido —reconoció la anfitriona—. Suelo presumir de que todo el mundo pasa por mi puerta. Damas y caballeros de las mejores familias, los comerciantes a quienes compro mis mantelerías y los periodistas que escriben mi periódico. Hay riqueza y miseria, crimen y justicia, y más variedad de personas de tierras remotas de la que pueda encontrar en Mayfair. No necesito buscarlos. Solo tengo que mirar por la ventana.

Anne estaba acostumbrada a guardar silencio durante las visitas a los

practicantes del espiritismo. Tenía poco que aportar al respecto, salvo un sano escepticismo. Como consecuencia, a menudo se perdía en sus pensamientos durante las conversaciones de su madre y repasaba mentalmente las cartas que debía escribir o los próximos compromisos a los que asistiría.

Sin embargo, las palabras de la señora Frazil le llamaron la atención.

Era cierto. En Mayfair no había mucha diversidad. Era una zona compuesta principalmente por personas ricas y con título, una sociedad muy exclusiva. Anne había expresado su deseo de quedarse allí, porque le resultaba familiar, conocía a todo el mundo y todos la conocían a ella. Y, sin embargo...

Las mismas cualidades que la atraían también le provocaban cierta incomodidad.

La confianza estaba muy bien, pero no si eso significaba excluirlo todo y a todos los demás. Había un mundo inmenso ahí fuera, con todo tipo de personas. Evelyn había abrazado ese mundo y, como resultado, había encontrado la felicidad. Esperaba no tener la mente menos abierta que su amiga.

—¿Tiene mucha relación con estas personas, señora? —preguntó—. ¿O solo los observa?

La señora Frazil sonrió con benevolencia.

—Hablo con muchos vecinos de la colina cuando pasan por aquí. Pero confieso que prefiero observarlos de lejos. Necesito privacidad para trabajar con el mundo espiritual.

—¿No la distrae el ruido? —preguntó su madre.

—No —aseguró—. Ludgate Hill es vida. Solo tiene que atender, mi señora. Dígame si el sonido no resuena en sus venas. Semejante energía solo puede ser para bien.

Su madre asintió lentamente.

—La señora Blakely-Strange me ha dicho que en esta colina reside un inmenso poder.

—No puede ser de otro modo —corroboró—. En la época romana había un templo aquí dedicado a Diana, diosa de la caza. Las vibraciones...

Anne se distrajo cuando el hilo de la conversación siguió por derroteros espiritistas. Solo volvió a prestar atención cuando sirvieron el té. Mientras terminaba de beber el amargo brebaje, oyó el final de algo alarmante que su madre le decía a la señora Frazil, quien la observaba con entusiasmo.

—... para ver la casa. Quizá pronto resulte deseable estar en un lugar como este, tan lleno de vida y poder, como dice usted, aunque sea por poco tiempo.

Anne miró a su madre.

—¿Una casa? ¿Qué casa?

Su madre la miró con el ceño fruncido.

—¿No estabas atendiendo? La casa de al lado está en alquiler. La señora Frazil está haciendo las veces de casera. —Dejó la taza de té en el platillo con un tintineo —. Echaremos un vistazo después.

Anne abrió la boca, pero la cerró de nuevo. No podía interrogar a su madre delante de una desconocida. E incluso si pudiera, sería una grosería imperdonable menospreciar el barrio de la señora Frazil en su presencia. Pero... ¿Ludgate Hill?

Era demasiado ruidoso. Había demasiada gente. Era demasiado inapropiado.

Si el primo Joshua las echaba de Grosvenor Square al mes siguiente y su madre alquilaba una casa allí, ella estaría completamente sola. Ninguna de sus amigas podría visitarla y, de hacerlo, tendrían grandes dificultades para llegar. Se acabarían los paseos a caballo en Rotten Row. Se acabarían los paseos por la calle Bond.

Se acabaría Hartford.

Aparte del viaje que habían hecho juntos hasta Yorkshire, Anne solo lo veía en el parque o en los bailes y fiestas que celebraba la alta sociedad de Mayfair. Había sido su único vínculo desde que rompió su compromiso con él hacía tantos años. Si se mudaba a Ludgate Hill, prácticamente no volvería a verlo.

Pero era lo que quería. Poner punto final a todo aquello. Y eso sería el fin, no había duda.

La perspectiva dejó a Anne con el corazón helado.

Capítulo 19

El salón de baile de lord y lady Ramsey refulgía iluminado por la luz de las velas. El brillo se reflejaba en las paredes de espejo, resplandecía en el suelo de madera pulida y centelleaba en las coloridas sedas de las faldas de las damas, mientras giraban con sus parejas al son de una animada polca.

Hart entró advirtiéndose mentalmente que no debía esperar demasiado.

Cuando se cruzó con Anne en Hyde Park la semana anterior, ella no había hecho nada para despertar su interés. Al contrario, se mostró descortés y expresó su deseo de que se ahogara en el mar para que no siguiera atormentándola.

No era precisamente una promesa de pasión eterna.

Pero, aun así, había sido apasionada.

Las duras palabras de la joven le habían levantado el ánimo con la misma eficacia que un tónico. Había recuperado la esperanza. Y últimamente había descubierto que un mundo sin la esperanza de conseguir a Anne era un lugar muy sombrío.

La buscó por todo el salón, escudriñó entre la multitud de damas ataviadas con vestidos en distintos tonos que recordaban a las joyas y caballeros con austeros trajes de noche en blanco y negro. Sobre una tarima al fondo del salón tocaba una orquesta compuesta por músicos entregados. La mayoría de los invitados bailaban.

Como era de esperar, Anne no estaba entre ellos.

Hart paseaba por el perímetro de la estancia y se detenía de vez en cuando para intercambiar cumplidos con las viudas, solteras y debutantes que aguardaban sentadas en los confines del salón. Generalmente, Anne se encontraba entre ellas, sentada junto a su madre o con sus amigas amantes de los caballos.

Pero esa noche no la veía.

Le entristeció pensar que quizá no asistiría.

—¡Señor Hartford! —La anciana viuda lady Sawbridge le hizo señas con su abanico. Se había acomodado en un sillón a la entrada del salón de juego, desde donde persuadía a los caballeros que pasaban para que se emparejaran con alguna de sus protegidas—. ¿Por qué no baila? ¿No hay suficientes jovencitas dignas entre las que ve?

Hart le dedicó una sonrisa de disculpa.

—En efecto, señora. He sido desconsiderado.

—Entonces debe rectificar su error. ¿Puedo sugerirle a la señorita Thrapstone como pareja? Lleva más de cinco bailes sentada.

La señorita Thrapstone se puso colorada de vergüenza. Era una muchacha con granos en su primera temporada. Permanecía sentada junto a la viuda, con gesto de preferir estar en cualquier otro lugar del mundo antes que allí.

—Señorita Thrapstone... —Hart hizo una reverencia—. ¿Me concedería el honor de bailar conmigo la contradanza?

La joven abrió los ojos como platos.

—Pe... pero ese es el baile que precede a la cena.

—Entonces será un placer acompañarla después al comedor.

Hartford volvió a inclinarse antes de seguir caminando y se maldijo en silencio. Tenía intención de invitar a Anne a bailar la danza previa a la cena.

Aunque Anne nunca había aceptado sus invitaciones.

Apenas había dado unos pasos cuando su prima Mariah le salió al paso.

—¡Hart! —La voluminosa falda de su vestido confeccionado en tarlatana verde manzana ondeaba a su alrededor en un torbellino de volantes—. ¿Has visto a mi madre?

—No. —Miró con desaprobación el horrible broche que su prima llevaba en el pecho. Tenía forma de flor tropical con un llamativo rubí en el centro, pero no combinaba con su vestido ni con las flores de su peinado—. Hablando de tu madre... Es una mujer con un gusto impecable. Supongo que esta llamativa joya ha sido cosa tuya.

Se llevó la mano al broche y lo cubrió con actitud protectora.

—¿Tienes que ser desagradable precisamente ahora? Quería pedirte un favor especial.

—Ya tengo reservada la contradanza. Podría reservarte un galope, pero podrías caerte por el peso de esa monstruosidad.

—No quiero bailar contigo. —Lo agarró del brazo y lo llevó a un rincón menos concurrido para susurrar con tono confidencial—: Quiero que me lleves a Richmond Park el próximo jueves. Prometí encontrarme con un... amigo, y mi madre me ha prohibido utilizar el carruaje.

Hart sospechó de inmediato. Su tío había dicho que Mariah albergaba sentimientos por un joven misterioso, y la petición sugería una cita.

—¿Un amigo caballero?

Mariah no lo negó.

—No lo contarás, ¿verdad?

—¿Te parezco un chismoso?

—No, pero...

—¿Por qué a Richmond Park? ¿Por qué no un lugar que esté más cerca de casa?

—¿Me llevarás o no? Si no, alquilaré un coche o... o tomaré el ómnibus.

—Jamás has hecho ninguna de las dos cosas —señaló Hart.

—Es bastante fácil —se defendió la muchacha—. Me han asegurado que no tendré ninguna dificultad.

—¿Quién te lo ha asegurado? ¿Tu caballero amigo?

Ella cerró la boca de golpe.

Fue casi como si le hubiera respondido.

Hart se esforzó por mantenerse firme.

—Deberías preguntarte qué clase de caballero animaría a una jovencita a arriesgar su reputación para ir a verlo. No puede tenerte mucha consideración.

—No lo conoces —protestó ella a la defensiva—. Y ya no soy una jovencita. Soy una mujer. Si entendieras...

—Lo que sé de mujeres cabe en la cabeza de un alfiler. Pero soy muy consciente del respeto que se le debe a una joven. Si él te quiere, deja que te corteje como es debido.

—Lo hará. A decir verdad, ha prometido que pronto irá a hablar con mi padrastro.

Hart se mostró escéptico. Su prima era heredera de una familia adinerada. Un pretendiente que solicitara verla en algún rincón remoto de un parque al otro lado de la ciudad, probablemente no fuera un caballero.

—¿Y a qué espera?

—Ha tenido un poco de mala suerte. Necesita tiempo para enderezar su barco.

—Marinero, ¿verdad?

—No te rías, Hart. Si pudieras comprender lo que es enfrentarse a la adversidad en el camino hacia el amor verdadero... Lord Byron escribió que...

—Dios mío —murmuró él—. Byron no.

Mariah parecía enfadada.

—No tienes buenos sentimientos.

—Tengo muchos sentimientos, buenos y malos. Pero la sensiblería es peligrosa. Puede hacerte quedar en ridículo.

—No me estoy poniendo en ridículo —respondió ella—. Soy tan capaz de

elegir a mis amantes como tú.

—Mis amantes no me piden que me ponga en peligro por ellas.

—No —replicó envalentonada—. Solo te obligan a acompañarlas en desafortunados viajes en tren a pueblos recónditos del norte del condado de York.

Hart se quedó de piedra.

—¿Y serías tan amble de decirme qué significa eso?

A la joven le faltó el valor.

—Nada, nada, solo quiero que me ayudes. No puedo recurrir a nadie más que... ¡Oh! —Abrió los ojos como platos—. ¡Ahí está mi madre! No le digas que me has visto. —Salió disparada y desapareció entre la multitud.

La tía Esther estaba a su lado un segundo después, con un aspecto fríamente elegante gracias a un vestido de seda sin adornos.

—Hartford —dijo—. No habrás visto a Mariah, ¿verdad? He quedado que bailaría el vals con lord Whatley y no la encuentro por ninguna parte.

«¿Lord Whatley?».

Si esa era la causa de la huida de Mariah, no la culpaba. El anciano lord Whatley podría ser una buena alianza política, pero sería un mal marido para una jovencita ingenua.

—Podrías buscarla en el baño de señoras —sugirió.

—Buena idea. —La mujer se marchó rápidamente y Hart suspiró aliviado.

No quería enredarse en los asuntos de Mariah esa noche. Su familia ya le había robado bastante tiempo últimamente. Le quedaba muy poco para él.

Lo que quería, lo que necesitaba, era ver a Anne. No le importaba que su prima probablemente tuviera razón y que, en su persecución, posiblemente se hubiera puesto en ridículo.

A decir verdad, era más que posible.

Llevaba años detrás de ella. Seguía deseándola. Seguía admirándola. Seguía comparándola con todas las demás jóvenes, a las que siempre encontraba faltas.

Quizá fuera un error albergar esperanzas. Quizá lo más sabio fuera ceder a las peticiones de Anne. Olvidarla. Dejarla ir de una vez por todas.

Cada vez más desanimado, abandonó el salón de baile y se dirigió a la biblioteca de los Ramsey. Sin rastro de Anne, le esperaba un largo vacío hasta el baile previo a la cena.

Le vendría bien una copa.

Las altas puertas de la biblioteca estaban cerradas. Al abrirlas, lo asaltó de inmediato un conocido aroma cítrico. Oyó la voz desde el sofá con el respaldo

alto que había frente a la chimenea.

—Un alojamiento temporal —decía Anne—. No sería permanente.

—Pero ¿Ludgate Hill? ¿De verdad? —preguntaba la señorita Hobhouse, a su lado, en un suave murmullo compasivo—. ¿Crees que lo dice en serio?

—Depende de lo que pase cuando llegue él —repuso Anne—. Si llega.

Hart sintió la tentación de escuchar a escondidas, pero no podía caer tan bajo.

Al menos todavía no.

Carraspeó con dramatismo.

Las dos damas se levantaron de golpe. La luz de las velas parpadeaba en el candelabro de plata que reposaba sobre la repisa de la chimenea, detrás de ellas, iluminándolas con un suave resplandor.

La señorita Hobhouse llevaba un vestido azul pálido. Hart apenas se fijó en ella. Estaba completamente concentrado en lady Anne.

Lucía el mismo vestido de noche de seda negra con efecto agua que había llevado en un baile reciente en los jardines Cremorne. Una prenda impactante, con un escote atrevidamente pronunciado que dejaba al descubierto una exuberante parte de su pecho y el cuello de alabastro.

Se le secó la boca.

—¿Qué pretende acechando sigilosamente de este modo?

El rubor que afloró al rostro de Anne traicionó el sentido de sus duras palabras.

Y Hart no pensó. Simplemente dijo lo primero que le vino al cabeza.

—Pretendo decirle —dijo con voz ronca—, que es usted, con mucho, la criatura más hermosa que he visto en mi vida.

Capítulo 20

Anne se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

A su lado, Stella recogió su chal de seda con flecos y el bolso a toda prisa.

—Disculpen —se excusó mientras se disponía a marchar—. Acabo de recordar que le prometí el próximo baile a... alguien.

Anne no tuvo el buen juicio de impedir que su amiga la abandonara. Estaba demasiado ocupada mirando a Hartford.

Su corazón latía con fuerza mientras él entraba en la habitación.

Nunca resultaba tan peligroso como cuando vestía de etiqueta. Era el único momento en el que su atractivo se exhibía en todo su esplendor, sin los atenuantes de los estampados o los colores chillones. A Anne no le gustaba pensar que se dejaba llevar por esas cosas, pero...

Era evidente que así era.

Stella salió en silencio de la biblioteca. La puerta se cerró a su paso con un clic que Anne sintió resonar.

—Tu amiga ha sido muy oportuna —observó Hartford—. ¿Acaso sabe algo que yo no sé?

—Muchísimas cosas, supongo —respondió Anne—. ¿Por qué diantre has dicho eso delante de ella?

—¿Preferirías que te lo dijera en privado?

—Sí. —Gruñó para sus adentros—. Es decir... no. Obviamente.

Hart reprimió una sonrisa.

—Normalmente no soy tan indiscreto. Pero tu vestido... me lo ha puesto muy difícil.

Anne se sintió cohibida. No porque no estuviera guapa, sino porque estaba demasiado guapa.

Había vestido de negro durante tantos años que casi se había acostumbrado a la invisibilidad. Pero su elegante vestido de fiesta transformaba la austeridad del luto en algo seductor.

—No es la primera vez que lo ves —le recordó—. Lo llevé también en los jardines Cremorne.

—Sí, lo sé. Y todavía no me he recuperado.

A Anne se le aceleró el pulso cuando él se detuvo frente a ella.

—Puedes agradecérselo al señor Malik. Es uno de sus diseños. Él es... es el prometido de la señorita Maltravers. Se han comprometido recientemente.

—Sé quién es —repuso Hartford con sequedad.

—Muy bien. —Anne levantó un poco la barbilla.

—Muy bien. —La miró con expresión de extrañeza.

Anne tuvo la impresión de que se había quedado sin palabras. Algo poco común.

—Supongo que no habrás bebido.

—No. No bebo demasiado.

—Sí. Estoy segura de que estás completamente sobrio.

—No diría tanto. Pero soy un tipo sobrio. No me excedo. No me divierto con mujeres de los cafés ni...

Anne dio un cauteloso paso atrás.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque —empezó a decir, acercándose— a pesar de todo, pareces actuar como si no pudieras confiar en mí.

Ella resopló.

—Me pregunto por qué tendré esa impresión.

Él frunció más el ceño.

O quizá solo fuera un efecto de la luz de las velas.

A lord y lady Ramsey no les gustaba la luz de gas. Preferían iluminar su mansión de Cavendish Square a la antigua, con velas de cera de abeja que goteaban ancladas en candeleros, apliques de pared y numerosos candelabros colocados estratégicamente.

La biblioteca vibraba con la luz de las velas, que creaba seductores rincones sombríos y una atmósfera, sin duda, bastante romántica.

Anne retrocedió otro paso. Había un asiento junto a la ventana, frente a la puerta, por lo que parecía más seguro que el retirado sofá donde Stella y ella habían estado hablando. Mientras se acercaba lentamente al asiento, era consciente de que Hartford la seguía paso a paso, como una bestia imponente acechando a su presa.

—Para que lo sepas —dijo él—, recientemente he resuelto todo tipo de problemas familiares. He pagado para que se instalaran nuevos desagües en mi finca. He pagado la fianza de mi hermanastro para que saliera de la cárcel. Y he...

—¿Tu hermanastro estaba en la cárcel? —Anne vio la oportunidad de cambiar el rumbo de la conversación.

Hart reprimió una mueca.

—No era exactamente una cárcel. Era una casa de cobros de Chancery Lane.

—¡Dios mío! —Anne se acomodó en el asiento de la ventana. Estaba rodeado de pesadas cortinas de terciopelo descorridas para poder admirar las vistas del jardín de rosas de los Ramsey, iluminado por las antorchas. Sintió el frescor que entraba y se le puso la piel de gallina en los brazos y hombros desnudos—. ¿Cómo terminó allí?

Hartford se dejó caer a su lado sin esforzarse por mantener una distancia adecuada entre ellos. Un pliegue de la falda de Anne se quedó atrapado bajo su musculoso muslo, que la apresó a su lado como una red a una mariposa.

—Tiene gustos caros —aclaró—. Y una novia cara, al parecer. El dinero que no pierde apostando a las carreras de caballos lo gasta en diferentes tiendas. He tenido una conversación seria con él y el resto de su familia. Comentamos que debería buscar trabajo. O, mejor dicho, yo le aconsejé que buscara trabajo. En cualquier caso, ya saben cuál es mi postura.

Anne tiró de la falda para liberarla.

—Espero que te hayan tomado en serio.

—No hay razón para que no lo hagan.

Ella lo miró con una expresión elocuente.

—No siempre bromeo, ¿sabes? —se defendió él.

—Pues es la impresión que das.

—¿Por qué? ¿Porque me río demasiado?

—Porque cometes una locura tras otra —lo criticó—. ¿Te las enumero? —Le venían a la cabeza muchas—. En abril, casi te matas en una carrera de calesines con lord Rushton.

—La historia sobre esa carrera se ha exagerado mucho —repuso con desdén—. Rushton solo perdió una rueda.

Anne continuó, sin inmutarse:

—Luego ocurrió el accidente en Vauxhall, cuando te ofreciste para ir de pasajero en uno de los ascensos del globo que se estrelló en medio del condado de Hertford. Durante un día entero, nadie supo si estabas vivo o muerto.

Él le dedicó una mirada difícil de interpretar.

—Eso fue hace casi cuatro años.

Para Anne, podrían haber sido cuatro días. Aún recordaba la angustia que sintió

durante las veinticuatro horas que Hartford estuvo desaparecido. Y recordaba perfectamente lo que sintió cuando lo encontraron. Hubiera querido estrangularlo con sus propias manos por hacerle pasar tanto miedo.

Pero no pudo hacer nada.

No tenía derecho ni a regañarlo ni a abrazarlo aliviada. La siguiente vez que lo vio, fue en Hyde Park. Él se burló de ella como siempre y le respondió con aspereza. Tenía un corte profundo sobre el ojo izquierdo. Verlo le provocó una extraña angustia en el pecho.

—Muy bien —replicó, irritada—. ¿Y qué hay de todas las tonterías que dices en tus columnas? «Nunca se ha beneficiado nadie de ignorar nuestra historia común». ¡Qué disparate!

—Estaba hablando de los parlamentarios y los realistas —se justificó. A continuación, con una breve sonrisa pícara, añadió—: En cualquier caso, lo escribí por ti.

—¿Y qué hay de tus otras columnas? Todas esas frases sarcásticas y floridas, tus observaciones irónicas... Hablaste de los «magníficos beneficios» de la abstinencia prolongada para la constitución masculina, por Dios. Como si fueras parte interesada de una broma privada a costa del resto del mundo.

Hartford le clavó los ojos.

—Las has estado leyendo.

A Anne no le gustó cómo la miraba, como si hubiera descubierto algo importante.

—Sabes que sí. Así fue como descubrí quién eras. —Se sintió reconfortada por el peso de su mirada—. Usas demasiado la palabra «provocar», por cierto. Si a eso sumamos tus seudónimos, cualquiera podría reconocerte.

—Nadie más lo ha hecho —se defendió—. Y eso de la abstinencia masculina se publicó esta mañana.

Anne se sonrojó.

—¿A qué te refieres?

—Lo que quiero decir es que, a pesar de tu desaprobación, e incluso después de utilizarlas, igual que a mí, sigues leyendo mis columnas.

—Es difícil evitarlo.

—¿En una revista sobre abstinencia?

Hart esbozó una sonrisa petulante, casi tan provocadora como sus palabras burlonas.

—Me alegra que te sientas tan complacido contigo mismo. De lo contrario

podría haberme sentido mal y todo.

—No apruebas mis divertimentos.

—En absoluto. Demuestran una profunda falta de consideración, tanto por ti mismo como por los sentimientos de los demás.

—Es una diversión inofensiva —repuso—. Incluso la máquina mejor engrasada necesita soltar vapor.

—No es inofensivo. Algunas de las reseñas que escribes en el *Weekly Heliosphere* son francamente crueles. Los autores de esas novelas son personas reales. Podrías estar destruyéndolos con tus juicios frívolos, que no meditas más que cualquier otra de tus bromas.

La sonrisa de Hartford se desvaneció lentamente.

—Lo siento —dijo—. O, mejor dicho, no lo siento. No es pecado encontrar formas de diversión en la vida. No todo el mundo puede ser tan serio como tu padre.

Anne parpadeó. No esperaba tal respuesta.

—¿Qué te da el derecho...? —Se le trabó la lengua por una creciente indignación—. Primero insultas a mi madre, y ahora a mi padre...

—No es un insulto. Tu padre era...

—Firme. Alguien que siempre hacía lo que decía y que siempre, siempre, cumplía sus promesas.

—Sí, lo sé. Un santo.

—No era un santo —repuso Anne—. Era un hombre en quien podíamos confiar.

Hartford adoptó una expresión pensativa.

—Y en mí no puedes confiar. Ese es el quid de la cuestión.

—No, no puedo. Y por muchos cumplidos o besos que me des no podrás cambiarlo.

Vio una chispa desafiante en los ojos azules de Hart.

—Quizá no te he halagado lo suficiente. —Inclinó la cabeza hacia ella—. O no te he besado lo suficiente.

Le puso una mano en el pecho para contenerlo. El corazón le latía con fuerza bajo la palma. Una sensación desconcertante que contradecía por completo su aparente seguridad.

—No —advirtió ella con la voz entrecortada—. No puedo pensar con claridad cuando me besas.

Su nariz rozó la de Anne.

—Pensar no es tan importante.

Hundió los dedos en la seda suave de su chaleco.

—Muy propio de ti —dijo ella.

Hartford dejó escapar una risa que parecía el ronroneo de un león y le retumbó en el pecho. No se aprovechó de aquella cercanía. Se quedó donde estaba, inmóvil, lo suficientemente cerca como para apoderarse de los labios de Anne. Olía a jabón de afeitar caro. A menta, cuero y recuerdos.

Y ella quería besarlo. Lo deseaba con todas sus fuerzas. El deseo ardiente era cálido y hervía en sus venas, la acercaba más a él con cada latido de su corazón: la tentación era casi insoportable.

Pero no podía hacerlo. No era seguro.

Hart no era seguro.

Apoyó su frente contra la de él y dejó escapar un delicado suspiro tembloroso.

Hart posó su gran mano sobre la que ella había apoyado en su pecho y la guio hasta su corazón.

—¿Lo sientes?

Ella logró asentir levemente, su corazón latía tan fuerte como el de él.

—Estoy extraordinariamente sano, Anne —afirmó—. No voy a morir en una carrera de calesines ni en un accidente de globo. No voy a morir y punto.

Ella se apartó bruscamente para mirarlo a los ojos.

—Todo el mundo muere.

—Antes o después, sí. Pero yo espero estar aquí mucho tiempo. Te lo prometo.

—No puedes prometerlo. Nadie puede.

—Yo sí que puedo. —Le estrechó la mano con sus fuertes dedos—. Puedes confiar en mí.

Las defensas de Anne comenzaron a debilitarse.

Las reforzó recordando el pasado. Recordó cómo la había lastimado cuando estaba más vulnerable. Cómo la había decepcionado. No fue difícil. El dolor que le había infligido siempre estaba a flor de piel.

¿Confiar de él? ¡Era la última persona en la tierra en la que podía confiar!

Hartford debió de percibir el cambio en ella. Frunció el ceño.

—No soy tan diferente del hombre que te propuso matrimonio hace años.

«No», quiso responder. Ahí estaba el problema.

—Los dos hemos cambiado. —Liberó la mano y la dejó resbalar por el pecho de Hartford—. Somos completa e irremediablemente distintos. Todo esto son solo las migajas de lo que una vez fuimos el uno para el otro.

Hartford dejó ver una mueca de frustración.

—Estas migajas, como tú lo llamas, están a punto de volverme loco.

Anne se levantó de golpe.

—Ese es tu problema.

—Sí —contestó él, poniéndose en pie—. Porque nada de esto te afecta en absoluto.

Anne rio con amargura.

—Claro que me afecta. No soy de piedra. Pero lo superaré. Ya lo verás.

Capítulo 21

Pasó una semana antes de que apareciera la primera columna. Anne la descubrió durante el desayuno en el ejemplar recién llegado de la publicación bimensual *Glendale's Botanical,* que Horbury había dejado junto a su plato con el resto del correo matutino.

Después de lo que le dijo Hartford en el baile de los Ramsey, estuvo a punto de deshacerse de la revista. Se despidió de él indignada y, tras una breve parada en el baño de señoras, regresó al salón de baile, donde lo encontró sonriendo, conversando con despreocupación, como si no acabara de confesar que sus sentimientos no resueltos por ella lo estaban volviendo loco.

Maldito sinvergüenza.

Incluso había bailado la contradanza previa a la cena con una desmañada joven debutante con granos. También se había visto obligado a cenar con ella, algo que hizo con extraordinario buen humor, dedicándole a la muchacha y sus tartamudeos toda su encantadora atención durante la velada.

Mientras lo observaba, Anne sintió una peculiar calidez en el pecho.

Quizá no fuera tan serio ni sensato como afirmaba. Tal vez no se pudiera confiar del todo en él, pero era amable. Y la amabilidad era muy importante en este mundo.

Quizá fue eso lo que hizo que Anne empezara a ablandarse. Aun así...

No era una necia que fuera a leer una revista de jardinería solo porque contenía un párrafo de tonterías que él había escrito para su propia diversión.

Sin embargo, no se deshizo de la publicación.

A pesar de las reticencias, buscó a la columna de Hartford. Para su sorpresa, no había rastro del sarcasmo ni la frivolidad habitual de sus escritos. En realidad, daba la impresión de que ese artículo de jardinería en particular lo hubiera escrito sobre ella.

> DEL JARDÍN DEL SEÑOR H. TIDEWATER
>
> El Cardiocrinum giganteum, o lirio gigante del Himalaya, es un ejemplar difícil. Requiere una paciencia desmesurada por parte del jardinero que desee cultivarlo.
>
> A partir de las semillas, el lirio puede tardar hasta seis años y medio en

> madurar. Un proceso lento. Durante esta prolongada espera, los hombres menos experimentados sentirán la tentación de darse por vencidos y centrarse en flores más vistosas y fáciles de conseguir. Pero... ¡ánimo!: quienes perseveren en su devoción a esta rara y formidable planta serán recompensados con la más vistosa de las flores, de un esplendor inigualable. Cuídenla bien. Poden sus hojas en forma de corazón, mantengan la tierra húmeda y no la atosiguen demasiado en el jardín. Sean pacientes, diligentes, pero, sobre todo, mis queridos señores, no se desanimen.

Anne se mordió el labio y reprimió una sonrisa mientras dejaba la revista sobre la mesa. Supuso que ella era el lirio del Himalaya y él el jardinero. Qué ingenuo. En cualquier caso, su mensaje parecía claro. No pensaba renunciar a ella.

❋❋❋

Hart observó a William Webb desde el otro lado de la pequeña mesa del comedor del hotel cerca de la estación de Euston. Era un hombre de mediana edad, con pelo negro de rizos minúsculos que enmarcaba un rostro ancho, bronceado por el sol hasta conferirle un tono ocre oscuro. Acababa de apearse del tren de Borrowdale y todavía vestía ropa de viaje: un abrigo marrón holgado y sencillos pantalones de lana.

Webb era el director de la compañía minera Parfit, de crisoles de grafito, en Cumberland. Había viajado a Londres para reunirse con Hartford y los demás accionistas aquella mañana.

—Le agradezco que hable conmigo primero —dijo Hart.

El murmullo de la conversación los envolvía, interrumpido por el tintineo de vasos y cubiertos.

—Con gusto, señor —respondió con un marcado acento de la zona de Cumbria —. No voy a decirle nada que no les diría a los demás.

Como siempre, Hart apreció la honestidad de aquel hombre. Por eso lo había contratado hacía ya cinco años. Por eso y por su inteligencia excepcional.

Webb había nacido y crecido en Cumberland. Hijo de una lavandera negra y un marinero analfabeto de Whitehaven, había trabajado en las minas de niño, cosa que le dio la oportunidad de aprender de primera mano el oficio.

Gracias a él había conocido las espantosas experiencias que los niños sufrían en las minas, donde bajaban a críos de tan solo diez años, a veces a cientos de metros

de profundidad, mediante precarias cestas y escaleras. Una vez dentro, permanecían atrapados bajo tierra durante la mitad del día en una oscuridad mal ventilada, obligados a gatear por túneles estrechos arrastrando pesadas cargas.

Los peligros eran considerables.

A menudo resultaban heridos. Algunos incluso morían al caer por pozos abiertos y al quedar atrapados cuando se producía un derrumbamiento o se ahogaban en fosas inundadas. Hart no estaba dispuesto a cargar con la muerte de nadie, y mucho menos la de un muchacho. Durante mucho tiempo había insistido en que la compañía limitara la presencia de niños en el subsuelo. No había sido una postura popular entre sus socios, pero él se había mantenido firme.

Webb estaba de acuerdo, tanto en la teoría como en la práctica. Era un hombre que compartía la visión de Hartford para establecer una relación más justa y compasiva entre la compañía de grafito y la comunidad minera.

—Ya se lo dije —comentó el director de la compañía—. Se romperían la espalda con gusto por usted. Los mineros son gente de buena voluntad.

Si era así, se debía a la influencia de William. Tenía un don innato para inspirar lealtad entre los trabajadores, desde los muchachos más novatos hasta los veteranos más cascarrabias e intratables. Los hombres lo respetaban por su firmeza y honestidad. Sabían que nunca los guiaría por mal camino.

—Pero no es cuestión de trabajar duro —continuó—. Las minas están en buen estado, pero no pueden producir lo que no contienen.

Hart asintió. Comprendía perfectamente el problema.

Sus socios de la compañía de crisoles presionaban para expandirse en Cumberland. Estaban convencidos de que las limitaciones que Hart imponía en las horas de trabajo de los mineros y en la presencia de niños en las minas menguaban la producción. Pero no era esa la causa. La realidad era, sencillamente, que ya no había suficiente grafito para satisfacer la demanda.

—Mis socios querrán comprobarlo personalmente —advirtió Hartford.

—Están invitados a regresar conmigo a Borrowdale —respondió Webb—. Que hablen con los mineros y los demás hombres. Yo mismo los llevaré a las minas.

Hart no podía imaginar a sus ancianos socios acercándose a las minas, y mucho menos bajando a sus profundidades. Pero alguien tendría que hacerlo.

A diferencia de él, los demás no estarían tan dispuestos a creer en la palabra de un trabajador sin estudios como William Webb. Y menos si sus opiniones iban en contra de sus intereses.

Solo había una solución.

No le hacía mucha gracia. No tenía intención de irse de Londres en un futuro próximo. Estaba en plena campaña por el corazón de Anne. En esta ocasión se trataba de una campaña escrita, pero campaña al fin y al cabo. E implicaba quedarse en la ciudad. Para conquistarla, tenía que verla. Y debía lograr que ella lo viera.

Unos cuantos artículos mordaces en las diversas revistas en las que colaboraba y estaba seguro de que ella se sentiría provocada a responder.

Y aunque no fuera así, de esa forma conseguiría estar presente en sus pensamientos, sería un recordatorio constante e irritante, como una piedra en el zapato, cosa que a ella le dificultaría aún más superar lo que sentía por él.

Quizá fuera una táctica infantil. O tal vez imprudente. Pero se estaba quedando sin otros recursos.

No conseguía olvidarla. Y se negaba a perder la esperanza de conseguirla. Tanto si Anne lo admitía como si no, lo deseaba tanto como él a ella.

Se había dado cuenta de algo en el baile de los Ramsey que quizá debería haber detectado desde el principio. Se sentía tonto por no haberlo advertido antes.

A Anne le aterrorizaba perder a las personas que quería.

Por eso despreciaba su imprudencia. Por eso se había quedado en casa.

La muerte de su padre la había conmocionado profundamente. Para ella había sido peor de lo que tal vez admitiría jamás.

Había intentado tranquilizarla. Le había prometido que él no iba a morir. Y lo decía en serio. Hacía siglos que no participaba en nada más arriesgado que una carrera de calesines.

Hasta ese día.

Bajar a las minas no era seguro.

Pero no tenía más remedio.

Hart se decidió.

—Dudo que mis socios acepten esa oferta —aseguró—. Pero yo sí. Cuando regrese a Borrowdale por la mañana, yo le acompañaré.

❋❋❋

La siguiente columna apareció exactamente una semana después de la de los lirios, y una más tarde apareció otra más. Todas estaban redactadas de forma similar. Tanto si Hartford escribía sobre jardinería, abstinencia o literatura, siempre parecía estar abordando con sutileza su precaria relación con Anne.

Ella leyó su última columna en la sala de estar, sentada sola junto a la ventana, mientras su madre y la señora Griffiths repasaban los menús de la semana, como hacían todos los domingos. Era una reseña acerca de una nueva colección de poesía en el *Weekly Heliosphere*, escrita bajo otro de los ridículos seudónimos acuáticos de Hartford.

> LOS VIAJES LITERARIOS DEL SEÑOR BILGEWATER
>
> En la parada de este mes en nuestro viaje de lectura, su humilde guía debe advertirles que no caigan en los traicioneros precipicios de un exceso de simpleza. Sirvan como ejemplo los dolorosos garabatos poéticos del señor E. Arbuthnot. En su último poemario, Arbuthnot escribe sobre el amor como si fuera tan etéreo e insustancial como el azúcar hilado, la clase de fantasía juvenil que se disuelve tras la primera discusión. Al hacerlo, no logra transmitir la complejidad terrosa de la emoción adulta, esa realidad que resiste el paso del tiempo y sirve para provocar una respuesta visceral en el lector. La madurez confiere sustancia al sentimiento. Recomiendo al autor que madure un poco antes de obsequiarnos con su próximo volumen de melaza.

Anne frunció el ceño.

Las palabras de Hartford le provocaron más irritación que consuelo. Era reconfortante saber que aún pensaba en ella, pero... ¿así catalogaba él su compromiso roto? ¿Como una pelea infantil que palidecía en comparación con la atracción física que aún sentían el uno por el otro? ¿Algo que ella, en su ingenuidad femenina, estaba simplificando en detrimento de ambos?

Si ese era el caso, Hartford no entendía en absoluto su pasado.

Le habría gustado decírselo, pero la posibilidad parecía improbable. Hacía varias semanas que no lo veía. Había estado extrañamente ausente del parque y no había aparecido en ninguno de los diversos eventos sociales a los que debía asistir con su madre.

Supuso que tendría negocios que atender fuera de Londres. Tal vez algo relacionado con sus inversiones. O algún problema que estaba resolviendo con los hijos ilegítimos de su padre. No era asunto suyo, lo sabía. Aun así...

No pudo evitar preguntarse de qué se trataría.

—Anne —la llamó su madre desde el otro lado de la estancia. Estaba sentada ante su delicado escritorio de papel maché y hacía anotaciones en los menús que le

había propuesto la señora Griffiths—. ¿Pedimos pollo o ternera para la cena de mañana? Creo recordar que él prefiere ternera.

Anne no necesitaba preguntar a quién se refería.

En las últimas semanas, su madre había estado cada vez más preocupada por la visita de Joshua. Según la carta que él había escrito en junio, debían esperar su llegada al día siguiente, pero no habían tenido más noticias. Ni siquiera había mandado un telegrama desde Cherry Hill informando de su partida.

Era otra señal de que consideraba que la casa de Grosvenor Square le pertenecía. No era un invitado que venía de visita, era el conde de Arundell que por fin volvía a casa.

Anne se sintió un poco mal al pensarlo.

Pero sentirse triste por lo que pudiera deparar el futuro no impediría que llegara. Mejor afrontarlo con la cabeza bien alta que acobardarse.

Además, puede que Joshua fuera el nuevo conde de Arundell, pero ella seguía siendo la hija del antiguo conde. No tenía intención de dejar en mal lugar la memoria de su padre.

—Ternera —convino—. Y mucha. El primo Joshua tiene buen apetito.

—Ternera entonces. —Su madre anotó un cambio más en los menús antes de devolvérselos a la señora Griffiths.

El ama de llaves salió de la sala de estar tras hacer una reverencia.

Su madre dejó la pluma, suspiró y se recostó en la silla lacada en negro.

—Me está empezando a doler la cabeza —murmuró.

Anne se levantó y se acercó a ella. La observó con preocupación.

—¿Quieres uno de tus remedios en polvo para la jaqueca?

—No será necesario. Ya no me sirven de mucho. —Se masajeó la sien con los dedos—. Supongo que va a venir.

Anne sintió el repentino escozor de las lágrimas en los ojos.

—Sí —admitió—. Supongo que sí.

—No sé para qué. La temporada ha terminado. Todo el mundo se marcha a sus fincas para empezar con las cacerías. Podría haberse quedado en Cherry Hill. Los urogallos siempre abundaban en esta época del año. Tu padre y yo nunca fuimos tan felices como cuando... —Guardó silencio. Se le quebró la voz con una tristeza implacable—. Todo se está desvaneciendo.

—No —objetó Anne en voz baja.

—Para mí es evidente —insistió su madre—. Primero Cherry Hill y ahora Grosvenor Square. Se ha apoderado de todos los refugios. De todos los recuerdos.

Anne alargó la mano por encima del escritorio y agarró la de su madre. La estrechó con fuerza.

—Papá no es esta casa, como tampoco lo era Cherry Hill. No es ningún lugar. Es parte de nosotras. Se quedará con nosotras dondequiera que vayamos.

—Qué hermosa idea.

—Es la verdad. Puede que Joshua venga mañana, pero no puede quitarnos nada importante. Seguiremos teniendo nuestros recuerdos y nos tendremos la una a la otra.

Su madre le apretó la mano. Hablaba con una extraña voz entrecortada. Con una emoción que rara vez expresaba.

—No sé qué haría sin ti, mi niña. Si algo llegara a sucederte...

—No tienes que preocuparte por mí, mamá. Soy lo suficientemente fuerte para soportar lo que venga. Tan fuerte como tú y papá.

—En efecto —reconoció lady Arundell—. Has heredado lo mejor de los dos. —Le estrechó la mano a su hija una vez más antes de soltarla—. Quizá me vendrían bien unos polvos para el dolor de cabeza después de todo. Por favor, ve y dile a la señora Griffiths que me prepare el remedio.

—Por supuesto. —Anne se irguió. No le cabía duda de que acababa de despacharla.

A su madre no le interesaban los argumentos razonables. Ni siquiera parecía querer consuelo. No sabía qué más ofrecerle aparte de distracción. ¿Otra visita a Ludgate Hill? ¿Otra sesión espiritista o con la *planchette*?

Como siempre, estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario.

Por el momento, bastaba con que su madre hubiera reconocido el valor de su presencia. Que hubiera reconocido que estaba allí para ella y era una aliada en la lucha que se avecinaba. Puede que solo fueran mujeres en un mundo gobernado por hombres, pero eran dos. Y cuando las mujeres se unían, podían aterrorizar imperios.

Anne se lo recordó a sí misma mientras bajaba las escaleras hacia la planta baja. Cruzó el vestíbulo hacia las cocinas. Antes de que pudiera llegar, la puerta se abrió y apareció Horbury. Parecía extrañamente alterado.

—¿Mi señora? Ha llegado un paquete para usted.

Anne echó un vistazo por el vestíbulo. La mesa donde acostumbraban a dejar esa clase de envíos estaba vacía.

—¿Dónde está?

—Me he tomado la libertad de dejarlo en la despensa. Será mejor que vaya a ver

allí a la criatura.

«¿Criatura?».

Anne se animó mientras seguía al mayordomo por las escaleras de servicio hacia las amplias cocinas de la casa. La puerta de la despensa estaba cerrada. Un maullido insistente se filtraba por las rendijas.

Sonrió y se le iluminó el rostro. ¡Cielos! Julia lo había hecho. ¡Le había mandado un gatito!

Horbury abrió la puerta de la despensa. Dentro vio una caja de madera con mosquitera sobre una mesita. Desde su interior se asomaba un gatito negro y peludo con los ojos del color del oro fundido.

—Un lacayo la ha traído hasta aquí desde Yorkshire. —Horbury le entregó un papel—. Venía con esta nota.

Anne abrió el sobre lacrado con cera roja y leyó rápidamente las líneas.

Mi querida Anne:

Esta es Alice (así es como la hemos estado llamando los niños y yo). Es la más pequeña de la camada y también la más valiente. Le gusta la leche, la nata y la carne picada, que mi esposo dice que debes comprarle al carnicero y no a los vendedores ambulantes (quienes lamentablemente venden carne de caballo). Para que pueda hacer sus cosas, te recomiendo que coloques una discreta bandeja con arena en tu vestidor.

Tu buena amiga,
Julia

—Pobre muchacho —seguía diciendo el mayordomo mientras Anne leía—. Tenía las manos y la cara llenas de arañazos y sangre. Me temo que intentó consolar a esta malvada diablilla.

Anne dobló la nota y la metió en el bolsillo de su falda de crepé negra.

—No es mala, solo está asustada. —Abrió la caja, metió la mano y extrajo con cuidado a su ocupante, que no dejaba de bufar—. Sssh —murmuró mientras la gatita le arañaba el corpiño para posarse en su hombro—. Tranquila, amiguita. Ya estás en casa.

A la habitual expresión impasible de Horbury asomó cierta alarma.

—¿Se la queda, mi señora?

—Claro que sí. Las diablillas del mundo debemos permanecer unidas, ¿sabe?

Capítulo 22

Hart se sentó a la larga mesa de roble frente a los señores Parfit, Goodbody y Acker en la pequeña sala de reuniones de la fábrica de Battersea. Eran los cuatro mayores accionistas de la Parfit Plumbago Crucible Company. No eran amigos, ni mucho menos, pero hasta entonces se las habían arreglado para llevarse bastante bien.

Hasta ese día.

Desde el momento en que Hart llegó a las puertas de la fábrica, junto al río, el trato no había sido precisamente cortés. Era culpa suya. No era la primera vez que se negaba a aceptar la opinión mayoritaria.

Había pasado la mayor parte de las últimas semanas en Cumberland, visitando las minas de grafito de la compañía con William Webb. Cuando no estaba en las minas, pasaba por las oficinas en Borrowdale. Allí había hablado de las cifras de producción con varios hombres pesimistas que le habían proporcionado información aún más pesimista.

Sabía que sus socios recibirían la noticia con desagrado y decepción. Estaban decididos a expandirse por Cumberland y se verían obligados a cambiar sus planes. Lo que Hart no esperaba era que, en su ausencia, hubieran pergeñado un plan completamente diferente.

—La solución está clara —dijo Parfit con impaciencia. Era un imponente hombre mayor con las patillas canosas, y también la cara visible de la empresa, cosa que a menudo lo llevaba a actuar como si realmente estuviera al mando—. Si queremos que la empresa sobreviva, debemos expandirnos internacionalmente.

Goodbody y Acker gruñeron en señal de acuerdo. El primero era un tipo con gota y calvo de sesenta años; el segundo, un señor regordete, de pelo canoso y con bigote de morsa. Empresarios de pura cepa, que, como Hart, habían invertido en la empresa de crisoles desde el principio.

—El enclave de Ceilán es ideal para lo que necesitamos —repitió Goodbody por enésima vez—. El gerente del lugar me lo ha asegurado.

—Ya ha terminado la mayor parte de las voladuras y la excavación de túneles —añadió Parfit—. Según las estimaciones iniciales, la mina producirá hasta ochocientas toneladas al año, cosa que generará unas ganancias anuales estimadas

de dos mil libras.

—Si empezamos por ahí —siguió Goodbody—, estaremos bien posicionados para expandirnos aún más.

Acker asintió con entusiasmo.

—Primero Ceilán y luego...

—Y luego, nada —repuso Hart—. No mientras no se cumplan ciertos estándares.

Goodbody resopló con rabia.

—Pero no tenemos otra alternativa. Usted mismo ha dicho que las minas de Cumberland no cubrirán las demandas iniciales.

—Las minas de Ceilán prometen producir el triple de grafito —apuntó Acker —. Sin mencionar el ahorro que supondrá para nosotros contratar trabajadores locales...

—Se refiere usted a mujeres y niños —censuró Hart.

Parfit resopló con desdén.

—Están encantados con la oportunidad de ganar un salario.

—Exacto —asintió Acker—. Hacen cola para trabajar en las minas, junto con los hombres nativos.

—¿Y a cambio propone que los recompensemos con trabajo agotador y condiciones inseguras? —Hart negó con la cabeza, no pensaba aceptar la propuesta—. La excavación de pozos y túneles debe hacerse con precisión. Hay que tomar medidas de seguridad. Sobre todo si vamos a permitir que mujeres y niños entren en las minas. No quiero cargar con el peso de su muerte sobre mi conciencia.

—¡Maldita sea su conciencia, hombre! —espetó Parfit—. ¡Esto es un negocio, no la escuela dominical!

—¿Por qué tiene que ser una cuestión de conciencia? —Goodbody intentó adoptar un tono conciliador—. No estaríamos infringiendo ninguna ley. Todo estaría en perfecto orden.

Era cierto. La esclavitud había sido abolida en Ceilán en 1844. Los trabajadores que contrataran allí recibirían un salario por su trabajo. Pero no sería suficiente. Eludir las normas morales, explotar a los mineros y dar carta blanca a los tiránicos capataces, todo formaba parte del plan de negocios. Y, estrictamente hablando, nada de eso era ilegal.

Pero que algo fuera legal no lo convertía en ético.

—No —insistió Hart—. No lo aceptaré. Tenemos mejores opciones aquí.

—Donde ya ha mermado usted nuestras ganancias —aclaró Parfit—. Estamos tan limitados por su compasión que no podemos avanzar. ¿Y ahora pondrá cortapisas a nuestra expansión internacional?

Hart le clavó una mirada glacial.

—Limitar las horas diarias que un niño británico trabaja en una mina de grafito no ha arruinado nuestro negocio. Por lo que sé, lo único que hemos conseguido es mejorar nuestra reputación en las comunidades mineras. La gente sabe que somos justos. Saben que nuestros trabajadores no son carne de cañón para nosotros.

—Sí, sí, todo eso es muy loable —repuso Parfit con desdén—. Lo permití, ¿no? Pero estamos hablando de Ceilán, no de Cumberland. No quiero que gastemos una fortuna enviando ingenieros a excavar minas ni un montón de niñeras para supervisarlas. Nuestro único propósito es ganar dinero, no perderlo.

—Estarán agradecidos de tener trabajo —añadió Acker—. ¡E imagine cuánto más podríamos ganar!

—¿Más? —repitió Hart—. ¿Quién de nosotros necesita más? Yo, desde luego que no. Y menos si eso significa multiplicar el sufrimiento de los más vulnerables. Ninguno de nosotros lo necesita. El negocio va viento en popa. Ese es el verdadero problema, ¿no? ¿El negocio va tan bien que debemos descubrir nuevas fuentes de grafito? Muy bien. Hagámoslo aquí.

—Por Dios, señor —repuso Parfit entre dientes—. No voy a dejar que me dé lecciones de moralidad un chico recién salido del colegio.

Hart, sorprendido, soltó una breve carcajada.

—Eso no es tan reciente, señor. En cuanto a lo de las lecciones de moralidad... —Se encogió de hombros—. Soy dueño del cincuenta y uno por ciento de la empresa.

Parfit se puso colorado como un tomate maduro.

Goodbody se apresuró a apaciguar los ánimos.

—Seguro que podemos negociar. Si todos llegamos a un acuerdo...

—No hay margen para la negociación —le informó Hart—. Ustedes tres conocían mi posición desde el principio.

—Una posición arrogante —comentó Acker—. ¿Es la misma que asume en sus demás inversiones? ¿Se niega a ponerle azúcar al té? ¿Se limita a vestir lana y algodón de cosecha propia? ¿O su única cruzada de moralidad se limita a boicotear nuestra empresa?

—Hago lo mejor que puedo dadas las circunstancias —respondió Hartford, sin inmutarse—. Y cuando tengo la opción, cuando ostento algún poder sobre la vida

de los demás, prefiero pecar de humano.

—Vaya usted mismo entonces —espetó Parfit.

La sala quedó en silencio.

—Si no está convencido de que el negocio esté a la altura de sus estándares —continuó Parfit—, entonces encárguese de la gestión de la operación en persona. Diríjalo allí como crea conveniente. Pero asegúrese de ponerlo en marcha.

Hart se quedó desconcertado por un momento.

—¿Sugiere que me mude a Ceilán?

—¿Por qué no? —terció Acker, entusiasmándose rápidamente con la idea—. ¿Por qué no debería ser usted quien fuera? No tiene esposa. Ni hijos. De todos nosotros es el mejor preparado para mudarse a un clima extranjero.

—¿Lo considerará? —preguntó Goodbody—. Sería un compromiso aceptable.

Hart pensó en Anne.

—No puedo marcharme de Inglaterra en este momento.

Parfit se inclinó sobre la mesa.

—¿No puede o no quiere?

—Ambas cosas —admitió.

Sus tres socios estallaron a la vez y alzaron la voz para expresar su frustración e indignación.

—Su actitud quisquillosa nos privará de ingresos por valor de miles de libras —aseguró Parfit.

—¡Nos va a llevar a la ruina de cabeza! —declaró Acker.

—Lo dudo —aseguró Hart—. Parfit tiene una casa nueva en la calle Brook. Goodbody acaba de terminar de reformar su finca en Dorset, y usted, Acker, está tan bien alimentado y es tan próspero como un príncipe ruso. No me digan que alguno de ustedes va a pasar apuros por no hacer negocios en Ceilán.

Acker estalló.

—Puede que no lo notemos a corto plazo, pero...

—Esos trabajadores sí —afirmó Hart—. Les harían la vida imposible. Si así es como ustedes tres quieren hacer negocios...

—¡Negocios! —exclamó Parfit, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡De eso se trata! Cuanto antes lo entienda y deje de comportarse como un caballero...

—Pero soy un caballero —Se levantó de la mesa y recogió su sombrero—. Cuanto antes lo entiendan, mejor le irá a esta empresa.

—Y eso es todo, ¿verdad? —replicó Parfit furioso.

—Exploraré otras opciones. —Hart abrió la puerta para irse—. Les aconsejo

que hagan lo mismo.

Salió de la fábrica por la puerta que daba al río y avanzó por la carretera que bordeaba la orilla sur del Támesis. Estaba vacío en ese momento, salvo por unos niños que jugaban junto al agua.

Caminó hasta que estuvo más calmado.

Ese día no había llevado su calesín. Últimamente *Kestrel* se apoyaba demasiado en la pata delantera derecha. Hart sospechaba que tenía una pezuña magullada, posiblemente se le habría clavado una piedra. El mozo de cuadra que había estado cuidando a las dos yeguas en su ausencia no había sido tan meticuloso revisando sus cascos como él.

Tras regresar a Londres la noche anterior, se había dirigido enseguida a los establos. Allí permaneció despierto hasta altas horas de la noche, remojando el casco de *Kestrel* y curando su pata dolorida con linimento. Bishop le había preparado un jergón. Se había levantado al amanecer para lavarse, cambiarse y prepararse para su reunión con los demás accionistas.

«Malditos sean todos y sus ideas anticuadas».

El dinero estaba muy bien, pero uno tenía que dormir por las noches.

Lástima que no hubiera posibilidades en su país. Quedarse en Inglaterra era la mejor solución al dilema. A menos que...

Se preguntó si los demás aceptarían explorar oportunidades mineras más al norte. Hacía tiempo que corrían rumores de yacimientos de grafito en las Tierras Altas de Escocia. Claro que significaría empezar de cero: no solo deberían encontrar una veta prometedora, sino invertir el capital necesario para comprar los derechos y excavar un pozo. Era un gasto que los socios, sin duda, esperarían que él subvencionara como parte de un posible acuerdo. Cantidad que él estaría más que dispuesto a pagar, siempre que encontrara un representante de la compañía lo suficientemente competente como para liderar la expedición. Un hombre en quien se pudiera confiar para mantener los estándares de la compañía. Los estándares de Hart.

La primera persona que le vino a la mente fue William Webb.

Era un gran trabajador, diligente y compasivo. Y, al igual que Hart, soltero y sin hijos. No había nada que lo vinculara a Cumberland, salvo su puesto en la operación minera de la compañía.

Buscó algún coche de alquiler en la carretera. Necesitaba volver a Mayfair. Escribiría a Webb sin demora. O, mejor aún, le enviaría un telegrama.

Pero no era solo el negocio minero lo que hacía que estuviera impaciente por

volver a casa. Sentía un deseo irresistible de ver a Anne.

Habían pasado tres semanas desde su último encuentro. Las mismas tres semanas desde que había emprendido la campaña por ella mediante sus columnas.

Si se hubiera quedado en Londres, podría haber visto por sí mismo el modo en que ella había reaccionado a sus esfuerzos. En cambio, había pasado las últimas semanas preguntándose, con creciente nerviosismo, si Anne estaría intrigada por sus columnas o si las habría tomado como una prueba más de su falta de seriedad.

Y en eso estaba pensando cuando percibió el sonido de pasos que se acercaban rápidamente tras él.

—¿Marcus Neale? —preguntó una voz masculina y ronca.

Hart se detuvo y se dio media vuelta.

Pero fue demasiado tarde.

El primer golpe llegó de la nada y le provocó un crujido atronador en un lado de la cabeza. Empezó a ver estrellitas ante los ojos. Se tambaleó hacia atrás y parpadeó para aclarar la vista.

Eran tres hombres. Matones corpulentos y malencarados, solo diferían ligeramente en tamaño. Se separaron rápidamente para rodearlo. Uno de ellos, el más bajo, sostenía un garrote en la mano ya manchado con su sangre.

—Es él, no hay duda —afirmó el más corpulento.

El que lo seguía en tamaño sonrió.

—Buenas tardes, jefe —dijo—. El señor Royce le envía sus saludos.

Hart escupió sangre. Le zumbaba la cabeza.

—No estoy del todo seguro de quién es el señor Royce —comentó con cordialidad—. Pero me encantará corresponderle.

Y, echando el puño hacia atrás, asestó un derechazo a la mandíbula del tipo.

El golpe rasgó el aire, seguido de un chillido agudo.

—¡Me ha roto los dientes! —bramó el villano.

—Se suponía que debías dejarlo KO —respondió su compinche.

—Vais a necesitar algo más que eso —advirtió Hart, echando una rápida mirada al garrote—. Tengo entendido que tengo la cabeza muy dura.

El segundo y el tercer hombre fueron a por él al instante.

Hart luchó contra ellos con una fuerza y una táctica perfeccionadas tras años de boxeo y esgrima. Era ágil para un hombre de su altura. Fue a la vez una bendición y una maldición. Si hubiera sucumbido antes, la paliza que recibió podría haber sido menos brutal.

Pero hizo todo lo que pudo y dejó a sus tres oponentes maltrechos y

ensangrentados al final. Incluso podría haber ganado la pelea si no hubiera perdido de vista al hombre más bajo.

Mientras Hart le partía la nariz de un cabezazo al matón más corpulento y le daba un codazo en las costillas al segundo, el tercer villano logró deslizarse detrás de él con el garrote.

El golpe resultante hizo que cayera de rodillas. Siguió otro golpe, y luego otro.

—Subidlo al carruaje —ordenó una voz.

Y entonces se hizo la oscuridad.

❋❋❋

Anne detuvo a *Azafrán* al entrar en los oscuros establos situados detrás de la casa Deveril en Grosvenor Square. Pasó la pierna por encima del pomo, desmontó sin ayuda y pisó con suavidad en el suelo cubierto de paja. Su mozo de cuadra se adelantó para tomar las riendas del caballo.

—¿Podrías masajearlo? —pidió Anne, acariciando el cuello al animal—. Y dale una ración extra de avena. Hoy se la ha ganado.

—Sí, milady.

El joven se llevó a *Azafrán* para desensillarlo.

Anne los seguía lentamente mientras se quitaba el sombrero arrugado y los guantes sucios. El paseo a galope de media mañana la había animado. También la había dejado cubierta de crin gris, manchada de tierra y bastante sudada.

Se lo tenía merecido por haber accedido a intercambiar caballos con Stella.

Montar a *Locket* no había sido tarea fácil. La yegua era veloz como un rayo y difícil de controlar. Después de diez minutos en la silla, empezó a dudar de sus habilidades como amazona.

No le había servido de mucho consuelo que Evelyn se estuviera enfrentando a una lucha similar con su propia montura prestada: un zaino escuálido del establo de su tío.

—Mi padre solía decir que hay un único jinete para cada caballo —había comentado Evelyn, riendo al ver al gran castrado saltar y corcovear—. Y yo no soy la amazona de este.

—Al menos se mueve —había respondido Stella desde lo alto de un adormilado *Azafrán*—. ¡Tu semental no se mueve, Anne!

—Requiere mucho apoyo. Mientras que tu yegua...

—*Locket* no responde a la fuerza. Necesita que la traten con delicadeza —le

había aconsejado Stella.

—Si lo hago con más delicadeza, saldrá disparada hasta Bridgehampton.

Las tres rieron, cabalgaron y disfrutaron de la compañía. No se habló de ningún caballero. Ni una palabra sobre Hartford, ni de Malik, ni del autoritario hermano de Stella. Fue un respiro para las tres, sin duda, aunque un poco agridulce por la ausencia de Julia.

Anne lo necesitaba desesperadamente.

Se suponía que el primo Joshua llegaría ese día. El tren en el que viajaban él y su madre debía llegar a Londres a primera hora de la tarde, si se podía confiar en el horario que había consultado.

Nadie podía saber qué pasaría cuando llegaran a Grosvenor Square.

Lo mejor que podía hacer era prepararse. Necesitaba un baño y cambiarse de ropa. Tenía la camisola y el corsé pegados a la piel, y temía oler mal.

—¿Lady Anne? —preguntó una voz masculina.

Se quedó completamente inmóvil. Se le aceleró el pulso al ver una figura alta y de hombros anchos que emergía de las sombras y se movía para bloquearle el paso.

Era un joven caballero. Un desconocido. Y, sin embargo...

Había algo en él que le resultaba extrañamente familiar.

Por siniestra que fuera su repentina aparición, iba bien vestido y era apuesto, tenía el cabello castaño oscuro y un rostro enmarcado por una mandíbula cuadrada y de penetrantes ojos azul grisáceo.

—¿Es usted lady Anne?

—Así es. —Disimuló el ataque de miedo adoptando un tono de indignación—. ¿Y quién es usted, señor? ¿Y qué pretende al abordarme de esta manera?

Se quitó el sombrero, dio otro paso hacia ella y frenó en seco. En su chaleco cruzado vio una gran mancha oscura que se extendía por la solapa. Anne se dio cuenta, alarmada, de que era una mancha de sangre seca.

Dio un paso atrás, a punto de lanzar un grito de socorro. Su mozo estaba a solo unos metros. Podría alcanzarla en un instante si fuera necesario.

—Espere. —El hombre se acercó—. No grite. Por favor. Soy... Soy Marcus Neale.

Anne abrió los ojos como platos. ¿Marcus Neale? ¡Dios mío! Con razón le resultaba tan familiar. ¡Era el hermanastro derrochador de Hartford!

—Supongo que habrá oído hablar de mí —dijo.

Por algún milagro, Anne logró mantener la compostura.

—Lo haya hecho o no, no tiene usted derecho a abordarme de repente. Debería

haber llamado a la puerta.

—A Hartford no le habría gustado. No quiere que ninguno de los suyos sepa de mi existencia. Supongo que usted es la única que lo sabe. —Movía los dedos con inquietud sobre el ala de su sombrero—. Me pidió que le diera un mensaje.

Frunció el ceño.

—No entiendo. ¿Qué mensaje? ¿Y por qué diantre lo envía precisamente a usted?

—Porque está herido. De gravedad.

La mancha en el chaleco del señor Neale adquirió un nuevo significado. Un significado terrible. ¡Dios mío! ¡Debía ser la sangre de Hartford!

En la mente de Anne se proyectaron las imágenes de un espantoso accidente de carruaje.

Se le secó la boca.

—¿Hartford está herido? ¿Pero cómo...?

—Unos villanos lo abordaron en el camino. Lo encontré junto al Támesis hace apenas media hora. No me permite ir a buscar a su abuelo... mi abuelo. Y tampoco me ha dado permiso para llamar a un médico. Solo la quiere a usted. Le pide que...

La aprensión le hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué?

El señor Neale irguió los hombros como si se preparara para darle una noticia espantosa.

—Ha pedido que le mande un clérigo.

Anne palideció. Por un momento temió vomitar.

No sucumbió al impulso. Nunca había perdido la calma en una crisis, y no iba a hacerlo en ese momento.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Lo llevé a una taberna en el muelle de Battersea. Si pudiera mandar al clérigo allí, seguro que le daría consuelo en sus últimos momentos.

«¿Últimos momentos?».

Anne negó con la cabeza.

—No.

Que ella supiera Hartford no era creyente. Y se negaba a creer que se hubiera reconciliado con la religión en su lecho de muerte.

Además, no podía morir. Se lo había prometido.

Se echó la falda del traje de montar negro por encima del brazo y se volvió hacia la calle, olvidando por completo la inminente llegada del primo Joshua.

—Olvídese del clérigo—ordenó, dirigiéndose a la puerta—. Iré yo misma.

Capítulo 23

Hart entornó los ojos mirando el desconocido techo de vigas de madera. Le palpitaba la cabeza y un repugnante olor a sangre, con toques de hierro, flotaba en el aire.

No tenía ni idea de dónde estaba ni cómo había llegado allí. Solo sabía que permanecía tumbado boca arriba sobre lo que seguramente debía de ser el colchón más incómodo en cinco condados. Tampoco ayudaba que le dolieran las costillas, que tuviera un ojo cerrado por la hinchazón, y que, probablemente, tuviese la nariz rota, lo que le dificultaba la respiración.

En algún lugar fuera de su campo de visión, una persona se movía en silencio por la habitación. Hart no podía imaginarse quién era.

A decir verdad, no recordaba casi nada de lo que había ocurrido después de desmayarse.

Había un carruaje. Un vehículo de cuatro ruedas cerrado, dentro del cual había recibido una paliza bastante fuerte. En algún momento, había recuperado la consciencia lo suficiente como para advertir cómo se abría la puerta del carruaje y el viento que le azotaba en la cara al ser arrojado a la carretera a toda velocidad. Después de eso...

Solo oscuridad.

—Quieto —ordenó la voz de una dama.

Sintió un escalofrío al reconocer la voz.

—¿Anne? —El nombre brotó de sus labios en un graznido ronco.

Se inclinó sobre él un momento después.

Su cabello dorado había escapado de las horquillas, y su vestido —¿un traje de montar?— estaba manchado y arrugado. Parecía que hubiera galopado hasta allí a toda velocidad, olvidando el sombrero y los guantes.

Olvidando el sentido común.

Se incorporó con dificultad.

—¿Qué diantre...?

Le posó la mano sobre el hombro. Su hombro desnudo. Hart sintió el delicado roce como un rayo en las entrañas.

¡Dios mío! ¿Dónde demonios estaba su camisa?

—Te he dicho que no te muevas —advirtió ella, sujetándolo con suavidad—. ¿No me has oído?

Se dejó caer sobre la almohada a regañadientes. El contacto de Anne era delicado, pero la fuerza que imprimía en sus gestos era inconfundible. La había visto sujetar un semental con apenas una vuelta de riendas. No había duda de que poner coto a los impulsos aturdidos de un hombre herido y semidesnudo era un juego de niños para ella.

Aunque eso no hacía que le resultara más sencillo aceptar sus circunstancias.

—Mi camisa —pidió con voz áspera.

—¡Silencio! —El colchón se hundió cuando ella se sentó a su lado en el borde de la cama. Le acercó un paño húmedo a la cara para limpiarle la sangre seca de la sien—. Tuve que cortarla. Era la única manera de determinar los daños. Temía que te hubieras roto las costillas, o algo peor.

Hart la miraba fijamente mientras ella lo atendía.

En su rostro vio una expresión que podría haber sido casi serena de no ser porque tenía los ojos rojos.

¡Dios mío! Había estado llorando. Y no hacía mucho, además, por lo que parecía.

Había llorado por él.

Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Te das cuenta de lo exasperante que resulta que seas el hombre más poco fiable de toda la creación? —preguntó con despreocupación—. Hace solo unas semanas me prometiste que no morirías y, sin embargo, aquí estamos.

Él le tomó la mano y se la posó sobre el rostro. La suya estaba maltrecha, tenía los nudillos en carne viva y ensangrentados.

—¿Dónde?

—En una habitación del primer piso de una taberna en algún lugar de Battersea. ¿El Águila? ¿El Toro? —Se encogió de hombros—. No tengo ni la menor idea. Tu hermano me trajo aquí. No me paré a leer el cartel.

—¿Mi hermano?

—El señor Neale. Lo he mandado a buscar algunas cosas al boticario. Reza para que lo haga bien. Es un chico corpulento, pero dudo de su fortaleza. Era incapaz de mirarte sin marearse.

Marcus.

Hart le soltó la mano. De pronto le vinieron a la memoria algunos recuerdos inconexos. Imágenes de Marcus en la orilla del Támesis con el rostro pálido de pie

junto a él.

—Es la herida que tienes en la cabeza —comentó Anne—. Mi padre siempre me decía que sangran a mares. Da bastante miedo.

Se estremeció cuando el paño húmedo le rozó el corte en la sien. Recordó vagamente que uno de los villanos lo había golpeado ahí con una porra.

—¿Acaso...?

—¿Si he traído al clérigo? —Anne lo miró con el ceño fruncido—. Claro que no.

Él la miró confundido. Parecía haber perdido el hilo de la conversación.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Porque tú lo pediste. Eso dijo tu hermano, al menos. Según él, querías que llamara a un religioso que te acompañara en el momento de tu muerte o alguna tontería por el estilo. Asegura que insististe mucho en ello.

Hart reprimió un gemido mientras Anne le limpiaba la sangre de la herida de la cabeza.

—No me refería a un clérigo —consiguió decir—. Bishop. Se suponía que debías mandar a Bishop[3].

—¿Tu ayuda de cámara? —Anne dejó de fruncir el ceño y esbozó una fugaz sonrisa de alivio. Se levantó de la cama—. Bueno, admito que eso tiene mucho más sentido.

Hart la siguió con la mirada mientras ella cruzaba la pequeña habitación de la posada hacia el servicio.

—Bishop sabe cómo curarme. Pero... no podía dejar que Marcus fuera a la calle Arlington a... a buscarlo. Necesitaba que lo hicieras tú. Si no...

—Sí, entiendo. —Dejó caer el paño ensangrentado en el aguamanil de porcelana descascarillado—. Estabas siendo práctico.

No solo lo había hecho por ser práctico. Hart no era tan orgulloso como para no reconocerlo, aunque aún no pudiera admitirlo ante ella.

—No pretendía que vinieras —dijo—. No esperaba que...

—Claro que iba a venir.

—Pero... ¿por qué?

Anne le daba la espalda mientras retorcía el paño.

—¿Por qué crees que he venido?

Su corazón dio un vuelco esperanzado.

—Pero tu reputación... —Se interrumpió, con la boca seca—. Si alguien supiera que estás aquí...

—Nadie lo sabe, a excepción de tu hermano. —Anne regresó a la cama y se sentó a su lado una vez más. Pegó el paño húmedo a la sangre seca de su mejilla—. Y si crees por un momento que mi reputación importa un ápice comparada con mi devoción por un amigo, no has estado prestando atención.

Un amigo.

Eso era lo que era para ella. No su amor. No su amado. Solo un amigo. Tampoco es que fuera poco, pero... no era suficiente.

—Esto podría arruinarte —aseguró.

Ella le pasó el paño por la frente.

—Podría arruinar mi reputación bailando el vals tres veces con el mismo caballero o yendo al teatro sin carabina. Al menos esto es útil.

—Anne... si alguien se entera...

—No se enterarán. —Se estiró sobre él para limpiarle la sangre del cabello. La voluptuosa curva de su seno, ceñida por el corpiño de tela negra de su vestido, rozó con suavidad el pecho desnudo de Hart.

Él cerró los ojos unos segundos al percibir aquella sensación. Maldita sea. Una cosa era sentir dolor, pero eso... era tortura.

—Anne.

—¿Por qué te atacaron? —preguntó, ajena a su angustia. Pasó los dedos por su cabello ensangrentado y le provocó una sensación deliciosa—. No puede haber sido un robo. Aún tenías tu anillo y la cartera.

Hart reprimió el palpitar de sus sentidos.

—No fue un robo. Fue una banda de matones que alguien había enviado para darle una paliza a Marcus.

Anne se retiró.

—¿Es culpa de tu hermano?

No podía engañarse.

—Los hombres que me abordaron gritaron su nombre. Tenían aspecto de ser una banda de rufianes despistados, contratada por alguna casa de juego clandestina.

—¡Dios mío! —exclamó ella, bajando el paño—. Supongo que les debe dinero.

—Sin duda. Tuve la desgracia de tropezármelos yo primero. Me confundieron con Marcus y actuaron en consecuencia.

—No te pareces tanto a tu hermano.

—Claro que no —repuso—. Soy mucho más guapo.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Ya no —respondió muy seria—. Esos rufianes despistados, como los llamas, te han hecho picadillo.

Hart reprimió una mueca. Pensándolo mejor, hubiera preferido que Anne no lo hubiera visto en ese lamentable estado. Pero no tenía sentido lamentarse.

—Eran tres —se excusó—. Y yo me defendí, ¿sabes?

—Me doy cuenta. —Tomó una de sus manos y la acunó con tanta ternura que a él se le contrajo el pecho con un espasmo de placer que le resultó casi doloroso—. Tienes los nudillos en carne viva. —Se los frotó con el paño, pero sin éxito—. Tendrás que ponerlos en remojo.

—Bishop me lo arreglará. —Cerró el puño suavemente alrededor de los dedos de Anne—. Estaré en plena forma en un abrir y cerrar de ojos.

Anne se quedó mirando fijamente su mano destrozada durante un buen rato.

—No tenía ni idea de que los vicios de tu hermano pudieran representar un peligro para algo más que tu bolsillo.

—Yo tampoco —admitió—. Aunque eso no cambia la responsabilidad que tengo para con él.

—¿Esa es la causa de todo esto? ¿Tu deseo de ser más responsable?

—Me gustaría echarle la culpa a eso —admitió—. Quisiera decirte que esa responsabilidad acabará conmigo. Pero la verdad es que... después de todo lo que ha pasado... supongo que he empezado a encariñarme con el muchacho. —Fue una confesión sorprendente, incluso para él mismo.

—Por lo que sé, tus sentimientos no son correspondidos.

—No importa. —Esbozó una leve sonrisa—. Durante mucho tiempo he tenido la desgracia de preocuparme por personas que no me corresponden.

Anne le clavó aquellos ojos color jerez.

—No me estarás incluyendo en esa lista, ¿verdad?

Él soltó una seria risotada.

—Tu nombre es el primero de la lista, querida.

—Idiota. —Consintió una emoción inmensa, que se le reflejó en la mirada—. Claro que me importas. Siempre me has importado. Apuesto a que bastante más de lo que yo te importo a ti.

Imposible, quiso decir Hart.

Pero no pudo decir ni una palabra. Solo era capaz de mirarla; le dolía el corazón, le latía tan fuerte como el martillo de un herrero.

Ella siguió hablando con un tono afectado, sus palabras destilaban el áspero arañazo de una emoción contenida.

—Si no me hubieras importado, no podrías haberme hecho tanto daño cuando regresaste de la India. Ese día en Grosvenor Square... —Frunció el ceño, dolida—. Las cosas que dijiste... la forma en que me miraste. Yo ya estaba frágil como el cristal, y tú... me rompiste el corazón en mil pedazos.

La angustia le retorció las entrañas a Hart, cosa que le puso la voz ronca.

—Anne... —Le estrechó la mano por instinto—. Nunca quise...

—Pero lo hiciste —le recriminó—. Estaba completamente sola. Mi padre se había ido. Mi madre se estaba desmoronando. Tenía todo el peso del mundo sobre los hombros y ni la más remota idea de cómo manejarlo. No necesitaba tu maldito ultimátum. Solo quería que cruzaras esa puerta y me abrazaras. Que me dijeras que podía apoyarme en ti un rato. Que no tenía que sobrellevarlo sola. —Le soltó la mano y se levantó de la cama, seguida de un susurro de faldas—. No me digas que no me importabas. Ningún hombre ha sido tan amado como cuando yo te amé, Félix Hartford.

Hart tragó saliva por impulso. Las impetuosas palabras de Anne, pronunciadas con evidente irritación, le resonaban en el corazón y la mente como un mantra que le cambiaba la vida.

«Ningún hombre ha sido tan amado como cuando yo te amé, Félix Hartford».

Por primera vez en sus casi treinta años, se sentía perdido. Había demasiado dolor entre ellos. Demasiado arrepentimiento. Le aterraba decir algo inapropiado.

—¿Qué deseas que...?

—Nada. —Anne regresó al aguamanil, donde apoyó las manos en la superficie de madera durante varios segundos mientras se recomponía—. Absolutamente nada.

Él la miró presa de un tormento silencioso.

«Ningún hombre ha sido tan amado como cuando yo te amé, Félix Hartford».

Si no le palpitara la cabeza y no estuviera sufriendo las secuelas de la pérdida de sangre, podría haber encontrado una respuesta inteligente. Una pulla ingeniosa o un comentario simpático. Pero eso no era lo que ella quería. Ella quería..., necesitaba algo más.

Y en ese momento no estaba en condiciones de dárselo.

—Oh, ¿dónde está el señor Neale con esas vendas? —murmuró ella, arrojando el paño ensangrentado de nuevo en el aguamanil, donde aterrizó con un chapoteo —. Si no aparece en los próximos diez minutos, me veré obligada a vendarte las heridas con tiras de tu camisa.

—Bishop se ocupará de mí —insistió Hart—. No estás obligada a hacer de

enfermera.

Ella le lanzó una mirada fugaz por encima del hombro.

—Alguien tenía que ocuparse de ti. Creo que tienes la nariz rota.

Una punzada de calor le recorrió la nuca. ¡Maldita fuera su vanidad!

—Creo que tienes razón —respondió con sequedad—. Bishop lo arreglará.

—Lo llamaré cuando vuelva a Grosvenor Square —se ofreció ella—. En cuanto vuelva tu hermano, le pediré que me consiga un coche de alquiler.

Hart observó su vestido. El elegante traje de montar negro se ceñía a cada curva de su cuerpo de un modo tan seductor como el abrazo de un amante.

—Creía que habías venido a caballo.

—De ninguna manera. —Regresó a la cama. Esta vez no se sentó. Se quedó allí de pie, demasiado lejos para que él pudiera alcanzarla—. Acababa de volver de Rotten Row cuando Marcus apareció en las caballerizas para decirme que estabas herido. No pensé en cambiarme. Está claro que debería haberlo hecho.

—Eso son pelos blancos, no dorados —observó—. ¿No montabas a *Azafrán*?

Era una conversación trivial, dada la gravedad de lo que acababa de confesarle. ¡Dios mío! ¡No hacía ni cinco minutos que había hablado de amor! Y en ese momento hablaban de Bishop, de Marcus y... crines de caballo,

—No —reconoció Anne alisándose la falda—. Lo intercambié con la señorita Hobhouse y pasé un rato cabalgando en su yegua gris. *Azafrán* ya es demasiado viejo para tanto esfuerzo. Tiene casi dieciocho años.

—Tendrás que jubilarlo y buscar otra montura.

—De ninguna manera. Nunca lo reemplazaré, por mucho que envejezca. —Su expresión se tornó irónica—. Me parece que es uno de mis defectos. Cuando elijo un compañero, me quedo con él hasta el final.

❋❋❋

Anne sintió la calidez de la mirada de Hartford hasta en los dedos de los pies. Tuvo que hacer un esfuerzo asombroso para mantener la compostura.

No sabía cómo lo había logrado.

Sus reservas estaban casi agotadas. Había estado a punto de dejarse arrastrar por del pánico desde que el señor Neale había ido a buscarla, estaba tan absorta tratando de controlar sus emociones que apenas había pronunciado tres palabras durante todo el trayecto desde Mayfair. Y cuando entró en la sórdida habitación en el primer piso de la taberna, la invadió una oleada de desesperación al ver a

Hartford y estuvo a punto de derrumbarse.

Incluso en ese momento, felizmente consciente y limpio de la mayor parte de la sangre seca que había manchado su hermoso rostro, su apariencia aún la hacía temblar. Y no era solo porque estuviera herido. Se debía a que era vulnerable.

Parecía un gran tigre herido tendido sobre el estrecho camastro. Magullado, ensangrentado y sin camisa. A su merced por unas horas.

A Anne le habría gustado disfrutar del poder que en ese momento tenía sobre él, por breve que fuera. En cambio, en cuanto el señor Neale los dejó solos, se encontró luchando para contener un torrente de lágrimas.

Ridículo.

La ayudó muchísimo saber que Hartford no había querido que ella acudiera en su ayuda. Que su nombre solo había salido de sus labios por necesidad. La única razón por la que la había mencionado fue que quería que fuera a buscar a su dichoso ayuda de cámara, Bishop.

Pues claro.

Eso no impidió que Anne soltara una estupidez tras otra desde que él recuperó la consciencia hasta acabar tan vulnerable como Hart.

Se sintió una completa idiota.

—Sí que es un defecto —admitió Hartford con seriedad—. Pero no eres la única.

Anne arqueó una ceja.

—¿De verdad?

—En efecto. Me recuerda bastante a una columna que estoy escribiendo para el *Zoological Annual* sobre un cisne negro que vivió en el castillo de Malmaison, de la emperatriz Josefina, a principios de siglo. Un cisne solitario. Tras la muerte de su pareja, se negó a emparejarse con otra. Y había muchas hembras. El cuidador introdujo una interminable sucesión de hermosos cisnes blancos en el canal donde vivía el cisne negro. Ahuyentó a todas las hembras. No pudo encontrar ninguna comparable a su amada de plumas negras.

A Anne le ardían las mejillas. Sospechaba que se estaba riendo de ella otra vez.

—Tú y tus columnas ¿Qué pretendes escribiendo esas cosas? ¿Se supone que debo sentirme halagada?

Hart esbozó una leve sonrisa.

—Debería divertirte al menos.

El golpe seco que se oyó en la puerta impidió que Anne respondiera. Abrió y dejó entrar al señor Neale. Parecía preocupado.

—Sí que has tardado —comentó Anne, cerrando la puerta a su paso.

—El tendero era un viejo entrometido. —El señor Neale le dio un gran paquete —. Prácticamente me acusó de estar involucrado en un duelo que salió mal o algo igual de perverso. Tuve que comprarle la mitad de sus existencias para hacerlo callar.

—Tal vez es capaz de reconocer a un villano cuando lo ve —apuntó Anne mientras dejaba los artículos sobre una mesita de madera—. Entiendo que todo esto es culpa tuya.

—¡Culpa mía! —El señor Neale se quitó el sombrero—. Si Hartford se hubiera metido en sus asuntos para variar...

—Hartford se estaba metiendo en sus asuntos —dijo Hart desde la cama—. Y ya está consciente, así que puedes dirigirle tus impertinencias directamente, por favor.

El señor Neale se acercó a toda prisa a la cama de su hermano.

—¡Estás despierto! Y... estás sin camisa. ¿Cómo...?

—Olvídate de mi camisa. Solo necesito a mi ayuda de cámara. Lady Anne irá a buscarlo. Puedes acompañarla hasta un coche de alquiler.

Anne se volvió para mirarlo desde la otra punta de la habitación. Tenía una objeción en la punta de la lengua. Quería quedarse para vendarle las heridas y asegurarse de que se recuperaría del todo.

Pero Hartford tenía razón. Ya se había quedado allí demasiado tiempo.

A causa del caos de las últimas dos horas, había dejado de lado cualquier preocupación sobre sí misma, o sobre lo que perjudicaría su reputación si la descubrían sola en una habitación en el primer piso de una taberna con no uno, sino dos caballeros solteros. No había pensado en los hombres de la taberna de abajo, que podrían ser sirvientes o trabajadores próximos a personas de la alta sociedad. Todos la habían visto al pasar entre ellos camino a las escaleras que conducían a la habitación de Hart.

Anne era fácil de identificar. Una simple descripción bastaría para que corriera el rumor. Era una posibilidad que no había considerado en absoluto en ese momento.

Su reputación no era lo único que había ignorado.

Había pasado por alto por completo sus obligaciones con su familia. La visita del primo Joshua había perdido toda importancia ante la urgencia del estado de Hartford. Y en cuanto a su madre...

Casi la había abandonado.

Estaba empezando a asimilar las posibles repercusiones de su comportamiento.

—Tienes razón —reconoció—. Debo volver a casa de inmediato.

Hartford le sostuvo la mirada con una seriedad poco habitual en él.

—Iré a verte a Grosvenor Square dentro de una semana.

A Anne se le hizo un nudo en el estómago.

—No sé por qué deberías.

Era mentira, y ambos lo sabían. Ella lo vio en sus ojos.

Había muchas razones para que la visitara. Y no era porque le hubiera confesado que había estado enamorada de él, ni porque le hubiera dicho que le había roto el corazón.

No.

Era porque creía que ella se había comprometido al ir hasta allí.

Puede que fuera un pícaro y un sinvergüenza, pero Félix Hartford era un caballero hasta la médula. La amenaza de su visita a Grosvenor Square solo podía tener un propósito.

A menos que estuviera muy equivocada, le iba a proponer matrimonio.

Otra vez.

---

[3] N. de la T.: La palabra *bishop* significa «obispo» en español.

Capítulo 24

Cualquier esperanza que Anne albergara de regresar a casa antes de la llegada de su primo se desvaneció en cuanto el coche de caballos entró en Grosvenor Square. Había dos carruajes parados frente a la casa, el segundo repleto de equipaje. Varios lacayos con la librea de Arundell lo descargaban con diligencia, y subían baúles de cuero y maletas con emblemas por las escaleras que conducían al vestíbulo.

Se le encogió el estómago.

Llegaba muy tarde. Se había demorado a causa del tráfico al otro lado del río y por la necesaria parada en la calle Arlington. Por suerte, Bishop no estaba ocupado. Comprendió enseguida la urgencia de la situación y le prometió que iría en busca de su señor sin demora.

Lo de Hartford estaba resuelto. En cuanto a ella...

Su batalla aún estaba por librar.

—Puede detenerse aquí —le indicó al conductor.

El cochero se detuvo junto a la verja de hierro negro que ocultaba la entrada del servicio. Tras apearse del coche, Anne bajó las escaleras para llamar con discreción a la puerta de la cocina. Abrió una joven criada.

—¡Milady! —Hizo una reverencia y retrocedió para dejarla entrar—. Todo el mundo la anda buscando.

—Ya imagino. —Se agachó para pasar—. ¿Dónde está mi madre?

Horbury salió de la despensa para responder.

—Su señoría está en el salón, milady, con el conde y la señora Deveril. ¿Quiere que le diga que ha vuelto?

—No, de ninguna forma. —Anne pasó corriendo junto a él—. Se lo diré yo misma cuando me haya cambiado.

Empleó la escalera de servicio y subió a su dormitorio. Jeanette estaba dentro, sentada junto a la ventana, con un ojo puesto en su costura y el otro en la nueva gatita de Anne. La diminuta felina estaba tumbada en la ventana y movía perezosamente su cola negra y esponjosa mientras dormitaba.

—¡Milady! —Jeanette dejó a un lado la enagua que estaba remendando y se puso de pie—. La señora ha estado preguntando por usted.

—Sí, lo sé. —Cruzó la habitación para rascarle la barbilla a la gatita con la punta del dedo. Esta respondió con un pequeño ronroneo que retumbó en su diminuto cuerpo.

El corazón alterado de Anne se conmovió al oírlo.

Durante los días posteriores a la llegada de su nueva mascota a Grosvenor Square, quiso cambiar el nombre de la gatita de *Alice* a *Eris*. Al igual que la diosa griega del caos, la pequeña criatura tenía la desafortunada costumbre de causar estragos dondequiera que ponía sus patas. Ninguna tapicería había estado a salvo de ella. Incluso había empezado a trepar por las paredes cubiertas de seda. Lady Arundell no estaba muy contenta.

—¿Te traigo tu vestido de bombacina negra? —preguntó Jeanette.

Anne se desabrochó el corpiño del vestido.

—Sí, y date prisa.

Quince minutos después, recién lavada y cambiada, Anne bajó las escaleras hacia el salón. Se oía la voz de una señora desde el pasillo entre el tintineo de la porcelana. No era la voz de su madre, sino la de otra mujer que hablaba con toda la autoridad propia de su posición.

—Le he dicho a Arundell una y otra vez que debe hacerse valer —decía la señora—. Pero mi hijo tiene muy buen corazón. Es su única debilidad.

—Vamos, vamos, madre —respondió un caballero con indulgencia—. Me harás pasar por un hombre que desconoce sus derechos, y sabes que nada más lejos de la realidad.

Al entrar en la estancia, Anne encontró a la señora Deveril sentada en el sofá de terciopelo verde junto a su hijo.

El primo Joshua levantó la vista cuando se acercó a ellos.

—Mi querida prima. Por fin. —Dejó a un lado la taza de té, se levantó y le dedicó una reverencia—. El tiempo te ha cambiado tanto que no te habría reconocido.

Anne inclinó la cabeza.

—Sin embargo, yo te reconocería en cualquier lugar.

El nuevo conde de Arundell tenía exactamente el mismo aspecto que en el funeral de su padre: pálido, delgado y rebosante de una codicia mal disimulada.

No era ningún secreto que él y su madre esperaban impacientes la muerte del conde. No poseían una gran fortuna propia. Tampoco riquezas ni propiedades dignas de mención. Todo su futuro dependía de que Joshua heredara el título.

—Anne... —La señora Deveril sorbió por la nariz con fuerza, sin hacer ademán

de levantarse. Era una mujer delgada y menuda, de rostro enjuto y boca apretada —. Veo que sigues de luto, igual que tu madre.

Saludó a la odiosa mujer con una rígida inclinación de cabeza antes de acercarse a lady Arundell.

—Echamos mucho de menos a mi padre, señora.

—Oh, no lo dudo —repuso con una risita—. Su muerte os ha dejado a las dos sin un caballero que se encargue de todo. Os compadezco.

Mientras Anne se sentaba al lado de su madre, advirtió que su rostro era una máscara impasible. No parecía molesta ni enfadada. De hecho, su expresión parecía esculpida en piedra.

La culpabilidad cayó sobre ella como una capa forrada de hierro. Al acudir en ayuda de Hartford, había abdicado por completo de sus responsabilidades con su madre, que había tenido que enfrentarse sola a sus peores miedos. Era imperdonable.

—Disculpad mi demora —murmuró.

—Ya lo hablaremos más tarde —respondió lady Arundell. Su mirada era dura como el pedernal. Lo que hubiera sucedido en ausencia de Anne, claramente no había sido agradable.

—Afortunadamente, mi hijo ya está aquí. —La señora Deveril dirigió una mirada radiante de adoración a su pálido vástago—. Como cabeza de familia, con gusto asumirá la gestión de vuestros asuntos.

—En efecto, mi señora. —La mirada de Joshua se posó brevemente en el pecho de Anne mientras volvía a sentarse—. Será un placer ocuparme de ellos.

La joven lo miró fijamente, sin pestañear, hasta que él apartó la mirada.

Ese odioso sapo... No servía ni para lustrar las botas de su padre.

—Una oferta generosa —replicó lady Arundell con aspereza—. Pero innecesaria. Mi administrador lo tiene todo bajo control.

—Mi hijo se reunirá con él, claro —aseguró la señora Deveril.

—Por supuesto —respondió la condesa viuda.

Joshua se dirigió a su prima:

—Tu madre me ha dicho que estabas cabalgando.

—Sí. —No dio más detalles. Aquella no era una visita social. Era una flagrante toma de poder.

Daba igual que no fuera ilegal. O que Joshua tuviera todo el derecho a tomar el control de Grosvenor Square, Cherry Hill y cada centímetro cuadrado de las propiedades del condado. A juzgar por la falta de respeto inherente a su

comportamiento y el de su madre, bien podría haber sido un golpe de Estado.

—Debes de estar sedienta —comentó la señora Deveril, tomando la tetera de plata—. Permíteme servirte una taza de té.

Anne apretó los labios. Era su madre quien debía servirlo. Como condesa viuda, era la dama de mayor rango presente. Pero lady Arundell no dijo nada. Habría sido de mala educación dadas las circunstancias.

—Yo paso la mayor parte del tiempo en Cherry Hill cabalgando —comentó Joshua mientras su madre servía—. El difunto conde tenía un establo excelente.

—Era su mayor alegría —recordó la viuda.

—Ah, sí. Es evidente —respondió él—. Aunque el mero placer por algo no garantiza su éxito. También hay que ser despiadado.

Lady Arundell entornó los ojos.

—¿En qué sentido?

Joshua hizo un gesto de desdén con la mano.

—He tenido que vender algunos caballos viejos este año. No tiene sentido tener monturas que no están a la altura, ¿verdad, madre?

—Tú eres el experto, querido. —La señora Deveril le tendió una taza de té a Anne.

Esta la aceptó, pero no bebió. Tenía los dientes demasiado apretados como para que le entrara una sola gota.

¿Su primo había estado vendiendo los caballos viejos? ¿Caballos que su padre había comprado? ¿Caballos que ella probablemente había montado cuando era más joven?

Se encendió tanto que se apoderó de ella una furia asesina.

¡Oh, si fuera un hombre...!

Pero no lo era. Solo era una mujer. La humilde hija soltera de un conde, sujeta a las leyes del mayorazgo. Sentía la injusticia en lo más profundo de su ser.

—Espero hacer un inventario similar de los caballos que has elegido tener en la ciudad —continuó el primo, ignorando el brillo letal en los ojos de Anne—. Tengo entendido que tienes un gran semental dorado. ¿Un ejemplar de sangre templada?

La joven apretó el asa de su taza de té con tanta fuerza que no le habría sorprendido que la porcelana se le rompiera en la mano.

—*Azafrán* no pertenece al condado. Es de mi propiedad.

—Examinaré sus documentos, por supuesto —advirtió él—. Mientras tanto, estoy seguro de que no te opondrás a que ponga a prueba sus habilidades.

Anne abrió la boca para hacer precisamente eso, pero su madre se lo impidió.

—Puedes examinar los documentos de todos nuestros caballos, junto con los libros de cuentas y demás registros de la casa cuando quieras. Lo tienes todo preparado, al igual que tus aposentos. —La mujer se levantó bruscamente, agitando con energía su vestido de crepé negro—. La señora Griffiths os acompañará.

El ama de llaves apareció en la puerta del salón como por arte de magia.

La señora Deveril dejó su taza de té con cara de fastidio.

—Qué autoritaria eres, Rosamund —dijo—. Estás perdiendo las formas.

—Al contrario, señora —espetó lady Arundell —. Soy plenamente consciente de la posición que ocupo en esta casa y en la sociedad. Señora Griffiths, por favor, acompañe a su señoría y a la señora Deveril a sus aposentos.

El primo Joshua se levantó junto con su madre.

—Temía que tuviéramos una batalla en relación con mis derechos —comentó con tono triste—. Me duele pensar que podría ser el caso.

—Todos estamos afligidos, señor —replicó la anfitriona con frialdad—. Profundamente afligidos. ¿Señora Griffiths?

—Por aquí, milord. —El ama de llaves acompañó al nuevo conde y a su madre hasta sus aposentos.

Anne los vio marchar. En cuanto desaparecieron de la vista, dejó la taza de té y se dirigió a su madre.

—Mamá...

—Sin excusas. —Se sentó a su lado—. Y basta de disculpas. Ya no hay vuelta atrás.

—Pero lo siento. Debería haber estado aquí antes para brindarte mi apoyo.

La expresión de su madre seguía siendo indescifrable.

—¿Te das cuenta de adónde lleva la señora Griffiths a ese niño? —No esperó respuesta—. Lo lleva a la habitación de tu padre.

Anne contuvo la respiración.

—¡No puede ser!

—Ya lo creo. Su descarada madre tuvo la temeridad de pedirlo explícitamente. Afirma que tu primo lo habría hecho él mismo si no fuera tan sensible. En cuanto a permitirlo... —Lady Arundell soltó una breve y quebradiza risa—. No necesitan mi permiso. Tu primo podría echarnos a la calle ahora mismo si le diera la gana. Y ten por seguro que lo hará, hija mía, dentro de dos semanas, si no me equivoco.

Anne negó con la cabeza, aturdida. Podía creer cualquier cosa de Joshua, todo

menos eso. Y menos tan pronto. No estaba preparada.

No estaban preparadas.

No habían alquilado otra casa en una calle elegante de Mayfair. No habían llegado a ningún acuerdo con sus sirvientes ni con sus mozos de cuadra. No habían hecho ni una sola maleta.

—La única pregunta que debemos hacernos —siguió diciendo su madre—, es si nos dejamos echar de esta casa con deshonra o si nos vamos de este lugar con la dignidad intacta. —Su rostro reflejaba una determinación implacable—. Yo sé qué elegiré.

—¿Adónde iremos? —preguntó Anne.

Pero ya sabía la respuesta. La sabía desde su visita a la colina de San Pablo hacía varias semanas.

—¿Adónde podemos ir con tan poca antelación? —preguntó su madre—. Tendremos que ir a Ludgate Hill.

❋❋❋

Hart se desplomó en una silla de la pequeña habitación sobre la taberna y reprimió una mueca de dolor mientras Bishop terminaba de sujetarle el firme vendaje que le había puesto alrededor de las costillas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir en tu favor? —le preguntó a su hermanastro.

Marcus se sentó en el borde de la cama con la misma postura hosca que había adoptado en la casa de cobros. La única diferencia residía en la palidez de su rostro: la misma tez macilenta que tenía desde que descubrió a Hart inconsciente junto al Támesis.

Era lo único positivo de aquel desastre. Quizá Marcus se había quedado tan impactado que por fin cambiaría su comportamiento.

Aunque nadie lo diría a juzgar por su tono.

—¿Qué más quieres que diga? —respondió con petulancia—. Ya te conté que les debo dinero.

—Mil quinientas libras —confirmó Hart.

Una mezcla de rabia y cansancio se apoderó de él.

Mientras sus socios en la fábrica de crisoles ganaban dinero a manos llenas, Hart lo perdía a un ritmo igual de rápido. Todo por culpa de Marcus.

¿Acaso su hermanastro bastardo intentaba arruinarlo? ¿Dejarlo en la indigencia

o algo peor?

Se pasó una mano por la mejilla. Bishop había logrado coserle la herida de la cabeza, vendar sus cortes, recolocarle la nariz y curar el resto de sus magulladuras, pero aún le dolía todo el cuerpo.

Y el peor dolor, con diferencia, estaba en su bolsillo.

—Ocho mil si cuentas las seis mil quinientas libras que ya he pagado por ti. —Hizo una mueca mientras Bishop lo ayudaba a ponerse una camisa limpia—. ¿Eres capaz siquiera de comprender el valor de tal suma?

—Lo hecho, hecho está —sentenció el muchacho, encogiéndose de hombros malhumorado.

Bishop emitió un suspiro de desaprobación casi inaudible.

Hart entendía que su ayuda de cámara se ofendiese. Bishop ganaba treinta libras al año. Un salario generoso, pero nada comparado con las deudas de Marcus.

—Es más de lo que un trabajador podría ganar en varias vidas —lamentó—. Y lo has malgastado en las mesas de juego.

Marcus se sonrojó.

—No fue en las mesas de juego. Fue en las carreras. Estaba seguro de que los caballos que elegí ganarían. Eran los mejores que...

—¿Y estabas convencido de que eran imbatibles? ¿Basándote en qué? ¿En tu amplio conocimiento sobre caballos? —Tuvo ganas de zarandearlo hasta dejarlo sin sentido—. Por Dios, debería permitir que esos villanos te atraparan y acabaran con esto.

—Habría aguantado la paliza con gusto si eso me hubiera ahorrado uno de tus sermones —replicó su hermanastro con amargura.

Hart sintió la absurda necesidad de reír. Era eso o romper algo, y tenía los puños demasiado magullados para lo segundo.

¡Maldita sea! A eso lo había reducido aquel tarambana: ahora no paraba de dar sermones. Era inevitable apreciar la ironía.

Se levantó muy despacio para poder meterse la camisa por dentro del pantalón.

Gracias a Dios, Bishop le había traído una muda de ropa. Ya iba a ser bastante difícil justificar su aspecto ante su abuelo sin tener que volver a la calle Arlington con un traje manchado de sangre.

—¿Señor Royce? —preguntó Hart—. ¿Se llama así? Me parece recordar que los tres rufianes mencionaron al tipo antes de abalanzarse sobre mí como una jauría de chacales.

—Gabriel Royce —confirmó el joven—. Tiene una casa de apuestas en San

Giles.

—¿En San Giles? ¡Dios mío!

Era uno de los peores barrios bajos de Londres. Además de peligroso. La mayoría de la gente respetable no se arriesgaría a poner un pie allí.

—Me dijiste que me mantuviera alejado de los clubes —replicó a la defensiva—. ¿Adónde iba a ir?

—Podrías haber intentado abstenerte —sugirió—. Por lo general es la mejor opción cuando uno no tiene dinero para apostar.

Marcus lo fulminó con la mirada.

—No me dejaste otra opción —le recriminó—. ¿De qué otra manera voy a ganar mi fortuna? Y no digas que debería buscar trabajo. He oído historias de jugadores que ganan un dineral con una carta o con apuestas estratégicas en el hipódromo. Soy tan capaz como cualquiera de conseguirlo.

Hart masculló una palabrota.

—¿Es eso lo que crees que estás haciendo? ¿Apostar por la oportunidad de convertirte en un rico escudero? ¿No tienes cerebro, muchacho? A veces me pregunto qué sentido tuvo mandarte a estudiar.

—¿Por qué lo hiciste si no querías que fuera nada o que aspirara a más?

—Quería guiarte por el buen camino —se defendió—. Asegurarte un futuro, independientemente de la legitimidad de tu nacimiento.

—¿Enviándome a un internado en Plymouth lleno de bastardos? —El rostro de Marcus se tiñó de dolor y rabia—. Si solo servía para el comercio, deberías haberme dejado al cuidado de mi madre.

—Es tu madre quien te llenó la cabeza con estas ideas absurdas desde el principio —espetó Hart—. El comercio no tiene nada de malo. Y el valor de un hombre no se reduce a su origen. He visto a hombres menos importantes superar a sus padres para llegar a ser alguien. Tú también podrías si abandonaras la idea de que yo, o cualquier otra persona en el mundo, te debemos algo.

Marcus se puso en pie de golpe.

—No sé por qué te escucho, ni por qué sigo aquí. Tienes todo lo que necesitas. Tu ayuda de cámara. Tu coñac. Tus malditas vendas. Y ya te traje a tu dama. No me necesitas.

Hart se puso serio al oírlo mencionar a Anne.

—Sí, trajiste a mi dama aquí —repitió—. A la habitación de un caballero en una taberna de mala muerte.

Bishop evitó la mirada de Hart mientras lo ayudaba a ponerse un chaleco

limpio. El ayuda de cámara era muy consciente de su interés por lady Anne Deveril. Un buen sirviente sabía las cosas antes que su amo.

—¿Insinúas que ofendí su sensibilidad? ¿A esa bruja? Sobrevivirá.

—Ten cuidado con tu forma de referirte a ella —le aconsejó en voz baja—. Todavía me queda un poco de fuerza.

La sonrisa de Marcus se desvaneció ante el inequívoco tono de advertencia.

—No pretendía ofender —refunfuñó—. Pero te equivocas si crees que la experiencia la impactó. Cuando salimos de aquí, me dio un sermón mientras bajábamos por las escaleras hasta la calle. Puede que sea una belleza, pero no se la desearía ni a mi peor enemigo. —Un destello de renovada malicia le dibujó una sonrisa en los labios—. Ahora que lo pienso, es perfecta para ti.

—Puede que sea la primera cosa sensata que has dicho en todo el día —repuso Hart mientras recogía su abrigo.

Le esperaba una batalla en cada frente. No le hacía ninguna gracia el desafío, pero tampoco tenía intención de evitarlo. Primero, trataría con Marcus. Luego, con los accionistas de la Compañía Parfit de crisoles de grafito. Y finalmente...

Finalmente se ocuparía de lady Anne.

—¿Bishop? —dijo—. Págale mi cuenta al tabernero y consígueme un coche de alquiler que me lleve de vuelta a Mayfair. Después, necesito que vayas a la oficina de telégrafos. Tengo que enviar un telegrama urgente a Borrowdale. Puedes tomar nota del mensaje antes de irte.

—Sí, señor —respondió el ayuda de cámara. Fue a buscar lápiz y papel.

—¿Y yo qué? —preguntó Marcus—. ¿Adónde voy?

—Vete a casa —ordenó Hart—. Cena con tu madre y tus hermanas. Disfruta de su compañía mientras puedas.

La sospecha ensombreció el rostro del muchacho.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que mañana iremos a San Giles.

Capítulo 25

El barrio marginal de San Giles, en el oeste de Londres, era desagradable por muchas razones. Una de ellas, y no la menor, era el hedor. Los desagües abiertos y la acumulación de basura hacían el aire casi irrespirable. Si eso no bastara para disuadir a una persona respetable de visitar aquel sórdido laberinto de callejones estrechos, sus habitantes debían ser motivo suficiente.

Entre hombres disipados, mujeres ahítas de ginebra, bebés que lloraban y exsoldados desaliñados que poblaban las calles tortuosas, el peligro acechaba en cada sombra.

Y había muchas sombras allí, incluso a mediodía.

Hart permanecía atento a cada una de ellas.

—¿Cómo diste con este lugar? —le preguntó a su hermanastro mientras doblaban por otro callejón fétido.

—Un tipo me lo recomendó cuando estaba borracho —confesó Marcus con mirada culpable.

Hart no tuvo que preguntar qué había provocado la inusual expresión de remordimiento de su medio hermano. La respuesta la había visto en el espejo esa mañana. Su rostro, el día anterior marcado por cortes y rasguños, se había llenado, además, de moretones.

Lo peor era que tenía los dos ojos morados, la desafortunada consecuencia de haberse roto la nariz. Era realmente impactante verlo, incluso desde su hastiada perspectiva. No podía imaginar qué estaría pensando su hermanastro.

Ni qué pensaría su abuelo.

Por suerte, el conde de March había salido la noche anterior a cenar con sus amigos horticultores. Hart había evitado por los pelos tropezarse con él a su regreso, y lo había esquivado también esa mañana saliendo de casa dos horas antes del desayuno. Pero no podría evitarlo para siempre. Y tampoco al tío Brookdale.

Por no hablar de Anne.

Frunció el ceño al pensar en volver a verla. Le había prometido visitarla en una semana. Cortesía que tendría que cumplir con el aspecto de haber peleado diez asaltos con un boxeador.

—¿Estás seguro de que te encuentras lo suficientemente bien para esto? —preguntó Marcus por tercera vez.

Hartford rodeó un charco de efluvios inidentificables.

No se encontraba bien. Le dolían las costillas, le palpitaba la cabeza y tenía el brazo derecho inexplicablemente hinchado a la altura del hombro. En realidad, no estaba en condiciones para casi nada.

Pero no tenía alternativa.

—¿Preferirías esperar a que los secuaces de Royce te hagan unos moretones como los míos?

—No, pero...

—Excelente —contestó Hart con decisión—. Yo prefiero terminar con esto cuanto antes.

Marcus no volvió a hablar hasta que llegaron a su destino.

—Está justo ahí —dijo, señalando un edificio estrecho encajado entre lo que parecía ser una tienda de ginebra y un burdel.

Un hombre corpulento, con aspecto de gorila, montaba guardia en la puerta. Se irguió al verlos acercarse.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—Ver a tu jefe. —Hart esquivó al tipo y golpeó dos veces la puerta cerrada con su bastón.

El guardia no se movió.

—¿Les espera el señor Royce?

—Debería —aseguró Hartford.

Conocía lo suficiente de las bandas criminales como para comprender que sus líderes siempre estaban muy bien informados. Si Royce no era un incompetente, se habría enterado del error de sus secuaces poco después de que lo abandonaran junto al río. Y sin duda comprendería que semejante error tendría consecuencias.

Hartford contaba con ello.

En cuestión de segundos, la puerta tras el guardia se abrió y un muchacho flacucho y de pelo grasiento asomó la cabeza. Miró a Marcus y pareció reconocerlo.

—No te preocupes, Tim. Conozco a este tipo. —Sonrió a Hart—. Y he oído hablar de este.

El guardia se hizo a un lado a regañadientes, permitiendo que pasaran.

—El señor Royce comentó que podrían ustedes pasar por aquí. —El joven los invitó a entrar—. Usted es el atlético caballero que le rompió la mandíbula a

Walsh y envió a Murphy al hospital.

Hart lo siguió dentro del establecimiento.

—Si Walsh y Murphy son quienes creo que son, se lo merecían.

Marcus iba detrás mientras se abrían paso por aquel local repleto de humo. Estaba lleno de hombres de aspecto rudo, de diversas apariencias y tamaños. Muchos de ellos merodeaban al otro lado de una puerta cerrada en la parte trasera, como si esperasen su turno para reunirse con la persona que estaba dentro.

El joven locuaz se abrió paso entre la multitud para llamar a la puerta.

—¿Señor Royce? Señor, es ese señorito de Battersea que viene a verlo.

Una voz gutural respondió:

—Dile que pase.

—Después de usted, jefe —dijo el joven, abriendo la puerta.

Hart entró con Marcus.

Dentro vieron a un hombre en mangas de camisa sentado tras un enorme escritorio de roble tallado. Su cabello era negro como el carbón y su rostro moreno estaba medio oculto por las sombras creadas por la luz que entraba por una ventana alta. Sonrió enseñando unos dientes blancos y sólidos.

—Félix Hartford. Les dije a los muchachos que pasaría por aquí.

—Me alegra que me reconozca —dijo Hart—. Una lástima que sus hombres no lo hicieran.

—Están pagando el precio, ¿verdad? —El hombre señaló las sillas de madera frente a su escritorio—. Siéntese. A menos que haya venido a por más...

—¿Con usted? —Hart se sentó—. Ese no debe de ser un negocio muy rentable.

—A veces ocurre —repuso Royce—. Y me enorgullezco de confirmarle que sí resulta rentable, ya me entiende.

Marcus se sentó nervioso junto a su hermanastro.

—Despachar a uno de nosotros o a ambos no va a ayudar a pagar la deuda del señor Neale —apuntó Hart—. Siempre que consiguiera usted su propósito, claro. —Hizo una pausa—. ¿Cómo están sus tres secuaces, por cierto?

El señor Royce soltó una carcajada repentina.

—Mal —reconoció—. Muy mal. Pero eso ya lo sabe. —Se recostó en la silla—. Supongo que ha venido a saldar cuentas, ¿no?

—Eso depende de a qué llame saldar cuentas —respondió—. Puede que el señor Neale le debiera mil quinientas libras ayer por la mañana, pero, por lo que a mí respecta, esa deuda se ha visto compensada desde entonces a causa de una gran inconveniencia para mí.

Marcus parecía horrorizado.

—Hartford...

—¿Qué reducción de dicho capital puedo esperar a causa de las circunstancias? —preguntó Hart, haciendo caso omiso a su hermanastro—. Le haré un inventario de cada moretón si es necesario.

Royce rio.

—Le he estado investigando, Hartford. Nieto del conde de March. Hombre de mundo. Antes disfrutaba de las apuestas de vez en cuando, pero tengo entendido que no lo hacía en las mesas de juego.

No lo negó.

—Una de mis fuentes me ha dicho que una vez apostó a que un globo aterrizaría a menos de ochenta kilómetros de Hemel Hempstead. Luego, se subió usted mismo a la cesta para asegurarse de que la apuesta saliera bien. Le gusta el peligro, ¿verdad?

—¿A qué se refiere? —preguntó Hart.

—Le haré una rebaja en la deuda —propuso Royce—. Podemos hacer una apuesta.

—Le agradezco la oferta, pero ya no me interesan los globos.

—¿Y no apostaría la suma en otra carrera?

—¿A un caballo que no conozco? ¿Montado por un jinete que no conozco? —Esbozó una sonrisa seca—. Está claro que no sabe tanto sobre mí como cree.

—Es usted jinete —dijo Royce.

—Casi nunca monto.

—Pero conduce. Eso es lo que oí. Consiguió un calesín precioso y un par de potras de primera. —Un brillo perverso brilló en los ojos negros de Royce—. Le diré lo que haré. Le apuesto las mil quinientas libras que debe, más quinientas adicionales, a una carrera de calesines entre sus excelentes caballos y mis jamelgos.

Eso llamó la atención de Hart.

—¿Liquidaría la deuda si ganara?

—Más otras quinientas libras por las molestias —insistió—. ¿Qué me dice?

Hartford entornó los ojos. Empezaba a comprender cómo habían engañado a Marcus con su desafortunada apuesta en el hipódromo.

—Digo que un buen jugador solo apostaría esa suma a caballo ganador —respondió—. Debe de estar muy seguro de que su equipo puede ganar.

—¿Y usted no confía en el suyo? —Royce se encogió de hombros—. Como quiera, milord. Siempre puede entregar las mil quinientas ahora.

Hart habría sido inhumano si no se hubiera sentido tentado de aceptar. Pero así es como se ganaban las apuestas: tentando a los incautos a meterse en las traicioneras aguas del juego sucio. Antes podría haberse permitido meterse por puro placer. Pero ya no era un joven imprudente.

No podía permitirse el lujo de serlo.

Y no solo por el dinero, sino por Anne.

Le había prometido que no se lastimaría. Era una promesa que ella le había recordado el día anterior, con una expresión tensa y los ojos rojos por las lágrimas mientras le limpiaba la sangre de la mejilla.

Se le apelmazó el pecho al recordarlo. Comprendió entonces lo que apenas había empezado a entender en el baile de los Ramsey. Lady Anne Deveril, quien durante tanto tiempo le había parecido la personificación de la fuerza, necesitaba desesperadamente que alguien fuera fuerte por ella.

Por eso ella no podía perdonarle. No por la crueldad de sus palabras de hacía tantos años, sino por la ausencia de actos. En el momento en que a ella le fallaron las fuerzas, cuando estaba en su punto más débil y vulnerable, él no había estado a la altura de las circunstancias.

La había decepcionado porque la había abandonado en el peor momento de su vida. Durante los años que habían transcurrido, se había consolado pensando que Anne era lo suficientemente fuerte para soportarlo todo. No lo necesitaba. No necesitaba a nadie.

Pero no era cierto.

Ella necesitaba la mejor versión de él. Puede que llegara casi siete años tarde, pero estaba decidido a dársela.

—No quiero los mil quinientos —aseguró—. Lo dejaremos en mil, además de la promesa de que el señor Neale nunca volverá a poner un pie en San Giles.

Marcus bajó la cabeza, avergonzado.

—¿Habla por él? —Royce los miró a ambos—. ¿Qué es para usted, Hartford? ¿Un pariente pobre? ¿Un bastardo?

Esto último hizo estremecer a Marcus.

El rostro de Royce se iluminó con una mirada calculadora.

—Debería haberlo supuesto. Os parecéis mucho.

Hart mantuvo la compostura. Había sido plenamente consciente del peligro que entrañaba acompañar a Marcus hasta allí. Sobre ellos se cernía la amenaza de revelar su vínculo, exponiéndolo a un villano que bien podría explotar el secreto para obtener ganancias económicas.

Pero no había muchas alternativas cuando no se podía confiar en que Marcus pagara la deuda por sí mismo.

Hart solo podía esperar que mereciera la pena.

—¿Importa? —preguntó.

—Podría ser —dijo Royce—. Si la información es valiosa.

Marcus abrió la boca para responder.

Hart lo hizo desistir con una mirada antes de contestar:

—Si lo fuera, ¿cree que se me hubiera ocurrido acompañar al muchacho?

Royce reflexionó sobre la pregunta.

—No creo —reconoció al fin—. A menos que sea usted tonto. —Cruzó las manos sobre el escritorio—. Muy bien. Serán mil libras. Supongo que no las lleva encima, ¿no?

—Le extenderé un cheque —aseguró Hart, levantándose de la silla.

El tipo volvió a sonreír.

—Mañana a mediodía —aceptó—. En cuanto a él —señaló a Marcus con la cabeza—, si intenta volver a apostar en cualquiera de mis locales, no respondo por su vida.

Un cuarto de hora después, mientras regresaban en un coche de alquiler que se alejaba rápidamente de aquel barrio de mala muerte, Marcus se recostó en su asiento y suspiró aliviado.

—Gracias —dijo—. Nunca quise...

—Seguro que no —respondió Hart—. Pero dadas las circunstancias, me temo que una disculpa no es suficiente.

—¿Qué más puedo ofrecer?

Hart fulminó a su hermanastro con la mirada en el interior del sombrío coche de alquiler.

—Puedes devolverme el dinero que gasté en tu nombre, de la misma manera que te habrías visto obligado a saldar tu deuda con Royce. Con tu vida.

Capítulo 26

Anne sacó otro pesado tomo encuadernado en cuero de la biblioteca de su padre. No le permitían llevarse ninguno. Ni uno solo. Abrió el pesado libro y buscó su aroma.

Respiró hondo y se llenó los pulmones con el olor de su padre: tinta vieja, papel añejo y el toque de tabaco de pipa caro. Era lo único que quedaba de él en la habitación, la fragancia evocadora que impregnaba las páginas de sus preciados libros. La presencia de Joshua había borrado todo lo demás.

En una semana, su primo se había apoderado de la biblioteca, donde se instalaba con su madre para revisar las cuentas durante el día y adonde regresaba por la noche para beber y fumar durante horas. El lugar, que había sido un santuario en memoria de su padre, ahora apestaba a los puros asquerosos de Joshua.

A Anne se le rompía el corazón.

Se le rompía un poco más cada día.

Le había dicho a su madre que nadie podría arrebatarles el recuerdo de su padre, pero se iban borrando sus huellas. Pronto desaparecerían. Y entonces, ¿qué les quedaría?

Cerró el libro y volvió a dejarlo en el estante.

Eris, que pareció percibir la melancolía de Anne, saltó de la silla donde dormitaba y se acercó a acariciar las faldas de su ama con un delicado maullido.

Anne se agachó para agarrarla. La gatita se ayudó de sus diminutas garras para trepar por el vestido, una costumbre ya adquirida que la llevaba a encaramarse hasta su hombro sin que su dueña hiciese nada por evitarlo.

Desprendió las garras de la pequeña criatura con delicadeza y la acunó. Frotó la mejilla contra el suave pelaje de la cabeza de la gatita, que respondió con un ronroneo.

La puerta de la biblioteca se abrió.

—Anne, ¿qué haces escondida aquí? —preguntó su madre.

—No me escondo. Me despido de los libros de papá.

Lady Arundell entró en la estancia entre el frufrú de su vestido de crepé negro. Durante los últimos días no había perdido ni una sola vez el aire de digna arrogancia con el que se dirigía a Joshua y a su madre. Sin embargo...

Empezaban a aparecer algunas grietas.

Tenía ojeras y se advertía una evidente tensión en el modo en que apretaba los labios.

—No puedo permitirme ese sentimentalismo —afirmó—. Tengo demasiadas obligaciones.

Anne acarició distraídamente el lomo de *Eris*.

—Pensé que lo teníamos todo bajo control.

—Siempre hay más cosas que hacer. Tengo que terminar de empacar con Hortense, una reunión con mi administrador y luego un almuerzo en Russell Square con Fielding y la señora Blakely-Strange. —Cruzó la habitación hasta la ventana—. Confío en tener tiempo libre para recibir visitas por la mañana.

Las visitas matutinas solían recibirse entre la una y las tres de la tarde. Era una actividad tediosa, a menos que se esperara a amigos, cosa que no era el caso de Anne.

—¿Esperamos a alguien en particular? —preguntó.

Lady Arundell descorrió la cortina y miró fuera con el ceño fruncido.

—Los aduladores de siempre. Ese desgraciado niño y su madre han estado de visita por toda la ciudad. Pronto les devolverán la cortesía.

—Por supuesto —admitió Anne—. Yo me encargaré.

Desde que el nuevo conde había anunciado su llegada permanente a la ciudad, parecía que todos en Mayfair estaban ansiosos por congraciarse con él. No importaba que Joshua fuera un hombre poco agradable e inmaduro. El título bastaba para ganarse la buena opinión de la mayoría.

Su madre dejó caer la cortina de nuevo.

—Estupendo —aprobó—. Preferiría evitarlo hoy.

—¿Te encuentras mal?

—¿Cómo iba a encontrarme si no? Se han apoderado de la habitación de tu padre, de su biblioteca, de su asiento en la mesa. Y ayer, ese insolente tuvo la temeridad de pedir a sus abogados que comprobaran la validez legal de mi renta vitalicia.

Anne respiró hondo.

—¡Dios mío! ¿Para qué?

Lady Arundell tenía una expresión rígida.

—Para asegurarse de que no tomo ni un céntimo más de la herencia de lo que me corresponde.

Enterarse de esa maniobra dejó sin palabras a Anne. La herencia de su madre era

su único sustento. Era su medio para mantener las caballerizas, para pagar a los sirvientes y las facturas de los proveedores.

Lady Arundell regresó a la puerta.

—No te preocupes. Nos iremos pronto. —Miró a *Eris* como si advirtiese su presencia por primera vez—. ¿Por qué sigue aquí esta gata? Me prometiste que te ocuparías de ella.

Anne la rodeó con los brazos con actitud protectora.

—Sí. Lo sé.

Los gatos estaban expresamente prohibidos en la casa que habían alquilado en Ludgate Hill, por temor a que se ensuciaran las alfombras o alguna tontería por el estilo. ¡Como si Anne y su madre no tuvieran la intención de cambiar todos los muebles! Pero la señora Frazil se había mostrado inflexible.

La pobre *Eris* tendría que volver con Julia. O con Stella o Evelyn. Aún no le había mencionado el asunto a ninguna de ellas. Se había resistido a dar el paso.

En poco tiempo, *Eris* se había abierto camino a base de arañazos y bufidos hasta el corazón de Anne. La idea de perderla...

—Hay que hacerlo, Anne —le recordó su madre antes de salir de la biblioteca —. Hay que hacerlo todo.

Unos momentos después, tras dejar a la gatita a salvo en su dormitorio, Anne se dirigió afligida al salón. La señora Deveril ya estaba allí, esperando para servir el té.

—Bueno —dijo cuando entró en la habitación—, me alegra ver que no has renunciado por completo a tus deberes. A diferencia de tu madre. Ella se ha ausentado todas las mañanas de esta semana.

—Tiene muchos compromisos. —Tomó asiento—. Su agenda social estará llena durante los próximos tres meses.

La señora Deveril sorbió por la nariz.

—Me atrevería a decir que, para las damas de nuestra familia, el deber tendría que estar por encima de la frivolidad. Y si esa frivolidad no está del todo bien vista, como lo de esas bolas de cristal y demás, sería prudente que...

—Me atrevería a decir, señora, que es mejor no decir esas cosas —respondió Anne—. A menos que desee repetirlas delante de mi madre.

La señora Deveril frunció los labios.

—Ni se me ocurriría ofender.

A la joven le complacía comprobar que, a pesar del ánimo decaído de su madre, aún tenía el poder de intimidar a personas como la señora Deveril.

Ojalá bastara para asegurar el éxito.

Pero la firmeza y la férrea fuerza de voluntad de una dama tenían poco peso frente a cientos de años de derecho sucesorio británico.

La casa ahora pertenecía a Joshua y a su madre. Anne y lady Arundell habían quedado relegadas al papel de invitadas indeseadas.

—¿No viene mi primo hoy? —preguntó.

—Ha sacado uno de los caballos —respondió la señora Deveril.

—¿De verdad? —Le había prohibido expresamente a su primo montar a *Azafrán*, pero eso no le había impedido recurrir a otros—. Podría habérmelo dicho.

—No tiene por qué hacerlo —le recordó la mujer—. Ahora es su establo. Tú y tu madre haríais bien en recordarlo.

—No podríamos olvidarlo —replicó—. Aun así, podría haberlo mencionado como cortesía.

—Seguro que no le echarás en cara que haya salido de buena mañana a tomar un poco de aire para despejarse. Lo necesitaba después de todo lo que ha pasado con tu madre desde que llegamos. Ella lo desafía constantemente. —Le sirvió una taza de té, entusiasmada con el tema de conversación—. No deseo una confrontación, pero tiene razón en preocuparse por el estado mental de tu madre y el tuyo. Todo este luto y la preocupante obsesión con los muertos amenaza con crear un escándalo que afectaría a mi hijo. Ambos nos sentiríamos más tranquilos si lady Arundell se retirara a la casa de la viuda. Es lo correcto, ¿no te parece?

Anne se opuso rotundamente.

La casa de la viuda de Cherry Hill era una pequeña cabaña en el extremo más alejado de la propiedad. Años atrás, había estado ocupada por una de las sirvientas jubiladas de la familia: una anciana ama de llaves de su niñez. La mera idea de que su madre fuera feliz en una casa de campo tan remota, como si fuera una vieja criada retirada, era inconcebible.

—Mi madre nunca se irá de Londres —aseguró—. Tiene una vida activa aquí. En el campo estaría muy triste.

—¿Será más feliz fuera de Mayfair? ¿Y tú? —La señora Deveril le ofreció la taza de té—. Tú sigues siendo hermosa, querida. Arundell me lo decía esta misma mañana. Aún podrías encontrar pareja si te animaras.

—No, gracias —dijo Anne, rechazando el té—. No a las dos cosas.

Horbury entró en el salón y tosió levemente.

—El señor Hartford viene a ver a lady Anne, señora. Me he tomado la libertad

de acomodarlo en la salita.

A Anne se le aceleró el pulso. Con toda la angustia que sentía por su situación en casa, había olvidado que Hartford había amenazado con visitarla.

¡Dios mío! ¡Debía de estar allí para pedir su mano!

Era totalmente innecesario, y así se lo diría. No había habido ningún atisbo de escándalo derivado de su visita a Battersea. Ningún rumor malicioso ni amenazas de propagar infundios por parte de ninguno de los hombres que bebían en la taberna. De hecho, dado su comportamiento imprudente (y dejando de lado los rumores habituales sobre su excentricidad), la reputación de Anne seguía sorprendentemente intacta.

—¿La salita? —repitió la señora Deveril con mal humor—. ¿Por qué has hecho eso? Ya te he dado muchas instrucciones sobre cómo recibiré a mis visitas. Haz pasar al señor Hartford de inmediato.

Anne se puso de pie.

—Pero el señor Hartford ha venido a verme a mí, señora. Lo recibiré en la salita. —Se dirigió a la puerta—. Gracias, Horbury.

El mayordomo hizo una reverencia. La escoltó mientras salía de la habitación y bajaba la escalera.

—Debo advertirle, milady. El aspecto del caballero es... de lo más alarmante.

Anne arqueó las cejas.

—¿Lo dice porque está lleno de moretones y golpes por todas partes? No creo que me asuste.

Pero cuando Anne entró en la sala iluminada por el sol, con sus sillas de terciopelo acolchadas y sus elegantes mesitas de madera satinada con incrustaciones, se encontró con una imagen que la dejó helada.

Hartford estaba junto a la ventana, vestido con un traje inusualmente sobrio. La luz del sol le iluminaba el rostro. No solo estaba magullado, sino que tenía ambos ojos morados, la nariz hinchada y un corte en la sien cosido de forma bastante tosca con hilo de seda blanca.

Se quedó paralizada en el umbral. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Cielos!

Un brillo de diversión asomó a los ojos azules de Hartford.

—No es tan terrible como parece.

—Difícilmente podría ser peor —comentó ella. Se dirigió al mayordomo—: Gracias, Horbury. Eso es todo.

El sirviente hizo una reverencia antes de retirarse y los dejó solos.

Ella se mordió el labio mientras lo miraba y pasaba del acaloramiento al escalofrío.

Aquel no era el Hartford que conocía, el llamativo y apuesto caballero que vestía pantalones a cuadros y descarados abrigos morados. Ese era el mismo tigre herido que se había encontrado en la diminuta habitación de la posada en el primer piso de la taberna de Battersea. Un hombre que representaba una amenaza mayor para ella estando herido que en plena forma.

Dio un vacilante paso hacia él.

—¿Bishop...?

—Me recolocó la nariz y me suturó las heridas. Con suerte, dentro de un mes volveré a ser yo mismo.

—¿Qué ha dicho tu abuelo?

—Le dije que fue un accidente de carruaje. No es del todo falso, ahora que lo pienso. Me parece recordar que esos villanos me tiraron de un carruaje.

Anne hizo una mueca de dolor. La emoción, reprimida durante demasiado tiempo, la invadió como una oleada implacable. No era solo la apariencia de Hartford. Era todo: su madre, Joshua, la señora Deveril, *Eris* y Ludgate Hill.

Se llevó las manos a la cara y reprimió un sollozo repentino.

Él la alcanzó en tres zancadas.

Y la rodeó con los brazos.

La estrechó con fuerza y la envolvió en un sentido abrazo.

Estaba demasiado abrumada para resistirse. ¿Y por qué iba a hacerlo? Él era cálido, fuerte y seguro. Y lo necesitaba desesperadamente.

Agachó los hombros y se rindió al refugio de sus brazos.

—Pobrecita —murmuró contra su cabello—. No es por mi cara.

No era una pregunta. Anne respondió de todas formas, negando en silencio con la cabeza para que su voz no delatara el llanto.

—Está bien, cariño. No tienes que decir nada. —La gran mano de Hart recorrió la curva de su columna en una caricia reconfortante.

Anne cerró los ojos con fuerza y apretó la mejilla contra la solapa de su chaleco de tela negra. Olía a caballos, aceite para arreos y cuero nuevo. Fragancias reconfortantes. Le recordaban todo lo que más amaba en la vida. Todo lo que aún era bueno y grato en el mundo. Y él, de alguna manera, estaba involucrado en ello.

Félix significaba felicidad, eso le había dicho. Solo bromeaba en parte.

—Así que por fin ha llegado tu primo —dijo—. Y he oído que ha traído a su madre.

Ella respondió con un ahogado gemido de reconocimiento. Tenía las pestañas húmedas. Se resistía a separarse de él.

—¿Ha sido muy horrible? —preguntó—. Imagino que sí, de lo contrario, no te estarías apoyando en mí. —Le rozó la sien con los labios y con un grave murmullo añadió—: Malditos sean todos. No merecen ni una sola de tus lágrimas.

—No estoy llorando —sollozó.

—Claro que no. Las Furias no lloran. Se enfurecen. —Le puso un dedo bajo la barbilla y le levantó el rostro con delicadeza—. ¿Por qué no te enfureces conmigo un rato? Puedo soportarlo.

Ella lo miró a los ojos con tristeza.

—Estoy demasiado desanimada para enfurecerme con nadie.

Hartford frunció el ceño.

—Empiezas a preocuparme.

—Yo ya estoy preocupada —admitió.

La buscó con la mirada con expresión resuelta.

—Muy bien —dijo, soltándola—. Trae tu sombrero y tus guantes. Te llevaré a dar un paseo.

❋❋❋

Hart volvió a mirar con preocupación a Anne mientras entraban en el parque. Hacía mucho tiempo que no tenía el privilegio de llevarla de paseo. Desde la ruptura de su compromiso, ella habría preferido beber veneno antes que subirse a su calesín. Pero ese día no había puesto objeción alguna. Le había permitido ayudarla a subir al asiento como si fuera algo común y corriente.

Para él, era todo lo contrario.

Era plenamente consciente del cuerpo de Anne a su lado, de cómo su falda ondulada se le pegaba a las piernas y del roce íntimo de su brazo. Ella estaba quieta y en silencio, contemplaba con expresión preocupada los árboles y el agua del lago Serpentine.

Kestrel y *Damselfly* rebosaban de alegre energía y mordisqueaban sus respectivos frenos después de unos días de descanso forzado. A Hart le dolía el hombro hinchado al sujetar las riendas. Aún le molestaba cada vez que hacía un esfuerzo.

Y lo había forzado mucho la semana anterior. Cuando no estaba escribiendo cartas a Cumberland o a los contactos de la compañía de crisoles en Inverness, había visitado a la familia Neale, intentando resolver su futuro.

Mejor dicho, el futuro de Marcus.

En ese momento, su hermanastro estaba convencido de que lo obligaría a alistarse en el ejército. No lo había desengañado de esa idea. Lo cierto era que aún no sabía qué hacer con el muchacho. Tenía un par de ideas en la cabeza, pero todo dependía de lo que sucediera con William Webb.

Webb estaba muy interesado en su propuesta para liderar la posible expansión de la compañía a Escocia. Había respondido casi de inmediato al telegrama que Hart le había enviado el día del ataque en Battersea. Pero un telegrama era un medio deficiente para transmitir los detalles, por lo que le había escrito una larga carta.

Esperaba la respuesta de Webb. Hasta que la recibiera, estaba paralizado. También la Compañía Parfit de crisoles de grafito.

Y lo mismo ocurría con Marcus.

No era del todo malo dejar que el muchacho se preocupara un poco. Con suerte, el miedo a tener que alistarse en el ejército frenaría temporalmente sus fechorías. En cuanto a la compañía de crisoles, confiaba en que aceptarían su propuesta de Escocia, siempre que se cumplieran ciertos criterios.

Todo eso había consumido su energía durante días.

Pero no ese día. Estaba con Anne, con todos los sentidos puestos en ella.

—He estado tratando una pata delantera derecha de *Kestrel* —dijo, intentando entablar conversación—. Ha estado un poco tocada últimamente. Pero ya se encuentra mejor, como ves.

—Han madurado mucho —observó Anne—. Sabía que lo harían.

—Lo sabías mejor que yo. En Sutton Park solo vi un par de potras desaliñadas y traviesas.

—Es importante que los caballos sean un poco traviesos. Les da brillo.

—Me gustan las hembras con brillo —admitió.

Anne no pareció advertir la broma. Se quedó mirando el lago, con las manos enguantadas en el regazo.

—Joshua está vendiendo los caballos viejos de Cherry Hill —lamentó.

—¿Qué? —Hart la miró fijamente—. ¿Cuándo ha sido?

—Ya lleva un tiempo. Y no puedo hacer nada al respecto. No puedo hacer nada.

—Estoy seguro de que no es cierto.

Ella no respondió. Volvió a sumirse en el silencio, perdida en sus pensamientos.

—¿Sabes? —dijo él—, creo que estoy empezando a entender el problema.

—¿Con los caballos?

—Contigo.

Lo miró con cansancio.

—No estoy de humor para discutir.

—No es un asunto que admita discusión. Es un hecho. Has perdido el control de tu vida: de tu primo, de tu casa, de tu madre.

Anne adoptó una expresión tensa, como ocurría siempre que él se atrevía a mencionar a lady Arundell.

—Solo hay una cosa que hacer en un caso así —añadió él.

—¿Y cuál es, si eres tan amable?

—Tú misma me diste la respuesta en Hardholme. Dijiste que cuando una dama pierde el control de lo esencial en su vida, debe compensarlo asumiendo un control absoluto de lo único que puede. —Hizo frenar a *Kestrel* y a *Damselfly*—. Vamos. Ya es hora de que tomes las riendas.

Anne arqueó las cejas.

—¿No estarás sugiriendo que conduzca tu calesín?

—No es una sugerencia —repuso Hart mientras las yeguas bailaban impacientes —. ¿Cambiamos de asiento? Siempre me resulta más fácil conducir desde este lado.

Ella no se movió. Estaba demasiado absorta, mirándolo como si hubiera perdido la cabeza.

—Pero... no dejas que nadie conduzca tus caballos. Nunca. Es un orgullo para ti.

Esbozó una sonrisa ladeada.

—Tú no eres cualquiera.

Capítulo 27

Anne mentiría si dijera que no se sintió tentada. Hacía tiempo que admiraba las yeguas de Hartford y se consideraba una excelente conductora. Sin embargo, se mostró reticente.

—No podría. ¿Y si...?

—¿Y si...? ¿Y si...? —repitió él con desdén—. ¿Desde cuándo te acobardas ante algo?

Se mordió el labio. Tal vez hubiera sido valiente en el pasado, pero ya no se sentía tan audaz. Ahora debía preocuparse por su madre, por *Eris* y por la inminente mudanza a Ludgate Hill.

—Además —insistió—, me estarías haciendo un favor. Me duele mucho el hombro. Dudo que pueda seguir conduciendo sin que se me resienta.

—¿Qué te pasa en el hombro? —preguntó.

—¿No te lo dije? Mi abuelo insistió en que su médico me examinara. Dice que debí de dislocármelo en algún momento y que luego volvió a su sitio al caerme al camino. Me molesta muchísimo.

Observó su hombro con preocupación. A pesar de su amarga historia, todavía le dolía pensar en cómo lo habían golpeado y arrojado de un carruaje. Odiaba la sola idea de que se lastimara.

—No tenía ni idea.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Le ofreció las riendas—. ¿Las quieres o no?

Anne se decidió rápidamente.

—Está bien. —Se puso de pie y apoyó la mano en el respaldo del asiento—. Hazte a un lado.

Intercambiaron posiciones con dificultad y después de que la falda de Anne se enredara por un momento en las piernas de él. A continuación, ella tomó asiento en el sitio del conductor y agarró las bridas. Las dos yeguas brincaban nerviosas, llenas de una energía que Anne notaba en la vibración de las riendas.

La recorrió un escalofrío.

—No lo hagas con mucha brusquedad —le recomendó Hart—. Les gusta que las conduzcan con suavidad, con un poco de fuerza al final.

Anne ajustó el ronzal.

—Son un par de yeguas con bastante energía.

Hartford extendió el brazo por detrás de ella a lo largo del respaldo del asiento.

—Te están poniendo a prueba —advirtió—. Demuéstrales de qué pasta estás hecha.

La joven esbozó una sonrisa reticente.

—¡Arre! —exclamó, acompañando la orden de un chasquido de ánimo. Las yeguas saltaron hacia adelante y se pusieron a trotar muy animadas. Anne contuvo el aliento—. ¡Caramba!

—Eso es —la animó él—. Se nota que tienes mano.

Su confianza aumentaba mientras guiaba a *Kestrel* y *Damselfly* de vuelta a la avenida. Las yeguas se movían con alegría, parecían flotar por el sendero. Eran tan sensibles a los dedos de Anne como las cuerdas de un arpa bien afinada.

—¡Oh, son una maravilla!

—Lo más parecido que se puede encontrar con cuatro patas —admitió.

Un jinete con un gran caballo de caza se detuvo a observarlos con los ojos desorbitados. A decir verdad, parecían atraer la atención de todos en el parque. Todavía no era hora punta, pero hacia un tiempo agradable y era lo suficientemente tarde como para que muchos salieran a caminar, montar a caballo y pasear en carruaje.

Anne sintió las miradas escandalizadas de un cuarteto de matronas aristocráticas en una calesa, una elegante dama que montaba seguida de su mozo de cuadra y dos jóvenes señores al galope.

—¡Por Dios! ¿Es una dama quien conduce el calesín de Hartford? —comentó en voz alta uno de los jóvenes al verlos pasar.

—No puede ser —respondió su compañero—. Jamás lo permitiría.

Hartford debió de oírlo, pero no reaccionó. Estaba completamente concentrado en Anne y sus yeguas.

—Llévalas hacia la derecha —sugirió—. Hay un tramo apartado al otro lado de la colina donde podrás darles rienda suelta.

Ella hizo lo que le decía y se alejaron del ajetreo de paseantes. No se dio cuenta de lo lejos que habían llegado hasta que el ruido de la creciente multitud se desvaneció y solo se oía el enérgico sonido de los cascos de las yeguas y el canto de los pájaros.

—Ahora —dijo Hart.

Con otro chasquido y un suave golpe de látigo, Anne puso las yeguas al galope. Cuando arrancaron a correr, ella no las detuvo. Las dejó volar.

Y eso era exactamente lo que sentía: como si volara.

El viento azotaba la fina red negra de su sombrero de copa ovalada y le aguijoneaba la cara mientras el carruaje corría. No le hubiera sorprendido que aparecieran llamas bajo las ruedas del vehículo.

Con razón Hartford estaba loco con sus yeguas. Guiarlas era emocionante. Poderoso. Y tan estimulante que acababa con cualquier rastro de tristeza, duda y miseria. Una se sentía como Helios debió de sentirse al conducir su carro del sol por el cielo.

—Tira un poco de las riendas —aconsejó él—. Haz que giren con cuidado.

Anne apretó las bridas. Las yeguas se resistieron con fuerza y ella salió un poco despedida hacia adelante.

Hart la rodeó por la cintura para sujetarla firmemente al asiento.

—Dales la orden otra vez —dijo—. No dejaré que te desobedezcan.

A Anne se le aceleró el corazón al sentir su contacto. Volvió a apretar las riendas. Esta vez, anclada por la fuerza de Hartford, logró frenar a las yeguas al entrar en la curva. Sacudieron la cabeza antes de volver al trote.

—Despacio —les dijo—. Despacio.

—Eso es. Ahora están atentas.

Se le encogió el estómago al advertir el incipiente aleteo de mil mariposas. Deseó que él le quitara el brazo de la cintura. Al mismo tiempo...

Era bastante agradable.

Más que agradable. Era maravilloso.

Hart no interfería en su forma de llevar las riendas. No le estaba dando órdenes ni intentaba tomar el control. Solo estaba allí, fuerte y seguro, brindándole todo el poder de su apoyo. Como resultado, ella se sintió más valiente. Más fuerte. Como si fuera capaz de cualquier cosa.

—¿Las vuelvo a llevar al paso? —preguntó.

—No. Todavía pueden trotar un rato. —Adoptó un tono más serio—. Así podré hablar contigo.

Ella le lanzó una mirada fugaz.

—No puedo hablar mientras conduzco. No soy capaz de mantener una conversación.

—Yo hablaré —repuso con gravedad—. Tú solo tienes que atenderme.

❋❋❋

Hart no tenía intención de hablar con Anne al aire libre, y mucho menos mientras ella llevara las riendas de su calesín. Se había imaginado que hablarían en la salita. Que le contaría todo lo que tenía en mente en la intimidad de esas cuatro paredes.

Pero cuando la vio tan triste y desanimada, cuando se dejó abrazar y consolar, apoyada en su pecho y derrotada por el cansancio, supo que la casa de Arundell no sería acogedora. Necesitaba alejar a Anne de ese viejo mausoleo.

Y quizá fuera lo mejor después de todo, allí, bajo el cielo, entre los árboles y al calor del sol de verano. Así, al menos, no podía discutir con él ni intentar impedirle decir lo que debía. Estaba demasiado ocupada a los mandos del calesín.

Hart le soltó la cintura y se alejó un poco de ella. Anne miraba al frente, concentrada en guiar a las yeguas. Él la contempló de perfil: el largo manto de sus pestañas oscuras, la elegante curva de su mejilla y la voluptuosa forma de sus labios sonrosados.

Un chispazo de afecto le oprimió el corazón y le provocó una punzada tan dolorosa como su hombro herido.

Había estado pensando en ella desde que se separaron. En el hecho de que, a pesar de todos los años de discordia, Anne había corrido a su lado en cuanto supo que estaba herido. Había estado pensando en lo que ella le había dicho mientras yacía, sin camisa y sin fuerzas, en el estrecho camastro de aquella posada.

«Ningún hombre en la tierra ha sido amado como yo te amé, Félix Hartford».

Se había pasado la última semana sintiéndose como el mayor idiota del planeta.

—Cuando te vi en Battersea, te dije que te visitaría en una semana.

—Lo recuerdo. Pero si crees que estás obligado a proponerme matrimonio solo porque me comprometí al acudir en tu ayuda, te equivocas. No ha habido habladurías al respecto. Y si alguna vez las hubiera, no necesitaré que un caballero redima mi honor. Soy totalmente capaz de...

—No voy a pedir tu mano —aseguró—. Voy a disculparme.

Ella lo miró fijamente.

—¿Cómo?

—Sí, lo sé. Yo también estoy bastante sorprendido. —Todo rastro de humor se desvaneció tan rápido como había aparecido. Lo que transmitía su voz era resolución—. Mejor dicho, no me sorprende. Quería decirte... que desde hace tiempo sé cuánto me equivoqué.

—¿En cuál de tantas veces?

—Hablo en serio, Anne.

—Ojalá no fuera así. —Tiró de las riendas cuando las yeguas empezaban a galopar—. Me pones nerviosa cuando hablas en serio.

—Lo siento. Y lamento profundamente mi forma de comportarme cuando volví de la India.

Las yeguas volvieron a perder el paso.

Anne masculló una maldición impropia de una dama mientras luchaba por recuperar el control.

Hart posó la mano sobre las suyas en las riendas y la ayudó a reducir la velocidad.

—Quizá deberíamos parar.

Ella apretó los labios.

—Supongo que debemos hacerlo si vas a seguir diciendo tonterías.

Con su ayuda, detuvo el tiro junto a unos árboles.

Estaban lejos de los demás jinetes y cocheros; se encontraban solos en la profundidad boscosa del parque. Con toda probabilidad era lo más parecido a la privacidad que podrían conseguir.

Hartford frenó.

—¿De verdad es necesario? —preguntó ella.

—Me temo que sí.

Se volvió para mirarlo desde el asiento.

—¿Y bien? —El sutil rubor que le trepaba por el cuello contradecía su tono impaciente.

Hart le clavó los ojos.

—He pensado mucho en ese día. Al igual que tú, al parecer. Durante nuestro viaje al condado de York recordaste mis desafortunadas palabras con una claridad asombrosa.

—Difícilmente podría olvidarlo —admitió.

—Yo tampoco lo he olvidado. Ese ultimátum infantil que te di y las cosas que dije después... Anne, debes saber que no quise decir nada de eso.

El dolor se reflejaba en el fondo de los ojos de la joven, era un leve pero visible rastro del daño que él le había hecho.

—¿Entonces por qué lo dijiste?

—Por la misma razón por la que tú dijiste lo que dijiste, sospecho. —Le dedicó una breve y triste sonrisa—. Éramos demasiado jóvenes.

❋❋❋

La emoción inundó el pecho de Anne. Dejó de mirarlo; se sentía confusa. ¿Cómo podía mirarlo cuando él le decía esas cosas?

Tenía razón, por supuesto. Eran demasiado jóvenes. Aun así...

—No es excusa —replicó ella.

—No, no lo es. Pero ayuda a entenderlo. Tú estabas de luto por tu padre y yo todavía me enfrentaba a las revelaciones sobre el mío. No estábamos en la mejor situación para cuidarnos solos.

—Fuiste tú quien...

—Sí. Debo cargar con la mayor parte de la culpa. Era mayor. Debería haber sido más cuidadoso contigo. —Bajó la voz y le habló con una tierna intensidad—: Mi única defensa es que te deseaba demasiado como para entrar en razón.

A Anne se le hizo un nudo en la garganta y no pudo hablar.

—Ese día en Grosvenor Square estaba de un humor de perros —admitió él—. Durante mucho tiempo me había sentido solo en el mundo, sin familia propia. Supongo que podría decirse que me sentía abandonado. Ridículo, lo sé. No era un niño. Pero la idea de tenerte había llegado a significarlo todo para mí.

Anne negó con la cabeza, por fin recuperó la voz.

—Hartford...

—Fue lo que me trajo de vuelta a Inglaterra. La única esperanza que me sostuvo en mis momentos más oscuros. Y cuando finalmente regresé a tu lado... no pude soportar la idea de seguir esperando.

—No parecía que me quisieras.

—Estaba enfadado porque eras tú quien parecías no quererme. Al menos no lo suficiente como para renunciar a cualquier otra preocupación. Sentía que me estabas haciendo lo mismo que mi padre. Me estabas abandonando por otra persona. Una persona mejor. Más digna. Alguien que tenía todo tu corazón.

—Pero era mi madre.

—En ese momento me daba igual quién fuera. Estaba curando mis heridas. Cuando dijiste que tenías que quedarte en casa, arremetí contra ti de un modo estúpido y cruel. —Hablaba con arrepentimiento sincero—. Todavía tenía que madurar mucho. Lamento que fuera a tu costa.

Anne tragó saliva con dificultad. Si él podía admitir su culpa, ella también.

—Como bien sabes, yo tampoco estoy libre de culpa.

Hart la miró fijamente y le provocó un escalofrío. Deseó que no la mirara así, la desarmaba hasta el punto de no poder formular un solo pensamiento coherente.

—¿Qué me dijiste que no era cierto? —preguntó.

—No lo repetiré.

—No hace falta. Las palabras que dijiste están grabadas a fuego en mi alma. Desde entonces me he esforzado por demostrar que todas eran falsas.

Anne debió de mostrar un atisbo de duda. Acababa de recordar sus columnas.

Hartford sonrió.

—No diré que he cambiado del todo. Eso sería imposible. Pero he cambiado en lo importante. Odiaría pensar que debo renunciar a toda fuente de diversión para demostrar mi responsabilidad. Pero si debo hacerlo...

—Nunca me opuse a tu buen humor —apuntó Anne—. Solo deseaba poder contar contigo. Te necesitaba cuando regresaste a Londres. Mi vida era... —Guardó silencio. No tenía sentido remover el pasado—. No importa. Fue hace mucho tiempo. Éramos jóvenes, tal como has dicho. Jóvenes e ingenuos. No... —Se le apagaron las palabras cuando él le acarició el rostro.

La miró con dolorosa ternura.

—Me dijiste que me amabas —le recordó—. En Battersea. Dijiste que me habías amado como ningún hombre había sido amado antes.

Lo miró. Nunca se había sentido tan vulnerable.

—Te amaba.

—Entonces dame otra oportunidad —le suplicó—. Déjame demostrarte que he cambiado. Que ahora puedes confiar en mí.

—Ya sé que has cambiado —admitió—. Tu relación con tu hermanastro y su familia es prueba suficiente de ello. Aunque, ¿por qué mi opinión debería importar...?

—Tu opinión es la única que me importa. Todavía me importas, Anne. Todavía te quiero en mi vida.

—Ya estoy en tu vida.

—Así no. Quiero volver a ser tu amigo. Tu amigo íntimo. —Paseó la yema del pulgar con delicadeza sobre la curva de su mejilla—. Sé que te he hecho daño. Sé que ya no confías en mí. Pero, por favor, deja que intente compensártelo. Deja que te visite en Grosvenor Square.

Anne tembló bajo su caricia.

—No puedes.

—¿Por qué no? —Un espasmo de angustia le contrajo el rostro—. ¿Es porque no puedes perdonarme?

—Es porque... es demasiado tarde. —Las lágrimas le ardían en los ojos. Se negaba a dejarlas caer—. Nos vamos de Mayfair. Pensaba que ya te habrías

enterado.

La mano de Hartford resbaló por su mejilla hasta retirarla, dejándola fría.

—No me he enterado de nada. He estado encerrado con mis socios toda la semana; y con los malditos Neale, intentando arreglar los asuntos de Marcus. Ni siquiera he leído un periódico.

—Dudo que haya salido en los periódicos todavía, pero es cierto. Mi primo y su madre quieren que nos retiremos a la casa de la viuda en Cherry Hill.

Hartford frunció el ceño.

—Y un pimiento.

—Claro que no. Pero nos vamos de Mayfair. Mi madre ha alquilado una casa en Ludgate Hill.

—¿Ludgate Hill? —repitió incrédulo—. ¿Bromeas?

—Ojalá. Mi madre está convencida de que es una colina llena de energía sobrenatural. Mencionó algo sobre un templo romano que una vez existió en San Pablo. Ya ha alquilado una casa allí a uno de sus conocidos espiritistas.

—Dios mío —murmuró él.

—Ya casi hemos terminado de hacer las maletas. Solo nos queda poner en orden el asunto de las caballerizas y buscarle casa a *Eris*...

—¿Quién diantre es «Eris»?

—Mi gatita. La señora Blunt me la mandó desde Goldfinch Hall. —Se le quebró la voz—. Lo peor es que le tengo muchísimo cariño. Y ahora tengo que buscarle otro hogar en la ciudad; si no, tendré que devolverla al condado de York. —Se mordió el labio—. Supongo que no te lo plantearías...

—¿Darle un hogar a tu gata? —Hart esbozó una sonrisa irónica—. Supongo que se llama así por la diosa del caos.

—Sí —admitió Anne.

Hart soltó una breve carcajada

—¿Y por qué no? Supongo que es un comienzo.

Si Anne no hubiera estado sosteniendo las riendas, le habría echado los brazos al cuello en señal de gratitud.

—Gracias. No sabes lo que significa para mí, Hart.

—Hart, ¿eh? Mi acto de bondad egoísta ya está dando sus frutos.

—No bromees.

—No lo hago. —Su sonrisa se apagó un poco y la seriedad volvió a asomar a sus ojos—. Haría cualquier cosa por ti, querida. ¿Acaso no lo sabes ya?

A Anne le dio un vuelco el corazón.

—No lo sabía.

—Pues deja que te lo demuestre. ¿Puedo visitarte en Ludgate Hill?

La joven sintió resurgir su antigua reticencia. Eran dudas nacidas de una vieja herida. Un dolor que había alimentado durante años hasta convertirlo en una persistente amargura. No estaba del todo segura de poder superarlo.

Pero él le había dicho que la visitaría, no que la cortejaría. Fueran cuales fuesen sus sentimientos, no le ofrecía nada más que reanudar su amistad, por el momento.

—Está bien —dijo al fin—. Pero no será muy conveniente para ti. La carretera que sube la colina está muy congestionada incluso en las mejores horas. Pasarás una eternidad atrapado entre los ómnibus y los carritos de fruta.

A Hartford le brillaban los ojos con una determinación inquebrantable.

—Te he estado esperando casi siete años. ¿De verdad crees que me voy a dejar asustar por un poco de tráfico?

Capítulo 28

Hartford terminó de leer la carta que había recibido de William Webb con una gran satisfacción. El hombre no solo se mostraba dispuesto a ir a Escocia, sino que estaba deseando hacerlo. Si la expedición tenía éxito, sería un avance para él. La oportunidad de iniciar una nueva vida en una posición de mayor autoridad. Solo faltaba que Hart confirmara la decisión con sus socios de la compañía de crisoles.

Cuando consiguió encontrar un bolígrafo y papel entre el tremendo desorden del escritorio de su abuelo, se apresuró a escribir a Parfit, Goodbody y Acker, convocando una reunión para el día siguiente. Tras firmarlas y sellarlas, llamó a un lacayo para asegurarse de que se entregaban debidamente.

El sirviente apareció en tiempo récord.

—Lord March pregunta por usted, señor —anunció mientras recogía las cartas —. Está en el jardín.

—Por supuesto.

Salió de la biblioteca para ir en su busca.

A esa hora, el abuelo solía estar en el invernadero. La enorme estructura de cristal se alzaba al final de los jardines. La mayoría de las flores que lo rodeaban se marchitaban con la llegada del frío, pero el interior rebosaba de color.

Su abuelo salía por la parte trasera con el rostro iluminado por la emoción.

—¡Por fin ha sucedido! —exclamó—. ¡Ven a verlo!

Siguió a su abuelo por detrás del invernadero hasta el terreno parcialmente sombreado donde ambos habían trasplantado los lirios del Himalaya a principios de verano.

Las tres grandes plantas estaban dispuestas en línea, separadas por algunos metros. Eran enormes, tan formidables como raras. Las robustas espigas, adornadas con brillantes hojas de color verde oscuro, se alzaban varios metros del suelo, casi le llegaban a Hart a los hombros.

—Mira. —El abuelo señaló el lirio más cercano—. ¿Qué te parece?

De pronto vio una única flor con forma de trompeta. De un blanco cremoso, tenía una belleza exótica y sus pétalos se plegaban hacia atrás para revelar un vibrante corazón de color púrpura rojizo.

—Tenías razón al recomendar el cambio de tierra —admitió el abuelo—. Eso era todo cuanto necesitaba, ¿ves? No quería perfección ni refinamiento. Quería una tierra sana, sin alteraciones. La hemos estado mimando, ese era el problema. Ahora confío en que florecerá más.

Hart se inclinó para oler el lirio. Percibió una embriagadora fragancia a vainilla. Le recordó algo.

A alguien.

—Hemos tenido que esperar casi siete años —seguía diciendo el abuelo con orgullo—. Pero lo hemos logrado. Por fin la hemos visto florecer. —Miró a su nieto con gran expectación—. ¿Y bien? ¿No tienes nada que decir, muchacho?

—Solo una cosa. —Una sonrisa le iluminó el rostro—. Ya era hora, maldita sea.

❋❋❋

Esa misma tarde, Hart pasó por Grosvenor Square para recoger la gatita de Anne. La casa de los Arundell era un hervidero de actividad, las criadas corrían de un lado a otro, los lacayos bajaban baúles por las escaleras y había un montón de bolsas apiladas de cualquier forma en el recibidor.

Lady Arundell estaba ausente y Anne muy ocupada.

Se reunió con él en la sala de estar poco después de que llegara, tenía ojeras y varios mechones escapaban de su moño de trenzas doradas. Sostenía una caja de madera con mosquitera en los brazos. Dentro, una pequeña gatita negra se acurrucaba sobre lo que parecía ser uno de los chales de cachemira negros de su dueña.

—Está asustada —comentó mientras le entregaba la caja—. Debes tener paciencia con ella. Y no puedes dejarla salir de la casa hasta que conozca el lugar. Si no, se perderá en la ciudad.

Hart permaneció atento mientras ella lo aleccionaba sobre los gustos de la gatita. Era evidente que se había encariñado con la pequeña criatura. No hubo lágrimas ni despedidas prolongadas, pero conocía lo suficiente a Anne como para reconocer la tensión en su semblante.

—Puedes confiármela —le aseguró mientras agarraba la caja.

En realidad, hubiera querido decir: «Puedes confiar en mí».

Pero las promesas eran solo palabras. La única manera de demostrarle a Anne que podía confiar en él era demostrarle que era una persona digna de confianza.

—Nos vamos mañana —anunció Anne—. No tengo ni un minuto libre. Aún

queda mucho por hacer.

—No te entretendré.

Ella le dedicó una leve sonrisa antes de despedirse.

Hart llevó la caja hasta su calesín. La dejó en el asiento y luego, tras intercambiar unas palabras con el mozo de cuadra que había estado sujetando las yeguas, subió de un salto. Estaba tomando las riendas cuando un movimiento brusco le puso en alerta.

Se volvió para mirar. Desde el episodio en Battersea, era sensible a la menor amenaza. Pero al mirar al otro lado de la plaza, no vio ninguna banda de villanos con intención de apalearlo. Era solo un niño.

Un muchacho al que conocía.

Aguardaba inquieto, apoyado en una farola, con la gorra calada hasta la frente y su escuálido cuerpo medio oculto tras un árbol cercano. Era el locuaz joven de la casa de apuestas de Gabriel Royce.

En cuanto Hart lo vio, el muchacho salió disparado por el prado y desapareció de su vista a toda velocidad.

Hart sintió una creciente preocupación.

O bien el chico estaba allí por pura casualidad o Royce lo había enviado a seguirlo con algún propósito. Si era lo último, solo podía haber una razón.

Recordó cómo los ojos de Royce brillaron con aire calculador al enterarse de que Marcus podría ser un pariente bastardo del conde de March. Sin duda, aquel villano estaba interesado en averiguarlo. Una vez que supiera la verdad, podría usarla como quisiera para chantajearlo a él o a un miembro de su familia.

De inmediato pensó en Brookdale.

Un hombre en la posición de Royce se beneficiaría de tener a un miembro del Parlamento en deuda con él.

—¿Hartford? —Un caballero delgado y rubio se acercó en un gran caballo castrado castaño—. Me ha parecido que era usted.

—Arundell —lo saludó Hart.

Había conocido al nuevo conde hacía poco. Ambos eran miembros del mismo club en la calle San James. Un amigo de Hartford los había presentado de pasada. Se marchaba en ese momento y no había intercambiado más de tres palabras con él, pero con eso tuvo suficiente para hacerse una idea de su carácter.

—Qué buen par de potras tiene. —Arundell detuvo su caballo con torpeza junto al calesín. Miró a *Kestrel* y a *Damselfly* con profunda admiración—. ¿Las encontró en la feria de ganado? Es una lástima que no haya visto nada tan bueno

en mis visitas.

Hart pensó enseguida en Anne y en lo que le había contado durante su paseo por Hyde Park.

—Tengo entendido que últimamente ha visitado a menudo la feria de ganado.

—Tenía que hacerlo —repuso Arundell—. He puesto a la venta algunos caballos de mi propiedad. Pero no ha picado nadie. Habría sido mejor venderlos al matadero.

Hartford apretó los dientes.

—Podría interesarme.

Arundell soltó una carcajada.

—¿Esos caballos viejos? No creo que quiera ninguno de ellos.

—No. Los quiero todos.

❋❋❋

—No quiero despedidas con lágrimas —pidió Anne, mientras cruzaba con Evelyn y Stella el recibidor de mármol de la casa en Grosvenor Square por última vez.

El carruaje del señor Fielding esperaba a las dos amigas de Anne frente a la casa. El caballero seguía dentro con lady Arundell. Había considerado prudente dejar a su madre sola con él. Le parecía justo que tuviera la misma privacidad para despedirse que ella.

Y habían gozado de cierta privacidad gracias a la ausencia de Joshua y la señora Deveril de Grosvenor Square. El nuevo conde y su madre habían ido a la calle Bond a comprarse ropa nueva. No se esperaba su regreso hasta bien entrada la tarde. Para entonces, ellas ya se habrían ido.

Anne supuso que debería estar agradecida de que su primo no se hubiera quedado para asegurarse de que no se fugaran con la plata de la familia. Una pequeña concesión. Ya era bastante difícil despedirse sin un vigilante.

—Esto no es una despedida. —Evelyn la abrazó con fuerza en los escalones de piedra de la entrada. La falda de su vestido informal blanco se arrugó contra la austera seda negra de Anne.

—No, claro. —Stella también la abrazó y le dio un beso en la mejilla—. Nos veremos muy pronto.

—Sí, nos veremos —aseguró Evelyn—. Mi tío ha amenazado con visitaros a ambas en Ludgate Hill el próximo jueves.

—Apenas nos habremos instalado —dijo Anne—. Aunque a mi madre no le

importará. Estará encantada de recibir a tu tío cuando él quiera.

Stella se puso sus guantes de ante. Combinaban a la perfección con su sencillo vestido azul oscuro y su modesto cuello de batista almidonada.

—Se tienen mucho aprecio —observó—. Es imposible no preguntarse...

—Es cierto —convino Anne—. Pero no creo que a mamá se le haya pasado por la cabeza.

Evelyn sonrió.

—¿No crees que pueda albergar esa clase de sentimientos?

Por la calle pasó un carruaje, el traqueteo de los cascos del caballo resonaba por encima de los demás sonidos de la plaza, pues también se oían los gritos de un sirviente saludando a otro y los alegres chillidos de dos niños pequeños que paseaban por el prado en compañía de su niñera. El cielo estaba nublado y el clima era notablemente más fresco, pero aún no lo bastante como para mantener a la gente confinada en casa.

—Claro que sí —admitió Anne, bajando la voz—. Pero no en ese sentido. Ella sigue enamorada de mi padre.

—Una dama puede tener varios grandes amores en su vida —respondió Evelyn.

Stella hizo una mueca.

—Me consideraré afortunada si tengo solo uno.

Las tres bajaron las escaleras hacia la calle entre risas. Evelyn y Stella subieron al carruaje con la ayuda del lacayo del señor Fielding.

Anne se quedó de pie junto a la puerta abierta.

—No es que me vaya a mudar a Newcastle —les recordó—. Encontraremos la manera de vernos, lo prometo.

Detrás de ella, su madre y el señor Fielding salieron del vestíbulo enfrascados en una conversación.

—... para usted también —decía ella mientras bajaban las escaleras hacia la calle.

—Es usted demasiado buena —respondió el señor Fielding.

—Tonterías —respondió lady Arundell—. Siempre será bienvenido en mi casa, dondequiera que vaya. Y si los espíritus están tan bien dispuestos en esa zona como afirman la señora Frazil y la señora Blakely-Strange, ¿quién sabe si Ludgate Hill no nos beneficiará a ambos?

Se inclinó sobre su mano.

—Le deseo un buen viaje, mi señora.

Su madre permaneció junto a Anne mientras el caballero partía en su carruaje con Anne y Stella.

—Pobre hombre. Está angustiado porque me marcho de Mayfair. Cualquiera diría que me voy a la luna.

—Da la impresión de que así sea —comentó Anne—. Ludgate Hill parece un mundo completamente diferente.

—Rezo para que así sea, porque me he cansado de este. —En cuanto el carruaje desapareció de la plaza, se dispuso a volver dentro—. No te demores, hija. Aún queda mucho por hacer antes de irnos.

—Sí, mamá. —Se quedó atrás, plantada en el último escalón. Se resistía a volver a la casa.

Durante la última semana, se había convertido en un hotel inhóspito donde se alojaban sin haber pagado la cuenta. Una situación lamentable, sin duda.

Lo sentía profundamente.

Desde que volvió de su paseo en coche con Hartford la semana anterior, se había instalado en su pecho un dolor sordo y constante. Parecía tan atormentada por la idea de quedarse en Grosvenor Square como por la perspectiva de irse. El resultado fue una especie de purgatorio emocional.

No había ayudado que la madre de Joshua hubiera contratado a varios sirvientes nuevos, lo que provocó que una casa en la que antes se sentía cómoda le pareciera aún más extraña.

Horbury, la señora Griffiths y Hortense habían dimitido para quedarse con lady Arundell. También lo habían hecho la doncella de Anne, su mozo de cuadra personal y varias de las criadas y lacayos. Todos habían partido ya hacia Ludgate Hill para preparar la vivienda y montar el pequeño establo, donde solo iban a estar *Azafrán*, un par de caballos para tirar del carruaje y un viejo ejemplar de monta del que Joshua se hubiera desprendido de todas formas.

Quizá para cuando Anne y su madre llegaran aquella tarde, la modesta casita parecería un hogar. Rezaba para que así fuera.

Suspiró y se volvió hacia las escaleras.

—¿Lady Anne? —preguntó una voz empalagosa—. Vaya, cuánto ha cambiado desde la última vez que la vi en el parque.

Anne reprimió un gemido. ¡Dios mío! Lo que le faltaba.

Se armó de valor antes de darse media vuelta para saludar a lady Heatherton.

La vizcondesa llevaba un elegante vestido de tarde de seda violeta. Era vecina de la plaza; vivía a solo cuatro casas de la mansión Arundell. Era imposible evitarla.

Y justo eso era lo que Anne les había aconsejado a sus amigas hasta la fecha. No porque se sintiera intimidada por la mujer, sino porque debían tener en cuenta su

reputación. No quería provocar a lady Heatherton para que la atacara sin sentido.

Pero no le importaba mucho su reputación en ese momento.

Había soportado a la vizcondesa todos aquellos años porque no le quedaba más remedio. Porque lady Heatherton era una mujer de rango y fortuna. Pero, a pesar de todo, era una vil serpiente. Una mujer rencorosa que a menudo se divertía clavándoles los colmillos sus amigas y a ella.

En un principio le había parecido solo una crueldad insignificante, pero después del comportamiento con Evelyn y el señor Malik en los Jardines Cremorne y luego con Stella en el parque, se inclinó a pensar que era algo peor.

—¿Ha estado enferma? —preguntó lady Heatherton con el mismo tono meloso de falsa preocupación—. Se la ve muy pálida y enfermiza.

—A mí no me lo parece —respondió Anne.

—Los ojos no me engañan —insistió—. Está muy alterada, pobrecilla.

La demacrada doncella de la vizcondesa rondaba tras ella mostrando un gran interés en la conversación de su señora. Anne no dudó de que lo dicho allí se comentaría en la sala de servicio esa noche. Al día siguiente, probablemente correría la voz por todo Mayfair.

No tenía intención de salir perdiendo en la batalla.

—Debería plantearse ir a ver al oculista —sugirió—. Me han dicho que la edad afecta a la vista.

El comentario borró la sonrisa burlona de la dama.

—No tengo ningún problema de vista. Cualquiera puede ver que se va usted de Grosvenor Square. Tengo entendido que se marcha de Mayfair.

—Así es.

—¿Y no volverá jamás? —Un destello de acritud iluminó el rostro de la vizcondesa—. Qué lástima. Y usted, una soltera de edad avanzada, ¿cómo seguirá integrándose en la sociedad desde tan lejos? No le resultará muy conveniente viajar hasta aquí desde... ¿dónde me dijo mi doncella? ¿Ludgate Hill? ¿Entre los traperos y los vendedores de telas? —Estalló en una carcajada

—Me alegra saber que nos echará de menos —repuso Anne con aspereza.

—Oh, no lo haré. Se lo aseguro. —La mujer dejó de reír—. Usted y su madre han ejercido una influencia dominante sobre el resto de nosotras durante demasiado tiempo para mi gusto. Lo único que podría darme más placer que verla partir sería que se llevara a sus repugnantes amiguitas intelectuales con usted.

—Me sorprende que haya algo capaz de complacerla —contraatacó Anne.

A la vizcondesa se le volvió a borrar la sonrisa.

—¿Qué ha dicho?

Anne se encogió de hombros con indiferencia.

—Solo que es usted una mujer infeliz. Y no hay nada más tedioso que una persona infeliz que descarga su amargura sobre todos los que la rodean. Sinceramente, se ha vuelto aburrida. Le aconsejo que busque un pasatiempo.

—¡Mira la mosquita muerta...!

Lady Heatherton, furiosa, dio un paso hacia ella.

Anne se mantuvo firme.

—Guarde sus garras, señora —advirtió—, no sea que sienta la tentación de enseñarle las mías.

Ardía de rabia.

—¿Está usted...? ¿Es una amenaza? —Dio un paso más—. Ya no tiene posición. No tiene cabida en la sociedad. Su situación ha cambiado para siempre. Y tiene la audacia de... ¿Quién se cree que es?

La joven se irguió, con la espalda rígida como una barra de hierro.

—Soy lady Anne Deveril, hija del conde y la condesa de Arundell. Y viva donde viva, eso nunca cambiará.

Dicho esto, le dio la espalda y, con la cabeza bien alta, regresó a la casa.

Su madre estaba en el recibidor, ordenándole a una de las criadas dónde colocar una pila de sombrereras.

—¿Quién era esa que estaba ahí fuera? —preguntó.

—Lady Heatherton. —Anne se alisó la falda—. Me temo que he tenido que aclararle unas cuantas cosas.

—¿De verdad? —preguntó su madre, distraída por un momento—. Confío en que no hayas sido demasiado brusca.

—Te aseguro que no —respondió con desenfado mientras subía las escaleras hacia su dormitorio—. Apenas la he tocado.

Capítulo 29

Del vestidor de Hartford surgió un gañido ahogado. Un momento después, *Eris* salía con paso decidido y las patas rígidas. Su pelaje negro estaba tan erizado que parecía el doble de grande. Bishop salió justo detrás de ella curándose un arañazo ensangrentado de la mano.

Hart se quedó quieto mientras se anudaba el pañuelo del cuello.

—Creí haberte dicho que no la tomaras en brazos.

—Se estaba afilando las garras en su nueva levita, señor —se justificó su ayuda de cámara, ofendido—. Solo quería apartarla.

—No quiere que la aparten contra su voluntad. No puedes tocarla a menos que ella lo permita.

Bishop miró fijamente a la gatita mientras se enroscaba en las piernas de su nuevo dueño.

—¿Cómo voy a saber cuándo lo permite?

Hart se dio un golpecito en el pecho con el dedo. En respuesta, *Eris* saltó sobre su pantalón. Con la agilidad de una pantera en miniatura, trepó por sus ropas hasta posarse en el hombro, desde donde le dio un golpecito con la cabeza en la mejilla.

—Ya lo sabrás —aseguró.

Se enorgullecía del progreso en el trato con la temperamental gatita. Solo había necesitado unos cuantos platos de leche tibia, unas palabras dulces y poner una bolsa de agua caliente bajo la colcha.

Casi una semana después, *Eris* dormía en la cama de Hart cada noche, lo recibía con un ronroneo áspero cada mañana y se acomodaba con frecuencia en su hombro.

Estaba convencido de que la gatita era mitad loro.

—¿Lady Anne vendrá a buscarla pronto? —preguntó Bishop esperanzado.

Hart se quitó a *Eris* del hombro y la dejó con delicadeza sobre la cama. Enseguida se acurrucó en el chal negro de cachemira de Anne, una prenda que ocupaba un espacio permanente junto a la almohada.

—No lo creo. —Tomó su abrigo—. Pero no desesperes. Con el tiempo te aceptará.

El sirviente lo miró con recelo.

—Si usted lo dice, señor...

Hartford se puso el abrigo y salió de la habitación. Se dirigió al salón, donde su familia se había reunido para tomar un aperitivo antes de comer.

La tía Esther ocupaba una silla tapizada junto al abuelo y saboreaba una copa de jerez. Mariah estaba sentada a cierta distancia, con los brazos cruzados y un puchero infantil en los labios.

Brookdale aguardaba de pie frente a la ornamentada repisa de mármol. Hablaba de política, como siempre. Comentaba algo relacionado con el advenedizo oponente liberal al que había derrotado en las recientes elecciones municipales en Hampshire.

Se detuvo a media frase cuando Hart entró y frunció el ceño en un rápido gesto de desaprobación.

—Félix —dijo—. Esos moretones son una vergüenza.

—¿En serio? —Se inclinó para saludar a su tía con un beso en la mejilla—. Y yo que pensaba que me daban cierto encanto...

—No le hagas caso —dijo Esther—. Las heridas se están curando. Pero... si pudieras lograr que los moretones desaparecieran un poco más rápido...

—Mi cuerpo hace todo lo que puede, señora.

—Siéntate, hijo mío —le pidió el abuelo—. A ver si puedes animar a tu prima. —Señaló el sofá antes de retomar su conversación con Brookdale—. Cobb no es precisamente un caballero, eso es evidente.

—Si lo fuera, habría aceptado su derrota con elegancia —opinó Brookdale—. En cambio, está buscando el mínimo indicio de algo inapropiado en mi pasado. Quiere desacreditar mi autoridad moral como sea.

El abuelo soltó una risita desdeñosa.

—Se va a llevar un buen chasco. En nuestro árbol genealógico se pueden encontrar ocasionales brotes de excentricidad, pero me alegra decir que la inmoralidad nunca ha arraigado entre los Hartford.

—En efecto. —El vizconde tomó un trago de jerez—. Le he dicho que busque todo lo que quiera. Mi conducta, tanto en la vida pública como en la privada, es irreprochable. No puede descubrir nada que pueda perjudicarme.

Hart se mantuvo al margen de la conversación.

No le gustaba pensar en la carrera política de su tío cuando había una amenaza inminente en el horizonte.

El muchacho de Royce había vuelto a aparecer recientemente. Merodeaba por

Rotten Row hacía dos días, adonde él había ido con sus yeguas. Ya no podía seguir pensando que se trataba de una coincidencia. No podía serlo cuando lo había visto dos veces en aquellas semanas.

Royce tenía que haber enviado al muchacho.

Pero hasta que ese tipo hiciera su siguiente movimiento, tendría que limitarse a observar, esperar y mantener la calma.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Ya se estaba esforzando al máximo para atender las necesidades del condado, sus negocios y su corazón. Si a eso le sumaba la carrera política de Brookdale y el futuro incierto de la familia Neale, eran demasiadas pelotas que mantener en el aire.

Nadie podía hacer malabarismos indefinidamente. Ni siquiera él.

Se sentó junto a su prima.

—¿De verdad tuviste un accidente de carruaje? —le preguntó esta con evidente recelo.

—Da la impresión de que no te lo crees.

—Y no me lo creo —confirmó ella—. Jamás estrellarías tu calesín.

—Aprecio tu confianza en mi pericia. Pero no era mi calesín. Era un carruaje destartalado en el que tuve la desgracia de viajar durante un breve trayecto a través del río.

—Parece que te hayan dado una paliza.

Hart sonrió.

—¿De verdad? ¡Qué vida tan emocionante crees que llevo!

—Cualquier vida es más emocionante que la mía —afirmó con petulancia—. Estoy prisionera en la calle Mount.

—¿De qué se te acusa?

—No lo entenderías. Y de todas formas no te lo diría después de cómo me trataste en el baile de los Ramsey.

—¿Porque no te llevé al parque Richmond? —Le dedicó una mirada escrutadora—. No me digas que intentaste ir sola.

—¿Cómo iba a hacerlo? Mi criada se negó a acompañarme, y el ómnibus estaba tan lleno y sucio...

—¿De verdad subiste a un ómnibus? —Hart se sorprendió. No le había supuesto el valor necesario.

—No subí exactamente.

—Ah.

—Pero lo esperé y vi cómo estaba cuando llegó. ¿Qué otra cosa podía hacer sino

volver directamente a la calle Mount? Fue horrible. Tuve que hacer a pie todo el camino. ¡Y encima con mis botas verdes recién estrenadas! Rocé el cuero y me rompí el dobladillo de las enaguas nuevas.

A Hart no le conmovió el sufrimiento indumentario de su prima.

—Considéralo un justo castigo por tu falta de juicio —espetó. Odiaba pensar qué otros planes descabellados podría estar tramando su joven e impresionable mente—. Confío en que tu marinero se haya dado por vencido.

Mariah se sonrojó.

—Ya te dije que no es marinero. Y no te diré ni una palabra más de él si insistes en burlarte.

—¿Te ha invitado a verlo en otro lugar?

—¿Te ha invitado lady Anne a verla? —replicó ella, con un destello de entusiasmo.

Hart entornó los ojos.

—Dejemos a lady Anne al margen de esto.

—¿Qué pasa con lady Anne? —preguntó Brookdale.

—¿Lady Anne? —repitió el abuelo—. ¿Va a venir con nosotros a Hampshire para las fiestas?

El vizconde estaba horrorizado.

—¿La has invitado a Sutton Park?

—Lady Grantley me ha dicho que vieron a lady Anne conduciendo tu calesín por el parque la semana pasada —comentó la tía Esther—. Le dije que no podía ser, que mi sobrino ni siquiera deja que su mozo de cuadra conduzca sus caballos. Pero ella insistió en que era cierto.

—Y lo es —confirmó Mariah—. La señorita Dodson me contó lo mismo. Dijo que lady Anne conducía a toda velocidad y que Hart la llevaba agarrada por la cintura.

Brookdale se puso furioso.

—¿Qué?

Hart reprimió un suspiro de resignación. ¿Por qué todas las reuniones familiares parecían convertirse en un referéndum sobre su vida personal?

Se levantó del sofá, se dirigió a la mesa de bebidas y se sirvió un buen vaso de jerez.

—Yo no me creería todos los chismes que se oyen por ahí —dijo.

—¿Hay algo de cierto en ello? —preguntó el abuelo.

—Algo —reconoció—. Dejé que lady Anne condujera mi calesín.

Se hizo el silencio. Cuando Hart se dio la vuelta con el vaso en la mano se encontró con los rostros atónitos de su familia.

Fue la tía Esther quien rompió el silencio al fin.

—Lady Arundell y su hija se han ido de Grosvenor Square. No había rastro de ellas cuando visité al conde y a su madre ayer. Él fue muy atento con Mariah, ¿verdad, querida?

—Sí, mamá. Dijo cuánto lamentaba haberse perdido mi debut. Pero prometió organizar un baile la próxima temporada, y me dejará elegir el día.

La tía Esther sonrió radiante.

—¿No fue muy cortés por su parte?

—Mucho —reconoció Brookdale—. ¿Pero qué hay de este asunto entre Félix y la muchacha de luto de los Deveril?

El abuelo miró a Hart pensativo.

—¿Qué significa todo esto, hijo?

—Solo que hemos retomado nuestra amistad —repuso con una sonrisa. No se lo creía ni él—. Mañana iré a visitarla a Ludgate Hill.

Y si ella quería volver a tomar las riendas, pensaba permitírselo.

Capítulo 30

—Si tanto te preocupa su bienestar —dijo lady Arundell levantando la vista de la carta que estaba escribiendo—, podrías considerar enviarlo a Cherry Hill.

Anne estaba de pie en la puerta del diminuto salón, despeinada y con el vestido arrugado. Venía del pequeño establo de detrás de la casa, donde había pasado la última hora tratando de acomodar a *Azafrán* en vano.

A pesar del deseo de Joshua de quedárselo, a Anne no le había costado demostrar que el gran semental dorado le pertenecía a ella. Tenía los documentos necesarios. Su padre había insistido en que *Azafrán* estuviera registrado a su nombre. Según él, el vínculo entre caballo y jinete era sagrado. Dondequiera que la vida llevase a Anne, el animal debía ir con ella.

Aunque su padre nunca podría haber imaginado que ella y *Azafrán* acabarían viviendo en Ludgate Hill.

El semental había estado inusualmente malhumorado desde que llegaron, sin duda debido al reducido tamaño de su establo y al constante ruido de la calle.

Allí era infeliz.

Igual que Anne en ese momento.

—Cherry Hill ya no es nuestro hogar —le recordó a su madre.

Lady Arundell retomó la escritura.

—No. Tienes razón, claro. —Garabateaba afanosamente con la pluma sobre el papel.

—¿¡Mamá!?

Su madre volvió a levantar la vista sin prestar atención.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Te quejas por ese semental? Ya te lo he dicho, si quieres quedártelo, tendrá que acostumbrarse a este sitio. Como todos los demás.

—¿Durante cuánto tiempo? —Era la misma pregunta que le había hecho el día antes y el anterior.

La casa de Ludgate Hill era mucho más pequeña que la de Grosvenor Square. No solo tenían que acostumbrarse a la falta de espacio, sino a las corrientes de aire que se colaban por las chimeneas, a la mala disposición de las habitaciones y a las escaleras estrechísimas que subían y subían hasta los inestables pisos superiores.

El anterior inquilino había sido comerciante. Un hombre de gusto vulgar, a juzgar por los complementos estridentes y los papeles mal elegidos.

Su madre dejó la pluma.

—¿No tienes nada más que hacer que fastidiarme? Empieza a dolerme la cabeza —protestó lady Arundell.

Las últimas tres noches, su madre había recurrido al láudano para conciliar el sueño. Anne lo sabía porque había sido ella quien se lo había administrado. Era eso o dejar el frasco en manos de la doncella.

Pero era demasiado peligroso.

Lady Arundell nunca había tomado una dosis alta, ni siquiera en sus peores momentos. Pero Anne siempre había temido que pudiera hacerlo, aunque fuera por accidente.

Por eso insistía en administrarle ella misma la medicina. Eso era mejor que arriesgarse a perderla para siempre.

—No soy yo quien te provoca migraña —se defendió—. Es este alboroto. El ruido de la calle es incesante.

—El ruido no me molesta.

—Eso no fue lo que dijiste cuando visitamos a la señora Frazil por primera vez. Dijiste que había tanta actividad en Ludgate Hill que nadie podía oír ni sus propios pensamientos.

—Hay veces que eso es una bendición.

Anne entró en la estancia. No soportaba pensar que le estaba dando más preocupaciones a su madre. Pero no era solo lady Arundell la que estaba sufriendo las consecuencias de la mudanza. Ella debía defender a su caballo, a los sirvientes y a sí misma.

—La señora Griffiths me dijo que oyó hablar de una casa en alquiler en la calle Green. ¿Quizá después de pasar aquí una temporada, podríamos mudarnos allí?

—¿Quieres volver a Mayfair? ¿Con el rabo entre las piernas? De eso nada. Ninguna de las dos sería feliz viviendo a la sombra de nuestra antigua vida ahora que tu primo se ha adueñado de ella. —La dama se masajeó la sien—. No, no. He tomado una decisión y la mantengo. He firmado un contrato de arrendamiento de seis meses. Nos quedaremos ese tiempo para empezar. Nos vendrá bien. Te darás cuenta cuando tú y tu caballo os hayáis habituado.

Anne no podía rebatir del todo la lógica de esa decisión. Era cierto: si se hubieran quedado en Mayfair, habrían sufrido muchas humillaciones, expulsadas de su hogar y obligadas a presenciar cómo Joshua escalaba posiciones sociales

mientras ellas se veían obligadas a vivir al margen. No habría sido cómodo. De hecho, habría resultado muy degradante.

Aun así, no podía aceptar que tuvieran que hacer un cambio de residencia tan drástico. Podrían haberse ido a Bloomsbury. O a Hans Town. Cualquiera de los dos destinos habría sido más adecuado que Ludgate Hill.

—¿Y dentro de seis meses? —preguntó.

—Estoy pensando en visitar Grecia o Italia. Podríamos convencer a Fielding para que nos acompañe.

Anne dejó caer los hombros. Esperaba una respuesta diferente.

—El señor Fielding es muy amable.

—Es un buen amigo. —Su madre tomó la pluma—. ¿Eso es todo?

No era todo, pero no tenía sentido seguir presionando en ese momento.

—Podría dar un paseo por la colina —dijo.

—Ve, por supuesto, pero llévate a Jeanette. —Lady Arundell volvió a escribir—. No quiero que andes por ahí sin compañía.

—Sí, mamá. —Salió del salón y subió a su dormitorio a buscar el sombrero y los guantes—. Voy a dar un paseo —le comunicó a su doncella.

Jeanette corrió a buscar su sombrero. Se lo caló bien y la siguió escaleras abajo con la misma cara larga que cuando se marcharon de Grosvenor Square.

Horbury les abrió la puerta principal, que dejó entrar el alboroto de la transitada calle.

Al salir, Anne tuvo la sensación de que la envolvía un abrazo poderoso. Pero no era el ruido lo que la rodeaba. En realidad, el ruido era solo una consecuencia.

Era energía. Un vigor contagioso que le subía el ánimo como un maremoto y la impulsaba con su oleaje.

Ya lo había sentido antes. Era el latido de Londres. Lo había percibido de compras por Ludgate Hill o al visitar las concurridas oficinas del *London Courant* en la calle Fleet. Era la energía de cualquier gran ciudad rebosante de negocios e industria. Pero en esta ocasión no estaba de paso para hacer un recado. Esta vez formaba parte de ella.

—No es seguro pasear por aquí —se quejó Jeanette, mientras se aventuraban por la calle—. Nos aplastará un carruaje.

—¿Por la acera? No creo.

Ludgate Hill podía ser una zona muy concurrida, pero no era incivilizada. A decir verdad, una vez que una se acostumbraba a las multitudes de peatones y al tráfico de la calle, la disposición de las tiendas resultaba bastante oportuna.

Anne pasó junto a una relojería, una joyería y los escaparates pintados de un estanco. Era otro día nublado de finales de agosto y la amenaza de lluvia oscurecía el cielo.

El tiempo no afectaba al trasiego de la calle.

Damas y caballeros de todo tipo pasaban junto a ella. Hombres de negocios con trajes de tres piezas, damas con vestidos de moda y mujeres y niños con harapos humildes. Los vendedores de fruta gritaban desde detrás de sus carritos y los cocheros vociferaban a los vehículos que les bloqueaban el paso.

Había una pastelería y confitería en la esquina. Un letrero en el escaparate anunciaba que era proveedora de pasteles para su majestad. Debería haber seguido adelante, pero el olor de los pasteles la atraía como un canto de sirena.

Por echar un vistazo no pasaba nada.

Accedió por la entrada principal, que se abría a otras dependencias en la parte trasera: un comedor y un concurrido salón de té donde varias personas disfrutaban de un refrigerio.

Un empleado se apresuró a atenderla. La condujo a un mostrador de madera pulida donde se ofrecía una selección de pastelitos, mazapanes con formas artísticas y una colorida variedad de *macarons* franceses.

Se compró un *macaron* rosa. Inhaló su fragancia antes de salir de la tienda y se deleitó luego con el sabor del azúcar, almendras y agua de rosas. Pensó que iba a desmayarse de placer.

Después se topó con una papelería. Repleta de pliegos de todas clases, libros de contabilidad encuadernados en cuero y tarjetas de hermosos colores, olía casi tan bien como la pastelería. Una vitrina en la entrada mostraba plumas de ave, cortaplumas grabados y sellos de plata.

Tras examinar los artículos, eligió un paquete de obleas, un frasco de tinta china azul y una punta de plata para su pluma. El dueño de la tienda, un hombre menudo con un bigote muy encerado, empaquetó y envolvió sus compras con el mismo cuidado que cualquier tendero de la calle Bond.

Luego pasó por una sombrerería con un elegante sombrerito en el escaparate. Estaba adornado con estrechas bandas de seda rojo cereza y flores de terciopelo también rojo.

Se vio luciéndolo con un nuevo y colorido vestido.

Rojo, había dicho Hartford. Ese era el tono que él quería para ella.

Aún no estaba lista para ponerse un vestido rojo. Le parecía un pecado solo pensar en probarse aquel sombrero con el riguroso vestido negro.

Decidió hacerlo de inmediato.

Al entrar al local, la recibió una joven dependienta de reluciente cabello oscuro recogido bajo un gorrito con volantes. Tenía un ligero acento *cockney*.

—¿Puedo ayudarla, señora?

—Me gustaría probarme el sombrero del escaparate.

La muchacha la complació de inmediato. Tomó el sombrero y la acompañó hasta un taburete bajo y acolchado, frente a una pequeña mesa cubierta con una gasa, al fondo de la tienda. Sobre la superficie reposaba un espejo con el marco dorado.

Anne se sentó y se quitó su apagado sombrero negro. La dependienta colocó el nuevo en su lugar, inclinándolo hacia atrás, como se estilaba. Con maña, le hizo un lazo en la barbilla con las anchas cintas de color rojo cereza.

Apenas reconocía su reflejo. Había vestido de negro durante tanto tiempo que había olvidado cómo era verse en color. El rojo le iluminaba el semblante, dándole resplandor a su tez y un brillo cautivador a sus ojos. Estaba radiante.

—¿Le gusta, señora?

—Mucho. ¿Lo ha diseñado usted?

La muchacha se ruborizó.

—Oh, no —respondió—. La tienda no es mía. Soy la ayudante de la señora Crackenthorpe. Me está enseñando el oficio.

—¿Qué te parece, Jeanette? —preguntó Anne a su doncella.

—Es muy favorecedor, milady.

—Me lo quedo —decidió.

La dependienta, que seguía ruborizada por el cumplido, hizo una reverencia nerviosa.

—Sí, milady.

Salió de la tienda y caminó colina abajo con la sombrerera y su creciente pila de compras. La ciudad se extendía a sus pies en todo su caótico esplendor y la cúpula de San Pablo se alzaba majestuosa tras ella.

Una extraña euforia se apoderó de su corazón. Era solo un sombrero, pero sumado a los efectos del azúcar y la energía de la calle, le pareció un símbolo de pura rebeldía.

¡Santo cielo, estaba harta de estar confinada! Quería vivir la vida, una vida real, con toda su intensidad y bullicio. Aunque al principio le resultara inhóspita. Aunque la hiciera sentir desubicada, ajena del mundo que la rodeaba.

A pesar de toda la tristeza e incertidumbre, la vida en ese momento parecía

merecer la pena.

—Lady Anne —una voz grave y conocida la llamó desde la calle.

Se detuvo sorprendida. Su corazón, ya de por sí acelerado, dio un vuelco desconcertante cuando Hartford detuvo su calesín junto a ella. Vestía pantalones a cuadros y un abrigo oscuro de lana, con su alto sombrero de pelo de castor inclinado con estilo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Vengo a verte. ¿O ya has olvidado nuestra conversación en Hyde Park?

A Anne se le encendieron las mejillas. Era muy consciente de que Jeanette los estaba oyendo.

—No la he olvidado.

A sus espaldas, el conductor de una carreta le pidió a Hartford a gritos que dejara de bloquear la carretera.

Él no se dio por aludido. Estaba completamente absorto mirando a Anne.

—¿Te gustaría subir?

No lo dudó.

—La verdad es que sí.

Hart le ofreció la mano enguantada y ella la tomó.

Jeanette los miró boquiabierta.

—¿Mi señora...?

—¿Puedes llevar las compras a casa? —le pidió mientras subía al carruaje—. Dile a mi madre que he ido a dar un paseo con el señor Hartford. Volveré pronto.

—Sí, mi señora.

Él miró un segundo a Anne y azuzó a las yeguas para que iniciaran la marcha.

—Supongo que prefieres que no pase por casa.

—Hoy no. Todavía no quiero irme.

❋❋❋

Hart se internó entre el tráfico. Había planeado comenzar su campaña por el corazón de Anne con todo el respeto y la formalidad posible. Empezaría con una visita a su casa, con elogios incluidos para su madre.

Pero al parecer Anne tenía otros planes.

A él no le importaba. Prefería estar a solas con ella. Y allí, al menos, en una calle concurrida, lejos de su zona de paso habitual, había menos posibilidades de ser acosado por el chico de Royce.

—¿Adónde te gustaría ir? —preguntó.

—A cualquier parte —dijo ella—. Tú decides.

—¿A Lady Arundell no le importará que estés por aquí sin carabina?

Por primera vez, Anne no se irritó al oírlo mencionar a su madre. Se la veía inusualmente alegre y despreocupada, cosa poco habitual en ella.

—Es un carruaje abierto —respondió—. Mi reputación está a salvo contigo.

Podría haber dicho que estaba a salvo con él.

Hart sintió que se le hinchaba el pecho.

—Estupendo —dijo.

Con un chasquido de ánimo y un golpecito de las riendas, animó a sus yeguas a subir la colina. *Kestrel* y *Damselfly* echaron a trotar, sacudieron la cabeza al ver un caballo de tiro que se acercó demasiado y agacharon las orejas al cruzarse con un castrado impertinente que tiraba de un carruaje de dos ruedas. Las mismas cualidades que las convertían en un par de yeguas rapidísimas también las hacían sensibles a la mínima incursión en su supuesto territorio.

Las nubes oscuras del cielo se cernían sobre ellos y el aire estaba cargado con el aroma de la lluvia inminente.

Hart confió en que no cambiara el tiempo.

—¿Qué tal la vida en Ludgate Hill? —preguntó, mientras guiaba a las yeguas para que adelantaran a un carro lento.

—Es muy diferente —reconoció ella.

—¿Y eso es malo?

—No todo. A decir verdad, estoy empezando a ver las ventajas de vivir en aquí. Pero...

—¿Pero...?

—La casa es muy pequeña. Los sirvientes se quejan. *Azafrán* no acaba de estar cómodo. Y... —dudó antes de admitir—: no sé si la elección ha sido tan beneficiosa para el ánimo de mi madre como ella esperaba.

—Lo siento mucho —repuso—. ¿Ha estado...?

¿Enferma? ¿Triste? ¿Melancólica?

No supo cómo definir lo que fuera que aquejaba a lady Arundell. En realidad, aún le costaba acostumbrarse a la idea de que esa mujer no fuera invencible.

—No puede dormir —aclaró Anne—. Y su espíritu familiar la ha abandonado.

Hart no consiguió reprimir una risita.

—¡Qué desgracia!

—No te rías. Dimitri siempre ha sido un gran consuelo para ella.

La miró con recelo.

—¿Crees que existió?

—Claro que no. Pero pensar en él la ha ayudado a superar muchos momentos difíciles. Era una especie de confidente. Alguien con quien podía desahogarse.

—¿Y nunca se ha planteado escribir un diario?

—No lo sé. Nunca se lo he preguntado. Debería haberlo hecho. —Negó con la cabeza como para deshacerse de pensamientos indeseados—. No quería hablar de nada de esto. ¡No sé por qué lo he hecho!

—Será la costumbre.

Debía de costarle cambiarla. Desde la muerte de su padre, Anne había vivido consumida por las necesidades de lady Arundell.

Él la entendía perfectamente. En especial desde que había caído entre sus brazos hecha un mar de lágrimas cuando la visitó aquel día en Grosvenor Square.

Continuaron subiendo la colina, las yeguas avanzaban despacio, pero sin parar. La falda de Anne se arremolinaba contra su pierna y el brazo de la joven, enfundado en seda, rozaba el suyo mientras él manejaba las riendas. Ella no se inmutó ante el contacto. Todo lo contrario. Parecía completamente relajada a su lado.

—¿Cómo está *Eris*? —le preguntó—. ¿Se está aclimatando bien?

—Se siente como en casa —aseguró Hart—. Tanto dentro como fuera. —Esquivó con habilidad a un peatón que cruzaba la calle transitada—. Cuando no está destrozando mis levitas o aterrorizando a mi ayuda de cámara, le gusta visitar el jardín de mi abuelo. El invernadero tiene un encanto especial para ella.

—¡Oh, no! —exclamó Anne, con una risa culpable—. Lord March debe de estar furioso.

Hart sonrió al recordar a su horrorizado abuelo tras encontrar a la gatita usando sus parterres como retrete.

—No te preocupes. Confío en que ese diablillo se redimirá. Bajo esa actitud desafiante esconde un carácter muy dulce.

—Es verdad —admitió ella—. Mejora muchísimo cuando uno llega a conocerla. Si perseveras en el trato, verás que tengo razón.

—Ya lo sé. Se lo dije a mi abuelo: las mujeres difíciles siempre son las que más vale la pena conquistar.

Anne lo miró con picardía.

—Y supongo que tú tienes mucha experiencia con mujeres difíciles, ¿eh?

—Alguna —reconoció con tono resignado.

—¿Y al final te acaban gustando todas?
Hart reprimió una sonrisa.
—Vuelve a preguntármelo después de nuestro paseo.

Capítulo 31

Apenas habían avanzado un poco cuando las nubes estallaron y su paseo se vio interrumpido por un repentino aguacero.

Hart se vio obligado a improvisar.

La llevó a San Pablo. Una vez allí, dejó los caballos en un establo de alquiler próximo y entraron en el amplio y frío templo.

No era el lugar más romántico para comenzar un cortejo, pero a ella no parecía importarle.

Siguieron a cierta distancia a un clérigo parlanchín que guiaba a unos feligreses y Anne se detuvo a examinar las tallas de los majestuosos muros de la iglesia. Con su vestido de seda negra y su sombrero negro sin brillo, podía pasar fácilmente por la hermosa joven viuda de algún pobre hombre.

—Solo he estado aquí una vez —confesó en voz baja—. No he vuelto desde que era niña.

—¿No? —Hart la siguió con las manos en los bolsillos.

La entrada a San Pablo era gratuita, excepto a la biblioteca, la cripta y la galería de los susurros. Entre los servicios diarios, la iglesia se llenaba de visitantes que iban a admirar las pinturas, las esculturas y la serena belleza de la cúpula.

No era exactamente un lugar íntimo, pero proporcionaba algo de la privacidad que se puede encontrar en una sala abarrotada de turistas, cada uno dedicado a explorar alguna maravilla arquitectónica. Apenas advertían la presencia de Hart y Anne.

Ella lo miró.

—¿Te sorprende?

—¿Después de tanto tiempo viviendo en Londres? Sí. Siempre parecías estar yendo de un lado a otro. Cada vez que me encontraba contigo, parecías tener el mundo a tus pies.

—Un mundo diminuto —puntualizó ella—. Se extendía solo hasta los límites de Mayfair.

—De vez en cuando te aventurabas a entrar en Londres.

—Sí. Visitas a la escuela benéfica de mi madre en Wimbledon. Pícnics en el parque Richmond. Excursiones para dibujar alguna ruina romana. Siempre en

compañía de una buena carabina y rodeada de personas elegantes. —Se detuvo frente a una estatua de sir Joshua Reynolds—. Nada muy atrevido, ¿verdad?

Hart no entendía su extraño humor.

—Se supone que las damas de tu posición no deben ser atrevidas.

—Entiendo que eso está reservado para las mujeres pobres y las que no ostentan títulos honoríficos.

—Tienen menos que perder, sin duda.

—Al contrario, pueden perderlo todo. Mientras que yo... —Hizo una pausa—. Parece que yo no haya corrido ningún peligro. No como la señorita Maltravers. O como la señora Blunt.

—Ah —repuso Hart acercándose a ella—. Estás hablando de peligros románticos.

—Cualquier peligro. De todas mis amigas, yo soy la que goza de mejor posición para poder hacer cambios en mi vida; para modificar el mundo que me rodea. Y no he hecho nada en absoluto. He estado atrapada aquí. —Frunció el ceño—. Podrían haberme enterrado junto a mi padre.

Hart resopló.

—Qué tontería.

—¿De verdad? Tú mismo me acusaste de eso durante el viaje al condado de York.

—No hablaba en serio. Intentaba sacarte de quicio.

En parte era cierto. Sus palabras habían estado tan teñidas de amargura como de honestidad. Quería despertarla y hacerle ver su situación, que comprendiera todo a lo que había renunciado para permanecer con su madre en un perpetuo estado de luto autoimpuesto.

—Un poco en serio sí que lo dijiste —insistió Anne, retomando el paseo.

Él la siguió.

—¿Y qué hay de lo de cumplir con tu deber?

—Sigo creyendo que debo cumplir con mi deber. Siempre lo haré. Pero hay momentos en que...

—¿Qué? —la animó con delicadeza.

Anne respiró hondo y se le hinchó el pecho.

—A veces lamento la falta de independencia. De vez en cuando me gustaría tomar decisiones por mí misma. Elegir cómo y dónde alojo a mi caballo. Decidir dónde viviré y cómo organizaré mi día. Quiero...

—Quieres control —resumió él.

—Sí, supongo que es eso. —Lo miró con tristeza—. Cuando supe que Joshua estaba vendiendo los caballos viejos en Cherry Hill, me ofrecí a comprarlos. Pero, como él mismo señaló con tanta amabilidad, no tengo dónde guardarlos. Mi madre y yo no tenemos espacio en nuestro establo, y el gasto de tenerlos en otro lugar de Londres sería impensable ahora mismo. —Suspiró—. En cualquier caso, no importa. Era demasiado tarde para salvarlos. Ya los ha vendido todos. Hasta el último.

—Ya lo sé. Los compré yo.

Anne lo miró a los ojos.

—¿Tú? —Se paró en seco—. Pero... ¿por qué?

Él también se detuvo.

—¿Por qué crees?

Un rubor le trepó por el cuello. Fue la única señal de que sus palabras la habían puesto nerviosa. Tras unos tensos segundos, Anne reanudó la marcha. Hart la seguía de cerca.

—¿Dónde están ahora? —preguntó ella.

—Los he mandado a Sutton Park. Hay mucho pasto en la finca. Y sé lo mucho que confías en el mozo de cuadra de mi abuelo.

—No sé qué decir.

—No digas nada. No lo hice para ganarme tu gratitud ni para que te sintieras en deuda conmigo. Lo hice porque...

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Quería hacerte feliz.

Una emoción incontenible se dibujó en el rostro de Anne.

—Gracias, Hart. Gracias. Yo...

—No hace falta que me lo agradezcas. Estoy seguro de que lo habrías hecho tú misma de haber podido.

—Ojalá hubiera podido —reconoció—. Ojalá tuviera una finca donde llevarlos a pasar el resto de su vida en paz. Una propiedad que pudiera gestionar a mi antojo.

—Necesitas una casa propia.

—Sí.

—Puedes conseguirla fácilmente. Solo tienes que casarte.

Anne guardó silencio un momento.

—Pero no sería mi casa. Sería la casa de mi esposo. Él tendría la última palabra

en todas mis decisiones. Me vería obligada a someterme a él.

—Por eso, cuando te sientas inclinada a casarte, debes elegir a un hombre que no intente eclipsarte. Un hombre que no se sienta intimidado por ti y que te permita brillar con la intensidad que desees.

—Me pregunto si existe tal caballero.

—Creo que podría haber un hombre así en el mundo —afirmó muy serio—. Pero me temo que solo hay uno.

Ella lo miró con elocuencia.

—Qué conveniente.

Él le sonrió.

—Exacto.

❋❋❋

Anne no respondió al coqueteo. Conmovida tanto por sus palabras como por su presencia tranquilizadora, siguió paseando por la catedral.

Así fue como Hart la había conquistado la última vez. No lo consiguió con floridos cumplidos ni grandes gestos románticos, sino hablando con ella y escuchándola. Se habían llevado bien. Conversaban con una intimidad y con una espontaneidad que siempre la hacía sonreír. Tan pronto la provocaba como le robaba el corazón con la habilidad de un ladrón sigiloso.

Pero no.

No le había robado nada. Su corazón ya le pertenecía. Le había pertenecido durante años. Nunca había habido otro.

Se detuvo al llegar al monumento al almirante Nelson. La estatua de mármol se alzaba sobre un pedestal redondo, adornada con relieves de dioses del mar y flanqueada por un gran león.

Las deidades marinas estaban semidesnudas. La mirada de Anne se paseó por los marcados pectorales de la figura central.

Recordó el pecho de Hartford cuando lo vio sin camisa en la cama del primer piso de aquella taberna de Battersea.

Se ruborizó al recordarlo.

Era la primera vez que veía el pecho desnudo de un hombre fuera de un museo o de las páginas de un libro de historia. Mientras le cortaba la camisa ensangrentada, había supuesto que nada podría sorprenderla. Pero el pecho de Hart había dejado a todos esos griegos y romanos a la altura del betún. Era

delgado, musculoso y estaba tan bien esculpido como el de cualquier antiguo dios del mar.

—El cuerpo del almirante Nelson está en la cripta —dijo él, acercándose por su izquierda—. Podríamos verlo si quieres. Solo cuesta seis peniques.

Anne se esforzó para no sonrojarse.

—Ahí abajo está oscuro. Nos veríamos obligados a llevar una linterna... y un guía.

—Tienes razón. No es muy adecuado para la conversación.

—Exacto —convino Anne.

Era más agradable continuar donde estaban, aunque tuvieran que hablar en voz baja. A pesar de la multitud, entre las sombras de la imponente iglesia seguían gozando de mayor privacidad que si hubieran regresado a casa a tomar el té en la pequeña salita de su madre.

Anne se dio cuenta enseguida de lo mucho que deseaba estar a solas con él.

El tiempo que habían pasado juntos durante el viaje al condado de York la había acostumbrado mal.

Levantó la vista hacia el rostro de mármol de la estatua de Nelson.

—¿De verdad se comparaba la señora Neale con su amante?

Hart le rozó la falda con la pierna al acercarse a ella.

—Es muy melodramática. Aunque sospecho que había algunos aspectos de su romance con mi padre que podrían tener similitudes. Parecía que él se preocupaba más por ella y sus hijos que por mi madre y por mí. Marcus afirma que los amaba.

—¿Crees que es cierto?

—Es muy probable. —Reflexionó sobre ello con el ceño fruncido y una expresión preocupada—. Mi padre se vio obligado a casarse con mi madre. Era de buena cuna, de una familia excelente, con un pedigrí aristocrático. Fue un matrimonio planeado desde la infancia. Pero a la señora Neale la eligió él. Una decisión egoísta, pero suya al fin y al cabo. Los hijos que tuvo con ella merecían su afecto.

—Aun así, no los incluyó en su testamento.

—Dudo que esperara morir. Lo de modificar el testamento es una de esas cosas que uno siempre pospone. Mi padre nunca cambió el suyo después de casarse con mi madre. Así fue como heredé Barton Court.

Anne esbozó una leve sonrisa al oírle mencionar la ruinosa finca del condado de Somerset. Era una propiedad pequeña y bastante apartada. Su padre la había

descuidado durante toda su vida. Hart solía hablar del lugar con desprecio.

—Siempre dijiste que la venderías en cuanto fuera tuya —le recordó ella—. Me sorprendió que no lo hicieras.

—No deberías sorprenderte. Estaba destinada a ser nuestra.

Anne alzó las cejas. No lo sabía. De hecho, ni siquiera lo había pensado. Barton Court estaba a kilómetros de su madre. A kilómetros de cualquier persona que conocieran.

—¿Pretendías llevarme al condado de Somerset? ¿Tenerme para ti solo?

—Pues sí, ese era mi malvado plan. ¿Lo desapruebas?

Anne no respondió del todo.

—Habrías odiado vivir en el campo.

—Habría soportado cualquier cosa si hubieras estado conmigo. Y no habría sido todo el año. Podríamos haber venido a Londres durante la temporada o quizá visitar Bath. Cualquier lugar que quisieras.

—Veo que ya no te quedas allí mucho tiempo.

—No tengo motivos para hacerlo estando solo. —Hart tenía una expresión inusualmente solemne—. Cuando rompiste nuestro compromiso, quise venderla. Fui allí un mes después con ese propósito.

—Pero no lo hiciste.

—No pude abandonarla —reconoció—. No del todo.

—Tampoco pudiste abandonar a la señora Neale y a sus hijos —comentó Anne.

Al parecer, Hart no solo era responsable, sino profunda e intrínsecamente decente. Quién iba a decirlo. Su picardía era tan solo una máscara, al igual que su perpetuo buen humor.

Se preguntó cuánto lo había herido su padre.

Cuánto lo había herido ella.

—Por desgracia, no —admitió él—. Me pareció mejor plan arreglar la finca con la esperanza de que con el tiempo fuera autosuficiente. En cuanto a los Neale... —Observó la estatua del almirante Nelson con una expresión pensativa—. Alguien tenía que hacer algo por ellos. Bien podría ser yo.

—¿Qué harás con tu hermano?

—Mandarlo fuera —repuso sin rodeos.

—¿A Barton Court?

—¡Dios, no! Marcus es demasiado ingenuo para confiar en él en Inglaterra. Mi abuelo lo compararía con una de esas plantas que tardan años en madurar. Una que crecería mejor en otra tierra.

—Tú no correrás ningún peligro entretanto, ¿verdad? ¿Esos villanos que te atacaron no volverán?

Hartford guardó silencio.

—No lo creo —dijo al fin—. Solo querían dinero. Eso es lo que parece querer de mí todo el mundo últimamente.

Anne lo miró con preocupación.

—No todos, seguro.

Él le sonrió.

¡Menuda sonrisa!

—Dime, vieja amiga —dijo mientras seguían caminando—, ¿esta actividad cumple tus expectativas de una excursión agradable? Un paseo entre todos estos fríos monumentos en honor de santos cubiertos de musgo y héroes muertos...

Anne lo tomó del brazo. Podría haber respondido con sarcasmo o evasivas. Incluso podría haber guardado silencio. En cambio, se armó de valor y confesó la simple verdad:

—Lo que me gusta es estar contigo, Hart.

Hartford dulcificó el gesto con una mirada cargada de ternura.

—Y a mí contigo. Dondequiera que estemos. —Posó la mano sobre la de Anne —. Pero la próxima vez que te visite...

—¿Piensas volver a visitarme?

—Esa es la idea —afirmó. Y añadió—: Quiero cortejarte, Anne.

Ella sintió un escalofrío. Había supuesto sus intenciones, pero oírselo decir en voz alta era harina de otro costal.

«¡Dios mío!».

Apenas se había acostumbrado a la idea de reanudar su amistad. De hablar con él en lugar de discutir. De coquetear con él.

Pero el cortejo no era un simple coqueteo: palabras provocativas o besos robados bajo el muérdago o en paseos por el campo a la luz de la luna. El cortejo era el paso previo al matrimonio. Una declaración formal y pública de las intenciones de un caballero.

—No hablas en serio.

—Nunca he hablado más en serio. —Le clavo los ojos—. Déjame cortejarte como es debido. Permite que deje claras mis intenciones. A menos que... —Un atisbo de duda cruzó su rostro—. ¿Te opones a que entre nosotros haya algo más que amistad?

A Anne le latía con fuerza el corazón. Se sentía como una amazona sobre un

caballo que no podía controlar: entre eufórica y aterrorizada.

Pero en la vida no hay emoción sin exponerse a algún peligro.

Solo una cobarde elegiría la seguridad en ese momento. Y más si eso significaba negarse a sí misma lo que más deseaba.

Y ya se lo había negado demasiado tiempo.

Estaba cansada de vivir sin él.

—No —dijo al fin—. No me opongo.

Capítulo 32

—Siento que Evelyn no haya podido venir —se lamentó Stella mientras entrelazaba su brazo con el de Anne.

Las dos paseaban tranquilamente por la sala egipcia del Museo Británico y las gruesas faldas de lana de sus respectivos vestidos gris y negro se rozaban entre sí al caminar. Atrás quedaron los ligeros tejidos de algodón, las muselinas y las sedas veraniegas de agosto. El frío otoñal había obligado a un cambio radical de vestuario.

Jeanette, la doncella de Anne, las seguía con un pañuelo pegado a la nariz, como si temiera enfermar por aquel ambiente repleto de antigüedades.

Más adelante, lady Arundell permanecía de pie frente a una de las vitrinas, enfrascada en una conversación con el señor Fielding y la señora Blakely-Strange.

—Evelyn almorzará con nosotras en la residencia del señor Fielding cuando regresemos —dijo Anne—. Estoy segura de que tendrá mucho que contarnos sobre los progresos en la confección de su vestido de novia.

—¿Crees que trae mala suerte que el señor Malik le haga el vestido de novia? —preguntó Stella.

—Evelyn se labra su propia suerte —afirmó Anne—. Todas deberíamos hacerlo.

Stella sonrió.

—¿Es eso lo que haces con el señor Hartford?

Anne se sonrojó ante la sola mención de su antiguo enemigo.

Había pasado más de un mes desde que Hart la había llevado a San Pablo. Desde entonces, la visitaba a menudo en Ludgate Hill. La cortejaba, por así decirlo, aunque apenas gozaban de privacidad alguna a causa del mal tiempo.

Por eso Hartford había tomado el té con Anne y su madre en múltiples ocasiones. Había tenido la gentileza de acompañar a lady Arundell a una reunión espiritista en Kensington y a una conferencia deprimente sobre historia romana antigua en la calle Albemarle.

Y había mandado flores a Anne.

Ramos de las flores más hermosas. No solo rosas, sino también crisantemos, campanillas azules y narcisos fuera de temporada y, en una ocasión, incluso un ramo de enormes lirios. Le había dicho que eran lirios del Himalaya. Los mismos

sobre los que había escrito en su columna.

Su madre lo había tomado todo como una cortesía de un amigo de la familia. Estaba demasiado absorta en los acontecimientos de su propia vida. Además de las visitas de Hartford, también habían recibido las del tío de Evelyn. A decir verdad, las visitas del señor Fielding habían sido más frecuentes y de mucha mayor duración.

—Eso no es suerte —repuso Anne—. Es... No sé cómo llamarlo. Perseverancia tenaz, supongo.

Deseó que fuera algo más.

Stella le dio un golpecito con el codo.

—¿Qué te ha enviado hoy?

—Un ramo de violetas.

—Las violetas simbolizan la fidelidad.

—¿De verdad?

—Eso pone en *El lenguaje de las flores*. —Últimamente Stella había estado leyendo el popular libro. En sus páginas, el autor atribuía un significado a cada variedad. Los caballeros a veces lo usaban para enviar mensajes secretos a las jovencitas a las que pretendían—. Y está en consonancia con los demás ramos. Rosas blancas para la esperanza, campanillas azules para la constancia y narcisos para el amor no correspondido.

—¿Qué significa el lirio? —preguntó Anne.

—Pureza o benevolencia, creo. —Stella arrugó la nariz—. ¿O tal vez esa sea la patata?

Anne soltó una breve carcajada.

—¿Quién le enviaría una patata a una dama?

—No todo el mundo tiene un abuelo con un invernadero lleno de flores fuera de temporada —respondió Stella. Dudó antes de preguntar—: ¿Ya se lo has contado a tu madre?

—No estoy ocultando nada.

—Sí, pero... ¿has hablado con ella?

Anne miró a lady Arundell de reojo.

—No —confesó—. Todavía no.

Se resistía a perturbar el frágil equilibrio de su nueva vida. Su madre había dejado de depender del láudano para dormir. Parecía haber recuperado el equilibrio. Se mantenía ocupada y tenía un propósito. No había venido nada mal que la señora Frazil le hubiera estado mandando mensajes positivos a través de la

planchette.

En cuanto a Anne, la energía de la vida en Ludgate Hill había resultado adictiva para ella. Había empezado a montar a *Azafrán* por las concurridas calles o daba largos paseos para explorar los lugares de interés y las tiendas. A diferencia de la señora Frazil, que prefería observar a las masas desde la distancia, a ella le encantaba formar parte de la multitud. De alguna manera, hacía que sus problemas parecieran menores, pues le recordaba que ella era solo una pequeña parte de un mundo inmenso.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas en casa?

—He tenido mala suerte —respondió Stella con tristeza—. Por eso he venido tan pocas veces. Mi hermano nunca quiere prestarme el carruaje, y ya sabes lo mal que se porta *Locket* en calles concurridas. Llevo siglos encerrada en casa.

—El tiempo nos tiene a todos enclaustrados —convino Anne.

El otoño había llegado con viento, lluvia y cielos oscuros. Eso bastaba para hacer sentir mal a cualquiera, sobre todo a quienes disfrutaban con la libertad de cabalgar al aire libre.

—Al menos tienes la emoción de vivir en Ludgate Hill —dijo Stella—. En la calle George no pasa nunca nada, salvo por mi hermano, que me critica sin parar. Está muy enfadado desde que me permitió asistir a la fiesta de lord March.

—Ah, sí. La fiesta. —Anne se puso seria—. Casi lo había olvidado.

Y temía que a Hartford le hubiera ocurrido lo mismo. Hacía siglos que no lo mencionaba. ¿Sería posible que hubiera olvidado el trato que habían hecho aquel día en la calle Arlington?

—¿Sigues teniendo intención de ir? —preguntó Stella.

—¿Y tú? ¿Tu hermano no cambiará de opinión?

—Podría ser —reconoció Stella—. Solo me ha dado permiso para verte hoy porque cree que nuestra salida tiene un valor educativo. A veces pienso que quiere verme infeliz.

—Sus deseos no tienen nada que ver con tu felicidad. —Estrechó con más fuerza el brazo de su amiga al pasar junto a una exposición de animales disecados —. Eres dueña de tu destino.

—Ya me gustaría —reconoció, con un estremecimiento.

—Pobrecita. —Anne le estrechó el brazo—. ¿Tan horrible es?

—No es el mal humor de mi hermano lo que me hace temblar. Son estas criaturas espantosas. Sé que tendré pesadillas durante una semana. —Le dio un escalofrío al ver a una de las momias de gato que las miraba ciegamente desde

detrás del cristal—. ¿Tu madre se opondría si vamos a ver otra exposición? ¿Algo que sea menos espeluznante?

—Estoy segura de que lo entenderá. Siempre y cuando nos llevemos a Jeanette. —Tras obtener rápidamente el permiso de lady Arundell, se dirigieron hacia la salida—. ¿Echamos un vistazo a las esculturas griegas?

—A los dibujos —sugirió Stella con decisión. Después de montar a caballo, dibujar era su pasatiempo favorito.

Anne sonrió.

—Como quieras.

Las dos se dirigieron a la Galería del Rey seguidas de Jeanette, que las acompañaba algo aburrida. Allí pasaron media hora felices, admirando los grabados y dibujos de la nueva exposición del museo. Uno de los dibujos en particular les llamó la atención. Era el *Estudio de árboles* del pintor flamenco Van Dyck, realizado en tinta marrón y ligeramente coloreado con acuarela.

Stella se detuvo a observar la discreta pieza.

—¿Qué opinas de esta, Anne?

Se detuvo a su lado.

—Es bastante bonita.

Stella frunció el ceño al examinarla.

—Sí —reconoció—. Al mismo tiempo, es bastante...

—Aburrida —afirmó la voz de un caballero a sus espaldas.

Ambas se volvieron bruscamente hacía el dueño de la voz, que estaba detrás de ellas.

Pero no estaba de pie.

El joven moreno estaba sentado, no en uno de los bancos de la galería, sino en una especie de silla de ruedas. Sostenía un cuaderno de bocetos en el regazo.

Stella se sonrojó al mirarlo.

—¿Le parece aburrida la obra de Van Dyck?

—Este dibujo sí —respondió él.

En su rostro se adivinaba un humor irónico no muy distinto del que a veces transmitía el semblante de Hartford; esa amenaza de un ingenio afilado capaz de herir con la misma facilidad que divertir.

Anne tiró del brazo de Stella con delicadeza. No era adecuado conversar con un desconocido, ni siquiera sobre arte. En especial si el desconocido era inteligente y guapo.

—Ven. Vámonos.

Stella se mantuvo firme, momentáneamente cautivada por aquel hombre.

—No conozco muchos artistas superiores a Van Dyck.

El caballero parecía igual de fascinado por Stella. La miró fijamente con un ligero rubor en los pómulos. Vestía un traje sencillo y llevaba la corbata anudada con despreocupación, parecía poco mayor que ellas, aunque se comportaba con la seguridad de un hombre de mucha más edad.

—Turner es superior —respondió sin dudarlo.

—No se pueden comparar —opinó Stella—. No tienen nada que ver.

El caballero soltó una breve carcajada.

—Gracias a Dios.

Stella se ruborizó un poco más. Detestaba que se burlaran de ella.

—Es usted joven —dijo con un tono despectivo poco habitual en ella—. Me atrevería a decir que aún no ha aprendido a apreciar las obras de los maestros flamencos.

—Usted es joven —respondió el caballero sin aparente malicia—. Y, sin embargo, tiene el cabello gris.

Stella se quedó boquiabierta.

—¿Disculpe?

—Ya basta —terció Anne. Se puso delante de su amiga con la espalda rígida y adoptó el tono más gélido que jamás había empleado con un desconocido—. Francamente, señor, ¿cree que una conversación sobre arte es una invitación a hacer comentarios personales?

—No pretendía ofender —aseguró—. Adoro los contrastes. En especial los tonos de gris. —Se dirigió a Stella—: Debería ir a ver la nueva obra de Whistler en la Galería de la calle Berners.

—No tenemos ninguna intención de ir —le informó Anne. Volvió a tirar del brazo de su amiga.

Esta vez cedió.

—¿Cómo se atreve? —susurró mientras se alejaban a toda prisa—. ¡Mencionar mi pelo! Ha sido una crueldad.

—Olvídalo —dijo Anne—. Lo que pueda pensar un desconocido no debe importarnos.

—Parecía muy entendido.

—¿Porque compartió sin reservas sus opiniones sobre arte? Los hombres siempre opinan sobre temas que desconocen. Eso no los convierte en expertos.

—Pero él era un artista —apuntó Stella.

—Un artista muy descarado. —Anne condujo a su amiga de vuelta a la sala egipcia—. Me sorprende que aguantaras su descaro durante tanto tiempo.

—Yo también. Pero me miró de un modo muy extraño. Supongo que estaba intrigada. —Adoptó una expresión pensativa—. ¿Qué clase de cuadro crees que encontraríamos en esa galería que mencionó?

Anne resopló.

—Uno del señor Whistler, al parecer. Quienquiera que sea.

❋❋❋

El reloj de nogal francés dio las tres desde la repisa de la chimenea en la salita de la casa de Ludgate Hill. Era la señal de que Hart debía irse. Una visita formal no duraba más de veinte minutos.

Y sus visitas a Anne eran, como mínimo, formales.

Fuera, el tiempo había empeorado. La lluvia caía a raudales tras las ventanas con cortinas de damasco y el estruendo de un trueno lejano sacudió los cristales.

Hart devolvió su taza de té vacía a la bandeja de madera con incrustaciones. Durante el último mes, había bebido suficiente té negro como para toda una vida. Ese era el precio de cortejar a Anne de aquel modo tan tedioso.

Era culpa suya.

Había sido él quien decidió comportarse de la manera más formal posible.

Desde el principio decidió que no quería seguir alimentando la confusión entre la amistad y el cortejo. No pensaba permitir que hubiera más dudas sobre lo que quería de Anne ni sobre lo que le ofrecía a cambio. Había decidido hacer las cosas bien esa vez.

Sus visitas habían sido tan regulares, constantes y fiables que incluso su sombra de San Giles se había dado cuenta. Hart había visto al escuálido muchacho varias veces, merodeando por la colina. Y eso no había ayudado a mejorar su humor.

—¿Te sirvo otra taza? —Lady Arundell hizo una breve pausa en su monólogo sobre la historia de los templos romanos en Inglaterra para alcanzar la tetera de plata. Estaba sentada frente a él en el sofá de terciopelo, con su voluminosa falda negra derramándose a su alrededor en un extenso mar de crepé negro—. Querrá saber lo del templo de Diana en Londres antes de irse.

—Mamá —dijo Anne, a su lado—, ¿te importa que lleve a Hartford al establo?

Hart se puso alerta al instante. La joven no había dicho más de diez palabras desde que él había llegado. Su madre había acaparado la conversación, como

ocurría durante todas sus visitas.

—¿Con la humedad que hay? —preguntó lady Arundell—. ¿Para qué?

—Quiero que le eche un vistazo a la pata delantera de *Azafrán*. —Se levantó decidida, mirándolo a los ojos—. Agradecería su opinión.

—Por supuesto. —Hart se puso en pie para seguirla fuera de la estancia, con una breve pausa para hacer una reverencia a lady Arundell.

Anne se marchó a toda prisa sin detenerse siquiera a ponerse un sombrero o un chal antes de salir por la parte trasera de la casa. Cruzó el jardín embarrado hasta la puerta que daba acceso al pequeño establo.

Hart avanzó a grandes zancadas para seguirle el ritmo en medio de la tormenta. Para cuando llegaron, estaba empapado.

Anne también.

Tenía la cara y el cabello salpicados de gotas de lluvia, y la tela de su sencillo vestido negro estaba húmeda.

Se le escapó una carcajada entrecortada al detenerse frente al cajón de *Azafrán*.

—Tenía miedo de que no nos dejara salir.

—Tampoco nos deja hablar —bromeó Hart, que se quitó el abrigo de lana—. Toma. —Se lo echó sobre los hombros y se lo estrechó a la altura del pecho, donde dejó descansar los dedos un momento—. Te vas a resfriar.

Anne se sonrojó, aunque él no supo si se debía al esfuerzo o a la vergüenza.

—Gracias —dijo.

La miró fijamente un buen rato con los dedos aún aferrados a las solapas del abrigo.

No había nadie más allí. Ni rastro de mozos de cuadra ni del cochero. Solo estaban ellos dos.

Así que Hart hizo lo que había deseado desde la última vez, tantos meses atrás, en Yorkshire. Bajó la cabeza y la besó.

Capítulo 33

Hart sintió que a Anne se le cortaba la respiración. Pero ella no se apartó. Se inclinó hacia él y sus labios se rindieron con infinita dulzura.

Sabía a lluvia y a fuerte té inglés. A todo lo que él deseaba en la vida y de lo que nunca se cansaba.

La estrechó sujetándola entre los pliegues de su abrigo. Pero Anne no era prisionera de nadie. Ella le devolvió el beso con la misma intensidad y alargó el cuello en busca del calor de su boca con los labios entreabiertos.

A Hart se le encendió la sangre. Su voz sonaba ronca y áspera.

—Anne. Cariño, yo...

Azafrán eligió ese momento para asomar su gran cabeza dorada por encima de la puerta del cajón. Golpeó la mejilla de Anne con el hocico y dio un suave resoplido de bienvenida.

Hart soltó el abrigo y liberó así a Anne para que pudiera volverse y saludar a su caballo.

—Una oportuna interrupción de tu carabina —dijo.

Anne rio ruborizada mientras acariciaba el flequillo del semental.

Él deseaba desesperadamente volver a besarla.

¿A quién pretendía engañar? Quería encerrarse en una habitación con ella durante un mes.

Esbozó media sonrisa reticente.

—¿De verdad le pasa algo en la pata delantera?

Anne palmeó el cuello dorado del semental.

—No. —Le lanzó a Hart una mirada de fingido pesar—. ¿Crees que soy una mentirosa terrible?

—Lo que creo —dijo, acercándose—, es que me habría visto obligado a hacer algo drástico si oía una palabra más sobre las cualidades sobrenaturales de los antiguos templos romanos en Londres.

—¿Como por ejemplo...?

Hart acarició el hombro de *Azafrán*.

—Podría recordarle a tu madre que he venido a cortejar a su hija, no a soportar una conferencia sobre espiritismo.

Anne apartó la mirada, pero no antes de que Hart advirtiera un destello de culpa en sus ojos.

El gesto confirmó algo que hasta el momento solo sospechaba.

—No se lo has dicho, ¿verdad?

—¿Que me estás cortejando? —Fingió estar distraída desenredando un nudo en la rubia melena de *Azafrán*—. Eso es evidente.

—Pues yo no estoy tan seguro. No es tan evidente para tu madre.

Desde su primera visita, Hart había notado la extraña falta de interés de lady Arundell en sus intenciones hacia su hija. No había expresado ninguna opinión al respecto. En cambio, había hablado de espiritismo, de historia y de los últimos artículos publicados en sus revistas favoritas.

No había quedado tiempo para hablar de nada más durante aquellas visitas tan cortas.

Al principio, él no había insistido. Su tregua con Anne aún era demasiado reciente. Demasiado frágil. Pero había pasado un mes. Más de un mes si contaba desde la visita a San Pablo. ¿Anne no se lo había contado a nadie?

No era una necesidad, como tampoco lo era pedirle permiso a lady Arundell. Un pretendiente no solía hablar formalmente con los padres de una joven hasta que estaba preparado para proponerle matrimonio. Sin embargo...

Sintió una punzada de inquietud.

¿Acaso Anne aún dudaba de él?

—¿Quieres que hable con ella? —preguntó.

Lo miró alarmada.

—Dios, no. Tengo que hacerlo yo.

Hart intentaba elegir las palabras con sumo cuidado. No deseaba provocar una pelea.

—Anne...

—Ya veo lo que estás pensando —lo interrumpió—. Crees que se lo he ocultado por alguna razón siniestra.

—¿Y es así?

—No. Es evidente para cualquiera por qué vienes tan a menudo.

—Pero no para ella, al parecer.

—Supongo que no quiere verlo. Y... —Frunció el ceño—. La verdad es que no he querido forzarlo. Últimamente todo ha ido muy bien. Vuelve a ser ella misma.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó.

—Se lo he comentado a la señorita Hobhouse. Y pienso contárselo a mis otras

amigas tarde o temprano. En cuanto al resto... —Lo miró con ironía—. Qué lástima que la temporada haya terminado. Un par de valses en un baile y unos cuantos paseos por el parque y todo Mayfair sabría que te interesas por mí.

Sonrió.

—Todo Mayfair lo sabe ya. Lo supieron en el momento en que te dejé conducir mi calesín.

Anne le devolvió la sonrisa. Y luego rio.

—¡Caramba! Creo que tienes razón.

Hart la miró, paralizado. Era tan radiante y hermosa... La lluvia la había despeinado y parecía completamente serena. Si no le hubiera entregado ya su corazón para siempre, lo habría perdido en ese mismo momento. Tan seguro como que respiraba.

Le tocó la mejilla.

—No me importa el resto. Solo importamos nosotros. Pero no quiero que cometamos los mismos errores del pasado.

Entonces habían mantenido sus sentimientos en secreto, solo ellos sabían lo que sentían el uno por el otro. Habían esperado para contárselo a sus amigos y familiares. Eso había supuesto que fuera mucho más fácil romper su compromiso.

—¿Crees que nos habríamos reconciliado si nuestro vínculo se hubiera hecho público? —preguntó Anne.

—Podríamos habernos sentido obligados a intentarlo. Aunque dudo que te hubiera convencido para que me perdonaras en aquel momento. Me equivoqué mucho.

—Los dos cometimos errores. Pero ahora somos más maduros, y más sabios, espero. No seremos tan tontos esta vez. —Entrelazó los dedos con los de él y le puso la mano en el cuello con delicadeza—. Hablaré con mi madre.

❋❋❋

Anne permaneció con Hartford en el establo solo unos minutos más antes de que él insistiera en acompañarla de vuelta a la casa.

Estaba decidido a comportarse como un caballero.

Ella lo permitió, como lo había hecho durante el último mes, aunque eso significara que él había sido tan formal como un desconocido.

Excepto por el beso.

La boca de Hart se había apoderado de sus labios con la misma intensidad

abrasadora del beso en el condado de York. Pero esta vez...

Esta vez, Anne había sido una participante activa. Lo había besado con el mismo ardor que él. Besar a un caballero era algo extraordinariamente poderoso. Sentir su respiración entrecortada y cómo su corpulenta figura se estremecía de deseo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que los besos eran más que placenteros. Eran reveladores. Nadie podía saber solo mirando a Hartford cuánto la deseaba, pero después de que sus labios pasaran algunos segundos unidos, sus respiraciones se mezclaran y sus respectivos pulsos latieran en delirante armonía, Anne no tuvo ninguna duda.

Todavía tenía la sangre alegremente alterada mientras lo acompañaba a la puerta. Hart seguía en mangas de camisa, pues ella aún llevaba su abrigo.

Cuando entraron, su madre estaba en el vestíbulo, preparándose para ir a visitar a la señora Frazil. Al verlos apretó los labios con desaprobación.

Anne se quitó el abrigo de Hartford a toda prisa y se lo devolvió.

—Gracias por protegerme de la lluvia.

—No hay de qué. —Se lo puso con aparente despreocupación—. No me gustaría que se resfriara.

—Es muy considerado, señor —dijo su madre—. Confío en que volverá... ¿cuando mejore el tiempo?

—Puede estar segura. —Le hizo una reverencia—. Buenos días, señora. —Y luego tomó la mano de Anne y le dio un beso—. Buenos días, lady Anne.

Anne se acaloró. Ya nadie besaba las manos. Era un gesto muy anticuado al que Hartford dio un significado inconfundible.

Lady Arundell lo miró con asombro mientras se marchaba. Cuando Horbury cerró la puerta, se volvió hacia su hija.

—Pensaba que no soportabas a este hombre.

—Y así era —admitió.

—Sin embargo, estabas deseando llevártelo a los establos. Y ponerte su abrigo, al parecer. ¿No tenías un chal? ¿O un sombrero adecuado? Permitirte tales libertades con un caballero que aseguras que te desagrada...

—No me desagrada.

—Esa no es la impresión que daba durante nuestro viaje al norte.

—Supongo que he cambiado de opinión. Cualquier mujer puede hacerlo.

—Anne, ¿qué diantre hay entre vosotros? —preguntó con cierto tono de reproche.

—Nada. Es mi amigo, nada más.

—La forma en que te miró... —Frunció el ceño—. Nunca me había fijado, pero...

—¡Mamá! ¿Tenemos que hablar de esto en el vestíbulo, donde algún sirviente puede oírnos?

Lady Arundell recuperó tardíamente el sentido de la discreción.

—No, claro. Lo hablaremos esta noche.

Parecía casi una amenaza.

Confió en que su madre lo olvidara con el ajetreo de la tarde. Se vio con la señora Frazil y, más tarde, celebró una pequeña cena con el señor Fielding, la señora Blakely-Strange y otros amigos de la sociedad espiritista.

Pero esa noche, cuando volvieron a estar solas en la sala, después de que sus invitados se fueran a casa, su madre volvió sobre el asunto.

—¿Hartford te ha hecho alguna insinuación? —preguntó, en cuanto los sirvientes se retiraron.

A Anne casi se le cae la taza de té.

—¿Insinuaciones? ¿Te refieres a algo romántico?

—¿De qué otro tipo puede ser? —Lady Arundell terminó de servirse una taza de té—. Me atrevería a decir que es culpa mía por aceptar que nos acompañara al condado de York y por animarte a cenar con él en aquella miserable posada.

—Eso no tuvo nada que ver.

—¿Y entonces qué ha sido? Vino a la casa de Grosvenor Square dos veces antes de que nos fuéramos. Ya me pregunté entonces cuál sería su motivación, porque hacía mucho tiempo que nuestras familias no se relacionaban. Y todas sus visitas este otoño igual de atentas... Nunca lo había visto ser tan cortés con una vieja amiga de su madre.

Anne no intentó disimular.

—Viene a verme, mamá. Me tiene estima.

—¿Hartford? ¿El chico que te tiraba de las trenzas?

—Ya no es un niño. Es un hombre adulto.

—Ya lo veo. —La mujer parecía un poco desconcertada—. Supongo que se puede decir que es apuesto. Un poco corintio. Atlético.... ¿Por eso te gusta? ¿Porque es capaz de conducir un carruaje con cierto estilo?

—Eso no está mal —admitió.

Su madre se recostó en la silla

—¿Cuándo empezó este... este coqueteo?

—No es un coqueteo. Todavía no es nada. Pero... —Dejó la taza por temor a derramar el té—. Hubo algo entre nosotros una vez. Nos teníamos mucho afecto antes de que papá muriera. Si las cosas hubieran sido diferentes, yo... podría haberme casado con él.

Su madre respiró hondo.

—¡Madre mía! Jamás imaginé...

—Nadie lo hizo. Solo nos confesamos nuestros sentimientos pocos días antes de que papá nos dejara. Y luego todo dio un vuelco. Hartford se fue con su abuelo y yo me quedé en Londres contigo para pasar el duelo.

—¿Y cuando regresó?

Anne no tenía intención de entrar en detalles. Algunas heridas eran demasiado íntimas para compartirlas.

—Tuvimos una pelea espantosa. Hemos tardado mucho tiempo en superar la ruptura.

—Pero parece que lo habéis conseguido.

—Nos estamos esforzando —admitió—. Nos ha invitado a Sutton Park para la fiesta que celebrará lord March en diciembre.

—¿Una fiesta en Sutton Park?

—Me gustaría que fuéramos, mamá. Y quisiera llevar a la señorita Hobhouse para que me haga compañía. Confío en que no te opondrás.

—¿Cómo puedo hacerlo si te está cortejando? Supongo que es lo que tiene en mente. —Se frotó la frente con la mano como para aliviar otro de sus dolores de cabeza—. Es culpa mía. Yo os junté. Te he obligado a estar con él una y otra vez. Pensé que era como un hermano para ti.

—¿Tanto lo desapruebas?

—No sé qué pienso de él. —Lady Arundell hizo una pausa, como si recordara algo—. Tu padre dijo una vez que pensaba que el trato desafiante de Hartford te hacía bien. Tenías tendencia a ser demasiado seria de niña. Lo comentaba a menudo. Supongo que ya lo sabía entonces. Casi siempre intuía esas cosas.

Anne sintió una sensación de profunda pérdida que le oprimió el pecho. «Papá era muy perspicaz».

A su madre le brillaron los ojos.

—Ojalá pudiera consultar con él sobre este asunto. O con Dimitri, si alguna vez se dignara a regresar. No sé por qué me ha abandonado cuando más lo necesito.

—Tal vez ya no lo necesites —sugirió Anne—. Quizá por eso se ha ido.

—Tonterías. Lo has visto tú misma. He estado desesperada desde que ese odioso

primo tuyo amenazó con venir a Londres.

—No lo creo. Te repusiste de maravilla. Nos encontraste otra casa. Nos sacaste de Grosvenor Square en un santiamén. Y nunca permitiste que Joshua ni su madre te hicieran quedar mal. Al menos no en público. Has sido tremendamente fuerte.

Su madre suspiró y se le hinchó el pecho.

—Una mujer se cansa de ser fuerte. A veces necesita un hombre en quien apoyarse. —Hizo ademán de levantarse—. Creo que me retiraré temprano esta noche. El día me ha dejado extrañamente fatigada.

Anne se levantó.

—¿Subo a ayudarte?

—No, no, querida. No necesitaré mi láudano esta noche. Necesito tener la cabeza despejada. Necesito pensar.

Capítulo 34

—¿Cómo que Webb no es idóneo? —Hart alzó la voz con creciente ira—. ¡Es el mejor hombre que tenemos en Inglaterra!

Hart estaba sentado con Parfit, Acker y Goodbody en una mesa en la trastienda del Bull and Gate, una modesta taberna en el centro de la ciudad. Habían programado la reunión en la fábrica de crisoles aquella mañana, pero ninguno de ellos había querido cruzar el río durante la tormenta. Finalmente habían acordado celebrarla en aquel establecimiento. En cierto modo era terreno neutral.

También era el lugar donde se alojaba William Webb tras haber llegado a Londres el día anterior por la noche. Los esperaba ansioso por formalizar los planes para su partida a Inverness el mes siguiente.

Hart no tenía intención de decepcionar sus expectativas.

—Ya decidimos que era el hombre adecuado para el puesto —les recordó a sus socios—. Ha viajado hasta aquí por nuestra promesa. Si no cumplimos nuestra palabra...

—No vamos a faltar a nuestra palabra. —Parfit estaba sentado al otro lado de la mesa, envuelto en un grueso abrigo y una bufanda, balanceando un bastón de ébano con la mano enguantada—. Lo único que hemos dicho es que no lo aceptaremos como contacto principal en Escocia.

Acker asintió. Al igual que Parfit, se llevaba varias capas de lana gruesa para protegerse de la inclemente tormenta.

—Debes plantearte si de verdad es la cara visible que queremos para nuestra nueva operación minera.

Hart miró a Acker con incredulidad.

—¿No le gusta su cara?

—No, no es eso —medió Goodbody rápidamente—. Aunque estará usted de acuerdo en que enviarlo a él solo a negociar con los escoceses podría darnos mala imagen.

—Por su ascendencia —concluyó Hartford. No era una pregunta.

Goodbody se sonrojó. Había llegado tarde a la reunión. Aún tenía gotas de lluvia en el pelo.

—Todos tenemos estima al señor Webb. Es un valor inestimable. Pero no es un

hombre de negocios.

—No tiene estudios —añadió Acker.

—¿Qué tiene eso que ver con la competencia? —preguntó Hart—. Puede que Webb no haya recibido educación formal, pero lo compensa con creces con su inteligencia y determinación. Si nuestras minas de Cumberland han prosperado es gracias a él.

—Está claro que debe ir —terció Parfit—. Una vez que se haya establecido, confiamos en que estará capacitado para dirigir el negocio. Pero es impensable que vaya solo al principio. ¿Quién lo tomaría en serio?

—Lo hemos hablado entre nosotros —comentó Acker—, y hemos acordado que debe acompañarlo usted.

—¿Yo? —preguntó Hart, tentado de echarse a reír—. ¿Otra vez con eso? Ya les he dicho que no tengo intención de marcharme de Inglaterra.

—No tendrá que establecerse en Escocia —aclaró Goodbody—. Solo le pedimos que se quede el tiempo suficiente para asegurarse de que Webb está debidamente instalado y se ocupe de conseguir los derechos mineros pertinentes.

—Coincidirá con nosotros en que es un acuerdo razonable —apuntó Acker—. Su presencia reforzará la posición del señor Webb.

—No tendrá que quedarse más de un mes —añadió Goodbody.

Hart negó muy despacio con la cabeza, aunque reconoció para sus adentros que lo habían acorralado. Ahora se encontraba en la nada envidiable posición de tener que elegir entre su propia comodidad egoísta y el futuro de William Webb y de la compañía de crisoles.

Un acuerdo, claro.

Eso no era ningún acuerdo.

—Estaría de vuelta para Navidad —aseguró Acker.

Parfit sonrió complacido.

—Después de todas las restricciones que ha impuesto a la expansión de la compañía, es lo mínimo que puede hacer para favorecer nuestros intereses.

Un cuarto de hora más tarde, Hart le contaba la desalentadora noticia a William Webb mientras tomaban una pinta de cerveza en una pequeña mesa en un rincón de la taberna llena de humo.

Webb no pareció sorprendido.

—Ya me extrañaba, señor. Lo de ir allí solo... Los lugareños no me conocen de nada. Será más fácil imponer mi autoridad con el apoyo de alguno de ustedes.

Hart frunció el ceño.

—Entonces... ¿le parece bien?

—Siempre que a usted no le moleste demasiado, señor. Sería un buen comienzo para mí. Un sello de aprobación, por así decirlo.

Hart no pudo ocultar su decepción. Mudarse a Escocia durante un mes significaba dejar a Anne en medio de su noviazgo. Abandonarla cuando más lo necesitaba.

Una propuesta inquietante.

La situación le recordaba demasiado lo que había sucedido hacía casi siete años. Entonces se marchó de Inglaterra para ir la India, y lo hizo convencido del afecto de Anne. Al regresar, nada era igual.

—Hubiera preferido que se ofendiera tanto que no pudiera aceptar — confesó.

Webb esbozó una sonrisa.

—Si me ofendiera por cada desaire que me hicieran, no duraría mucho en este negocio. He descubierto que es mejor no tomarse estas cosas a pecho. Lo importante es el trabajo. Si la cosa va bien, con el tiempo uno se gana el respeto de los hombres.

—¿Está seguro de que podrá conseguirlo tan lejos de casa?

—Ya lo creo. Tengo un don para ello, si me permite decirlo.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Hart dio un largo trago a su cerveza. Al terminar, dejó la jarra—. Cuando esté debidamente instalado en Escocia, quizá podría considerar contratar a un aprendiz.

—Podría ser. ¿Tiene a alguien en mente, señor?

—La verdad es que sí.

❋❋❋

Su abuelo hizo una breve presentación cuando Hart entró en la biblioteca.

—Hartford, este es el señor Archer, de Perfumes Hayes. Archer, mi nieto.

El invitado se puso de pie. Era un caballero corpulento de cabello moreno, vestía abrigo y pantalones grises y parecía más un deportista que un perfumista.

—Señor Hartford, es un placer.

Hart cruzó la habitación, con *Eris* trotando tras él con la fidelidad propia de un *spaniel*. La temperamental gatita negra había crecido un poco desde su llegada a la casa.

—Señor Archer... —Hart le estrechó la mano, sonriendo—. ¿Es a usted a quien debemos dar las gracias por el Agua de Lavanda Hayes?

En su momento, la popular colonia había estado en todas las tiendas.

—Era de la familia de mi esposa —matizó el perfumista—. Me complace decir que el negocio se ha expandido desde entonces. Ya no nos limitamos a los productos de lavanda.

—Por eso el señor Archer ha regresado a Inglaterra. Está interesado en mis nuevas rosas de té. Las que tuvieron tanto éxito la temporada pasada. —El abuelo señaló una silla—. Siéntate con nosotros, hijo.

Hart no tenía mucho tiempo. Acababa de regresar de su reunión en la taberna. Todavía tenía que lavarse y cambiarse antes de conducir hasta Ludgate Hill para ver a Anne.

No sabía cómo iba a darle la noticia.

Ni siquiera le había contado aún cómo se ganaba la vida.

Ella pensaba que se mantenía con lo que le quedaba de su herencia, los beneficios de su pequeño patrimonio y lo que ganaba con las patentes en las que había invertido.

Nunca le había mencionado que se dedicaba al comercio. Lo ocultaba como si fuese un delincuente. Y la gente de la alta sociedad lo miraría como si lo fuera en el caso de saberlo.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en admitirlo. No porque se avergonzara de su trabajo, sino porque se había acostumbrado a mantenerlo en secreto. Igual que mantenía en secreto a la familia Neale. Y del mismo modo que era fiel a su deber hacia el condado. Así era como tenía el control de todo.

Pero ya no podía seguir separando las distintas partes de su vida. En los últimos meses, se habían ido mezclando de forma alarmante. La compañía de crisoles, Marcus, Anne, Brookdale, la señora Neale y el abuelo. Por no mencionar a su sombra. El chico no había aparecido tanto últimamente, sin duda debido al mal tiempo, pero lo había visto merodeando por allí de vez en cuando, ansioso por ver algo que pudiera contarle a Gabriel Royce.

Que todo aquello no le hubiera estallado en la cara era un pequeño milagro.

—El señor Archer se reunirá con nosotros en Sutton Park en diciembre, junto con su esposa y su cuñado —dijo conde de March mientras su nieto se sentaba—. Los tres han llegado pronto a la ciudad.

El perfumista volvió a sentarse.

—Tenemos amigos en la calle Half Moon —aclaró—. Nos quedaremos con ellos hasta que llegue la hora de partir hacia Hampshire.

Eris se deslizó entre las patas de las sillas, primero frotando la pernera del

pantalón de Hart y luego la del perfumista.

—Disculpe a mi gata. Es una criatura muy temperamental.

—No se preocupe.

El caballero extendió la mano para rascarle la cabeza a *Eris*.

Hart abrió la boca para advertirle del peligro, pero no hizo falta. La gatita aceptó la caricia, como si diese su aprobación al invitado, que sonrió.

—Mi familia tiene un gato. Me parecen criaturas muy exigentes.

—Así es —convino Hart—. Entiendo que pasan la mayor parte del año en Grasse.

—Sí. Aunque mi cuñado ha expresado últimamente su deseo de volver a Inglaterra. Es todo un artista.

—Ah, ¿sí? — Hartford fingió interés mientras la conversación pasaba del mundo artístico londinense a las rosas. Sus dos contertulios hablaron de la idoneidad de la nueva rosa de té para elaborar agua de rosas y perfume.

Se disponía a disculparse cuando el mayordomo de su abuelo apareció en la puerta de la biblioteca.

—Disculpe, señor Hartford. Hay una señora que quiere verlo.

Anne.

Se puso de pie al instante.

—La he hecho pasar al salón azul —indicó el sirviente.

—Discúlpenme. —Inclinó la cabeza hacia su abuelo y el señor Archer antes de salir de la estancia con *Eris* pisándole los talones.

Caminó por el pasillo hacia el salón de paredes empapeladas con seda azul y los muebles tapizados con damasco del mismo color. Pero cuando entró, no era Anne quien lo esperaba.

Era su madre.

Él se quedó de piedra.

—Lady Arundell. —Hizo una reverencia—. No la esperaba.

La mujer estaba de pie frente al sofá, tan majestuosa como la reina Victoria e igual de seria. Vestía su uniforme habitual de crepé negro. Tenía los impertinentes plateados en la mano.

—Yo diría que es todo lo contrario —espetó con frialdad.

—¿Disculpe?

Se llevó los impertinentes a los ojos y lo examinó. Lo que sea que vio pareció decepcionarla. Cuando bajó los anteojos, hizo una mueca al tiempo que apretaba los labios.

—Es usted más complejo de lo que creía, Hartford.

Eris eligió ese momento para saltar y trepar por la ropa hasta el hombro de Hart. Era una habilidad adquirida durante los últimos meses que ponía en práctica cuando le venía en gana. Él la apartó enseguida, consciente en todo momento de la mirada horrorizada de lady Arundell.

—Le aseguro que no soy tan complejo —repuso, dejando a *Eris* en una silla.

—Eso dice usted —respondió la dama—. Una fachada conveniente esta de hombre despreocupado y alegre. Pero parece que ha estado apostando a largo plazo. —Le clavó los ojos con gesto de evidente desafío—. ¿Está usted cortejando a mi hija, sí o no?

Hart reprimió el repentino impulso de sonreír.

¡Vaya! ¡Anne se lo había dicho!

—¿Y bien? —insistió lady Arundell.

—Así es, mi señora.

Ella lo fulminó con la mirada un buen rato.

—Debo decirle, señor, que me parece una impertinencia extraordinaria que se interese por mi hija sin decirme una palabra al respecto. ¿Nunca se le ocurrió pedirme permiso?

—Sí se me ocurrió. Pero no vi ninguna razón para hablarle de ello de forma explícita cuando mis intenciones eran tan evidentes.

Su señoría no creía una sola palabra.

—¿Y es cierto que la cortejó también en secreto antes de que muriera mi marido?

Al parecer, Anne se había desahogado.

Se alegró. Más que eso. Significaba que iba en serio con él. Lo suficiente como para arriesgarse a disgustar a su madre.

—No era un secreto —repuso—. Tenía la intención de pedirle permiso a lord Arundell. Por desgracia, su muerte impidió...

—Podría haberme pedido permiso a mí —repuso ella—. El mero hecho de que no lo hiciera dice mucho de su forma de ser.

—Eso fue hace años, señora.

—Como ya he dicho, apuesta usted a largo plazo.

Hart apretó los dientes al percibir el tono de acusación. Como si hubiera estado jugando con el afecto de su hija. Como si su corazón no se hubiera roto por Anne cada día desde que se separaron hacía tantos años en Grosvenor Square.

—Para mí no es un juego —aseguró con frialdad.

—Confío en que no lo sea, señor. No quiero que jueguen con mi hija. —Lady Arundell se acercó muy erguida, era tan imponente como cualquier padre indignado—. Le dejaré una cosa clara: puede que mi esposo ya no esté, pero mi hija sigue bajo mi protección. Y no creo que pueda acusarme usted de incompetencia alguna.

—Mis intenciones son honorables, señora. Siempre lo han sido en lo que respecta a su hija. Y permítame añadir...

Guardó silencio antes de arrepentirse de sus palabras.

—¿Qué iba a decir? —preguntó lady Arundell. —Alguna acusación sobre mi conducta como madre, sin duda. Me acusará de ser sobreprotectora. De vigilar demasiado a mi hija, tal vez, e impedir así sus objetivos.

Hart había decidido no dirigirse a la madre de Anne enojado, aunque ella lo provocase. Pero no pudo seguir conteniéndose.

—No la ha protegido ni la ha cuidado tan bien como merecía. Ha estado usted demasiado ensimismada. Anne ha sufrido por ello.

Lady Arundell palideció.

—¿Cómo se atreve?

—Me atrevo porque me ella me importa. La he visto hacerse de menos por devoción hacia usted. Una devoción que, a mi parecer, solo tiene una dirección.

—Usted no sabe nada de la devoción que siento por mi hija.

Hartford se esforzó por controlar la ira.

—No —reconoció—. Discúlpeme. Tiene razón, por supuesto. Solo sé que quiero hacerla feliz de nuevo. Me gustaría obtener su permiso para intentarlo.

—¿Feliz de nuevo? —repitió—. ¿Insinúa que ahora no es feliz?

Hart no respondió.

Lady Arundell tenía una expresión tensa, como si hubiera ofendido su dignidad.

—Muy bien. Puede cortejarla si ella se muestra dispuesta. No me interpondré en su camino. Incluso le permitiré asistir a esta fiesta en Sutton Park en diciembre, con mi compañía. Pero no se equivoque, señor, el hombre que consiga la mano de mi hija será algo más que un apuesto as de los calesines.

¿Un apuesto as de los calesines?

Lo habían llamado cosas peores.

Pero no era menos insultante.

—Estoy seguro de que tengo más mérito que mi habilidad para conducir un calesín, señora. O que mi atractivo, si es que lo tengo.

Ella resopló.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué ha hecho para demostrarlo? ¿Qué planes tiene? ¿Qué diversiones ha sacrificado? Tiene usted una modesta propiedad en el condado de Somerset, pero no posee casa en el pueblo. Vive con lord March con la misma despreocupación que cuando murieron sus padres, que Dios los tenga en su gloria. Ellos lo educaron para que conociera su deber, pero desde que los perdió solo se ha preocupado de su propio placer.

Hart ya había oído acusaciones similares antes, principalmente de su tío Brookdale, e incluso de la propia Anne. Pero recibirlas de lady Arundell, la persona a la que culpaba de separarlo de la mujer que amaba, le dolió especialmente.

—Con el debido respeto —dijo—, usted no sabe nada de mis responsabilidades.

—Tan poco como sabe usted sobre mi forma de educar —replicó ella—. Pero no hablaremos más del asunto por ahora. —Se guardó los impertinentes en la manga—. No tengo intención de pelearme con usted, Hartford.

Él se quedó de pie, con la espalda rígida, mientras ella se disponía a marcharse.

—Yo tampoco con usted, milady.

—Entonces estamos de acuerdo. Permitiré sus atenciones a mi hija, y usted... —lo miró con arrogancia— se esforzará por merecerla.

Capítulo 35

—¡Has renunciado a tu columna en el *Weekly Heliosphere*! —exclamó Anne en el instante en que Hartford animó a las yeguas para que echasen a andar.

El sol asomaba tras las nubes y la incesante lluvia de octubre había dado una tregua, aunque solo fuera por una o dos horas. Tiempo suficiente para un paseo colina arriba.

La había recogido a la una y media. En cuanto Anne subió al carruaje, ella mencionó lo que había descubierto al abrir su ejemplar del *Weekly Heliosphere* mientras desayunaba esa mañana.

La columna del señor Bilgewater no contenía ninguna reseña literaria aquella semana, solo una despedida burlona:

> A mis estimados lectores: me despido de ustedes y les deseo buena suerte en sus viajes literarios. Por desgracia, ya no puedo garantizarles mis servicios como consejero. El canto de sirena de la felicidad conyugal me obliga a abandonar mi columna semanal y centrar mi atención en asuntos matrimoniales. Como escribió Goethe en Las penas de Joven Werther: «Solo el corazón nos hace felices. Es a los asuntos del corazón a los que ahora dirijo mi atención».

—He renunciado a todas mis columnas —confesó él, mirando al frente mientras conducía.

—¿A todas? —Anne arqueó las cejas con asombro—. Pero ¿por qué?

Él le dedicó una mirada elocuente.

—Suponía que es evidente.

No estaba tan claro para ella. Eso que había dicho sobre los «asuntos matrimoniales» y los «asuntos del corazón» era pura palabrería. Él no estaba ni de lejos listo para pedir su mano.

Y ella no estaba ni de lejos lista para aceptarlo.

—Seguro que te divertiste muchísimo escribiendo lo que escribiste. Eso no significa que lo crea. Debe de haber una razón mejor para renunciar a las columnas.

—¿Mejor que tú?

—No. —Negó con la cabeza—. No me hago responsable de esto. Nunca te pedí

que sacrificaras tus placeres por mí.

—Tampoco disfrutaba tanto —aseguró—. Era divertido, nada más. Pero ya no tengo tiempo para eso, como tampoco lo tengo para carreras de calesines ni para apuestas descabelladas con vuelos en globo. La verdad es que, salvo para cortejarte, hace tiempo que escribir esas columnas no era más que una molestia para mí.

Anne guardó silencio.

Hartford se había comportado de forma extraña desde que su madre lo visitó en la calle Arlington. Se había enterado de la visita después. Ella prefirió quedarse en casa cuando su madre fue a reunirse con el señor Fielding para ir a una conferencia espiritista en casa de lady Younger en Mayfair. Mientras estaban en los alrededores, lady Arundell se había tomado la libertad de visitar a Hartford. No lo había ocultado. Se lo confesó todo en cuanto regresó a Ludgate Hill.

Después, tanto su madre como Hartford se habían comportado con una formalidad insoportable, no solo entre sí, sino también con ella.

A Anne no le gustaba nada.

—¿Es por algo que dijo mi madre cuando te visitó la semana pasada? —preguntó—. Imagino que debió de ser muy severa contigo.

—¿Cómo está? —preguntó Hartford con incisiva cortesía.

—Mejor. Parece que Ludgate Hill le sienta bien después de todo. —No pensaba dejarse distraer—. Tengo la esperanza de que sepas que nunca esperaría que te rindieras...

—¿Qué esperas de mí, Anne? —preguntó con aspereza.

Ella parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

—No parece que pidas gran cosa. No quieres ninguna prueba de que haya cambiado. Ninguna garantía de mi afecto. Me has pedido dos cosas desde que cruzaste el umbral de la casa de mi abuelo este verano. Que escribiera algo sobre la propiedad de Blunt en Yorkshire en mi columna del *Spiritualist Herald* y que me hiciera cargo de tu gatita.

—No necesitaba nada más.

—Me gustaría saber si me necesitas a mí. ¿Tengo algo que ofrecerte?

—¡Qué cosas dices! —Lo miró con el ceño fruncido por debajo del ala ancha de su sombrero con cinta negra—. ¿Intentas provocar una pelea?

—Intento ver en qué punto estamos.

—Me estás cortejando, ¿verdad?

—Sí. ¿Pero qué hay del futuro?

Un coche de alquiler se cruzó por delante y obligó a Hartford a frenar en seco. Había mucho tráfico en la colina. La triple fila de vehículos que subía hacia San Pablo estaba repleta de carros tirados por burros, coches publicitarios y todo tipo de vehículos de alquiler y carruajes privados.

—Si te tomaras en serio el futuro —replicó ella con aspereza—, podrías haber intentado citar otra novela de Goethe. Alguna que no trate sobre las desgracias del amor no correspondido.

—Quizá me identifique con esas desgracias.

—¿Te das cuenta de que Werther muere al final? —le recordó—. En fin, nunca dijiste que me amabas.

—Tú tampoco dijiste que me amaras a mí —protestó—. No lo confesaste hasta el día en que yacía medio muerto en Battersea.

—¿Esperabas que te lo dijera antes? Tenía dieciséis años. Para cuando comprendí lo que sentía, tú ya estabas en plena montaña catalogando lirios en el Himalaya. Y cuando regresaste... —Lo miró fijamente al comprender algo de repente—. ¡Cielos, sí que quieres provocar una pelea!

Hart tiró de las riendas en un acto reflejo con sus grandes manos. *Kestrel* y *Damselfly* agitaron la cabeza al percibir la inesperada orden. Él aflojó la tensión enseguida.

—Lo que quiero es saber que no nos pasará lo mismo que la otra vez si me voy por un tiempo. —Apretó los dientes—. No puedo volver a perderte.

Ella se relajó. Enseguida comprendió cuál debía de ser el origen del problema. La visita de lady Arundell lo había hecho dudar de sí mismo y de lo que Anne sentía por él. Aquella irritante formalidad era su forma de demostrar que era digno de ella. De dejarles bien claro, tanto a ella como a su madre, que era una persona seria y sensata.

Necesitaba desesperadamente que lo tranquilizaran.

—No seas idiota —espetó Anne.

—Lo digo en serio. Te he esperado demasiado tiempo. Si te perdiera ahora, yo...

—No me vas a perder. A menos que hagas algo imperdonablemente estúpido. —Se volvió hacia la transitada calle—. En cuanto al futuro... si quieres saber qué te depara, debes consultar con la señora Frazil o la señora Blakely-Strange. Por mi parte, no puedo prometer nada.

—Claro que no —respondió Hart resignado.

—Tú tampoco —replicó ella.

Hartford la miró con aire triste.

—Te prometería el mundo si pudiera.

A Anne se le aceleró el pulso. Podía lidiar con un Hartford bromista, pero un Hartford serio era más difícil de manejar, en especial cuando la colmaba de elogios estremecedores.

Lo deseaba demasiado, ese era el problema. Deseaba sus dulces palabras, sus miradas apasionadas, sus besos. Y no solo cuando estaba con él. También lo anhelaba cuando estaban separados. Eso hacía que cada momento que pasaban juntos estuviera cargado de una tensión latente, tan peligrosa como la pólvora a merced de cualquier chispa.

Si hubieran estado solos, podría haber tenido la osadía de hacer algo al respecto. Pero no había privacidad en la calle más transitada de Londres, en medio del tráfico vespertino.

—No quiero el mundo —le aseguró—. Tu amistad me bastará. —Hizo una pausa—. Y tus besos también, si así lo deseas.

Él le dedicó una mirada apasionada.

—Siempre lo deseo cuando se trata de ti.

Anne estaba a punto de sonrojarse. Pero no podía arrepentirse de sus atrevidas palabras cuando parecían haberle levantado el ánimo a Hart de aquella forma.

Él esbozó una media sonrisa mientras guiaba a sus yeguas para esquivar un ómnibus.

—Por fin una sonrisa —dijo con fingido asombro—. Temía que mi madre te hubiera robado el buen humor.

—Si lo hubiera hecho, yo sería el único culpable. Fui yo quien te pidió que hablaras con ella.

—¿Lamentas que lo hiciera?

—No —aseguró—. Quiero que sepas que me lo tomo en serio.

—Eso ya lo sé. No tenías por qué renunciar a tus columnas para demostrármelo. A decir verdad, me molesta bastante que lo hayas hecho. Estaba empezando a disfrutar de tus intentos de coqueteo.

Él la miró con sorpresa.

—Ah, ¿sí?

—Sí —admitió—. A pesar de mi buen juicio, hay una parte de mí que siempre se ha sentido atraída por tu inclinación a las bromas. Siempre que no sea con mala intención. Y siempre que no implique arriesgar el pellejo.

—Vaya. Y yo que pensaba que mis travesuras solo te parecían irritantes.

—Pues ahora ya lo sabes. —Quería que fuera feliz. Que fuera él mismo. Ese era el hombre del que se había enamorado, no un individuo sensato sin ningún sentido del humor—. No renuncies a todas tus columnas por mí —le pidió—. Si intentas demostrarme tu valía...

—No solo a ti. También a tu familia. A tus amigas.

—Hablando de mis amigas... —vaciló.

Julia, Stella y Evelyn sabían que Hartford la cortejaba; sin embargo, Anne todavía no había confesado lo que sentía por él. Solo Stella parecía sospechar hasta qué punto se había enamorado de él.

—¿Qué les pasa?

—La boda de la señorita Maltravers con el señor Malik es el próximo lunes —dijo Anne—. ¿Te gustaría acompañarme?

❋❋❋

Hart dejó ver una sonrisa de oreja a oreja. No era un anuncio de compromiso en los periódicos, pero era una forma espectacular de hacerlo público.

—Será un honor.

—Excelente.

Anne entrelazó las manos sobre el regazo mientras seguían subiendo la colina y alzó el rostro hacia el cielo. La luz del sol brillaba en los mechones de cabello dorado que asomaban por debajo de su sobrio sombrero negro.

Hart se animó al mirarla.

Había estado de mal humor desde que supo que tendría que viajar a Inverness en quince días. Y la conversación con lady Arundell lo había disgustado aún más.

Desde esa visita no había dejado de sentirse indigno. Era una sensación que le resultaba demasiado familiar. De niño, sus padres lo consideraban carente de las cualidades que más valoraban. Nunca había sido lo suficiente serio ni lo suficiente inteligente cuando lo medían con sus altos estándares.

Le había llevado años apreciar su propio valor. Pero después de las palabras de lady Arundell, había vuelto a dudar de sí mismo. Y con esa duda, surgió un miedo abrumador de perder a Anne.

Quería ser digno de ella.

Por eso había renunciado a sus columnas. Por eso había intentado comportarse con sobriedad y decoro durante la última semana.

Anne no parecía valorar sus esfuerzos. Más bien al contrario.

Hart la apreciaba aún más por ello.

Quizá no renunciaría a sus columnas después de todo. No por completo.

—Seguimos adelante —dijo en tono jocoso—. He empezado a cortejarte. Tu madre me ha reprendido. Y ahora te acompañaré a una boda con tus amigas.

—Y después, tenemos que asistir a una de tus fiestas familiares —le recordó ella —. Tengo la sensación de que has tratado a tus parientes y conocidos con tanta cautela como yo.

«Peor», estuvo a punto de responder Hart, pues aún no le había hablado a su familia sobre la señora Neale y sus hijos. Todavía no les había revelado su participación en el negocio de crisoles. Se resistía a hacerlo, a pesar de las amenazas de Marcus y el inminente desafío de Gabriel Royce. Las consecuencias para su familia serían demasiado graves.

Las consecuencias para él mismo también lo eran.

A veces parecía que nadie en el mundo lo conocía tal como era en realidad. Excepto Anne. Y ni siquiera ella lo sabía todo.

Quería decírselo. Tenía que contárselo. No podía irse a Escocia sin que ella supiera la verdad.

Guio a sus yeguas hasta situarlas detrás de un carro que avanzaba poco a poco.

—Me gustaría enseñarte una cosa. ¿Podrías dar un paseo largo conmigo? ¿Quizá la semana que viene, si el tiempo mejora?

—No veo por qué no.

—Puede que tu madre no lo apruebe.

—No es probable que se oponga ahora que sabe que me cortejas y siempre que nuestra salida sea en un carruaje abierto. —Anne se alisó los guantes—. ¿Tienes algún sitio en mente?

—Sí. Quiero enseñarte algo en Battersea.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Quieres presentarme a los Neale?

Hart se puso tenso. Presentarle a la señora Neale era lo último en lo que había pensado.

—¡Dios mío, no! —exclamó.

Las amantes de los caballeros y sus hijos ilegítimos no se relacionaban con la alta sociedad. Su mera existencia, aunque se reconociera en privado, era una afrenta pública. Ninguna dama elegante se atrevería a exponerse a eso, y solo un villano se lo pediría. Sería un insulto imperdonable.

Pero Anne no era una dama cualquiera.

—Me encantaría conocer a tus hermanas —aseguró—. Y saber más de tu hermano. No nos conocimos en las circunstancias más propicias.

Hart lo sabía bien. Marcus aún recordaba el sermón que había recibido de Anne ese día en la taberna. El chico había dicho que era una arpía. No estaba del todo equivocado.

Pero esa vez...

Esa vez, la furia de Anne sirvió para defenderlo a él.

Ella lo quería. Siempre lo había querido.

Hart no permitiría más secretos entre ellos.

—Muy bien —dijo—. Si de verdad es lo que deseas, primero visitaremos a los Neale.

❋❋❋

La boda de Evelyn con el señor Malik tuvo lugar una lluviosa mañana de lunes en la casa de su tío en Russell Square. Habían decorado el salón del señor Fielding para la ocasión y las flores de azahar enmarcaban las puertas y adornaban la parte delantera de la estancia, donde un joven clérigo con gafas estaba listo para leer el oficio nupcial del *Libro de oración común*.

El señor Malik estaba de pie junto a él, esperando a la novia. Era alto y recio, de cabello negro y piel cobriza, y vestía un traje negro de corte impecable.

Anne no esperaba menos de aquel modisto tan talentoso.

Estaba sentada en la tercera fila, acompañada de Stella y Julia. A ambos lados de las jóvenes se situaban Hartford y el capitán Blunt.

Habían dispuesto varias sillas y bancos acolchados para acomodar a los invitados. Estaban todos llenos. La pequeña ceremonia había atraído a amigos y familiares de toda Inglaterra y de todos los estratos sociales.

Julia había viajado desde Yorkshire con el capitán Blunt. La tía de la novia, Nora, había ido desde Sussex, junto con las hermanas menores de Evelyn: Augusta, Caroline, Elizabeth e Isobel. Estaba la prima del señor Malik, Mira, que había acudido con su prometido, el señor Jones. Entre los invitados también se encontraba un famoso abogado, el señor Finchley, con su esposa, Jenny. Y había acudido la señorita Rawlins, una joven costurera de expresión seria, así como otras jóvenes que parecían pertenecer al mismo gremio.

Anne observó a los invitados mientras esperaba la llegada de Evelyn. A pesar de lo mucho que se criticaba a quienes se casaban con personas de una clase social

distinta, los que pronto serían el señor y la señora Malik contarían con el apoyo incondicional de sus familiares y amigos cercanos.

—Estoy muy nerviosa —confesó Stella en voz baja.

—Yo también —susurró Julia—. Me siento como si fuera yo quien me casara.

—Ya estás casada —le recordó Anne.

—Sí, ya lo sé. —Julia miró ruborizada a su serio y curtido esposo. Lo llevaba tomado de la mano desde que habían llegado y entrelazaban los dedos en un gesto íntimo. Era evidente que estaban enamorados.

Sin embargo, Anne había soltado el brazo de Hartford en cuanto tomó asiento.

Nunca había sido tan romántica como Julia. Al menos en público.

Bastaba con que Stella y Julia hubieran visto que llegaba acompañada de Hartford. Solo se podía deducir una cosa de semejante gesto: las amigas lo habían interpretado enseguida.

—Dicen que de una boda sale otra —le comentó Stella a Julia al comenzar la ceremonia—. Primero la tuya, luego la de Evie.

Julia sonrió con picardía a Anne.

—¿Me pregunto quién será la siguiente?

Ella se limitó a arquear las cejas.

Un instante después, Evelyn entró del brazo de su tío. Stella reprimió un jadeo y Julia susurró:

—Oh, ¡qué hermosa es!

Evelyn lucía un vestido diseñado por el señor Malik. Era de seda glaseada de color blanco crema, con un corpiño sencillo, delicados botones de perla y mangas interiores de fino tul blanco. Llevaba un brillante fajín de satén blanco atado con un lazo a la cintura y una corona de flores de azahar le adornaba el cabello.

Jamás se había visto una novia más hermosa.

Cuando Evelyn se unió al señor Malik al frente del salón, Anne esbozó una sonrisa temblorosa.

No era tan romántica como sus amigas, pero eso no significaba que no tuviera el corazón rebosante de la misma alegría. A decir verdad, había estado muy emocionada desde que Hartford la recogió aquella mañana en Ludgate Hill.

En ese momento, Hart estaba sentado a su lado, vestido con unos pantalones de raya diplomática relativamente discretos y una levita a juego. Sus moretones habían desaparecido y el único rastro que quedaba de aquel desolador día en Battersea era una nariz ligeramente torcida. Y eso potenciaba más su atractivo, si cabe. Lo amaba más que nunca.

Al comenzar la ceremonia, ella le tomó la mano. Hartford respondió entrelazando los dedos con los suyos.

—Queridos hermanos —comenzó el clérigo—, nos hemos reunido hoy aquí en presencia de Dios y ante esta congregación para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio...

Capítulo 36

—No estamos acostumbrados a recibir visitas, milady —se disculpó la señora Neale desde su sillón orejero cerca de la chimenea—. A decir verdad, ninguna persona de su rango ha pisado jamás mi salón.

—Es un placer estar aquí, señora —repuso Anne—. Tenía muchas ganas de conocer a las hermanas del señor Hartford.

Hart aguardaba impasible, sentado junto a ella en el sofá de *chintz* del modesto salón de los Neale.

Según lo prometido, él había llegado a Ludgate Hill el primer día despejado de noviembre después de la boda de Evelyn para llevar a Anne a Battersea. Pero volvía a estar de mal humor. Ella no entendía por qué. Ya conocía los peores pecados de su padre.

Y no era para tanto, la verdad.

La casa que los Neale tenían en Battersea era pequeña pero pulcra, y aunque las hermanas de Hartford no se prestaban a conversaciones elevadas, se comportaban con bastante educación. La mayor, Ethel, era una hermosa muchacha recatada con el cabello azabache, y Ermintrude, la menor, una quinceañera de mejillas regordetas que lucía un vestido estampado de flores. Habían recibido a Anne con sendas reverencias y no poca curiosidad.

Incluso Marcus estaba haciendo gala de su mejor comportamiento. Se inclinó ante Anne y le preguntó, un poco incómodo, por su salud.

A decir verdad, todos la habían tratado con una cortesía poco habitual.

Todos excepto la señora Neale.

La amante del difunto Everett Hartford era una Venus descolorida que cargaba un resentimiento tan imponente sobre los hombros que Anne se asombró de que la mujer no se cayera de la silla por el peso.

—Estoy segura de que hay muchas personas que querrían conocernos —afirmó la señora Neale con acritud—. Pero el señor Hartford ha prohibido a mis hijos relacionarse con la alta sociedad. Le da igual que su padre los adorara. Mi hijo era el favorito de Everett.

Marcus no parecía tener nada que aportar a la afirmación de su madre. Estaba sentado con sus hermanas en el sofá a juego situado frente al de la pareja, más

concentrado en su hermanastro. No había dejado de mirar fijamente a Hartford desde que llegaron.

En cambio, las dos muchachas no perdían de vista a Anne. La joven sentía el peso de sus miradas fascinadas recorriendo cada centímetro de su cuerpo, desde el peinado hasta el bajo sin volantes de su vestido de crepé negro.

—¿Hace mucho que conoce a Hartford? —preguntó Ethel.

—Casi toda la vida. Nuestras madres fueron amigas desde la infancia.

La señora Neale se sonrojó al oír mencionar a la madre de Hart.

—¿Está de luto? —preguntó Ermintrude.

—¡Trudy...! —la reprendió Ethel en voz baja.

—No pasa nada —dijo Anne—. Sí que estoy de luto en cierto modo. Mi padre falleció. Y, por supuesto, todos debemos estar de luto por la pérdida del príncipe Alberto.

Ethel abrió los ojos de par en par.

—¿Lo conocía, milady?

—No personalmente. Pero le tenía mucha estima. Le debemos la Gran Exposición[4] y tantas otras cosas maravillosas. Estará de acuerdo en que fue un visionario.

La señora Neale permanecía tiesa como un palo en su asiento.

—No me atrevería a opinar sobre una figura tan ilustre. —Miró a Hartford—. He aprendido cuál es mi lugar, ¿verdad, señor? Ha pasado usted nueve años recordándomelo.

Hart respondió a la señora Neale con una calma irreductible:

—Lady Anne no ha venido a escuchar sus lamentos, señora.

—Vaya, eso de que yo diga la verdad por una vez no le hace ninguna gracia —espetó.

—Madre, ¡por favor! —suplicó Ethel.

Marcus se levantó con brusquedad.

—¿Puedo hablar con usted en privado? —le preguntó a Hartford.

Hart frunció el ceño. Parecía que iba a negarse.

Anne se le adelantó.

—Por favor —lo animó—. Estaré bien sola.

—¿Estás segura?

Anne sonrió, primero a él, y luego a Ethel y a Ermintrude.

—Del todo.

❋❋❋

Hart salió al pequeño jardín de los Neale con Marcus. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, el joven se volvió hacia él.

—¿Cuánto más tendré que esperar? —preguntó—. Llevo meses. No lo soporto más.

Hart se apoyó en la pared trasera de la casa. Se cruzó de brazos.

—Yo creo que sí puedes. Considéralo un período forzado de vida campestre. Nos ha pasado a todos.

Marcus caminaba de un lado a otro por el jardín embarrado, visiblemente alterado.

—No es vida campestre. Es encarcelamiento.

Si lo era, solo él tenía la culpa. Lo único que había evitado que se metiera en más problemas era el sentimiento de culpa por lo que le había sucedido a Hart aquel día junto al río.

—No hay rejas en las ventanas, por lo que veo —observó Hart—. Puedes irte cuando quieras.

—¿Y hacer qué? No tengo ingresos. Me has quitado hasta el último céntimo.

—Tus necesidades están bien cubiertas.

—Oh, sí, desde luego —repuso con tono de protesta—. No tengo dinero para comprarle ni un ramo de flores a mi novia. ¿Qué se supone que podré ofrecerle ahora? Ni siquiera puedo decirle qué será de mí, porque no te has dignado a decírmelo.

Hart no sentía ninguna compasión por el muchacho.

—Si a tu novia solo le importa lo que puedas comprarle, entonces te has librado de ella.

—Si aumentaras mis ingresos...

—Ya has recibido suficiente dinero de mi parte para toda la vida. Me debes más de siete mil libras.

Marcus lo fulminó con la mirada.

—Que debo pagar con mi vida, según dijiste.

—Lo decía en serio. Cada palabra.

El joven palideció un poco.

—¿A qué esperas? ¡Mándame a alta mar! O a Rusia o a la India, o a donde sea que envíen a los soldados a morir.

—Muerto no me sirves de nada.

—¿Entonces qué pretendes? —preguntó—. Esto es una tortura.

Hart supuso que podría serlo. Una variante, al menos. No debía de ser agradable perder el control del propio futuro. Sin embargo, abandonado a su suerte, Marcus no habría tenido ningún futuro.

—Muy bien —dijo Hart—. Tengo intención de enviarte a Escocia.

Su hermanastro dejó de caminar y se quedó mirándolo fijamente.

—¿A Escocia?

—Conozco a un excelente hombre inglés que pronto empezará a trabajar allí. Necesita un aprendiz. Tendrás que trabajar duro, pero aprenderías el oficio desde cero.

Marcus pareció horrorizado ante la perspectiva.

—¿Por qué querría hacer algo así?

Hart se separó de la pared y avanzó a grandes zancadas.

—Porque quiero que llegues a ser alguien —afirmó plantándose ante él—. Quiero que aprendas un oficio y que tengas un trabajo del que puedas enorgullecerte. Tu estilo de vida hasta la fecha no ha traído nada bueno, solo ruina y desgracia.

—No sabes nada de mi vida —replicó—. ¿Cómo te atreves? Tú has vivido rodeado de abundancia. Primero Eton, luego Cambridge. El hijo predilecto. El heredero adinerado. Te reías de mis desgracias desde tu elevada posición como si yo no fuera más que el barro de tus botas.

—¿Eso crees? —Hart dudó un instante antes de seguir—. A menudo has dicho que nuestro padre te quería más. Que yo no le importaba. Y tienes razón. No le importaba. Yo era una desgracia. La broma de la familia, solo servía para conducir un calesín con cierta habilidad.

Marcus resopló.

—Es la verdad —insistió Hartford—. Me dejó solo unos miles de libras y una finca ruinosa en el condado de Somerset que exigía más dinero del que rentaba. Mi único recurso fue encontrar trabajo. Y lo hice.

—Tú jamás...

—Ya lo creo. Yo trabajo. He tenido que hacerlo. Así pago esta casa. Así consigo que tu madre y tus hermanas vivan con cierto grado de comodidad. Así he estado pagando todas tus malditas deudas.

El joven tragó saliva.

Hart continuó implacable:

—No había manera de seguir los pasos de nuestro padre. Nunca fui ese hombre.

Tuve que tomar otro camino, y tú también debes hacerlo. No puedes pasarte lo que te queda de vida luchando por ser algo que no eres. Encuentra otra cosa que hacer. Algo que te haga feliz.

—¿Por qué diantre te importa mi felicidad?

—Porque eres mi hermano, maldito incordio.

Marcus frunció el ceño. Apartó la mirada. Cuando volvió a hablar, tenía la voz entrecortada debido a los sentimientos reprimidos. Parecía un niño indefenso.

—¿Qué clase de negocio es ese de Escocia?

—De los que tienen futuro. —Hart le puso la mano en el hombro para tranquilizarlo—. Dime, ¿qué sabes de la minería de grafito?

❋❋❋

Anne se aferró con fuerza a la mano de Hartford mientras él la ayudaba a subir al calesín. No habían estado más de veinte minutos en casa de los Neale. Una visita vespertina respetable, aunque sin duda un poco incómoda. No lamentaba haber ido allí. A decir verdad, había sido una experiencia bastante reveladora.

Eso era lo que Hartford había estado haciendo desde que descubriera la verdad sobre la traición de su padre. Había mantenido unida a aquella pequeña familia, sin agradecimiento ni reconocimiento. Los había mantenido a salvo y con la dignidad intacta.

Cada palabra que había pronunciado la señora Neale durante la breve visita la había convencido de ello. Hartford se preocupaba por todos, y lo único que había recibido a cambio eran acusaciones, insultos y chantajes.

Aun así, había seguido adelante, cumpliendo con sus responsabilidades pasando por alto los desprecios. En el fondo era así de bueno, así de firme.

Aquella revelación la hizo sentirse tan impresionada como inquieta.

¿Así habían sido las cosas entre ellos dos?

Ella no le había pedido nada desde que rompió su compromiso, al menos hasta el día que fue a verlo a la calle Arlington, pero lo había insultado muchas veces. Se había negado a bailar con él. A hablar con él. A sonreírle o a ser comprensiva.

Aun así, él se había mantenido firme a pesar de todo. Siempre había estado ahí para ella. Siempre esperando.

«Nunca pierde la oportunidad de hacerte un favor», había dicho Julia.

A Anne le pesaba el corazón en el pecho, oprimido por la culpa y el arrepentimiento.

—¿Cómo se han portado? —le preguntó Hartford al chico del barrio al que había contratado para cuidar sus yeguas. Parecía conocer al muchacho.

—Perfecto, jefe.

Hartford le lanzó una moneda de plata de tres peniques.

—Hasta la próxima.

El muchacho la atrapó con una sonrisa.

Hart rodeó el carruaje.

—¿Sabes? —dijo mientras se subía junto a Anne—, es la primera vez que salgo de esa casa por voluntad propia. En todas las demás visitas, la señora Neale me ha echado después del primer cuarto de hora.

Anne atusó su voluminosa falda negra.

—Está avergonzada.

—¿La señora Neale? —Tomó las riendas y guio a sus yeguas hasta la calle—. Es una bruja venenosa con delirios de nobleza.

—Sí —reconoció Anne—, pero solo porque está muy avergonzada.

La miró de reojo.

—¿No irás a decirme que sientes lástima por ella?

—Es digna de compasión. Tiene tres hijos con un hombre que nunca se casó con ella. Y ahora depende del hijo de ese hombre, un caballero adinerado y de buena cuna.

—Ya no tan adinerado —corrigió, con una sonrisa irónica.

—Más que ellos —respondió Anne—. Tienes todo su futuro en tus manos. Y es evidente que te desagrada esa mujer.

—Claro que me desagrada. Me insulta cada vez que vengo a verla.

—¿La mirarías con otros ojos de no ser así?

—Me siento... —Frunció el ceño—. No lo sé. Supongo que estoy enfadado con todos: con mi padre, con mi madre y con la señora Neale. Ninguno se comportó como es debido. Y nosotros hemos tenido que sufrir por ello.

—¿Te refieres a ti y tus hermanos?

—Y todos los demás.

—Por cierto, tus hermanas son encantadoras —comentó—. Tímidas, pero muy dulces. Les vendría bien mezclarse con la alta sociedad.

—¿Con la alta sociedad? Son hijas ilegítimas.

—Debe de haber algún evento al que puedan asistir en Battersea. Reuniones locales o...

—No funcionaría. La moral de la clase media es peor que la que impera en los

barrios más elegantes de la ciudad. En cuanto algún entrometido motivado descubra la razón por la que la escurridiza señora Neale nunca se ha expuesto en público, mis hermanas y yo correríamos el peligro de ser humillados públicamente.

—¿Por qué no insististe en que se trasladaran un poco más lejos? —preguntó Anne—. ¿A algún lugar donde pudieran fingir mejor su respetabilidad?

—Esa fue mi primera idea —admitió él—. Pero la señora Neale se negó a irse de Londres. Me costó muchísimo conseguir que dejara la casita de Chelsea que mi padre le había alquilado. Si hubiera podido permitirse quedarse allí, lo habría hecho. Lo de Battersea le costó un gran esfuerzo.

Entraron por la carretera de la Iglesia. Del barrio residencial, con sus modestas casas y tiendas, pasaron a la concurrida zona industrial situada junto al río.

—¿Se ofendería mucho tu abuelo si supiera de su existencia? —preguntó Anne.

—Es una forma suave de decirlo. —Hizo una pausa—. Me temo que saberlo lo mataría.

—¿Tanto idolatraba a tu padre?

—Si no lo hacía en vida, sin duda lo hace ahora. —Torció el gesto con amargura —. La reputación intachable del estimado moralista Everett Hartford no ha hecho más que crecer tras su muerte. Al parecer era un hombre demasiado bueno para este mundo.

—Ningún ser humano es tan bueno —opinó ella.

—Algunos sí lo son.

—Tonterías. Si no cometiéramos errores, no tendríamos por qué ser perdonados. —Contempló el paisaje con el ceño fruncido. Ya no había casas, solo huertas, destilerías y fábricas—. ¿Adónde vamos?

Hartford estaba concentrado en la carretera, con expresión firme y decidida.

—Ya te dije que quiero enseñarte una cosa.

—¿Junto al río? Pero aquí solo hay negocios de comerciantes.

Una pequeña fábrica se alzaba imponente frente al muelle. Estaba situada en una nave que se alzaba junto al río, con un gran cartel en la fachada en el que se leía su nombre: Compañía Parfit de Crisoles de Grafito.

Hartford aminoró la marcha de sus caballos hasta detenerlos frente a las puertas.

—Lo sé. Soy uno de ellos.

---

[4] N. de la Ed.: Exhibición de avances industriales celebrada en el Palacio de Cristal de Londres en 1851, considerada la primera Exposición Universal.

Capítulo 37

Anne lo miró fijamente. Entreabrió los labios como si quisiera decir algo, pero no lo hizo. Hart temió haberla dejado sin palabras.

Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Siguió adelante, sin importarle las consecuencias.

—Por eso quería que vinieras conmigo a Battersea. No por los Neale ni por nada relacionado con el sórdido legado de mi padre, sino por mí. Quería que vieras lo que he estado haciendo desde que rompiste nuestro compromiso.

Dejó de mirarlo para contemplar la fábrica.

—¿Me estás diciendo que la fábrica es tuya?

—Lo cierto es que sí. El cincuenta y uno por ciento. El señor Parfit es uno de mis socios, junto con otros dos caballeros, el señor Goodbody y el señor Acker. Inauguramos la empresa en el 57, unos meses después de mi regreso del Himalaya. Todo empezó con algo que vi en la Gran Exposición. Tenía la idea de invertir en ello, pero mi vida estaba encaminada hacia otro lado. Yo no... —Se interrumpió. Estaba divagando—. ¿Te he sorprendido?

—No. Es decir, un poco. Pero no porque tengas un negocio. Ya suponía...

Hart se sobresaltó.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. Dijiste en York que tenías otras fuentes de ingresos. Corrientes, las llamaste. ¿A qué otra cosa podías referirte? —Frunció el ceño—. Lo que no entiendo es qué tiene que ver todo esto con nuestro compromiso roto.

Antes de que pudiera responder, un obrero cruzó la verja de entrada.

—¡Señor Hartford! —Se acercó quitándose la gorra—. Señora... —Inclinó la cabeza hacia ambos—. ¿Viene a visitarnos hoy, señor?

—Puede que sí, Sam.

Hart miró a Anne sin disimular apenas la ilusión.

Sabía que era una temeridad. Quizá fuera incluso contraproducente. Pero quería que ella supiera que le había ido bien. Que no era el caballero inútil y cabeza hueca que ella creía desde tantos años atrás.

—¿Te gustaría verla? —preguntó.

A sus carnosos labios asomó una lenta sonrisa.

—Tengo la impresión de que quieres enseñármela.

—Sí —reconoció—. Mucho.

—Estupendo.

Sam sujetó las riendas de los caballos mientras Hart se bajaba de un salto del calesín y lo rodeaba para ayudarla a bajar. En lugar de ofrecerle la mano, la tomó por la cintura y la dejó en el suelo sin esfuerzo.

Ella se quedó sin aliento al sentir su contacto. Hart también tembló un poco, consciente de que estaba a punto de desnudar su alma. De revelar todo lo que era y todo lo que aún sentía por ella.

—¿Los llevo a pasear? —preguntó Sam.

Hart soltó a regañadientes la cintura de Anne.

—Gracias. No tardaremos mucho.

Ella lo tomó del brazo al cruzar las puertas de la fábrica.

Los extensos edificios de la fábrica de grafito se alzaban a su alrededor: chimeneas, almacenes, la sala de los alfareros y estancias para moler, mezclar y secar la arcilla utilizada para fabricar los crisoles.

Hart guiaba a Anne por la nave. El suelo se ennegrecía a medida que se acercaban a las salas de clasificación y mezcla por el efecto del grafito que utilizaban en sus productos.

Era el mismo tono negro que cubría la ropa de los trabajadores que pasaban por su lado, ocupados con sus quehaceres. Hombres humildes pero diligentes, poco acostumbrados a ver a una dama en las instalaciones. Algunos se quedaban boquiabiertos ante la dorada belleza de Anne. Otros se quitaban el sombrero al reconocer a Hartford.

Él los saludaba haciendo un gesto con la cabeza, pero no se detenía.

—Todo empezó en la Gran Exposición —le contó—. Un caballero estadounidense exhibía un nuevo tipo de crisol. Afirmaba que revolucionaría el mundo industrial. Pensé que era una exageración, claro, pero el entusiasmo de aquel hombre era contagioso. Jamás lo olvidé.

—La Gran Exposición fue hace once años —recordó Anne.

—Lo sé. —Hart todavía recordaba el asombro que sintió al examinar los diversos inventos expuestos en el Palacio de Cristal—. Tenía diecinueve años. Mi padre y mi madre aún vivían. Habían programado mi futuro al detalle. Cuando terminara mis estudios en la universidad, me casaría y me iría a vivir al campo, lejos de Londres, donde mis hábitos imprudentes no perjudicarían la excelente reputación de mi padre.

—El muy hipócrita —murmuró Anne, cosa de la que enseguida se arrepintió—. Lamento decirlo, pero lo era. Ambos lo eran.

—Tal como pronto descubrí —reconoció él muy serio—. Dos años después ellos habían muerto y yo descubrí la verdad sobre mi padre.

—Debiste de sentirte tan... —De nuevo le costó encontrar las palabras.

—Me sentí decepcionado. No lo niego. Pero no estaba dispuesto a desviarme de sus planes para mi futuro. Aspiraba a ganarme tu buena opinión. Y había heredado Barton Court. Estaba decidido a convertirme en un terrateniente.

Ella lo miró con ironía.

—Un terrateniente, nada menos.

Hart posó la mano sobre la suya.

—Al final importó poco. Cuando pusiste fin a nuestro compromiso, la vida que había imaginado se esfumó. Estaba destrozado. Ya no me importaba mi futuro ni mi reputación. No me preocupaba Barton Court.

—Seguro que te importaba un poco —dudó Anne—. No la vendiste cuando tuviste la oportunidad. Me lo dijiste aquel día en San Pablo.

—No, no la vendí —reconoció—. Pero la hipotequé.

Anne se quedó de piedra.

—¿Qué hiciste?

Hart la animó con un gesto a continuar caminando. Ella obedeció a regañadientes, mirándolo boquiabierta mientras seguían adelante.

—Pedí un préstamo con todo su valor como garantía. Y luego invertí ese dinero, junto con lo que quedaba de mi herencia, en esto.

Hart observó los almacenes y las chimeneas que tenían frente a ellos, todavía un tanto asombrado por el riesgo que había asumido, no solo para su futuro, sino también para el de sus inquilinos y su familia.

—Contacté con el americano que conocí en la Gran Exposición y le pagué una suma considerable para obtener los derechos exclusivos para fabricar su crisol en Inglaterra. Y luego, con el resto del dinero, monté esta fábrica.

—¿Gastaste todo lo que tenías? —preguntó horrorizada.

—Aun así, no fue suficiente. Tuve que asociarme con tres empresarios mayores. Parfit era banquero. Acker se acababa de jubilar; tenía una fábrica de jabón. Y Goodbody había sido dueño de varias farmacias. Los tres poseían conocimientos de los que yo carecía. Pero yo tenía muchas ganas de aprender.

—Por Dios, Hart. —Anne bajó la voz al pasar junto a dos obreros ennegrecidos por el grafito—. Podrías haberte arruinado. Podrías haber perdido Barton Court.

—Lo sé —reconoció—. Pero no fue así. —La guio hacia una de las dependencias—. Ven a ver el almacén.

❋❋❋

Todavía agarrada de su brazo, Anne lo acompañó hasta el fresco interior del almacén. Estaba repleto de estantes con recipientes cilíndricos de varios tamaños, de color gris metálico. Supuso que serían crisoles.

Dos obreros los apilaban en un estante pegado a la pared. Al ver a Hartford, se detuvieron para quitarse la gorra y saludar con la cabeza. Parecían conscientes de que se trataba de alguien con autoridad.

—¿Nos conceden un minuto, señores? —preguntó Hartford.

—Sí, señor —respondió el hombre mayor. Dejaron el trabajo y salieron a toda prisa del almacén, donde los dejaron solos.

—Cuando empezamos solo teníamos un horno de ladrillos, un molino y un único caballo para moler la arcilla. Cinco años después, hemos mejorado las dependencias, ampliado la propiedad, construido un nuevo muro en el muelle y reemplazado nuestro caballo por una máquina de vapor de treinta y cinco caballos.

Anne respiró hondo mientras observaba las hileras de crisoles. Hartford las miraba también.

Ella se dio cuenta de que estaba orgulloso de aquello. Era evidente por la actitud y la forma en que miraba a su alrededor, como un héroe triunfador que contemplaba su reino. Había satisfacción en su mirada, además de la inevitable tristeza por la pérdida. Por el recuerdo de todo lo que había sacrificado para alcanzar la meta.

¡Cielos!

Había hipotecado su propiedad por aquello. Se había arriesgado a perder lo que le correspondía por nacimiento como si hubiera apostado en las mesas de juego.

Aquel era el Hartford que ella había conocido en su juventud. Un hombre dispuesto a cualquier cosa para lograr sus objetivos, por inciertos que fueran. Pero ese era un grado de osadía completamente diferente. No solo había arriesgado su herencia, sino que lo había arriesgado todo: su riqueza, sus propiedades, su posición social y su lugar en la familia.

Lo cierto era que ser comerciante significaba estar muerto en familias de clase alta. De hecho, una joven que se rebajaba a casarse con un comerciante se

condenaba a sí misma. Sus padres y sus hermanos y hermanas ya no volvían a recibirla en su casa. Ya no tenía ningún reconocimiento.

Anne era tan consciente de ello como debía de serlo Hartford.

—No tenía ni idea de que estuvieras haciendo nada de esto —confesó.

—Nadie lo sabía. He tenido que mantenerlo en secreto, tanto el riesgo como el éxito.

—Debiste de tener muchas ganas de compartirlo.

—A veces. —Le dedicó una breve sonrisa—. A menudo deseaba poder decírtelo a ti.

Había mucha aflicción en sus palabras. Mucho arrepentimiento.

Anne sintió el conocido dolor provocado por el anhelo. El mismo sentimiento que había sentido por él todos aquellos años.

Su brazo resbaló por el de Hart hasta soltarse cuando él se dirigió a uno de los estantes y extrajo un recipiente de tamaño mediano.

Lo acunó en su mano.

—¿Sabes para qué sirve un crisol?

Anne se acercó despacio a él arrastrando la falda por el suelo del almacén.

—Funde cosas, ¿verdad?

—No solo las funde. Las purifica. Todo lo que se pone en este recipiente se destila hasta sus elementos esenciales. Todo lo inútil se quema con el calor. —Le pasó el recipiente para que lo examinara—. Un crisol hecho con una mezcla de arcilla y grafito lo quema el doble de rápido. Eso supone un ahorro de tiempo y dinero para los fabricantes de acero, los constructores navales y los empleados del ferrocarril. Es un invento que ha revolucionado la industria.

Anne sostuvo el crisol con cuidado. Era sólido y pesado.

—¿Y tú eres el único que los fabrica?

—En Inglaterra sí. Lo cierto es que no podemos satisfacer la demanda. Nuestras minas no producen lo suficiente. Nos vemos obligados a expandirnos.

Ella le devolvió el recipiente.

—No sabía que pudieran ser tan valiosos.

—Infinitamente valiosos. Queman la porquería. —Posó el recipiente en la estantería y dejó los dedos encima un momento—. A veces, creo que eso es lo que me ha pasado a mí.

Anne lo observó con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

Hart dejó caer la mano hacia el costado.

—Todo esto, todo lo que ha ocurrido desde el momento en que mi madre me pidió que fuera a verla a su dormitorio y me confesó la traición de mi padre... Perdí la fe. Me desanimé. —La miró a los ojos con tristeza—. Te perdí.

Anne se quedó de piedra. Se le cortó la respiración cuando él extendió la mano para apartarle un rizo suelto de la sien, que sujetó con el sombrero negro.

—Supongo que a veces uno tiene que arriesgarlo todo y meterse en el fuego para darse cuenta de lo que es realmente importante. Dejar que se queme todo lo demás. Las llamas te derriten hasta dejar solo lo mejor de ti. Al final, lo único que quedó de mí fueron mis responsabilidades... y mi amor por ti.

A Anne le temblaron los labios.

—Hart...

—No digas nada. —Le acarició la mejilla—. Todavía no.

—No puedes esperar que...

La hizo callar con un beso.

Anne emitió una protesta ahogada cuando los labios de Hart rozaron los suyos. Enseguida se transformó en un murmullo de placer. Le puso las manos en el pecho.

Allí no tenían ninguna privacidad. Cualquiera podía sorprenderlos.

Pero a él no parecía importarle. Su boca atrapaba cada respiración, cada suspiro, y se amoldaba a los labios de Anne con una ternura que a ella le provocó una oleada de calor salvaje en las venas.

Si eso era lo que sentía al besarlo, tembló al pensar en cómo sería todo lo demás.

¡Qué pensamiento tan peligroso!

Por suerte, Hart no alargó el encuentro. Si lo hubiera hecho, ella podría haber sucumbido, sin importar las consecuencias.

Hart apoyó la frente en la suya con delicadeza.

—Si no te lo digo ahora, puede que nunca lo diga.

—Ya me has dicho que...

—Eso no. —Su voz sonaba cada vez más grave—. Dios, Anne. Ya debes saber lo que siento por ti. Eso nunca ha sido lo difícil para mí.

Ella deslizó las manos por la pechera de su chaleco de lana.

—¿Entonces qué?

—Debo dejarte —dijo—. Tengo que irme la semana que viene. Debo ocuparme de unos asuntos de la empresa en el norte de Escocia. No hay forma de evitarlo.

Anne se apartó para mirarlo a los ojos.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Posiblemente un mes.

—¡Un mes!

Anne sintió un peso en el pecho.

Con razón no quería que ella hiciera promesas ni declarase sus sentimientos. Sabía lo que se avecinaba. Y era muy consciente de lo que significaba.

Así había terminado la última vez. Justo cuando estaban a punto de alcanzar su final feliz, él se había ido. Y lo que sentían el uno por el otro no había sido lo bastante fuerte como para soportar la separación.

—La mayor parte de ese tiempo lo pasaré explorando oportunidades mineras en las Tierras Altas. Cuando deje el hotel en Inverness estaré de viaje, sin domicilio fijo. Me será difícil recibir cartas, pero pienso escribirte todos los días.

—No tienes que...

—Todos los días —prometió—. Regresaré a tiempo de asistir a la fiesta de mi abuelo. Iré directo a Hampshire desde la estación. Si me correspondes, nos vemos en Sutton Park. Si no, no vayas.

A Anne se le secó la boca.

—Pero teníamos un acuerdo...

—Eso ya no me importa —aseguró—. Nunca debí exigirte nada a cambio de ayudarte. No lo necesitaba. Haría cualquier cosa que me pidieras, Anne. Lo que fuera. —La miró a los ojos—. Te he amado sin tregua durante todo el tiempo que hemos estado separados. Te amaba incluso cuando estaba furioso contigo. Si vas a Sutton Park, que sea porque sientes lo mismo y por ninguna otra razón. Y por el amor de Dios... —Le posó la mano en la mejilla—. Ponte lo que quieras. Negro, rojo... viste cualquier color del mundo. No necesito más concesiones. Lo único que quiero, todo lo que siempre he querido es a ti.

Anne tragó saliva con dificultad. No quería esperar. Quería hablar con él en ese instante. Dejarlo todo resuelto.

Pero Hart tenía razón.

No era el momento ni el lugar. Y aunque lo fuera, dudaba que fuera capaz de encontrar las palabras. Tenía la cabeza hecha un lío.

—No es mucho tiempo —se excusó Hart—. Y yo...

Anne se aferró a la tela de su chaleco en señal de advertencia.

—Si me dices que la distancia fortalece los lazos de amor, Félix Hartford, no me responsabilizo de mis actos.

Él sonrió.

—Entonces no te lo diré. —Le dio otro beso en los labios antes de apartarse—.

Ven —le pidió, ofreciéndole el brazo—. Déjame mostrarte el resto de la fábrica.

Capítulo 38

Anne se sentó frente a Stella dentro del carruaje mientras se alejaban de la casa del señor Fielding en Russell Square.

Su madre seguía dentro con el caballero, encerrada en su estudio desde que llegaron. Él necesitaba la ayuda de lady Arundell para repasar un misterioso texto en latín. Algo relacionado con los romanos o los antiguos egipcios.

Anne había estado sola durante gran parte de la visita, languideciendo en el salón junto a una tetera de té negro mientras la lluvia resbalaba a raudales por las ventanas.

Evelyn ya no estaba en casa. Tras su breve luna de miel, ella y el señor Malik se habían trasladado a una pequeña granja en Hampstead. La tía y las hermanas de su amiga también se habían marchado, regresaron a Sussex poco después de la boda.

No tenía a nadie que le hiciera compañía.

Por suerte, no había bebido más que una taza de té amargo cuando se le ocurrió mandar llamar a Stella.

Su amiga no la había visitado a menudo en la casa de Ludgate Hill. El viaje sin carruaje era demasiado pesado para ella. Pero la calle George estaba a poca distancia de Bloomsbury. Stella llegó en un abrir y cerrar de ojos, mojada, con las mejillas sonrosadas y sonriendo.

Anne había obtenido rápidamente el permiso de su madre para usar el carruaje y poder ir de compras con su amiga.

—¿Paramos en Hatchards? —preguntó Stella—. ¿O prefieres visitar la librería Bloxham en Charing Cross? A Julia le gusta más.

—Ninguna de las dos cosas—. Vamos a la tienda de ropa del señor Malik en la calle Conduit.

Su amiga sonrió.

—¿Necesitas un vestido nuevo?

—Necesito todo nuevo —respondió sin rodeos.

Stella adoptó una expresión inquisitiva.

—¿Para qué? —preguntó—. La temporada londinense ha terminado.

—No es por la temporada. Es para la fiesta en casa de lord March.

—¿Sigues pensando en ir?

—Claro que sí. —No entendía cómo alguien podía dudarlo.

Pero Hartford dudaba.

Parecía convencido de que existía la posibilidad de que ella lo rechazara.

Anne no podía culparlo del todo. Lo había decepcionado en el pasado, igual que él la había decepcionado a ella. Lo que sucediera a continuación sería cuestión de confianza.

Ambos se habían puesto en una situación vulnerable. Él lo había hecho primero, confesándole sus sentimientos sin esperanza de ser correspondido. Y ahora ella debía hacerlo también. Debía dejarle claro que lo quería tanto como él a ella.

Había tenido pocas oportunidades de hacerlo en las cartas que le había enviado aquellas dos últimas semanas. Aunque le había escrito con cariño, no se había atrevido a abrir su alma, pues no estaba segura de que sus palabras le llegaran. Hart se había quedado muy poco en Inverness. El resto del tiempo lo había pasado viajando por las Tierras Altas, sin garantía alguna de recibir el correo.

Eso no le había impedido comunicarse con ella. Fiel a su palabra, había escrito a diario para hablarle sobre el tiempo, la gente que había conocido y los divertidos encuentros que había tenido con los lugareños.

No eran cartas de amor ni mucho menos. Hartford no era de sentimentalismos empalagosos. Pero sus sentimientos por ella se palpaban en cada línea.

Anne lo veía. Lo sentía. La extrañaba muchísimo. Igual que ella a él.

—El tiempo en Hampshire será horrible —supuso—. Pero imagino que Sutton Park estará decorado para las fiestas. No pienso proyectar una sombra fúnebre sobre las fiestas con mi habitual crepé negro y bombacina.

Stella se inclinó hacia delante en su asiento; estaba entusiasmada.

—¿Piensas comprar algo de otro color?

—Estaba pensando en un vestido rojo.

—¡Rojo! —Abrió los ojos de par en par—. Tú, o todo o nada, ¿eh?

—¿Debería empezar más suave? ¿Primero con el rosa pálido y luego con algún tono más intenso? Nunca sería tan cobarde. —Anne miró a su amiga—. ¿Tú también encargarás un vestido nuevo?

—Creo que sí. He estado ahorrando. Y por una vez quiero causar una buena impresión. Nadie me reconocerá en Sutton Park, excepto tú y el señor Hartford. —Frunció el ceño—. ¿Pensará que soy ridícula?

—Hartford está demasiado ocupado haciendo el ridículo por sí mismo como

para advertirlo en otra persona —dijo Anne sonriendo—. ¿Por qué? ¿Qué piensas ponerte?

—No es por la ropa. Es otra cosa. —Se sonrojó—. Pedí un tinte para el pelo por correo.

—¡Dios mío! ¿No estarás pensando en usarlo?

Ninguna dama de la alta sociedad recurriría jamás al tinte. Al igual que los polvos y el colorete, era algo reservado para la clase baja: actrices, prostitutas y mujeres de dudosa reputación.

—Estoy harta de tener el cabello gris —se quejó.

—Pero eres tú. Cualquier otra cosa no sería más que pura fantasía.

—¿Qué tiene de malo un poco de fantasía?

—Nada, excepto que las personas que conozcas no te verán como realmente eres.

—Ese es el problema. No me ven en absoluto. En cuanto ven mis canas, me descartan de plano. Nadie se fija en mi cara ni en mi figura, ni en si soy inteligente, si soy divertida o buena amazona. Me gustaría tener la oportunidad de brillar sin que mi pelo me lo impida.

—Yo te veo. Y quien no consiga verte, no te merece.

—Eres un encanto. Qué lástima que no puedas casarte conmigo.

—¿De eso se trata? ¿Quieres encontrar marido?

Stella se recostó en el asiento.

—No quiero marido. Quiero mi libertad. Y el matrimonio es, irónicamente, la única forma de conseguirla. Si ese tinte me ayuda, lo probaré con gusto.

Fuera, el traqueteo de las ruedas y las herraduras se intensificaba a medida que el carruaje se incorporaba al tráfico de la calle Bond. La lluvia no había impedido que la gente acudiera a sus tiendas favoritas. Los caballos relinchaban y los cocheros se gritaban entre el chapoteo de los charcos.

—¿Qué color compraste? —preguntó Anne.

—Oro circasiano. Se supone que deberá quedarme un radiante tono cobrizo.

Anne no consiguió disimular una mueca. No pudo evitar pensar en la señora Frazil y sus chillones mechones teñidos.

—Ay, Stella...

—Quizá sea mi única oportunidad de causar impresión.

—Puede que no sea la impresión que buscas.

—Sería algo. Y como nadie me conoce allí, no veo qué daño podría causar.

—Supongo que no —claudicó Anne—. Pero ¿por qué cobrizo? ¡Por Dios!

Stella respiró hondo.

—Fui a la Galería de la calle Berners.

—¿La qué?

—La galería que nos mencionó ese hombre impertinente del Museo Británico.

—¡No me digas!

Su amiga estaba avergonzada.

—Sí.

—¿Y? —insistió Anne, curiosa a su pesar.

—Vi el cuadro del señor Whistler. En el lienzo había representada una mujer... una dama pálida con un vestido blanco, de pie sobre un fondo blanco. No tenía ningún color, excepto el tono de su cabello.

—Déjame adivinar: ¿cobrizo?

Stella asintió con tristeza.

—No tenía nada más que eso. Estaba pálida y vacía. Era un espectro con la mirada perdida.

—¿No es un cuadro bonito, entonces?

—Es inquietante. —Suspiró—. Ay, Anne. Nunca debí ir a verlo. Debí intuir que la comparación era un insulto.

Al recordar al apuesto joven en la silla de ruedas, Anne no estaba tan segura.

—Fue impertinente —reconoció—, pero no creo que tuviera intención de ofender.

—¿Y de qué otro modo puedo tomármelo?

—Parecía estar maravillado contigo.

La miró con incredulidad.

—No lo estaba.

—Eso es lo que me pareció a mí. Fuera como fuese ese cuadro, me atrevería a decir que lo decía como un cumplido. Los caballeros artistas deben de suponer que una dama quiere ser comparada con obras de arte oscuras e inquietantes.

Stella guardó silencio un momento.

—¿Era un caballero?

—Lo parecía. Vestía con decoro. Y hablaba bien. Pero, ¿quién sabe? Nunca lo había visto. —Anne sonrió—. No te teñirás el pelo, ¿verdad, querida?

—Tengo toda la intención de hacerlo —aseguró, irguiéndose con determinación

—¿Y tu hermano? ¿No se opondrá?

—No tiene por qué enterarse. El panfleto promete que el tinte desaparecerá en

una semana. Lo aplicaré la noche antes de partir hacia Hampshire. Puedo ocultarlo con una redecilla y un sombrero. Mi hermano no se dará cuenta. —Hizo una mueca—. Dudo que se fije siquiera. Él tampoco me ve, salvo como una especie de secretaria. Y ni siquiera eso merece su consideración.

—Se espera que las hermanas sean útiles. También las hijas.

Miró por la ventanilla del carruaje mientras se acercaban a la calle Conduit y pensó en lo mucho que insistía su madre en la conveniencia de tener un caballero en quien apoyarse.

—¿Tu madre está siendo muy exigente? —preguntó Stella con preocupación.

—No más de lo habitual. Pero a pesar de su excentricidad es muy tradicional. Para ella, un marido o un hijo serían de un valor infinito. Mientras que una hija... —Dudó, reacia a confesar la verdad—. Las hijas deben sacrificarse. Renunciamos a nuestros propios sueños por nuestras familias. Nos quedamos en casa cuando nos necesitan. Nos casamos con quien nos dicen que lo hagamos. Y se supone que debemos obedecer a todo sin quejarnos ni recibir reconocimiento. Mientras que un hombre...

—Cuando un hombre renuncia a lo más mínimo por su familia es aclamado como un héroe —convino Stella—. Es injusto. La vida de una mujer no es menos importante. Y nuestros sacrificios no son menos valiosos.

—Desde luego que no. Son más valiosos, porque tenemos más que perder.

El carruaje se detuvo frente a la tienda del señor Malik. Anne y Stella se apearon con la ayuda del lacayo. Jeanette había viajado en el asiento de fuera junto a él y bajó a toda prisa para seguirlas dentro de la tienda, iluminada con luz de gas.

La modesta sala de exposición estaba amueblada con un par de sillas de cuero, un espejo de tres cuerpo y un alto mostrador de caoba pulida. Una puerta con cortinas conducía a los talleres de la trastienda.

Todavía era un negocio pequeño, pero su popularidad crecía. Según Evelyn, su ya esposo había recibido hacía poco encargos de vestidos de luto de varias damas de compañía de la Reina.

A Anne no le extrañaba. El señor Malik tenía un don para confeccionar prendas sencillas y elegantes. También era muy hábil eligiendo las telas y los colores más favorecedores. Estaba impaciente por recibir sus consejos.

Pero no fue el modisto quien emergió un instante después desde detrás de la cortina. Fue su prima, Mira. Era una joven hermosa, de cabello negro y ojos verde aceituna, y lucía un vestido de lana oscura de corte impecable.

—Milady. —La señorita Malik inclinó la cabeza—. Señorita Hobhouse. ¿En

qué puedo ayudarlas?

—Señorita Malik —saludó Anne—. ¿No está disponible el señor Malik? Tengo un pedido importante que hacer y estoy deseando consultar con él.

—Lo siento, pero no está aquí en este momento. Está en palacio.

—¡Cielos! —susurró Stella—. ¡Qué emocionante!

Mira sonrió con orgullo.

—Tiene otro encargo.

—¿Volverá esta tarde? —quiso saber Anne.

—No puedo prometérselo, mi señora —se excusó—. ¿Puedo ayudarla yo?

No quería ofenderla. La señorita Malik era una costurera talentosa por derecho propio. De hecho, había sido ella quien se encargó de gran parte de los intrincados bordados y delicados ribetes de los vestidos de noche de Evelyn.

—Necesito dos vestidos de gala —dijo Anne—. Además de varios de día y uno de viaje con el que hacer un largo trayecto en tren el mes que viene.

—Sí, milady. Tenemos una selección de nuevos crepés negros, popelinas y sedas al agua.

—No los quiero negros —Apoyó las manos enguantadas en el borde del mostrador de madera—. Prefiero el rojo.

La costurera arqueó las cejas, pero no hizo ningún comentario sobre el drástico cambio de color.

—¿Ha pensado en algún tono en particular?

—Esperaba que su primo me aconsejara. —Hizo una pausa—. O usted, si puede.

La señorita Malik miró a Anne frunciendo el ceño con actitud pensativa.

—Escarlata no. Y el burdeos le apagaría el rostro. Debe ser carmesí, o un tono más oscuro de rojo anaranjado. —Se dirigió a uno de los estantes—. Tenemos un nuevo terciopelo carmesí que sería perfecto para un baile.

Anne intercambió una mirada con Stella. El terciopelo carmesí no solo era brillante, sino también suntuoso y agradable al tacto. Sensual, incluso. Si lo eligiera, sería toda una declaración de intenciones.

—Pues el terciopelo carmesí —decidió.

La joven sacó varios rollos de tela más oscuros hasta revelar, al fin, uno de un intenso rojo carmesí. Lo sacó del estante. Al hacerlo, otro de llamativa seda cayó hacia delante.

Aquella segunda tela no era roja. Pero era maravillosa.

A Anne se le aceleró el pulso al verla.

—Y esta... —La señorita Malik tocó la colorida tela estampada con mirada indecisa—. ¿Para un vestido de gala, mi señora?

—No —repuso Anne con una seguridad inquebrantable—. La usaremos para mi vestido de viaje.

❋❋❋

Esa misma tarde, ya en su casa de Ludgate Hill, Anne estaba de pie frente al pequeño tocador de su dormitorio mientras su doncella la ayudaba a quitarse la ropa húmeda. Sobre la cama, detrás de ella, había varias cajas abiertas llenas de medias rojas, guantes, sombreros, abanicos y algunas enaguas: el botín de la compra con Stella.

Eso fue lo que vio su madre al entrar en la habitación sin previo aviso.

Lady Arundell se quedó de piedra.

—Hija, ¿qué significa todo esto?

Anne le hizo un gesto a Jeanette para indicarle que se fuera. La criada salió de la habitación a toda prisa y la dejó medio desnuda a solas con su madre.

—No me opongo a que compres —dijo lady Arundell—, pero ropa interior de ese color...

—No es solo ropa interior. —Cruzó la habitación ataviada solo con el corsé, el cubrecorsé y la falda negra manchada de barro—. También he comprado otras cosas.

Su madre agarró uno de los sombreros: era de terciopelo rojo y estaba adornado con bayas y relucientes cuentas de cristal también rojas. Mientras lo miraba empezó a comprenderlo todo.

—No me digas que has pedido vestidos del mismo tono.

A Anne se le hizo un nudo en el estómago. Llevaba tiempo temiendo esa conversación.

Pero no tenía sentido posponer las cosas. Ya había tomado una decisión.

—Varios —aseguró—. Deberían estar listos para cuando nos vayamos a Hampshire.

Su madre se quedó atónita.

—Pretendes dejar el luto.

No era una pregunta.

Anne respondió de todos modos:

—Así es.

—¿Y vas a hacerlo de esta forma tan drástica? —Negó con la cabeza—. ¿Y tu padre?

—Han pasado siete años, mamá.

—Sé cuánto tiempo ha pasado. —La dama arrojó el sombrero a la cama con una fuerza innecesaria—. ¿Esto es cosa de Hartford?

—Lo he decidido yo.

—No insultes mi inteligencia, hija mía. El descaro del color por sí solo ya delata su influencia. Nunca se ha tomado nada en serio en su vida, y menos aún las obligaciones que uno tiene con su familia.

Anne dio un paso rápido hacia adelante y enseguida salió en su defensa.

—Pues te equivocas. Es más responsable de lo que imagina todo el mundo. Y siente un gran respeto por su familia.

Su madre resopló.

—Es cierto —insistió Anne—. Créeme cuando te digo que asume muchas responsabilidades.

—¿Qué ha hecho él salvo aceptar retos o apuestas? Incluso su decisión de acompañarnos al condado de York fue impulsiva, en el mejor de los casos. No tiene principios ni mayores cualidades que un aspecto agradable y cierta habilidad con las riendas. —Se le ensombreció la expresión—. Nunca debí aprobar este cortejo. Debería haber imaginado que sería un desastre. Lo cierto es que sí que lo sabía y no quise ver las consecuencias.

—Tonterías —repuso Anne.

Su madre la miró con fijeza.

—¿Cómo dices?

—He dicho que eso son tonterías. Hartford tiene principios. Aunque a veces pueda parecer imprudente y arrogante, es solo una fachada que usa para ocultar la verdad

—¿Y qué verdad es esa, si no te importa contármelo?

Dudó.

No podía revelarle a su madre la existencia de la señora Neale y sus hijos. Nunca traicionaría la confianza de Hart sobre ese asunto. Pero la fábrica de crisoles era otra cosa.

—Es un hombre de negocios, mamá —dijo—. Un hombre exitoso. Es copropietario de una empresa de crisoles en Battersea.

Lady Arundell se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

Decidió continuar. No se avergonzaba del oficio de Hartford. Más bien al contrario. Describió con orgullo la fábrica, con sus enormes almacenes y mecanismos para moler, mezclar y hornear la arcilla. Le comentó la función del grafito en el proceso, lo valiosos que eran los crisoles para los constructores navales y el ferrocarril y cómo el negocio pronto expandiría sus operaciones mineras a Escocia.

—Lleva cinco años trabajando en secreto —prosiguió—. Y no puede compartir lo que ha logrado con su familia ni con otras personas de la alta sociedad. Y eso es una injusticia. Es terrible que una persona se vea obligada a abstenerse de compartir su éxito solo porque su entorno menosprecia a cualquier hombre que trabaje para ganarse la vida.

Su madre parecía impresionada y consternada a la vez.

—¿Quieres decir que todo este tiempo... ha estado trabajando?

—Sospecho que muchos caballeros trabajarán en el mundo del comercio de un modo u otro antes de que termine la década —opinó Anne—. Sería una insensatez no invertir en fábricas o en el ferrocarril. El mundo está cambiando, mamá. Un hombre no puede aislarse del progreso, al igual que una dama. Seguro que estás de acuerdo. Por eso vinimos a Ludgate Hill, ¿verdad? Para vivir entre la gente común y apreciar el valor de su energía y esfuerzo.

Lady Arundell frunció el ceño.

—Sí, pero... ¿una fábrica en Battersea?

—Le ha ido bien, mamá. Ojalá pudieras verlo. Ojalá todos pudieran verlo.

—¿Y qué hay de Barton Court? ¿Piensa dejarlo?

—Claro que no. Le ha hecho numerosas reparaciones. Tengo entendido que es un propietario responsable y esmerado. —Hizo una pausa y añadió—: Aunque cualquier cosa supondría una mejora después de lo mal que dejó su padre ese lugar. Lo cierto es que Hartford ha tenido que arreglar muchos de los desastres que dejó su padre.

—No me sorprende —admitió lady Arundell—. Everett Hartford estaba más interesado en los asuntos morales que en los asuntos terrenales.

Anne sabía que eso no era cierto. El padre de Hartford dedicaba demasiado tiempo a asuntos terrenales, como lo demostraban sus tres hijos ilegítimos.

—La cuestión es —continuó— que, a pesar de los errores de su padre, Hartford nunca ha eludido su deber.

—¿Se trasladará a Barton Court una vez casado? —La idea pareció consolarla un poco—. Tú adorabas el campo. ¡Cuánto lloraste cuando nos vimos obligadas a

dejar Cherry Hill!

—Me encanta el campo. Siempre me ha gustado.

—¿Y te conformarías con casarte con un comerciante?

Anne se sonrojó.

—Todavía no me ha propuesto matrimonio —dijo—. Pero si lo hiciera...

Si lo hiciera...

Después de todo, Hartford podría cambiar de idea cuando volviera de Escocia, igual que le ocurrió al regresar del Himalaya. Tras de un periodo de reflexión sin la influencia de su atracción, podría darse cuenta de que sus sentimientos habían cambiado.

Pero los sentimientos de Anne no habían cambiado en casi siete años. Ya no tenía miedo de admitirlo.

—Lo quiero, mamá —confesó—. Lo quiero tanto como tú querías a papá.

Lady Arundell se sentó en el borde de la cama. Se le saltaron las lágrimas.

—Lo echo tanto de menos.

Corrió junto a su madre y se sentó a su lado.

—Yo también —admitió, rodeándola con el brazo—. Lo extraño todos los días.

—Lo quería tanto...

—Y él nos quería a nosotras. No querría que fuéramos infelices. Ni por un instante. No querría que lo lloráramos para siempre.

—No quiero llorarlo. Quiero que vuelva conmigo.

—Ay, mamá.

—Ya sé que es un deseo tonto. —Estrechó a su hija por los hombros, acercándola—. Los muertos siempre están con nosotros. Dondequiera que miremos y dondequiera que vayamos. Pero permanecen fuera de nuestro alcance. Eso es lo más desesperante. Sentir su presencia, pero no llegar a tocarlos nunca o sentir la bendita seguridad de sus brazos. Me temo que, una vez cerrada esa puerta, no se vuelve a abrir hasta que nos unimos a ellos en la tumba.

A Anne se le hizo un nudo en la garganta.

—Espero que no estés impaciente por que eso ocurra.

—No, de ninguna manera. —La voz de lady Arundell se tiñó de un inusual arrepentimiento—. Siento haberte alarmado con eso, querida.

—Sí que lo has hecho. A veces temía...

—No tenías por qué. Todavía no he llegado a ese extremo. —La dama le secó una lágrima de la mejilla—. Pero te he hecho sentir mal, ¿verdad?

—No —aseguró su hija en voz baja.

—Te he acaparado por miedo a perderte, igual que lo perdí a él.

—Nunca me perderás —prometió—. Siempre estaré aquí para ti, mamá. Nunca te abandonaré en un momento de necesidad.

—Lo cierto es que he estado muy necesitada.

—Tu amor fue igual de grande. Es justo que lo llores.

—Yo, quizá; pero tú no, mi niña. Eres joven todavía. No puedes pasarte la vida mirando hacia atrás. —Adoptó una expresión pensativa—. Quizás es hora de que te deshagas de tu ropa negra. Tienes el futuro por delante. En cuanto a mí... confío en que no te ofenderás si conservo el luto.

—No me ofenderé. Solo quiero que seas feliz.

—Qué niña más tonta. —Su madre la abrazó fuerte y le dio un beso en el pelo —. ¿Cómo podría no serlo con una hija como tú?

Capítulo 39

Hart aguardaba para recibir a los invitados, junto a su abuelo y su tío, en el vestíbulo de Sutton Park.

La imponente casa de estilo gótico, con sus arcos de piedra tallada y techos abovedados, se había decorado con esmero para las fiestas. Todas las ventanas y puertas, además de la repisa de la chimenea, estaban engalanadas con ramas de pino y guirnaldas de acebo y hiedra, dispuestas de forma ingeniosa, con hojas adornadas con cristales artificiales para imitar la llegada de las heladas. Las hojas resaltaban entre cintas rojas y doradas, además de bellotas y frutas teñidas.

Si eso no bastara para inspirar el espíritu navideño, sin duda lo conseguiría la alegría de los invitados y el aroma a pino y pastel de jengibre recién horneado que flotaba por los pasillos.

Hart había llegado la noche anterior sin estar seguro de la clase de recibimiento que tendría. Había estado fuera poco más de un mes; dejó a Marcus solo en Battersea con la única ayuda de su madre y sus hermanas para protegerlo de sus peores instintos. Era tiempo suficiente para que estallara cualquier crisis: revelaciones sobre la familia Neale y la fábrica de crisoles o alguna amenaza de chantaje por parte de Gabriel Royce. Casi esperaba encontrarse con un grupo de parientes furiosos que exigían su cabeza.

En cambio, se encontró con un ambiente familiar relativamente alegre.

Brookdale ya estaba en la casa, junto con su esposa, su hijastra y sus tres hijos pequeños, a los que habían instalado en a la habitación infantil de la primera planta. El resto de los invitados llegaban ese día. Habían ido apareciendo durante la última hora.

Entre ellos había parientes con título, hacendados y sus esposas, damas y caballeros granjeros de buena cuna, botánicos estudiosos y algunos comerciantes.

El señor Archer había acudido con su esposa, Laura, y su hermano, Edward Hayes, que iba en silla de ruedas. Lo acompañaba un criado que lo ayudaba a subir las escaleras.

Los invitados fueron recibidos uno a uno y los sirvientes los acompañaron por la amplia escalera de roble hasta sus respectivas habitaciones. Todos volverían a reunirse en el baile de esa noche, que supondría la inauguración formal de la fiesta

en la casa, con una orquesta de veinte músicos y una suntuosa cena con champán.

El abuelo ya no acostumbraba a recibir invitados, pero cuando lo hacía, no escatimaba en gastos.

Hart sonrió e hizo una reverencia a otra joven y a sus padres. La tía Esther había cumplido su amenaza de invitar a unas cuantas solteras atractivas. No le importaba que ya estuviera cortejando a Anne.

—Le recuerdo que lady Anne no está aquí —le advirtió la tía Esther cuando la joven y sus padres avanzaron por la fila de recepción.

No necesitaba que se lo recordaran. Cada vez que se abrían las puertas y la lluvia traía a un nuevo grupo de invitados, él buscaba a Anne y sentía una nueva decepción.

Su prolongada ausencia de Inglaterra podría haber acabado con sus esperanzas, como había ocurrido la última vez.

Sin embargo, para la Compañía Parfit había merecido la pena. Tras casi una semana de exploración, un viejo mapa los había llevado a un remoto valle de las Tierras Altas, cerca del lago Ness. Allí, una excavación reveló una profunda veta de grafito. El descubrimiento fue lo suficientemente prometedor como para poner en marcha el proyecto. Y lo que había resultado aún más halagüeño, el sensato propietario del terreno parecía tan impresionado con William Webb como Hart lo había estado siempre. Era un buen augurio para su nueva aventura.

Pero nada podía librar a Hart de esa terrible aprensión por todo lo demás.

Quizá su vida personal no significara mucho en un libro de cuentas, pero era infinitamente más valiosa para él. Sin Anne, el resto no valía nada.

Casi se había resignado a que no acudiría cuando las puertas se abrieron de nuevo y lady Arundell entró con su habitual majestuosidad. La seguían Anne y la señorita Hobhouse. Las tres iban ataviadas con gruesos abrigos y sombreros para protegerse de la lluvia.

A Hart se le contrajo el pecho antes de sentir un inmenso alivio. Pero no fue solo alivio lo que sintió al mirarla. Fue una felicidad profunda y arrebatadora.

Aquella era la respuesta de Anne a lo que él le había dicho en la fábrica de crisoles.

Ella también lo amaba.

Puede que no lo dijera con palabras, pero lo demostraba con sus acciones. Había acudido porque lo deseaba, y no solo por un momento, sino para siempre.

Hart no podía imaginar una alegría mayor.

Y entonces, Anne se quitó el abrigo.

❋❋❋

Cuando la criada la ayudó a quitarse el abrigo mojado, Anne oyó el revuelo. Era difícil saber si Hartford había sido una de las personas que había exclamado, pero temía que sí.

Ella misma se había sorprendido bastante al probarse aquella ropa por primera vez.

El vestido de viaje de seda a cuadros azules y rojos tenía un corte impecable. Estaba confeccionado con un corpiño ajustado que le ceñía la figura con la dulzura de una carta de amor y resbalaba por sus caderas en un delicado drapeado de voluminosas faldas. El estampado era atrevido y tal vez algo impropio, pero realzaba su cabello y su tez; y combinado con la elegancia que conseguía imprimir el señor Malik a todas sus prendas, daba como resultado un vestido que sin duda atraería las miradas de cualquiera.

Pero Anne solo se preocupaba por un par de ojos.

Después de alisarse la falda y atusarse el cabello, respiró hondo para tranquilizarse y se volvió hacia él.

Hartford se había alejado del comité de recepción. Tenía la expresión de un hombre absorto.

Ella sonrió con timidez y él esbozó una leve sonrisa. La expresión le iluminó el rostro y aquellos ojos azules. Cruzó el vestíbulo para saludarla.

—Anne. Estás...

—Sí, lo sé. —Aceptó sus manos extendidas—. Parezco un pavo real.

—Yo iba a decir que estás preciosa. —Le estrechó las manos—. Dios mío, cuánto te he extrañado.

Anne le sonrió con el corazón henchido de emoción.

—Yo también te he añorado.

—Hartford —interrumpió lady Arundell—, por favor, deje de acaparar a mi hija. Hemos hecho un largo viaje y estamos impacientes por instalarnos en nuestros aposentos.

—Discúlpeme —dijo él.

Anne no permitió que la soltara todavía. Lo atrajo hacia ella tirándole de las manos. Él enseguida inclinó la cabeza.

—Por favor, no hagas comentarios sobre el cabello de la señorita Hobhouse —susurró.

Hart arqueó las cejas, pero no preguntó.

—Por supuesto que no.

Anne asintió con decisión antes de soltarlo. Detrás de ella, Stella se había quitado el sombrero, revelando una espesa melena de un cálido color albaricoque que lucía recogida en una densa redecilla.

No era demasiado estridente. A decir verdad, si alguien no conociera a Stella, podría pensar que el tono le sentaba bastante bien.

Pero Anne no lo creía.

No era ella. Parecía una completa desconocida. Una criatura romántica en un cuadro, no la fuerte Furia de cabello plateado que Anne conocía y amaba.

Durante el viaje, lady Arundell la había regañado severamente por teñirse. Pero si Hartford estaba sorprendido, no lo demostró.

Parecía completamente obnubilado ante Anne, a la que acompañó a saludar a sus parientes sin alejarse en ningún momento.

—Veo que se han quitado el luto —observó lady Brookdale—. Debo decir que lo apruebo.

—Tiene un aspecto encantador, querida. —Lord March estrechó la mano de Anne—. El tartán es un estampado muy alegre. A menudo se lo comento a mi nieto.

—Señorita Hobhouse, la veo distinta —comentó Mariah.

—Señorita Spriggs. —Stella hizo una reverencia—. ¿De verdad? Me atrevería a decir que es por este mal tiempo.

—¡Oh, es horrible! —exclamó Mariah—. ¿Cree que ha afectado a las carreteras? ¿Se retrasarán mucho los invitados que vienen de Londres?

—Todos nuestros invitados han llegado —advirtió lady Brookdale—. El grupo de Lady Arundell es el último. —Lord Brookdale hizo una reverencia a la condesa viuda.

—Su señoría...

—Brookdale... —respondió lady Arundell, mirándolo con altivez—. ¿Sigue divirtiéndose en Westminster?

—Todos debemos tener nuestras pequeñas diversiones, señora —repuso él con frialdad.

—Algunas más interesantes que otras —espetó la dama antes de avanzar por la fila para hablar con lord March. El conde soltó la mano de Anne para dirigirse a su madre.

—¿Pero cree que los caminos se volverán intransitables? —preguntó Mariah, esta vez dirigiéndose a Anne.

—¿A qué viene tanto interés por los caminos? —preguntó Hartford—. ¿No habrás invitado a tu misterioso pretendiente a la fiesta?

La joven se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—¡Oh, por qué tienes que ser tan horrible!

—No le hagas caso —le recomendó Anne—. De lo contrario, solo lo animarás.

Hartford recorrió con un dedo el dorso del brazo de Anne, enfundado en la seda a cuadros.

—Hablando de ánimos...

Anne notó cómo se le hacía una bola de fuego en el vientre. Apenas podía mantener la compostura.

—Las carreteras están en mal estado, pero no están intransitables —aclaró—. Y los trenes circulan sin problemas. El nuestro ha llegado con total puntualidad.

Mariah agachó los hombros aliviada.

—¿Mariah? —Lady Brookdale le hizo una seña a su hija—. Ven aquí. Tu abuelo decía...

Ajena a la conversación, Anne volvió a dirigirse a Hartford.

—Eres muy malvado —le regañó.

—Sí. ¿Me reservas la pieza inaugural del baile de esta noche? Es un vals.

A Anne se le aceleró el corazón. La última vez que bailó el vals con él tenía dieciséis años. A decir verdad, no había vuelto a bailar con él. Cada vez que se lo había pedido, ella se había negado.

Pero esa vez no.

—Claro. —Sonrió—. Con mucho gusto.

Capítulo 40

La habitación de Anne en el tercer piso de Sutton Park era, sin duda, una de las más bonitas de la casa. Las paredes estaban enteladas con seda azul de China, y amueblada con una rica alfombra Aubusson, un delicado secreter de nogal con todo tipo de útiles de escritura y una cama cubierta con un lujoso dosel de damasco azul y dorado. Lo mejor de todo era que las ventanas daban a los establos. Antes de que se pusiera el sol, vio algunos de los caballos retirados de Cherry Hill retozando en el pasto.

Si Anne no hubiera reconocido ya sus sentimientos por Hartford, lo habría hecho en ese mismo momento.

No solo estaba enamorada de él. Lo amaba.

¿Cómo no iba a hacerlo?

Sospechaba que había elegido esa habitación especialmente para ella. No dejaba de pensar en ella. Siempre lo había hecho.

—No te gusta —dijo Stella con tristeza. Se paró frente al espejo de cuerpo entero y examinó su reflejo. La luz de las velas refulgía en el cristal e iluminaba su nuevo vestido de fiesta y el color tan novedoso de su cabello.

Anne se acercó a ella y puso una mano sobre el brazo desnudo de su amiga.

—No es eso. Es solo que no estoy acostumbrada.

—Pero no parezco tan tonta, ¿verdad? —Llevaba un vestido de gala de crepé blanco sobre una tela de seda blanca salpicada de delicados bordados. Era otra de las creaciones inigualables del señor Malik. Para complementarlo, Jeanette le había recogido el cabello en un intrincado moño en la nuca, adornado con perlas y una aguja de cristal hilado.

—No más que yo, espero —repuso Anne. Su vestido era tan llamativo como pálido el de su amiga. Confeccionado con un exuberante terciopelo de seda carmesí, tenía un escote pronunciado, manga corta, un delicado cinturón de terciopelo con cierre dorado y una falda doble adornada con bordados florales negros y rosas rojas de terciopelo—. Ninguna de las dos está fuera de lugar esta noche.

—Tú no —aseguró Stella—. Estás radiante. Yo parezco...

—Etérea. Luminosa. Tan bonita como un cuadro.

—El cuadro del señor Whistler, quizá. —Se volvió para ponerse unos guantes que le llegaban hasta el codo—. Tal vez alguien me invite a bailar por una vez.

—Estoy segura de que sí. —Anne fue a buscar sus guantes—. Seguro que Hartford lo hará. Y es un excelente bailarín. Cuando Evie bailó el vals con él durante la temporada, no pude evitar sentir celos.

—¿De Evie?

—Del placer de bailar con él.

—Te ha invitado a bailar bastantes veces —le recordó Stella.

—Lo sé. Pero esta noche será la primera vez que acepte en siete años.

—Es todo muy romántico.

—Eso espero. —Se ahuecó la falda—. ¿Vamos?

Las dos salieron de la habitación y bajaron por la escalera de roble. Las notas de la música navideña se elevaban desde el salón de baile: violines, oboes y trompas. La orquesta calentaba los instrumentos interpretando *Here We Come A-wassailing*; Hartford las esperaba al pie de la escalera. Estaba arrebatador con su traje de noche blanco y negro. Al contemplar a Anne, sonrió tanto como al verla con el vestido a cuadros.

—Damas —les hizo una reverencia—. Permítanme decirles que ambas lucen espléndidas.

—Gracias —dijo Stella, sonrojada.

Anne se limitó a sonreír.

—No imaginaba lo bien que le sentaría el rojo, milady.

—Yo tampoco. Miró hacia atrás—. ¿Has visto a mi madre?

—Lady Arundell ya está dentro del salón de baile con mi abuelo.

Hartford les ofreció el brazo a cada una.

—¿Me permiten acompañarlas?

Stella, agradecida, le posó la mano en el brazo. Anne hizo lo mismo al otro lado y avanzaron por el pasillo hasta cruzar las puertas de madera tallada, abiertas de par en par, que conducían al salón gótico de Sutton Park.

Era tan majestuoso como Anne lo recordaba, con su techo de yesería ornamentado y sus bóvedas entrecruzadas. Sendas chimeneas italianas de mármol blanco flanqueaban la sala, con un espejo sobre cada una de ellas que reflejaban las tres magníficas lámparas de araña de cristal del techo. Al igual que el resto de la casa, el salón de baile estaba decorado para la Navidad. Había ramas y cintas por todas partes. En el extremo opuesto del salón, los músicos estaban sentados en una tarima.

—Si le interesa bailar el vals inicial, señorita Hobhouse —dijo Hartford—tengo un caballero al que me encantaría presentarle. Es vecino de mi abuelo.

—Oh, sí —agradeció ella—. Tengo muchísimas ganas de bailar.

—Está ahí mismo. —Hartford volvió la cabeza hacia las sillas y bancos que rodeaban la pista de baile de madera pulida. Los asientos ya estaban ocupados por varias damas y caballeros mayores, junto con los habituales corrillos de jovencitas marginadas, y hombres y mujeres solteros. Entre ellos, y no muy alejado de la puerta de la terraza, vieron un apuesto caballero moreno sentado en una silla de ruedas.

Anne lo reconoció al mismo tiempo que su amiga.

Stella contuvo la respiración.

—No se preocupe —dijo Hartford—. Debe de haber entrado en la sala de juego. ¿Voy a buscarlo? Disponemos de algunos minutos antes de que empiece el baile inaugural.

—Por favor —le pidió Anne, soltándole el brazo. En cuanto Hartford se fue, Stella se puso de espalda a la sala, con el rostro encendido.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé. Salvo aquel día en el museo, no lo había visto en mi vida.

—¡Qué vergüenza!

—No tienes por qué avergonzarte. Estás preciosa y...

—Mi cabello y mi vestido son casi idénticos a ese cuadro que nos recomendó —confesó con un hilo de voz tembloroso—. En cuanto me vea se echará a reír.

Anne le tomó la mano.

—No se atreverá.

—Tengo que irme. Necesito un momento para recomponerme.

—¡Stella, espera!

Pero era demasiado tarde. Huyó del salón seguida del revuelo de su falda de seda blanca.

Hartford reapareció un momento después.

—¿Dónde está la señorita Hobhouse?

—Necesitaba tomar el aire —dijo Anne—. ¿Dónde está el vecino de tu abuelo?

—No lo encuentro, el muy canalla... Probablemente se ha escabullido a fumar. —La observó con preocupación—. ¿Pasa algo?

Anne miró al otro lado del salón.

—¿Quién es ese caballero que está junto a la puerta de la terraza?

Hart siguió la mirada de Anne.

—El señor Edward Hayes. Creo que se todos le llaman Teddy. Es el cuñado de un perfumista al que ha invitado mi abuelo. Tengo entendido que es artista. ¿Por qué lo preguntas?

—La señorita Hobhouse y yo coincidimos con él una tarde en el Museo Británico. La dejó completamente desconcertada.

—¿Ah, sí? No imaginaba que fuera de esos. —Hartford frunció el ceño—. ¿Quieres que hable con él?

A Anne le conmovió el gesto.

No solo la protegía a ella, sino también a sus amigas. Había cuidado de Julia en su ausencia y estaba dispuesto a defender también a Stella.

Pero esta vez no hacía falta.

—No fue descortés. Solo la puso nerviosa. Volverá en cualquier momento, estoy segura. La señorita Hobhouse es de pasta dura.

—No lo dudo.

La música navideña cesó y la orquesta comenzó a tocar las primeras notas del vals.

Anne sintió que el corazón se le desbordaba de alegría. Era una pieza de Strauss.

Hartford le tendió la mano.

—¿Me concedes el honor?

Ella le tomó la mano y él la rodeó con el brazo por la cintura, atrayéndola peligrosamente.

—He querido hacer esto cada vez que te veía, en cada baile, durante los últimos seis años y medio.

—Siete ya. —Contuvo la respiración cuando la llevó en el primer giro. Su falda se arremolinó a su alrededor en un elegante arco de terciopelo carmesí.

—Solo cuento los días hasta la mañana que apareciste en la calle Arlington —dijo—. Cuando te encontré allí, de pie en la biblioteca de mi abuelo, pensé que estaba soñando.

—No por mucho tiempo, supongo. Te regañé lo suficiente como para despertarte.

—Estuviste magnífica.

Anne casi perdió la cuenta de los pasos. ¡Había pasado tanto tiempo! Había bailado con otros caballeros, por supuesto, pero nada podía compararse a volver a estar en los brazos de Hartford. Era firme y delicado, y poseía una gracia innata que conseguía que cada giro y cada inclinación fueran como flotar en el aire.

Hubo un tiempo en que el vals se había considerado escandaloso. A ella siempre

le había parecido una exageración. Pero en ese momento entendía por qué había conmocionado a la alta sociedad. Era una especie de abrazo, y el latido de su propio pulso y la intensidad de la música lo convertían en una experiencia todavía más emocionante.

Apretó el hombro de Hartford con fuerza mientras giraban por el suelo de madera pulida.

—Mírame, amor —le pidió él con dulzura. Ella notaba el contacto firme de su gran mano en la espalda, una cálida huella que llegaba hasta su piel a través del corpiño de su vestido de gala—. Confía en mí. Te guiaré.

—Va contra mi naturaleza dejar que otra persona tome el control —respondió, mirándolo a los ojos.

—Puedes dirigir tú si quieres.

Ella contuvo la risa.

—No, gracias. Al menos no cuando bailemos.

Fue Hart quien sonrió entonces.

—Te seguiría a cualquier parte, cariño.

Anne se relajó sintiendo la fuerza de su abrazo. Acostumbrada a no confiar en Hartford, en ese momento se entregaba a él con total convicción. Y con esa entrega sintió una ligereza que no había sentido jamás.

No se apoyaba en él. No dependía de él para que la guiara ni para que la cuidara.

No era nada de eso.

Eran iguales. Compañeros. Se complementaban a la perfección. Y por eso bailar era un placer. Todo era un placer.

Ya no hablaban, solo se miraban a los ojos. Él sonrió con una mirada cálida. Anne sentía su calor vibrando en sus venas.

A medida que las notas del vals bajaban de intensidad y el primer baile llegaba a su fin, Hart inclinó la cabeza hacia su oído.

—¿Me acompañas a la biblioteca? —preguntó—. Hay algo que me gustaría preguntarte esta noche.

A Anne se le aceleró el corazón.

—¿Puedo preguntártelo? —insistió él.

—Sí, claro que puedes.

Cuando la música dejó de sonar, Hart le estrechó la mano con cariño y los dos se dirigieron hacia las puertas que conducían al pasillo.

Apenas habían dado unos pasos cuando él se detuvo de golpe. Palideció como si hubiera visto un fantasma.

A Anne se le revolvió el estómago.

—Oh, no —dijo en voz baja—. ¿Qué hace él aquí?

Era Marcus Neale. Estaba de pie justo en la puerta, vestido con un traje de noche blanco y negro. Y no estaba solo.

Estaba con Mariah.

Capítulo 41

De pronto todo quedó clarísimo. Hart se preguntó cómo había podido estar tan ciego para no caer en la cuenta antes.

Marcus era el pretendiente secreto de Mariah, no había duda.

Había sido él quien le compró el llamativo broche que ella lució en el baile de los Ramsey. Y también quien la había animado a reunirse con él en el parque Richmond. Era el misterioso caballero que luchaba por «enderezar su barco».

Gracias a ella Marcus supo adónde telegrafiar a Hart en el condado de York. Mariah debió de decírselo. Era la novia de Marcus. Su víctima involuntaria, muy probablemente.

No quería creerlo. Su hermanastro y él habían hecho las paces. Parecían entenderse mejor. Pero aquello...

—¿No lo has invitado tú? —preguntó Anne.

—No —admitió él, sin soltarle la mano—. Veré si puedo frenar esto.

Pero ya era demasiado tarde.

Brookdale se reunió con Mariah y Marcus en la puerta, seguido de cerca por la tía Esther. El matrimonio dejaba ver una ira apenas contenida.

Se le heló la sangre.

Las consecuencias de aquel encuentro serían mucho más serias de lo que Marcus podía imaginar. Hart aún no estaba listo para enfrentarlas. Pero después de nueve largos años de secretos, parecía que ya no tenía más remedio.

—Me temo que ya ha pasado la etapa de frenar las cosas —advirtió Anne.

—Creo que tienes razón —respondió con aspereza—. Tengo que afrontarlo todo.

Ella le estrechó la mano para tranquilizarlo.

—Lo haremos juntos.

Hart asintió una vez, tenía la garganta demasiado apelmazada para hablar. Aquella debía ser la noche en que le propusiera matrimonio. En cambio, una vez más, la familia se había interpuesto. La última vez había sido la de Anne. Esta vez parecía que sería la suya.

Se abrieron paso entre la multitud de invitados que se preparaban para el siguiente baile. Cuando llegaron a la puerta, Marcus, Mariah, el tío Brookdale y la

tía Esther ya se habían ido. Se dirigían a la biblioteca.

Hart y Anne los siguieron. El abuelo y lady Arundell emergieron de entre la multitud de invitados para unirse a ellos.

—¿Qué es todo este alboroto? —quiso saber la condesa viuda, agarrándose la falda de su vestido de gala de crepé negro—. ¿Ha pasado algo?

—Es ese misterioso joven que acompaña a mi nieta —dijo el abuelo—. ¿Has podido verlo, hijo?

Hart no respondió.

Anne y él cruzaron el umbral de la biblioteca, con el abuelo y lady Arundell pisándoles los talones.

La biblioteca de Sutton Park era un amplio espacio con aspecto de catedral, pues ocupaba dos pisos. Las paredes estaban cubiertas de libros encuadernados en cuero. Disponía de sillas cómodas en varios rincones, tanto en la planta baja, con sus opulentas alfombras, como en la galería con barandillas de hierro que rodeaba la segunda planta.

El tío Brookdale estaba de pie con su esposa frente a la chimenea y miraba a Marcus y Mariah.

—Así no se hacen las cosas, señor —bramó—. Ha tenido una aventura a escondidas y se ha reunido con mi hija en secreto. ¡Ha mantenido correspondencia con ella! Usted, un hombre al que no conocemos y que nunca ha tenido la cortesía de presentarse formalmente.

—¿Quién es su familia, señor? —preguntó lady Brookdale—. ¿Quiénes son su madre y su padre?

Hart se acercó a ellos acompañado de Anne. Lady Arundell y el abuelo de Hart los seguían de cerca.

—¿Ha venido con intención de irrumpir en la fiesta, joven? —preguntó el abuelo—. Esta es mi casa, señor. Solo se puede acudir con invitación.

—Yo invité al señor Neale —dijo Mariah—. Si me permite explicarme...

—¿Neale? —El abuelo miró a lady Arundell—. ¿Es de los Neale de Surrey?

—Los Neale de Surrey solo tienen hijas, si no recuerdo mal —respondió la dama—. Y este joven no se parece en nada a ellos. Aunque sí me resulta familiar...

—A mí no —repuso la tía Esther.

—Mis intenciones son honorables —aseguró Marcus. Se irguió con la sobria dignidad propia de un pretendiente que visita a los padres de una joven—. Estoy enamorado de su hija. Y algún día espero estar en situación de pedir su mano.

—Es usted un desconocido, señor —le recordó Brookdale—. ¿Y aun así tiene la

temeridad de confesar que ama a mi hijastra y tiene la esperanza de hacerle una proposición? ¡Como si fuéramos a contemplar semejante matrimonio! Nunca nos lo han presentado ni lo hemos visto en sociedad. Desconocemos su apellido, su origen y su forma de ser.

—Ni necesitamos conocerlo —añadió la tía Esther con vehemencia—. Su conducta ya deja bien claro que es usted un sinvergüenza.

Hart se adelantó.

—No puedo hablar en favor de su conducta —dijo, mirando fijamente a su hermanastro—. Pero puedo hablarles de sus orígenes.

El tío Brookdale se volvió hacia Hart, furioso.

—¿Conoces a este canalla? —Se puso rojo como la sangre—. ¡Debería haberlo imaginado! ¿Tú eres el responsable de este escándalo? ¿Fue otra de tus despreciables locuras? Supongo que te pareció divertido emparejar a mi hijastra con un...

—¡Hartford no tuvo nada que ver con esto! —terció Marcus alzando la voz—. La señorita Spriggs y yo nos conocimos por casualidad. Al principio ni siquiera sabíamos el apellido del otro.

—Es cierto —admitió Mariah—. Estaba paseando por Hyde Park con mi criada cuando tropecé y se me cayó la novela en el lago Serpentine. El señor Neale saltó a recogerla. Fue muy galante.

El rostro de Marcus dejó entrever un atisbo de remordimiento.

—No hacía mucho que había regresado de Plymouth —le dijo a Hart—. No me di cuenta de quién era hasta más tarde. Para entonces, mis sentimientos eran tales que no pude romper la relación.

Hart lo creyó. Y no fue solo por la expresión de arrepentimiento de su hermanastro. Su confesión explicaba muchas cosas. Desde que había regresado del internado, el muchacho intentaba convertirse en un caballero. Por necio que fuera y todas esas apuestas desafortunadas, la ropa y los regalos a crédito debió de comprarlos pensando en Mariah.

—Nos hemos estado viendo cuando hemos podido —confesó ella, aferrada al brazo de Marcus—. Pero no ha ocurrido nada inapropiado, lo prometo. Solo nos sentamos a hablar o paseamos por el parque.

La tía Esther alzó las manos al cielo.

—¿Cómo puede una hija mía ser tan insensata? Has arriesgado tu reputación con absoluta despreocupación. ¿No te importa la carrera de tu padrastro?

Brookdale seguía concentrado en Hart.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decir?

—Solo una cosa: conozco perfectamente a Marcus Neale. Es hijo de la señora Neale, de Battersea, antigua doncella de mi madre, y de...

—¿Es hijo de una sirvienta? —Lady Brookdale se tambaleó hacia atrás como si hubiera recibido un golpe.

—Por favor, permítale hablar, señora —pidió Anne con brusquedad—. No se gana nada con estas constantes interrupciones.

—¿Qué derecho tiene usted a estar en esta habitación? —le espetó la tía Esther —. ¡Es un asunto de familia!

—Exacto, señora. —Lady Arundell se acercó a Anne, tan imponente como siempre—. Y dado que mi hija está considerando unirse a esta familia, tiene tanto derecho a estar aquí como cualquiera.

Anne dedicó a Hart una mirada rebosante de ánimo.

—Querido, ¿a qué esperas?

Hartford dejó de sentir la opresión que le apelmazaba el pecho. Con ella a su lado, se sintió más fuerte. Como si pudiera con todo.

Se irguió y se encaró a sus tíos.

—Marcus Neale es hijo de la señora Neale y de mi difunto padre, Everett Hartford.

—¡Ay! Eso explica el parecido —murmuró lady Arundell.

Una vez mencionado, era imposible no ver rasgos similares entre los dos hermanastros. Todos alternaron la mirada entre ambos y parecieron llegar a la misma conclusión al mismo tiempo.

Lo que sucedió después fue un auténtico caos.

El tío Brookdale aulló indignado, la tía Esther se desmayó sobre la alfombra de la chimenea y el abuelo se puso tan pálido como un mantel blanqueado. Por un momento pareció que él también se desmayaría.

Hart corrió enseguida a su lado. Tomó a su abuelo del brazo y lo ayudó a sentarse en una silla.

—Lo siento. No quería que te enteraras así.

El tío Brookdale levantó a la tía Esther del suelo. Con la ayuda de lady Arundell, logró acostarla en el sofá.

Mariah se dejó caer en una silla, con el rostro un poco verde.

—Señor Neale... —susurró—. ¿Quiere decir que es mi primo?

—¡Primos! —La tía Esther, que se había recuperado temporalmente de su desmayo, enseguida se desplomó de nuevo.

Marcus se agachó junto a Mariah.

—No somos primos de sangre. Solo estamos emparentados por matrimonio. No hay nada que impida que estemos juntos. —La tomó de la mano—. Perdóname. Habría confesado la relación el día que nos conocimos, pero no me atreví a revelar las circunstancias de mi nacimiento.

Anne miró a Hart mientras le aflojaba la corbata a su abuelo.

—Tráele algo fuerte, ¿quieres?

Él se acercó a la bandeja de bebidas y sirvió una buena cantidad de coñac. Se la llevó al conde de March y sostuvo la copa mientras este tomaba un sorbo.

—Este joven no es hijo de mi hermano —afirmó Brookdale. Agitó un pañuelo sobre su esposa, que yacía boca abajo—. Everett jamás...

—Mírelo. Es imposible no ver el parecido de Everett con el muchacho —terció lady Arundell.

El abuelo miró fijamente al joven. La certeza se reflejó en sus ojos.

—Everett tuvo otro hijo.

—Tres hijos, mi señor —aclaró Marcus—. Tengo dos hermanas menores.

—No lo escuches, padre —interrumpió Brookdale—. Es mentira. Everett era un hombre de principios. Fue fiel a sus votos matrimoniales.

Hart no pudo contener la risa.

Brookdale frunció el ceño.

—Por Dios, si te burlas de esto...

—Fue mi padre quien se burló de nosotros. Él no era un hombre de principios. Lo siento, pero es así. Tuvo una amante durante más de una década de su vida. Tuvo tres hijos con ella y todos se quedaron sin un céntimo tras su muerte.

—Nos quería —replicó Marcus—. A pesar de sus defectos, yo sé que nos quería.

El abuelo tomó otro trago de coñac. Miró a Hart por encima del borde de la copa.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes esto?

Hart apretó los dientes. Habría preferido cualquier cosa antes que tener esa conversación. Pero Anne tenía razón. El secreto no era la Hidra. Era el establo de Augías.

Era hora de limpiar todo aquello.

—Hace nueve años —confesó—. Mi madre me lo confesó días antes de morir. Al parecer, lo sabía desde hacía tiempo. Fue motivo de gran amargura para ella.

El abuelo parpadeó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque estás muy orgulloso de él. Siempre hablas de su moral intachable. Y por la carrera del tío Brookie. Sabía el daño que podía causarle políticamente. A mi manera, intentaba proteger a la familia.

Brookdale lo miró con fijeza.

—¿Nos estabas protegiendo?

—No solo eso. Me avergonzaba la verdad. No decía mucho en favor de mi madre ni de mí. Debimos de ser una gran decepción para él.

Anne le puso la mano en el hombro.

—No hay nada decepcionante en ti.

—Lady Anne tiene razón. —El abuelo se recostó en su silla y dejó escapar un suspiro cansado—. Advertí indicios de las inclinaciones de Everett mucho antes de que tú nacieras.

—Padre —protestó Brookdale—. No hay razón para manchar el nombre de mi hermano.

—De joven tenía una mirada un poco sucia —confesó el abuelo—. Lo sabes tan bien como yo, Brookie. Tuve que rescatarlo incontables veces cuando estaba en Oxford. Creía que se había enmendado. Fue eso lo que me enorgulleció, el cambio que había hecho en su vida. Había abrazado su nueva filosofía con pasión y un celo poco habitual.

—Muchos lo hacen cuando son tan hipócritas —comentó lady Arundell—. Cuanto más se oponen a algo esos personajes tan justos, más seguro se puede estar de que lo hacen en privado.

—Mamá, tus observaciones no ayudan nada ahora mismo —la reprendió Anne en voz baja.

—No, no. —El abuelo le dio una palmadita en la mano a Anne—. Tiene razón, querida. Lo he visto muchísimas veces. Quizá lo habría reconocido en mi propio hijo si me hubiera tomado la molestia de prestar atención, pero me cegaba el amor que sentía por él.

Brookdale se dejó caer en el sofá junto a su esposa, aún desplomada boca abajo.

—Una amante y tres hijos —murmuró—. Cobb no tardará en convertir esto en noticia.

—Nadie más lo sabe, señor —lo tranquilizó Marcus—. Excepto mi madre y mis hermanas. Y tal vez el señor Royce. He visto a uno de sus hombres siguiéndome.

Hart miró preocupado a Marcus.

—¿Tú también?

—¿Royce? —repitió lady Arundell—. ¿Quién es Royce?

—Tiene una casa de apuestas en San Giles —aclaró Hart—. Marcus le debía dinero y fui a pagarle. Así fue como Royce sospechó de nuestro parentesco.

—¿Gabriel Royce? ¿El famoso criminal londinense? —Brookdale perdió el poco color que le quedaba en el semblante—. Estoy acabado.

—Ven aquí, muchacho —le dijo el abuelo a Marcus—. Deja que te vea.

El joven se separó de Mariah a regañadientes para acercarse a su abuelo. Le temblaban las manos.

—Señor...

Al abuelo le brillaron los ojos.

—Te pareces a él —afirmó—. ¿Y tus hermanas? ¿Se parecen a ti?

—De un modo alarmante —confirmó Hart—. Te llevaré a conocerlas si quieres.

—De eso nada —espetó la tía Esther recobrando el sentido. Se esforzó para incorporarse y sentarse—. ¿Es que ninguno de los presentes ha comprendido lo sórdido que es todo esto? ¿Lo grosero y vulgar que resulta? No puede haber relación alguna entre nuestras familias. Y en cuanto a la unión entre mi hija y este... este presuntuoso y pobre bastar...

—No será pobre por mucho tiempo —intervino Hart antes de que su tía pudiera acabar de pronunciar la palabra—. Se está embarcando en una nueva aventura empresarial, ¿verdad, Marcus? Con trabajo duro y dedicación, espero que en unos años haya amasado una fortuna.

—Por eso vine aquí —confesó el muchacho—. Lo siento, Hartford, pero tenía que ver a Mariah antes de irme. No hemos podido vernos en Londres durante casi un mes. Esta era mi última oportunidad de hablar con ella. Tenía que contárselo. Pensé que nadie advertiría mi presencia entre la multitud.

—¿Adónde vas? —preguntó Mariah.

—A las Tierras Altas de Escocia —respondió—. Hartford me ha conseguido un puesto allí.

Brookdale miró a Hart con recelo.

—¿A quién diantre conoces en las Tierras Altas?

—¿Qué clase de puesto? —preguntó el abuelo al mismo tiempo.

Hart intercambió una breve mirada con Anne. Ella asintió con discreción y él respiró hondo.

—Tengo el honor de ser socio mayoritario de la Compañía Parfit de crisoles de grafito. Estamos en proceso de expandir nuestra actividad minera a Escocia.

Anne no podía ocultar el orgullo en el semblante.

—Tiene una fábrica increíble en Battersea, milord —le dijo al abuelo—. Los crisoles que produce tienen un gran valor para la industria británica.

—¡Por todos los santos! —exclamó Brookdale—. ¡Te dedicas al comercio!

La tía Esther gimió.

—Llévame a mi habitación, Brookdale. Necesito a mi doncella y mis sales aromáticas.

—¿Comercio? —El abuelo miró a Hart con atención en busca de alguna prueba de que estuviera bromeando—. ¿Es cierto?

—Nos has hundido a todos —espetó el vizconde—. Mi carrera política, la reputación de nuestra familia y mi...

—¿No ha oído a mi hija? —interrumpió lady Arundell—. ¡Hartford es un empresario de éxito! Por fin ha encontrado algo valioso a lo que dedicarse y está a punto de ser un hombre rico y de buena posición. Es un caballero de la nueva era. Pensaba que precisamente usted sabría valorar su éxito.

—¿Quiere que yo valore la idea de tener un comerciante en la familia? —Apretó los labios—. Le aseguro...

—Usted es político —prosiguió ella—. ¿Dónde reside el futuro poder de Inglaterra sino en la industria y el talento? El príncipe Alberto habría celebrado tal avance. A menos que se considere usted con superioridad moral sobre el difunto príncipe consorte...

—Por supuesto que no, señora, pero la realidad de nuestra posición...

—Si ya has terminado... —interrumpió la tía Esther—, te he dicho que necesito ayuda para ir a mi habitación. ¿Nadie se apiadará de mis nervios?

—Yo debo volver al baile —les recordó el abuelo—. Mis invitados se estarán preguntando dónde me he metido. No debemos arriesgarnos a suscitar más rumores.

—Le acompañaré —se ofreció lady Arundell. Lo tomó del brazo para ayudarlo a levantarse de la silla—. Todo irá bien, March. Hemos superado tormentas peores que una insignificante camada de rezagados y uno o dos comerciantes. Piensa en tu nieto y en mi hija: ¡nuestras dos grandes familias unidas por fin!

La expresión del abuelo se suavizó.

—No hay duda de que es motivo de celebración, señora, estoy de acuerdo.

Brookdale se esforzó por ayudar a su esposa a levantarse del sofá, pero no conseguía levantarla solo. Eran prácticamente del mismo tamaño.

—Permítame —dijo Marcus.

—Oh, no. —La tía Esther se encogió contra los cojines del sofá.

—Déjalo, mamá —suplicó Mariah—. Es muy caballeroso.

Marcus levantó a la mujer con facilidad.

—No es ninguna molestia, señora —repuso con galantería—. Es usted ligera como una pluma.

—Te acompaño —se ofreció Mariah, que corrió junto a Marcus mientras él se llevaba a su madre de la habitación.

Brookdale los siguió, no sin antes volverse una última vez.

—¡Un comerciante! —exclamó—. ¡Que Dios nos ayude!

Todos salieron y la puerta de la biblioteca se cerró tras ellos.

Hart se quedó a solas con Anne. La miró un poco aturdido.

—El establo de Augías —dijo.

Y se echó a reír.

Esta vez no había amargura. Solo un alivio repentino. Se sentía como un caballo de tiro que, por fin, se había librado de una pesada carga.

Anne no se unió a sus risas. Extendió los brazos para enmarcarle el rostro con sus pequeñas manos, suaves pero firmes. Ella no era una carga. Era una aliada. Una amiga. La compañera de su corazón.

—¿Qué ibas a preguntarme? —quiso saber.

Y entonces todas las preocupaciones del mundo se desvanecieron. Hasta las paredes de la biblioteca, llenas de libros, se difuminaron en el fondo. Solo estaban ellos dos, frente al fuego, envueltos en el suave parpadeo que proyectaba el resplandor de las velas mientras la tormenta rugía afuera.

Pero ya no era el momento adecuado para una proposición romántica: se interponía la familia, el futuro de Marcus por resolver y un tío y un abuelo a quienes apaciguar.

Entonces, Hart se dio cuenta de que nunca sería el momento adecuado para ninguno de los dos. Y, sin embargo, esa era precisamente la belleza de su relación. Nada más tenía que ser perfecto en su vida, porque eran perfectos el uno para el otro. Juntos podrían hacer frente a cualquier obstáculo y capear cualquier tempestad.

—Me preguntaba, vieja amiga, si te plantearías la posibilidad de casarte conmigo.

—Ya lo he considerado.

—¿Y?

—Sí. Me casaré contigo, Hart.

Suspiró algo tembloroso. Cuando volvió a hablar tenía la voz apelmazada por la

emoción.

—¿De verdad, Anne?

—Sí. —Tiró de él y lo besó—. Sí, sí, sí.

La abrazó con fuerza y la besó con pasión, murmurando palabras de amor y promesas con los labios pegados a su boca.

—Cariño mío. Te juro que te haré feliz.

Anne notaba su sonrisa.

—Ya lo has hecho.

Ya no hubo más palabras. Se quedó con Anne entre los brazos sin despegarse de sus labios, juntos por fin, sin obstáculos ni barreras entre ellos.

—Tu madre se equivocó, ¿sabes? —dijo Hartford un rato después.

Anne abrió los ojos y lo miró con aire soñador.

—Ah, ¿sí?

—La fábrica de crisoles no fue mi primer hallazgo valioso. Di contigo.

—Supongo que sí.

—Nunca perdí la esperanza de conseguirte. Ni una sola vez en todos estos años. —Tenía la voz grave a causa de la emoción—. Te amo hasta el fin del mundo, cariño. Hasta el cielo y más allá. Solo necesito que me correspondas con una mínima parte de esa devoción y moriré feliz.

—Qué tonto. —Ella tomó su rostro entre las manos y lo miró, sus ojos castaños resplandecían de un modo peculiar—. ¿No sabes que eres el amor de mi vida?

A Hart se le apelmazó el pecho y volvió a besarla con todo el amor que era capaz de expresar.

Les llegaba la música de la orquesta, primero una animada danza campestre y luego una vigorosa polca. Hart no supo cuánto tiempo había pasado, pero el suficiente para que se notara su ausencia.

—Tendremos que volver al baile pronto —advirtió mientras le acariciaba la mejilla—. Por desgracia.

Ella enredó los dedos en el cabello de su nuca.

—Cuando estemos casados ya no tendremos que dejar de besarnos.

—Cuando estemos casados nunca te perderé de vista. —Se separó para mirarla; sus palabras encerraban una promesa solemne—. Tengo la intención de pasar cada hora de cada día contigo.

—¿Cada hora de cada día? —Anne rio con delicadeza—. Discutiremos. Nos volveremos locos el uno al otro.

Al contemplar a su hermosa Furia de cabellos dorados, Hart no pudo reprimir

una sonrisa.

—Querida mía, estoy impaciente.

Epílogo

Condado de Somerset, Inglaterra
Verano de 1863

Anne agarró con fuerza las riendas de *Damselfly* mientras la temperamental yegua se encabritaba de nuevo.

—Es culpa tuya —le dijo a su esposo—, si la hubieras montado a los tres años...

Hart tomó las bridas.

—La montaron a los tres años. Lo que ocurre es que ha perdido la práctica.

No llevaba sombrero ni abrigo y estaba junto a Anne en la zona de arena tras el antiguo establo de piedra de Barton Court. Llevaba las mangas de la camisa blanca de lino arremangadas hasta los codos, dejando al descubierto los vigorosos músculos de los antebrazos. Antes de salir había escrito una de sus columnas anónimas. Todavía se publicaban de vez en cuando, todas eran para Anne, y cada frase seguía teniendo ese doble sentido que empleaba para coquetear con su mujer.

—No pasa nada por echarse atrás —sugirió.

Ella le lanzó una mirada elocuente mientras se acercaba al animal por la izquierda.

—Tonterías. Soy perfectamente capaz de montarla. Dijiste que era perfecta para mí.

Tras calmar a la yegua, Hart ayudó a Anne a subir a la silla de montar con la misma facilidad con la que sujetaba a *Damselfly*.

—Intentaba consolarte cuando decidiste retirar a *Azafrán*. No pretendía que arriesgaras la vida.

Anne pasó la pierna derecha por encima del pomo. La falda del traje de montar granate resbaló por sus piernas con elegancia.

—Todo irá bien mientras la sujetes con fuerza.

Parecía más valiente de lo que se sentía.

Habían desensillado por última vez a *Azafrán* hacía apenas dos semanas. Fue una decisión difícil, pero inevitable. El viejo semental merecía retirarse. Anne se

había convertido en la señora de Barton Court y estaba en condiciones de concedérselo. Los pastos de la finca eran exuberantes, el tiempo agradable, y ella aún podía ver a su viejo caballo, cepillarlo, acariciarlo y darle caprichos como un poco de grano siempre que lo deseaba.

Era solo una de las muchas ventajas que había disfrutado desde que estaba casada con Hart.

Tras un compromiso escandalosamente breve, se casaron en una suntuosa ceremonia primaveral en la iglesia de San George, de Hanover Square. Julia, Stella y Evelyn fueron las damas de honor; las tres lucieron vestidos de seda con doble falda que no hacían sombra al elegante traje de novia de satén blanco con ribetes de encaje de Anne.

La celebración estuvo a la altura de la unión en matrimonio de las dos grandes casas de March y Deveril. La iglesia estaba repleta de aristócratas con título llegados de toda Inglaterra, junto con algunos pocos descendientes menos conocidos de las ramas más bajas en los árboles genealógicos de Hart y Anne. Asistieron incluso Marcus y sus hermanas, para horror de lord Brookdale y su esposa.

Anne no había tenido en cuenta las opiniones de los Brookdale. En los últimos meses se había encariñado con los hermanastros de Hart. A pesar de su aparente timidez, Ethel y Ermintrude eran dos muchachas encantadoras con un gran sentido del humor y muy inteligentes. En cuanto a Marcus, trabajar en algo honrado le había sentado de maravilla. Cuando regresó de Escocia unos días para asistir a la boda, parecía estar en camino de convertirse en el caballero que siempre había deseado ser.

No tenía ninguna duda de que Mariah y él se casarían en menos de un año. Seguían enamorados y, como Julia les había recordado, de una boda siempre salía otra.

—Tú eres la siguiente —le había susurrado a Stella mientras ayudaban a Anne a ponerse el largo velo de encaje antes de caminar hacia el altar.

—O no... —repuso Evelyn—. No hace falta casarse para tener un final feliz.

—Tienes razón, querida —asintió Anne convencida—. Tu final feliz es el que tú desees.

Stella se sonrojó algo dudosa, estaba extrañamente callada durante la charla de sus amigas. Desde su desafortunado encuentro con el señor Hayes en la fiesta de Navidad del conde de March, se había mostrado extrañamente reticente ante la perspectiva de un romance. Si Anne no supiera que era imposible, pensaría que su

amiga guardaba algún secreto.

Pensó en Stella y en su yegua *Locket*. *Damselfly* tenía un temperamento muy parecido. Pero *Locket* era rápida y receptiva, mientras que la suya era tan salvaje e impredecible como un cohete en la noche de Guy Fawkes[5].

Hart parecía compartir esa opinión.

—En cuanto la suelte —advirtió—, se pondrá a correr por toda la arena como un molinillo.

—Tonterías. —Acarició el cuello arqueado del animal con la mano enguantada —. Somos amigas de toda la vida, ¿verdad, mi niña?

—Ten cuidado, Anne. Tu madre nunca me perdonaría si dejara que lastimaras.

—Mi madre no está aquí.

No fue porque no la invitaran.

Tras su boda, Hart, ese considerado e insensato hombre, había propuesto a la madre de Anne que viviese con ellos. Lady Arundell se había negado, por supuesto. No soportaba el campo, ni siquiera durante los seis meses del año que la pareja residiría en Barton Court.

En cambio, lady Arundell había cumplido su promesa de visitar Italia con el señor Fielding. Habían partido hacía apenas un mes, acompañados por varios de sus amigos espiritistas, y, según la última carta de su madre, estaban instalados en una villa de la Toscana.

Anne esperaba volver a ver a su madre pronto, si no en el condado de Somerset, sí en Londres. Regresarían a la ciudad para pasar el invierno, tanto por el bien de sus familias como por el de la compañía de crisoles. Aquel iba a ser el patrón por el que se regiría toda su vida: la mitad del año en el campo y la otra mitad en la ciudad. Para ella, una vida de ensueño.

—Nunca me lo perdonaría —aseguró Hart sin soltar la brida de *Damselfly*—. Quizá deberíamos esperar...

—Puedes soltarla —le pidió con dulzura—. Sé lo que hago.

Él apretó los dientes. Por un momento, pareció que iba a discutir su decisión.

El papel de esposo seguía siendo una novedad para él y a veces pecaba de sobreprotección. Anne se había visto obligada a recordarle a menudo que no estaba hecha de cristal y que no se rompería a la primera de cambio. Era muy capaz de cuidar de sí misma. El matrimonio no había cambiado eso, por mucho que Hart la amara y quisiera mantenerla a salvo.

Él sabía lo que Anne valoraba su independencia. Y comprendía la importancia de que su matrimonio fuera una unión igualitaria. Así era como siempre la

trataba, como a una igual.

A menos, claro, que la preocupación por su seguridad lo venciera.

—Ojalá nunca te hubiera pedido que la montaras —murmuró mientras soltaba la brida de *Damselfly*—. Si algo llegara a ocurrirte...

Anne no oyó el resto. Las palabras de su esposo se perdieron en un golpe de viento justo cuando el animal arrancó a la carrera, cruzando la pista como un rayo. La yegua castaña era tan expresiva y fogosa ensillada como cuando tiraba del carruaje de Hart con su igual de impredecible hermana.

Una amazona menos hábil se habría caído enseguida. Incluso Anne, con toda su experiencia, tenía dificultades para mantenerse sobre la silla. Todos los años que había pasado montando a *Azafrán* habían mermado su habilidad. Estaba acostumbrada al temperamento del viejo semental y a la facilidad con la que siempre se habían entendido. En cambio, comunicarse con *Damselfly* era como aprender a hablar un idioma completamente diferente.

Pero aprendía con rapidez.

Acortó las riendas para restablecer el contacto y se acomodó mejor en la silla para controlar a la yegua.

Damselfly agitó la cabeza en señal de protesta, pero Anne no se dejó intimidar. Empleó su peso y sus manos para instarla a trazar un círculo más pequeño, obligando a la yegua a doblegarse ante la presión de su pierna.

—¡Eso es! —gritó Hart desde donde aguardaba junto a la barandilla de madera encalada de la arena. Se apreciaba un inconfundible alivio en su voz—. Ahora está entendiéndote.

Anne esbozó una sonrisa distraída. Continuó trabajando con *Damselfly*, indicándole giros a derecha e izquierda y trazando una serie de círculos alternos, primero al trote y luego al galope. La yegua respondía a la perfección una vez que la amazona captaba su atención, era consciente del mínimo cambio de peso de Anne y de la más leve presión con las manos y las piernas.

Era una experiencia nueva y emocionante. Cuando desmontó, tenía una sonrisa de oreja a oreja.

Hart la abrazó con fuerza.

—¿Estás bien?

Ella soltó una carcajada entrecortada.

—¿Y tú?

—He envejecido diez años desde que montaste —reconoció contra el cabello de su esposa—. Pero por lo demás...

—Qué tontería —bromeó ella—. ¿Dudaste de mi pericia? ¡Soy una de las cuatro Amazonas! ¡Una de las Furias!

—Ríete si quieres. Pero ha habido un momento cuando ha salido corriendo por primera vez...

—La tenía bajo control. —Lo rodeó por la cintura con un brazo mientras sostenía las riendas con la otra—. No quería que te preocuparas.

—Siempre me preocupo por ti. Pero confío en ti, vieja amiga. Nunca esperaría que seas menos de lo que eres, aunque tus hazañas a veces amenacen con provocarme una apoplejía.

—Lo sé —admitió, acomodándose entre sus brazos—. Es una de las razones por las que te amo.

La expresión de Hart se suavizó. Inclinó la cabeza y su boca se apoderó de la de Anne para darle un beso profundo y prolongado.

Ella alargó el cuello para corresponderle y le besó con dulzura hasta que *Damselfly* pateó el suelo con impaciencia. Dejó de besarlo entre risas.

—Nosotros sí que sabemos elegir el momento.

Si no eran los caballos los que interrumpían, eran los sirvientes, o incluso *Eris*. Justo esa mañana, la gata negra, ya adulta, había saltado a la cama, ocupando su lugar junto a Hart en la almohada, sin importar que él y Anne estuvieran en medio de un abrazo apasionado.

—Pues sí. —La miró con gesto de cálido afecto y esbozó una media sonrisa—. Pero no me puedo quejar.

Anne sintió el corazón rebosante de amor por él.

—Yo tampoco.

Por mucho que bromearan, se picaran e incluso discutieran de vez en cuando, su breve matrimonio había resultado un éxito en todos los sentidos. Tampoco había ningún misterio en ello. Se limitaban a disfrutar de la compañía mutua, tanto fuera como dentro de la casa.

Sobre todo dentro.

Hart era un romántico. Anne no se había dado cuenta de cuánto hasta su noche de bodas. Su amor por ella no tenía límites. Pero no se dejaba llevar por el sentimentalismo. No era empalagoso. Conseguía provocarla mientras hacían el amor y que se derritiera en sus brazos. Y nada le gustaba más a Anne que hacerle lo mismo a él.

La amaba sin reservas.

Anne se preguntaba a veces si alguna vez se cansarían el uno del otro.

De momento, la respuesta parecía ser «no».
—¿Volvemos a casa? —preguntó.
Ella le sonrió.
—Con mucho gusto.

---

[5] N. de la Ed.: Fiesta en la que se quema un pelele con la máscara popularizada en todo el mundo por la película *V de Vendetta*, que representa a Guy Fawkes, implicado en la denominada conspiración de la pólvora (1605) contra el rey Jacobo I de Inglaterra.

Nota de la autora

Al escribir *El lirio de Ludgate Hill* me inspiré en varias figuras históricas, lugares y eventos de la época victoriana. También me influyó mucho mi propia experiencia, pues perdí a mi padre por una insuficiencia cardíaca congestiva dos días antes de la Navidad de 2021.

El duelo es una emoción poderosa. Y cuando ese duelo resulta de la pérdida de un padre, puede alterar la dinámica familiar de forma extraordinaria. A veces, el niño asume el rol de cuidador mientras el progenitor que le queda sufre. En estos casos, el hijo puede reprimir su propio dolor por un tiempo, sin llegar a expresarlo plenamente ni a superarlo de forma adecuada, ya que todas sus energías están puestas en mantener unida a la familia.

Esto es lo que ha sucedido en el caso de Anne. Su situación es el doble de difícil porque, antes de la muerte de su padre, lady Arundell siempre había sido un pilar de fortaleza. Ver a su madre abatida por el dolor tiene un efecto desestabilizador en la vida de la hija. Y cuando el período de duelo de lady Arundell se prolonga años respecto a lo que mandan los cánones, Anne se ve obligada a forjar una vida a la sombra de ese dolor por temor a perder al único progenitor que le queda.

Para más información sobre la inspiración victoriana del prolongado período de luto de lady Arundell y para obtener información sobre mi otra investigación histórica para *El lirio*, podéis consultar las siguientes notas:

La reina Victoria enviuda

En la época victoriana, se esperaba que una viuda llorara la muerte de su esposo durante dos años. El primer año y medio lo pasaba vistiendo prendas negras opacas y sin brillo, y los últimos seis meses de tonos grises y lavanda (en lo que se conocía como el medio luto). Al finalizar los dos años, la manifestación pública de dolor de una viuda llegaba a su fin. Por fin podía volver a relacionarse en sociedad y vestir otros colores.

En 1862, año en el que transcurre la historia de *El lirio*, la reina Victoria acababa de perder a su esposo, el príncipe Alberto. Nadie tenía motivos para creer que superaría el período de luto obligatorio de dos años. Cualquier periodo superior se habría considerado muy excéntrico.

Anne alude a esto en el capítulo seis cuando compara el prolongado luto de su

madre con la reciente pérdida de la Reina:

> El príncipe Alberto había fallecido hacía seis meses, dejando a la reina y a otros muchos miembros de la alta sociedad paralizados bajo el peso abrumador del duelo. Sin embargo, Anne no creía que la reina Victoria se dejara vencer por esa emoción. La soberana era fuerte. Muy pronto volvería a ser ella misma, tras uno o dos años de duelo formal.

De hecho, como ahora sabemos, la Reina Victoria conservó su vestimenta negra durante el resto de su vida. En este sentido, fue el modelo para lady Arundell, una mujer que, como describe la propia Anne: «había abrazado su dolor con todas sus fuerzas. Lo había integrado en sus huesos, cosa que la había sumido a ella y a todos los que la rodeaban en un eterno luto negro».

Al igual que lady Arundell, el dolor de la reina Victoria la volvió egoísta y la cegó respecto a las necesidades de sus hijos. Ejerció un control implacable sobre la vida de sus descendientes, llegando a desestimar sus necesidades individuales. El dolor de la soberana también la convirtió en presa fácil del movimiento espiritista. Al estar tan apegada al simbolismo del luto y en constante duelo por el príncipe Alberto, se rumoreaba que mantenía correspondencia con defensores de lo sobrenatural e incluso que había asistido a una sesión espiritista con la esperanza de contactar con su difunto esposo.

Ludgate Hill es vida

En el capítulo dieciocho de *El Lirio*, la señora Frazil afirma que «Ludgate Hill es vida». Esto resume a la perfección lo que la calle representa tanto en mi novela como en el ambiente del Londres victoriano. En aquella época, Ludgate Hill era una de las calles más concurridas y con mayor diversidad de la ciudad. En el libro de 1863 *London Scenes and London People*, William Harvey la llama «la vía más importante de Londres». La describe así:

> Una calzada empinada, estrecha e incómoda, con una hilera doble de casas feas, desmoronadas y más bien apiñadas, con la aparente determinación de convertir un terreno apto para una docena de viviendas en un lugar para veinte o treinta; la acera es tan estrecha que resulta desagradable, la calle siempre está abarrotada de todo tipo de vehículos tirados por caballos: coches con publicidad, carros, carretas y ómnibus que se ponían en peligro los unos a los otros en cada curva; carruajes privados o de alquiler y, de vez

> en cuando, un burro cargado de pescado o de verduras, todos susceptibles de ser aplastados hasta convertirse en una masa informe; aquí y allá, pasaba algún desafortunado peatón con prisa, tambaleándose, jugándose la vida por entre la triple fila de pesadas locomotoras, para poder pasar de un lado a otro.

Ludgate Hill contrastaba mucho con los barrios adinerados y selectos como Mayfair. Para Anne y su madre, dejar su casa en Grosvenor Square por una vivienda destartalada en medio del caos de Ludgate Hill significó, en esencia, elegir la vida: resurgir al mundo tras un largo período de duelo.

La minería de grafito y la Compañía Parfit

El negocio de crisoles de Hart, la Compañía Parfit, de crisoles de grafito, refleja la historia real del origen de Morgan Advanced Materials, una empresa fundada por los hermanos Morgan en 1856. En un principio, los cinco hermanos Morgan se habían dedicado a la importación y exportación, y dirigían un negocio de ferretería y farmacia. Sin embargo, en 1851, durante su visita a la Gran Exposición, descubrieron una nueva variedad de crisol de fabricación estadounidense que multiplicaría su fortuna de forma drástica.

Compuesto por una mezcla de arcilla y grafito, el crisol estadounidense prometía calentar metales más rápido que cualquier otro del mercado. Previendo su potencial económico, los hermanos Morgan obtuvieron el derecho exclusivo para su fabricación en el Imperio británico. Establecieron una pequeña fábrica en Battersea, a la que llamaron Patent Plumbago Crucible Company. Al principio, consistía únicamente en un pequeño horno de ladrillos y un solo caballo para moler la arcilla.

Pocos años después, el caballo fue reemplazado por dos motores de 35 caballos de fuerza. En la década de 1880, el negocio de los Morgan, ya rebautizado como Morgan Crucible Company, era una de las empresas de crisoles más grandes del mundo.

Comercio: Una ocupación escandalosa

A mediados de la era victoriana, las damas y caballeros de la alta sociedad solían mostrar un claro desprecio por aquellos cuya fortuna provenía del comercio. Trabajar para ganarse la vida se consideraba vulgar. Peor aún, era común. Ser comerciante significaba servir a los clientes. En resumidas cuentas, era lo mismo

que ser un sirviente.

Por lo tanto, un comerciante no se consideraba un caballero. Todo lo contrario. A menudo se daba por sentado que los comerciantes y tenderos pertenecían a las clases sociales más bajas. En el caso de Hart, por supuesto, nada más lejos de la realidad. Pero un pedigrí aristocrático no lo protegía de la mancha de esa actividad.

Relacionarse con el mundo comercial podía arruinar la reputación de un caballero entre los miembros de su estatus. También podía contaminar a su familia por asociación. Esta es la razón principal por la que Hart mantiene en secreto su negocio de crisoles a sus familiares y por la que pone el apellido de otro hombre en el nombre de la empresa en lugar del suyo.

Agradecimientos

Comencé a escribir *El lirio de Ludgate Hill* un mes después de la muerte de mi padre. Estaba devastada, afligida e incluso un poco paralizada. Al recordarlo, no sé cómo seguí adelante. Pero sí sé que no podría haberlo logrado sin el apoyo de las maravillosas personas que me acompañan en mi vida personal y profesional.

Ante todo, le debo una enorme gratitud a mi madre, Vickie. Gracias por estar conmigo, por animarme y por soportar la ansiedad que me provocaba la idea de escribir cuando ambas estábamos tan angustiadas y agotadas tras la pérdida. Hemos estado en el pantano de la tristeza este último año. Todavía no estoy segura de si todos mis proyectos de escritura han sido una carga añadida o si han sido un salvavidas que nos ha librado de la caída. Sea como fuere, seguimos aquí y te estoy muy agradecida.

También quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mi aguerrido y fantástico agente, Kevan Lyon; a mi extraordinaria editora, Sarah Blumenstock; y a Liz Sellers, Yazmine Hassan, Jessica Plummer, Megha Jain, Angelina Krahn y al resto del increíble equipo de Berkley/Penguin Random House, que trabajan tanto por mis Londinenses.

También quiero dar las gracias a Isabel, Dana, Alissa, Rel, Flora, Sarah y Renee por leer los primeros borradores de esta historia y hacerme comentarios tan útiles. Y, como siempre, quiero dar las gracias y expresar el cariño que siento por mi familia animal: *Stella, Jet, Tavi, Bijou* y *Asteria*.

Por último, quiero darle las gracias a mi padre, Eugene. No estuviste aquí para esta historia, pero hay mucho de ti en ella. Te extraño profundamente, te amo infinitamente y te honro en todo lo que hago y en todo lo que soy.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com